Eva Forest

TESTIMONIOS DE LUCHA Y RESISTENCIA

(EN LA CÁRCEL DE YESERÍAS)

1977

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

" INFORMACION 179 ”
(En la Prisión de Yeserías)

TESTIMONIOS DE LUCHA Y RESISTENCIA

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

http://www.abertzalekomunista.net

Palabras finales: Alfonso Sastre.

Eva FOREST

© Editions Mugalde
© Genoveva Forest Tarrat

EDITIONS MUGALDE
3, rué du Cdt. Passicot
Tél. 26 67 33
64700 Hendaye

Dépôt legal: Février 1977

IMPRIMERIE MUGALDE HENDAYE

No sabe pueblo ayuno temer muerte.
Armas quedan al pueblo despojado.
(F. de Quevedo)

INDICE

7 Notas para la edición de unos testimonios de tortura.
47 **Primera Parte: 21 testimonios.**
49 Eva Forest.
55 Careo de Eva Forest con Eduardo Sánchez Gatell.
60 Remedios Pérez López.
65 Mari Luz Fernández.
73 Encarnación Álvarez Hernández
87 Fragmentos de una carta de Eva Forest.
88 María del Pilar Alonso Rodríguez.
92 Raquel López Navarro.
95 Concepción Tristón López.
97 Vicenta de Don Pablo Manzano.
100 Trinidad Herrero Campo.
102 Pilar Andaluz Pequeño.
105 Paulina Prieto.
106 Pilar Higueras.
109 Concepción Lorenzo.
111 Lola Jiménez Ortiz.
114 María Isabel Pérez Alegre.
117 Vicenta Cabañes Argudo.
121 María de los Angeles Vaquer Juberías.
124 Petra Roma Bachiller.
127 Soledad Gordo Diez.
129 Begoña Aldazabal Neira.
131 Josefa Rodríguez Serrano.

135 **Segunda Parte: 9 testimonios vascos.**
137 **Notas de Eva Forest a esta Segunda Parte.**
Cuatro testimonios de Bizkaia:
146 Itxasu.
149 Iraultza.
151 Irune.
152 Amaia.
Cinco testimonios de Gipuzkoa:
153 María de la Soledad Intxausti Arruti.
159 Arrate.

162 Izarra.
164 Nekane.
165 Edurne.

169 **Diez días que conmovieron un mundo.**

239 **Entrevista a Izaskun Rekalde en la cárcel de Yeserías sobre la fuga de la prisión de Segovia.**

251 **Palabras finales sobre el principio de este libro (Alfonso Sastre)**

7

Notas para la edición de unos testimonios de tortura. [Eva Forest]

Casi todos los testimonios que ahora aparecen como Primera Parte de este libro fueron recogidos durante la segunda mitad del año 1975 y me encargué personalmente de hacerlo. Digo esto porque, aparte de oír el relato de viva voz a las compañeras afectadas, fui testigo de muchas de las huellas que la tortura dejó en sus cuerpos así como de las numerosas secuelas que como consecuencia de los malos tratos aparecieron después en las más diversas formas.

Corresponden, como se ve, a una etapa muy concreta y se limitan a una zona: la cárcel de Yeserías, centro al que llegan exclusivamente presas de Madrid y su provincia. El documento viene a ser, pues, tan sólo una *"muestra"* de la tortura en un momento de nuestro pueblo. Momento histórico marcado por el signo de la violencia más feroz. Partiendo de esta muestra se puede juzgar el alcance de la represión en la generalidad de los pueblos del Estado Español por las mismas fechas. ¿Cuál sería, por ejemplo, el número de torturados que ingresaron en Carabanchel durante aquellos meses, teniendo en cuenta que el porcentaje de hombres detenidos en relación con el de mujeres fue aproximadamente de tres a cuatro veces mayor? ¿Qué estaría ocurriendo en el País Vasco de por sí tan castigado y sobre cuyo pueblo, a partir del Estado de Excepción, se había desencadenado una ola represiva sin precedentes? Son preguntas que estamos seguros que algún día otros documentos podrán responder.

8

Los testimonios que aquí presentamos fueron sacados a la calle prácticamente en borrador dado que lo más urgente, en aquellas angustiosas horas, nos parecía la denuncia inmediata de lo que estaba ocurriendo. Algunos se difundieron enseguida, la mayoría siguieron caminos más complicados y permanecen inéditos aún. Aquella precipitación justifica el que tal vez los relatos sean un poco esquemáticos y no nos hayamos extendido en una serie de detalles que hubieran permitido un estudio más

profundo del problema. Por razones de seguridad ni tan siquiera nos quedamos copia y, hoya la horade escribir estas notas, sentimos no poder releer el material para tener una visión más de conjunto. Sin embargo, el hecho de haber convivido después con las compañeras nos ha permitido recoger aspectos que entonces se nos escaparon y arrojar un poco más de luz sobre fenómenos que, por desgracia, se repiten con demasiada frecuencia y en torno a los cuales sería bueno reflexionar.

A los testimonios que publicamos habría que sumar una docena más que por diversas razones no se han incluido. El rápido traslado a la cárcel de Alcalá, después del juicio sumarísimo, de las dos compañeras que fueron condenadas a muerte en septiembre 1975 y cuya pena capital fue conmutada por la de treinta años, coincidió con nuestra huelga de hambre en protesta por lo que estaba ocurriendo, lo cual impidió que nos relacionáramos y pudiéramos recoger su, sin duda, valiosísima aportación. El paso fugaz de otras compañeras que fueron puestas en libertad antes de salir nosotras de las celdas de castigo fue otro obstáculo. Ha ocurrido también que alguna de las personas torturadas, asustada por las amenazas que le habían hecho en la DGS, [1] siguiendo el consejo de algún abogado medroso, ha preferido guardar silencio y no denunciar los hechos. Nosotros comprendemos y respetamos su postura, pero hemos preferido no dar testimonios anónimos y dar publicidad tan sólo a aquellos que avalaban con su identidad, quienes estaban dispuestas a firmarlos.

* * * *

La primera cosa a señalar, porque ya en diversas ocasiones nos había llamado la atención, es la gran variedad de opiniones en tomo a lo que se entiende por tortura —nos referimos, naturalmente, a la que ejercen los cuerpos represivos. Es tan elástico el concepto y, sobre todo, tan subjetivo, que en seguida se comprende que guarda una íntima relación con el medio cultural en donde se produce. En una sociedad como la nuestra tan hondamente impregnada de autoritarismo y de represión, presidida desde la infancia por los exabruptos, el tortazo como respuesta y todo tipo de violencias, puede ocurrir que uno se acostumbre tanto a los malos tratos que llegue ya a no percibirlos. Son cosas normales, de la vida cotidiana.

Cuando en 1963 un grupo de intelectuales denunciamos que en Asturias

[1] Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol (Madrid). Nota del Editor.

se estaba torturando a los mineros, el actual ministro de la Gobernación, que entonces lo era de Información y Turismo, Fraga Iribarne, montó en cólera por lo que consideró *"ofensivo para las Fuerzas del Orden"* y saliendo en su defensa hizo unas declaraciones, ampliamente difundidas por la Prensa, en las que explicaba que, hechas las averiguaciones pertinentes, quedaba demostrado, entre otras cosas, que a la señora Constantina Pérez, más conocida por Tina, "*no se la había torturado y que lo único que se le había hecho en el cuartel de la Guardia Civil era cortarle el pelo al cero". (!)* Respuesta que dejó perplejo a medio país, aunque no dudamos que sirvió para tranquilizar la conciencia de otros muchos.

La penetración ideológica es tan grande que no escapan a ella algunos de los que se consideran defensores de los Derechos Humanos y llega, incluso, a contaminar a militantes de la llamada izquierda. No hace mucho un intelectual *"progresista",* tras la lectura de uno de los testimonios que aquí recogemos, hizo el siguiente comentario en una tertulia: *"Bueno, no es para tanto, a otros les han hecho mucho más y no lo han dicho... Tampoco hay que exagerar; tortura, tortura, no es...*" Opinión que nos sonroja y sobre la que preferimos no hacer comentarios.

Represión, violencia, más represión ... nuestro habitual caldo de cultivo. Empieza en la tradicional familia, se amplía bajo las más sutiles formas a la escuela, se prolonga descaradamente en el trabajo, en la milicia... Tampoco puede sorprendernos que, llegada su hora, el que ha sufrido la tortura la mida con su biografía.

10

Una joven de dieciocho años comenta: *"Uno de los sociales*[2] *que me pegaba me recordaba a mi padre. Me golpeaba con la misma saña que él y yo tenía la sensación de ser más pequeña y estar en casa".* No es la única que alude al clima familiar en términos de terror. Como no son pocos los agentes de la Brigada de Investigación Social que confiesan, en los momentos más álgidos en que descargan su furia sobre la víctima, que lo hacen como a *"un hijo"...* Las humillaciones que gran parte de estas muchachas jóvenes tienen que sufrir en lo que se refiere a los aspectos más íntimos de su persona (bromas sobre el sexo, sobre el período, sobre el compañero; miradas y frases obscenas, cínicas burlas, etc.) distan poco de loque han tenido que *"aguantar",* desde los catorce y quince años y aún antes, a los jefes de personal y encargados de las fábricas a las que fueron

[2] "Sociales": agentes de la Brigada de Investigación Social. Nota del Editor

como aprendidas. Es coherente, pues, que a la hora de relatar lo que les hicieron en la DGS lo vivan como una cierta continuidad y hasta digan, restándole importancia: *"No, a mí no me han torturado. Sólo me han dado unas bofetadas, algún puñetazo en el estómago, varias patadas cuando estaba en el suelo, empujones, tirones de pelo, los insultos de siempre..."*

Desde tantas partes condicionados, resulta comprensible que a veces lleguemos a preguntarnos en qué momento empieza la tortura, cuándo puede decirse que ya la hubo o si existen características que la definan... Cayendo así en la trampa de las valoraciones cuantitativas, del *"hasta ahí todavía no",* pero *"después ya sí..."* Del mucho o el poco... Cuando de lo que en realidad se trata es de no entrar en el juego y de enfrentarse a un problema mucho más general, a una situación de atropello en la que lo de menos es el grado en que éste se produce y lo fundamental la concepción del mundo desde la que es posible esta agresión. Concepción nada gratuita, que responde a los intereses muy concretos de unos pocos y que, por supuesto, en nada beneficia a los del hombre en general.

Dada la ambigüedad del término y su distinta apreciación según se utilice, queremos dejar bien claro, antes de seguir adelante, que para nosotros la tortura — nos referimos siempre a la de los cuerpos represivos — empieza con el primer empujón, con el tuteo que le sigue, con el insulto y, sobre todo, con el terror que aquella atmósfera desencadena en la persona inerme, acosada desde el primer momento por un enemigo del que ha oído decir que emplea métodos feroces y que no tiene escrúpulos. (¿Quién no ha leído en algún periódico que en las comisarías la gente se cae por las ventanas sin que se sepa muy bien en qué circunstancias se produjo el hecho?)

11

Aclarado este punto, podemos decir que de las ciento y pico compañeras que pasaron por Yeserías[3] durante los últimos cuatro meses son muy pocas, tres o cuatro, las que sólo fueron objeto de insultos y groserías. Todas las demás sufrieron malos tratos. No es precisamente de estos casos leves de los que vamos a ocuparnos, pero sí queremos dejar constancia de ellos. Los testimonios que publicamos aquí recogen ya un grado superior mucho más complejo. ¿Cómo adentrarnos ahora en ese grado superior sin caer en tópicos ni esquematismos, con el debido res peto sin que se convierta en profanación? Lo que más me obsesiona es que ninguno de esos relatos es nuevo para mí; que muy similares los había leído en documentos, los había

[3] Cárcel de mujeres de Madrid. N. del E.

escuchado; que los había denunciado inclusive y, sin embargo, siguen siendo un conocimiento lejano; que sólo en la medida en que viví una experiencia semejante puedo aproximarme al complejo fenómeno. Es una vivencia intransferible, al menos esa es la impresión de quienes pasaron por ella. *"Yo te doy tos datos para que denuncies el hecho pero lo que realmente pasó allí no sabría contarlo".*

Se está aún *"colgado",* deslumbrado por el estallido que se produjo de la noche a la mañana. La única comunicación posible es la comunión sensible, la vía de la participación. Estamos acercándonos a la casa del terror y es posible que lo más sensato fuera señalarla, dar media vuelta y retroceder. Sin embargo la tentación nos puede y seguimos me rodeando, hay que decir algo de lo que pasa dentro, llegar siquiera al umbral... Las compañeras han intentado ayudarnos, han hablado, han hecho esfuerzos por expresarse. Las hemos oído, una tras otra, consternadas aún, perplejas. Sus largos silencios son todavía más elocuentes ... En

el horizonte de su mirada alguna pesadilla se reproduce con obsesiva persistencia... Y al apretarles la mano, los brazos.los hombros, hemos sentido la corriente profunda, subterránea, de tanto atropello y violación. Nos hemos estremecido de rabia, de cólera, de dolor, de impotencia. Hemos llorado con ellas, nos hemos abrazado, hemos vuelto a acariciar su rostro, sus cabellos rotos convertidos en estropajosas mechas.

12

La emoción lo invade todo cada vez que llega *"otra".* No bastan las palabras, se cierran los puños, se aprietan los dientes, se jura, se maldice... Cojeando por el patio, arrastrando los pies maltratados, encogida la espalda por los hematomas, apoyadas en un bastón, las compañeras van regresando del larguísimo viaje, de la incomunicable aventura y uno se da cuenta de que los relatos recogidos en los primeros momentos sirven sólo para llamar la atención de algunos, son sólo un débil grito, un pálido bosquejo... Lo más serio, el gran caudal de sensaciones, de experiencia dolorosa, queda dentro incrustado en la carne viva como la marca de un hierro candente que ya no se borrará nunca, como un tatuaje en la memoria. Todavía no es tiempo de reflexión. Tendrán que pasar muchos meses hasta recobrar el equilibrio. Acaban de llegar del infierno y aluden constantemente a él y nosotras las acompañamos.

No has hecho más que entrar y caen sobre tí. Te abofetean, te empujan, te sientan, te levantan, te dan puñetazos, te zarandean, te rompen la chaqueta, el abrigo, la falda... te insultan, te escupen, te quitan las esposas,

te parten con ellas la cabeza, te las ponen en los tobillos, te retuercen los brazos, te ponen las manos en el suelo, te las pisan... Es el preludio, el calentamiento, una forma de recibir a la víctima, de anunciarle quién es el que manda, para qué está allí, y de probar que toda resistencia es inútil. De pronto se abre una puerta: entran cinco, ocho, doce... puede que bromeen entre sí, que continúen la conversación, que callen, que se paseen indiferentes fumando, que tosan, que escupan, que se rasquen un ojo, se limpien la nariz, se vacíen una oreja con la uña ... A una señal cualquiera, se disponen para la ceremonia: se agitan, se arremolinan, se ordenan alrededor en mecánica disposición para el juego convenido, aburrido de tanto repetirse... Dan alaridos, saltos, aúllan amenazas, llueven golpes; manos y pies se entrelazan en ciega agresividad sobre la presa... Los gritos te aturden, te sofocan, te angustian, te ahogan; el cuerpo te quema. Empieza atronador el martilleo de las órdenes: al suelo, de rodillas, corre, más deprisa, descalza, en cuclillas, contra la pared, en la mesa boca abajo, las plantas al aire, sigue corriendo... Los garbanzos se clavan en la carne, los palillos entre los dedos te parten los huesos, algo se quiebra. Una hora, dos, tres. Se turnan, vienen otros frescos, en plena forma; otra vez a empezar... tiran del pelo, lo arrancan, estrellan la cabeza contra la ventana, se vuelca una mesa, la máquina de escribir te abre una brecha en la rodilla, sangras... sangre en las manos, en la nariz, en la boca, se están reventando los dedos: crecen por momentos; los pies alcanzan proporciones de elefante, arde la cara. Te tambaleas, te doblas, te retuerces, sudas, una nube lo empaña todo, pierdes el conocimiento. Regresas —qué desgracia volver—, te echan agua por encima, permaneces inmóvil o tiemblas o te convulsionas con espasmos. Se alarman, corren, entran otros curiosos, te tocan, te pellizcan, te dan con la punta del pie, te acercan una cerilla a la nariz. Aparece el médico cómplice, cínico, sonriente, personaje clave en la comedia: *"¿Cómo ha sido esto? ¡qué barbaridad! ¿se ha caído? ¿estaba saltando? ¿jugando? ¿bailando acaso?".* Coge la muñeca, escenifica, pega el fonendo en cualquier parte: *"no es nada, un simple soplo, un mareo, una crisis, la tensión, la histeria, el miedo; pueden seguir, continuar, llevar adelante, terminar, luego volveré..."* Ahora es otro el que pasa al ataque, un jefe, alguien que con su presencia establece el silencio; los demás se retiran respetuosos, despacio; fin de cuadro: una tregua. Se sienta el canoso, se inclina paternal, solícito. *"Veamos acabemos de una vez han jugado contigo te han denunciado te han delatado no merecen lo que estás pasando por ellos te venden te engañan te utilizan te*

explotan se aprovechan de tu juventud de tu inocencia de tu ignorancia de que eres mujer abusan te joden les das satisfacción son unos vividores unos asesinos reconsidera mejor estarías estudiando trabajando lavando en el río en la fuente en la pila qué disgusto tus padres pobres o ricos en cualquier caso víctimas los traeremos aquí verás lo que les vamos a hacer su ruina y a los hermanos que pueden pagar por tí que tengo hijos como tú que me das pena que te quiero ayudar si me ayudas no me agotes la paciencia que tengo mucho genio que me está dando que me sacas de las casillas que te doy que te mato"... Y la bofetada, los cinco dedos plantados en medio de la cara, una palma enorme que alcanza el ojo también —es verdad eso de las estrellas como fuegos artificiales en la noche— y otra vez y otra vez y el puñetazo de despedida y furioso: *"Ahí os la dejo para que le deis una lección es una descarada una bruja un engendro un cuarto de kilo una miseria de mujer...".* Y otra vez al suelo y todos como fieras y la madre que te parió te vas a acordar de esto y de aquello y mira está con el mes la guarra pues a darle fuerte en el vientre que aprenda cochina asquerosa ... Y tú te orinas y se burlan y te da lo mismo, revolcones sobre lo mojado y más patadas y escupitajos y toda la amargura de tanta frustración, la impotencia, el rencor, la envidia, el odio de todo lo reconcentrado y reprimido que llevan dentro cayéndote encima ... Como bestias feroces, el instinto ciego, el pensamiento muerto, una rama involutiva del mono que degeneró ... Tratas de animarte, de encoraginarte, hay que resistir. Estás inmóvil. Se agachan, te sacuden, vives aún: *"eres una puta una comedianta, nos la pegas.*

14

¿Quieres que te sobemos? ¿Estás caliente? ¿Te gusta joder, verdad? ¿Con quién te gusta más con Paquito con Juanito con Pablito, con el jefe, con todos los rojos, por qué no pruebas con uno de nosotros cabrona? Te vamos a esterilizar ... ", Intervienen todos a la vez, las frases se superponen, no se entienden casi, te van a destruir el sexo, quemar los pelos, arrancar lo que da el gusto... te pellizcan el culo, las tetas, se ríen del lunar del ombligo, se ríen con un gozo especial... *"Verás lo que te vamos a hacer: drogas un palo en el cono te abriremos las piernas la vagina la matriz no podrás tener hijos rojos con el Pablito el Paquito el Juanito a ver si eso les gusta si son valientes ¿no les oyes cómo gritan ahí al lado? ya no tienen cojones, se los arrancamos, se los pisoteamos, se los hacemos comer.* Y el baboso, el más repugnante de todos, senil, de rodillas, tocándose descaradamente sus partes, moviendo el cuerpo de un lado a otro, rascándose a fondo por ahí dentro sin dejar de soltar sapos y culebras, de proferir amenazas, estimulantes para su animal

impotencia. Estáis solos. *"Te haré terribles torturas te castraré te haré esto y aquello y así y asá...".* Y ya no te importa nada, el aliento jadeante casi encima, los ojos brillantes, la sacudida final y abalanzándose ya como una bestia, dos manos en el cuello, te va a partir la nuez, te ahoga. *"Te voy a matar hija de puta".* La náusea, el vacío, no puedes arrojar, te desvaneces otra vez, es una larguísima agonía... Otra tregua. Te han llevado entre varios a otro despacho, todo se repite, volverá a empezar dentro de unos minutos. El médico sigue sonriente, observa las nalgas moradas, las heridas, recomienda pomadas, inyecciones, comprimidos para la terrible y aparatosa hinchazón que no es nada, que es ñor mal, que sucede todos los días, que no se preocupe, que aquí se caen muchos... Eres ya un monstruo muy voluminoso que yaces sobre una sucia colchoneta de hule, pasan observadores indiferentes obcecados en otras ocupaciones, te ignoran. Alguien se empeña en que te tomes un calmante, te niegas, te resistes, puede que te droguen, te aterra perder el conocimiento... Me harán lo peor, ¿qué es lo peor? Te violan, te matan, te descuartizan, te llevan a las afueras, te arrojan al río, a un pantano, por un barranco, por una ventana, a la basura, nadie sabrá lo que han hecho contigo, gritas... Piensas en Carpentier, en el Bosco, en Solana, en el pueblo perdido de Salamanca, de Zamora, de Teruel, arracimados todos delante de la pantallita, las bocas abiertas, los ojos desorbitados, inmóviles en el pequeño bar oscuro, apretujados, incrédulos, las boinas encajadas, ante la TV, pasmados, imposible lo que ven: pistolas, armas, imposible, no parecía, ya decía yo, se fué, vino ¿qué ha hecho? Terrorismo, la guerra... Te matarán, es seguro que te matarán... por qué no lo sabes pero no importa, te matarán y otra vez como una veloz película retrocediendo: los toros, la guerra, la postguerra, fogonazos falleros, luces, voces, Valencia es la tierra de las flores, la capa, el sombrero cordobés, el turismo, la imaginación dialéctica, la lucha de clases.

15

Sade es más comprensible, entiendes la zarzuela, el sainete, la fórmula de la celulosa ancha, espacial romboide arquitectónicamente., . La realidad compleja, vomitas el realismo socialista, el cubismo se acerca más, todo descompuesto pero esto no hay Dios que lo recoja, que lo fotografíe, que lo plasme, que lo filme... Te duelen las tetas, el culo, te pincha la carne, el tópico de las mil agujas es verdad. Piensas en las tentaciones de San Antonio, en el entierro de la sardina, en el tercer mundo, en las españolísimas piedras de Avila, en la gran Teresa y en San Juan de la Cruz. Tienes ganas de reír, de llorar, de segregar por todas partes... Te bajaron al

sótano, siquiera estarás sola. Y otra vez la espera y el vendrán de nuevo, ahora, y el parece que se oyen cerrojos, goznes, chirridos, llaves, pasos que se acercan... Alguien observa desde la mirilla, alguien vigila, espía... que destape la cara, que ponga las manos fuera de la manta, no quieren que me mate o pueda que se masturbe también, como los otros, siempre la misma hispánica obsesión, el mismo problema de la jodienda, con las gallinas, con las cabras, con las putas en el coche celular... Y ahora pare ce que hay más de uno, que regañan a alguien, que se enfurecen, pero no, es entre ellos, se intercambian palabras, insultos, su forma habitual de comunicarse, joder, me cago la leche, puta la madre que te parió, cabronazo, vete a la puñeta, a tomar por el culo. No me van a creer, no lo voy a saber contar, no me van a creer... dirán que me lo invento, que qué graciosa, que qué humor —y estoy llorando— esto hay que vivirlo, me callaré, me callaré...

"Compañera, nadie que no lo haya vivido puede saber lo que es aquello" "Lo que yo he visto y sentido allí no lo podré comunicar nunca y, sin embargo, me ha marcado para toda la vida".

Las compañeras, cuando el tema surge y una pregunta, suelen decir que en cierto modo es preferible la tortura física a la síquica, pero es tan sólo un modo de hablar porque en realidad casi no se distinguen las fronteras. Pero sí, algo hay que señalar con insistencia: *"La tortura física es más soportable, incluso parece que te despierta una rabia que te mantiene fuerte..." "Yo me decía llena de cólera entre grito y grito de dolor: no podrán, me dejaré matar pero no podrán y me sentí con fuerzas para resistir. Lo peor fue cuando me trajeron a mi hermano y me dijeron que lo estaban torturando y que harían ¡o mismo con los más pe queños si no hablaba. Entonces me derrumbé".* Es evidente que las coacciones de este tipo tienen efectos muy profundos: el padre, el compañero, los hijos... Instantes en el vacío que uno cambiaría por la mutilación y la muerte propia. *"Lo peor no eran las heridas de los pies sino la amenaza de que iban a castrar a! compañero".* Amenazas que se producen siempre sobre un cuerpo dolorido, agotado, martirizado hasta casi la insensibilidad y desde la gran desolación que produce la impotencia de estar en una ratonera sin salida.

16

Todo tipo de insospechados y sabios mecanismos de defensa acuden a socorrer: huidas de la realidad inmediata, cortes, crisis; hay quien se paraliza biológicamente sobrecogido. Pero lo más frecuente es el TERROR.

Desde los horrores físicos sufridos en la propia carne se entra en

un extraño viaje poblado de amenazas nuevas en el que todo es posible.

Espantada, la víctima ve cómo la realidad pierde sus perfiles cotidianos y se deforma; se llega así a situaciones límite desde las que vislumbran vertiginosos abismos. Es entonces cuando puede que entren en juego extrañísimos elementos cuidadosamente *"puestos allí para esto"*. Muchas compañeras coinciden —y nosotras participamos también de esa experiencia— en que oían gritos angustiados, lamentos de niños que parecen familiares, trozos de interrogatorio en los que el que habla se aseguraría que es el hermano, el compañero. Procede todo de algún lugar alejado, remoto. Otras veces son sonidos agudos, golpes monótonos, música suave... Se tiene la vaga conciencia de que no es real, de que alguna grabación oculta se ha puesto en funcionamiento... ¿O se estará uno volviendo loco? Es difícil distinguir lo que pasa, todo es confusión. Y, de pronto, el grito horrible, desgarrador, del ser humano atrozmente torturado en el vecino despacho... ¿del padre, el hermano, el camarada?, ¿lo estarán matando?, ¿castrando? Desesperado, uno grita para devolver el eco; que sepan que no están solos. Intenta correr para intervenir de alguna forma pero se pelea inútilmente con la cadena: imposible más de unos pasos; como a un perro, te han dejado esposada al radiador, a una tubería cualquiera, a una ventana cegada y las muñecas llagadas son casi un alivio y vuelves a postrarte sobre la colchoneta largas horas como pozos sin fondo...

Se ha quedado todo en silencio. Estaban bromeando y de pronto se han ido a comer, a cenar, a tomar unos vinos... qué raro ambiente el de esa tregua en la habitación misma en la que acaban de suceder tantas dantescas locuras... Uno habría imaginado la cámara de torturas de otra manera, un cuarto con instrumental adecuado, científico, un lugar más aséptico, nunca esta especie de destartalado desván; se diría que es un sueño.

17

Hace escasos minutos te han tumbado sobre un viejo somier enmohecido para fustigarte las plantas de los pies —que ya no notas— con el mango inservible de algún objeto roto que han astillado contra ellos... O te han sumergido la cabeza en ese pilón lleno de agua sucia y has sentido la asfixia del que se ahoga... O te han colgado en esa especie de gancho herrumbroso y te han hecho oscilar como un péndulo desde el alto techo... O te ha tumbado en ese sofá desvencijado cuyos muelles asoman por entre el terciopelo granate y sucio... Es sorprendente el decorado de la hispánica tortura, esos cuartos trasteros en los que uno es depositado como si fuera un inservible objeto más, codificado como estos muebles vulgares, llenos de historia reciente, que en su desgaste conservan aún el calor de otros usos. Ese

somier convertido en máquina infernal cuyos yerrecitos se clavan en el cuerpo joven, ¿a qué cama debió pertenecer antes de ser lecho de martirio? Ese sofá, ¿de qué salón procede, cómo llegó hasta aquí? ¿Qué hago yo en ese despacho, en esa celda, en ese calabozo? ¿Qué hago en el suelo de esta mazmorra, junto a ese montón de moscas verdes que agonizan inmóviles, debajo justo de la calle de Guzmán el Bueno de una ciudad llamada Madrid?

Y otra vez los pasos, y las voces, y los insultos y... Una, dos, cinco, doce veces se repiten los interrogatorios con nuevas variantes de terror. Y es cuando uno, agotado, extenuado, desea sinceramente acabar cuanto antes: " *Tenía tal dolor y era todo tan irresistible que varias veces pedí que me mataran y eso les ponía más furiosos y arremetían de nuevo".*

Se llega a situaciones extremas en las que por miedo a que lo maten a uno, uno se mata. *"Me van a matar. Yo me mato. Y presa de terror me daba cabezazos terribles contra las paredes del calabozo".* Es en momentos así cuando hay personas que se arrojan por una ventana pues, además, ellos han abierto provocativamente insinuando que lo hagas. Otras veces, a fuerza de presentar una declaración ya escrita, se termina por ceder sin siquiera leerla, como un suicidio. *"Yo quería terminar cuanto antes aquel calvario; lo hubiera firmado todo, hasta mi sentencia de muerte, con tal de que me dejaran en paz. ¿Y qué es si no, una sentencia de muerte lo que a veces firma uno?"*

18

Ese infierno puede prolongarse días y días: *"Yo puedo dejarla aquí un mes, dos, lo que haga falta",* me dijo en la DGS el juez militar... In fiemo sin descanso posible, en el que aún los momentos en que a uno le dejan abandonado en el calabozo están presididos por el escarnio y la humillación; en que la condición de mujer sigue siendo un elemento más de tortura: *"Era terrible cuando entre varios grises*[4] *me tenían que llevar en brazos a! servicio. Me sujetaban sobre la taza y tenía que hacer mis necesidades casi a! aire porque no me podía apoyar, las nalgas eran una pura Haga. Mientras ellos bromeaban, a mí se me saltaban las lágrimas de humillación..."*

En que el temor a la desintegración y la locura es constante: *"...eran como monstruos intentando volverme loca..."* Unos momentos tanto más terroríficos en la medida en que aparentan ser personas normales... Vestidos a la moda, cortado el pelo a navaja o peinando descuidada melena, se interesan únicamente por el fútbol en los intervalos de *"su trabajo"* —un

[4] Grises: policías de uniforme gris. El Cuerpo se llama "Policía Armada" N. del E.

oficio corto otro cualquiera— y al terminar se recogen pacíficos al hogar en donde les espera la familia. Son ciudadanos respetables que observan buenas costumbres y que hasta es posible que cedan con esmero el paso q los vecinos cuando coincidan en el portal. Se les distingue tan poco y son tan normales que al pensarlo con detenimiento uno se inquieta: ¿No estaremos rodeados de policías por todas partes?

Terror y extrañeza son las constantes que hemos observado. Se pasa de lo uno a lo otro con la misma velocidad que cambian las situaciones: *"Recuerdo que en medio de una "rueda"*[5] *de golpes alguien abrió la puerta y dijo: ¿Os acordáis que hay boxeo esta noche en la TV? Y todos salieron a gran velocidad dejándome descansar hasta el día siguiente, y yo empecé a reírme y me entró miedo de estarme volviendo loca".*

Estábamos en el umbral de la casa del terror. No hemos hecho más que asomamos de la mano de las compañeras y hemos vislumbrado si más aterradoras. No nos sentimos capaces de describirlas. Renunciamos a seguir y nos retiramos pensativos.

19

****

De uno en otro horror, la víctima regresa después de recorrer el largo camino que la conduce hasta aquí: hasta la Prisión. Las huellas aún visibles en su cuerpo, ha pasado por entre ojos que no ven, por entre oídos sordos, por entre bocas que callan... Todos tratan de ignorar lo que ocurre, de mirar hacia otra parte, de desviar la atención... Ese médico que comparece en la hora crítica y atiende como si nada, ese practicante que le asiste, ese sicólogo que observa reacciones para perfeccionar los métodos... Esa señora de la limpieza que ríe el chiste con el guardia a pocos metros de la agonía, ese cocinero que retira después de cada comida el plato de aluminio que ni se tocó, ese camarero que entra el cafetito al Jefe de la Brigada para reponerse de la energías gastadas... Ese Juez indiferente que bosteza aburrido de la denuncia, ese funcionario que cierra y abre puertas en el Palacio de Justicia sin enterarse del que pasa por ellas, ese médico forense que no da importancia y que valora sólo visibles marcas corporales como si se tratara de un objeto más o menos deteriorado... Esa funcionaría de prisiones que toma la filiación sin comentarios, ese abogado que aconseja no hacer nada

[5] La rueda se forma rodeando los policías al detenido. Mediante puñetazos y patadas en todas partes, se lo pasan unos a otros. N. de E.

por el momento para no empeorar las cosas, esa familia situada que evita el escándalo... Todo un ejército de colaboradores pasivos consintiendo, apoyando des de la sombra con su silencio, sacudiéndose la responsabilidad, eludiendo el compromiso... Si alguien les pregunta, ellos no saben, ellos no entienden. ellos hacen su trabajo, ejercen su profesión, se limitan a lo suyo, no se meten en política... No parece sino que esta triste y lamentable historia estuviera ocurriendo en Marte, que la división del trabajo hubiera dividido también las conciencias, atomizado la dignidad, pulverizado la capacidad de reflejo y de humana respuesta.

Y sin embargo, hay que decirlo: esa profunda mala fe de los que se mueven en los aledaños sin intervenir es lo que facilita el trabajo a los autores directos de la tortura. Tortura de la que, en mayor o menor grado, ellos son también responsables. Tan arropado se siente el que la práctica que, sin pudor alguno, puede dar una razonada explicación llegado el momento. Terminada la declaración, después de unos días infernales, un social destacado le decía a Vicenta[6] mientras le ofrecía, amable, como si nada hubiera ocurrido, un cigarrillo: *"Nosotros somos profesionales. tenemos que pegaros para saber las cosas y lo hacemos lo mejor que sabemos. Es nuestro oficio. Si el Régimen cambia nosotros seguiremos. Somos necesarios."*

20

En esa larguísima cadena de cómplices y encubridores que va desde el médico-policía hasta el ciudadano que teniendo noticia se calla, a la Jurisdicción Militar le corresponde un puesto muy destacado.

Cuando uno comparece por primera vez ante el Juez militar, cosa que suele ser en los sótanos de la DGS, y se le explica que allí mismo, en los despachos contiguos, acaban de torturarle, se incomoda mucho y le corta bruscamente el relato que se niega a transcribir junto a la declaración. *"Eso hágalo constar aparte, en forma de querella; nosotros no tenemos nada que ver en este asunto. Nosotros no torturamos".* Otras veces, si se trata de un Juez más inexperto, recoge la denuncia en el sumario y hasta aparenta conmoverse. Algunos, por el contrario, ni se molestan en guardar las formas. Cuando se hace alusión a los malos tratos dicen con toda naturalidad: *"Será porque usted se niega a hablar..."* Luego, en cualquiera de los casos, se irá, dejándole de nuevo en manos de la Policía.

Que existe entre los dos cuerpos —el militar y el policial— una íntima relación y que colaboran ya lo sabíamos. Lo que nos ha llamado la atención

---

[6] El de Vicenta es uno de los testimonios recogidos en este libro. N. de! E.

es la insistencia con que los militares lo niegan. Les molesta que se les asocie a la tortura, como si su prestigio no pudiera asumir aquella bárbara manera de proceder... Ellos no se manchan las manos así; su conciencia está tranquila al respecto...

Es precisamente esta falacia en eludir el alto grado de responsabilidad que les va en todo ello lo que queremos denunciar.

Cuando después de las horas reglamentarias que dicta la Ley —suponiendo que ésta se cumpla, cosa que no siempre ocurre—, uno es puesto a disposición judicial, es el Juez y no otros el responsable de lo que le pase al detenido. Cuando al tercer día de permanecer en DGS, le dije al Teniente Herrero Beltrán lo que me estaban haciendo y, pese a su apariencia condolida, me dejó seis días más en manos de la Policía, él más que nadie fue el responsable de las torturas de que fui objeto. Cuando, al noveno día de aquel infierno, volvió a comparecer en la DGS y en uno de los calabozos que se empleaba para la tortura, aprovechando mi estado de terror, me dijo que *"si hablaba"* me sacaría en seguida y si no, me tendría allí lo que hiciera falta, con su chantaje se comportaba como un torturador más de los muchos que se movían por allí. Cuando la compañera Pilar Alonso, con la declaración en blanco, fue llevada al Juez Militar, quien dije que no tenía materia para procesarla y se la volvió a entregar a la policía *"para que siguieran",* él fue el único responsable de las terribles torturas a que fue sometida. Y podríamos seguir citando ejemplos... Sin embargo ellos, los militares, eluden, hasta gastan bromas como si se les mintiera y se hacen cínicamente los incrédulos. Cuando Pilar Alonso, completamente morada, irreconocible casi, compareció de nuevo ante el Juez, le dijo "asombradísimo". *"¿Qué te ha pasado a usted?",* sarcasmo frecuente en estas situaciones y que sólo es equiparable al del médico de la DGS cuando pregunta con sorna, mientras cura unos pies reventados: *Te has dado contra algo", "¿ha sido a! saltar?"*

21

Son también ellos los responsables, en colaboración con la Policía, de las excarcelaciones encubiertas bajo la forma de *"una libertad provisional".* Así fue como una buena mañana se llevaron a la compañera Pi lar Alonso. En la puerta de la cárcel, convenientemente avisada, estaba la BIS[7], que prácticamente la secuestró en presencia de su abogado y la llevó a los calabozos de la DGS. Esa "operación" no hubiera sido posi ble sin el

[7] BIS Brigada de Investigación Social. N. del E.

consentimiento del Juez.

Otro ejemplo de colaboración es la demasiada frecuencia con que la Policía consigue "permiso" para entrar en las cárceles a practicar interrogatorios empleando todo tipo de coacciones (Ver testimonio de Encarnación Álvarez).

Ignoramos hasta dónde es o no legal todo esto. Para el caso nos im porta poco. Legales o no ahí están los hechos. Nosotros los denuncia mos; que cada cual recoja lo que le vaya en parte.

22

****

Además de esta íntima colaboración tan negada, que se trata de derivar cada vez que el tema surge, la Jurisdicción Militar tiene sus propios métodos indagatorios. Sus específicas torturas que nada tienen que ver con las brutales formas que conocemos; que son infinitamente más civilizadas, más propias de la institución que las practica. Torturas en verdad sutiles y poco conocidas en nuestros medios y a las que, en general, se les suele dar poca importancia. Se trata de la incomunicación prolongada y el interrogatorio en esa situación de aislamiento, ¿No era algo así el tan espantoso lavado de cerebro con el que se nos amenazaba que nos iban a aniquilar los tan temidos comunistas?

Póngase uno en el lugar del que ha pasado cinco, diez, veinte días en la DGS y le trasladan por fin a la cárcel. Es ingresado en una celda limpia, dispone de cama, de sábanas, de ducha; puede que hasta con un poco de suerte el sol dé alegría a las cuatro paredes pintadas de blanco. (Me estoy refiriendo al complejo penitenciario de Yeserías que es lo que conozco. Sabemos que la cárcel de Carabanchel es mucho peor y que las celdas llamadas C.P.B.[8] en donde encierran a los hombres tienen condiciones muy malas, pero aun así siempre son preferibles al ambiente, además de lóbrego, amenazador, de los calabozos policíacos). En esta especie de "paraíso" al que se llega después de tanto sufrimiento, como el náufrago que toca tierra, son muchas las compañeras que lloran de emoción. Se acabó lo peor y el mundo recobra sus dimensiones. El terror queda atrás y a partir de ahora se puede ya descansar: se acabaron las a menazas, el miedo... Es un poco como si se saliera de una terrible enfermedad y se entrara en una apacible convalecencia. Es tiempo de recuperación: los píes reventados, las manos mutiladas, los dolores internos... todo se irá restableciendo. Relajadas sobre

[8] C.P.B.: Celdas de Planta Baja (Celdas de Castigo). N. del E.

el colchón se cierran los ojos y se siente un infinito bienestar al haber salido de la gran prueba: se vive. Dan ganas de volver a llorar. Los recientes recuerdos se van envolviendo en una niebla que los mitiga; están ya lejos, terminarán por borrarse, no habrán sido más que un mal sueño. Se va recuperando el optimismo; nada de cuanto se pudo decir o firmar tiene demasiada importancia. Una cierta euforia exaltadora tiñe el futuro de soluciones: se espera al abogado, a la familia; pronto se verá a las compañeras cuyas voces se oyen por algún patio. Se diría que uno flota dentro de una nube rosada y que se es casi feliz... Y es precisamente en medio de esa labilidad de ánimo, de esa crisis emotiva tan delicada, cuando se presenta el juez militar para dar noticia de que ha sido decretada una incomunicación indefinida.

23

Al principio no se sabe muy bien el alcance de esta medida pero pronto empezarán a percibirse los efectos del aislamiento.

Encerrada en aquella jaula de dimensiones reducidas que tanto alivio produjo al principio, sin ver a nadie, sin libros ni útiles para escribir, sin más ropa que la puesta ni más objetos que los imprescindibles para el aseo, se irá pasando de la desesperación al agotamiento, del agotamiento al vacío... un vacío en el que algo muy profundo se consume, se desgasta, se atrofia. Lo que se puede producir en el ser humano durante ese tiempo escapa a lo previsible y suponemos que sobre ello existirá más de un estudio.

En ese sentido las experiencias vividas por los compañeros de nuestro sumario —uno de los expedientes más castigados en lo que a incomunicaciones se refiere— son muy interesantes y en su momento pensamos hacer un trabajo tomándolas como base. Téngase en cuenta que ahora el sumario está aún bajo secreto y muchos de los interrogatorios de aquella etapa, que podríamos presentar como ricas ilustraciones de tortura síquica, no podemos sacarlos a la luz. Como una muestra se recoge un careo con Eduardo Sánchez Gatell, después de casi sesenta días de incomunicación, en el que puede verse su estado. Pero su caso no es una excepción. María Luz Fernández estuvo 104 días en el más riguroso de los aislamientos. Cuando se reunió con nosotras tenía muchas dificultades de expresión, no encontraba las palabras adecuadas, decía otras en su lugar, sentía lento y torpe el pensamiento. Cuando a Garmendia y Arruabarrena (Tupa y Tanque) les levantaron la incomunicación, después de más de cuatro meses, lloraban abrazados como niños en la habitación del hospital y quienes presenciaron la escena cuentan detalles conmovedores que revelan

la profunda crisis que sufrían. Antonio Durán, después de sesenta días en celdas de castigo (C.P.B.), casi ciego, pues había perdido la visión de un ojo y la del otro estaba muy reducida, era totalmente otro. La letra de las cartas que recibía su mujer en la cárcel no parecía suya; se apreciaba un temblor alarmante, una letra que, según le dijeron a la cuñada en la Dirección de la Prisión de Carabanchel, estaba siendo estudiada por el sicólogo para ver el *"grado de maldad"* que contenía (I). El padre de María Luz Fernández intentó suicidarse —cortándose las venas— después de nueve meses de aislamiento angustioso por lo que fue trasladado al Hospital Siquiátrico. Y podríamos seguir...

24

Pero los militares no dejarán de repetir, cada vez que la ocasión se presente, que ellos no torturan y que la incomunicación es tan sólo un trámite normal.

"Yo la podía tener a usted así un año, viniendo de vez en cuando a interrogaría y usted lo resistiría", me dijo el teniente Herrero Beltrán con sonrisa siempre amable cuando yo me quejé de que atravesaba una gran depresión, y sólo consintió en levantarme la incomunicación cuando el médico de la cárcel hizo un informe de la gravedad de mi estado. Cuando protesté por las inhumanas condiciones en que se tenía a los compañeros de Carabanchel volvió a sonreír: *"Los hombres resisten más que las señoras; con ellos somos siempre más duros... No se preocupe, que aguantan".* Cuando le pedí que al levantar la incomunicación de Eduardo Sánchez, que era menor de edad, lo juntara con los demás compañeros de sumario, me cortó autoritario: *"Yo sé lo que debo hacer; me interesan mucho los problemas de la juventud. Este chico es un peligroso comunista pero hemos llegado a tiempo de regenerarlo. Yo lo salvaré".* Y de la incomunicación de dos meses lo mandó al "Reformatorio"[9].

Los militares consideran la incomunicación algo tan normal que recientemente, con motivo de pasar el sumario de la Calle del Correo a un nuevo Juez, éste le preguntaba al abogado de María Luz, con una candidez asombrosa, si su defendida seguía aún incomunicada... ¡Casi quince meses después de la detención I Lo cual no podemos ocultar que nos preocupa bastante cuando pensamos que gran parte de la suerte de nuestro futuro está en sus manos.

¿Qué es lo que puede ocurrir desde esta incomunicación tan "sin

[9] Una sección de la Cárcel. N. del E.

importancia"?

Cortado todo otro tipo de relación, el único cordón umbilical que une al procesado con el mundo es el contacto con los militares. Se producen fenómenos de todo tipo. A la semana de aislamiento absoluto hay quien desea la visita del Juez, dado que es la única posibilidad de intercambio, incluso si la entrevista supone un interrogatorio. Los militares lo saben tan bien que el teniente Herrero Beltrán después de un enfado reaccionó violento y "castigó" a María Luz a ... no venir a verla durante dos meses. Pero no son menos torturantes las largas visitas de los primeros días, cuando uno está todavía bajo los efectos del choque policíaco. Visitas que pueden prolongarse horas y horas con el consiguiente agotamiento. Durante las dos primeras semanas de mi incomunicación, calculo que pasaría un promedio de seis horas diarias de interrogatorio. A veces llegaban los militares a las dos, a las cuatro, a las cinco de la madrugada. *"Es la vida castrense* —diría el teniente Herrero Beltrán, agobiado-; *para nosotros no hay horas, no hay fiestas, es el Deber..."* En cierta ocasión empezamos a la una de la tarde y terminamos a las tres de la madrugada con gran preocupación de las funcionarías del Centro. Los bostezos se suceden y una especie de vacío y somnolencia se apodera de uno... Puede que entonces venga la pregunta que se guardó precisamente hasta llegar a este límite ....

25

Si se tiene en cuenta que el objeto de la indagación es muchas veces un problema que no guarda relación con el encartado y que en ocasiones se recurre a métodos totalmente inmorales para forzar la respuesta deseada (los padres y el hermano de María Luz fueron coaccionados durante mucho tiempo para que declararan en contra de ella y Encamación Álvarez —la madre— llegó a un estado de desesperación tal que, de no habérselo impedido una funcionaria que presenciaba la escena en el Hospital Siquiátrico, habría aceptado firmar la declaración que le proponía el teniente Herrero Beltrán ¡en contra de su hija! Cosa además, totalmente ilegal porque ningún padre puede hacer este tipo de declaración.[10] A mí se me coaccionó con una declaración del hermano de María Luz que luego resultó no tener ninguna validez... Si se tiene en cuenta todo esto, digo, se comprenderá la gravedad de tales situaciones.

****

26

[10] Ver su testimonio. Nota de la Autora.

A la situación de por sí torturante de la incomunicación y el interrogatorio viene a sumarse la imposibilidad de diálogo entre personas que habitan en dos universos diferentes, que tienen dos concepciones del mundo opuestas. Cientos de años del más espantoso oscurantismo, de carcundia y reacción, de *"esto es así porque lo fue siempre",* de *"se nace, se hereda"* de *"no me discute y aquí mando yo"...* Toda una interpretación clasista y dominante de las relaciones humanas concentrada y aplicada con esmero a la observación minuciosa del que se siente al otro lado de la mesa: un delincuente especial y muy peligroso llamado terrorista.

Ya no se trata sólo del absurdo delirio en el que a uno le han implicado hace tiempo sino de la impotencia del lenguaje para defender se. Las palabras no sirven, llegan cargadas de extraño contenido, emplea das de otra manera, con significaciones muy distintas y no se pueden utilizar. Las dilatadas conversaciones no progresan, giran y giran, hasta el aburrimiento, sobre datos secundarios que guardan poca relación con los hechos a que se quieren referir y que no son más que sondeos para detectar, explotar, conocer la naturaleza del recién procesado, de cuya culpabilidad, sin la menor duda, se parte.

Llega así el encartado al convencimiento de que la suya es una causa perdida y de que lo que allí ocurre es pura tramitación para llenar un expediente en el que, de antemano, se ha colocado la etiqueta clasificadora. Acorralado: compañero de los negros de Harlem, de los cada vez más exterminados indios o de los llamados esquizofrénicos en nuestras sociedades altamente industrializadas... hermano hacia lo hondo de la Historia de los que murieron empalados, en piras y en hogueras, en tiempos no menos oscuros que los de hoy por pensar distinto a los que desde o tras ópticas juzgan desde el Poder, se siente más acosado y perdido cada vez. Sabe que está fuera de juego, marginado, señalado, perseguido. Todo intento de explicar y justificar será interpretado en contra; toda protesta amordazada; cualquier gesto reducido cuidadosamente, con la camisa de fuerza si fuera necesario...

Es así como, petrificado en la silla, el encartado deja que los acontecimientos sigan su curso.

27

Puede que le toque en suerte un Juez altivo, de mirada severa y gesto antipático que, sobrio en palabras, haga preguntas concisas, ciñéndose a hechos concretos, dejando de por medio larguísimos intervalos para la meditación que el complicado problema requiere ; punzantes preguntas

cargadas de desprecio que encierran amenazadoras medidas en un futuro inmediato y que ya presuponen la decidida toma de partido hostil. Puede que, por el contrario, le toque un Juez jocoso y campechano que bromea con las cosas más serias y se ríe de sí mismo; un juez que aparenta no dar importancia alguna a un asunto que *"accidentalmente",* ha caído en sus manos por azar, como un engorro, y del que se deshará en la primera ocasión que se lo permitan aunque, ahora, "usted comprende", no tiene más remedio que llevar adelante las diligencias. Puede que se trate de un Juez extremadamente escrupuloso dispuesto a analizar con minuciosidad los más insignificantes detalles para esclarecer aquella Causa, que reviste mucha gravedad, y que ha tenido el honor de que le fuera encomendada por sus superiores. Puede que, atónito, tenga que oír peregrinas observaciones como las hechas a la compañera Pilar Alonso: *"Qué lástima que en la DGS no hubieran acabado con usted; así no tendríamos el trabajo de interrogarla ahora...",* frase dicha seguramente en un momento de ofuscación nerviosa, tratándose de un mi litar, siempre atento con las señoritas. O sutilezas gentiles, como las que oímos nosotros de boca del teniente Herrero Beltrán cuando después de leer el documento de mis torturas se condolió muy sinceramente: *"Es horrible, señora, horrible que le hayan hecho una cosa así... porque a Duran es distinto, se trata de un obrero y se comprende, pero a una persona culta como a usted..."* Puede que llenos de prisa, apremiados por las circunstancias, mirando continuamente el reloj mientras que dictan al mecanógrafo, despachen por encima el asunto sin considerar las consecuencias que pueden derivarse... Puede que sea verdad que todo aquello les importe muy poco y que hasta les moleste... O puede que, dominados por un sentimiento mesiánico, se apresten a intervenir activamente para enderezar entuertos y regenerar a algunos jóvenes descarriados que se ha descubierto que leían en grupos de a cinco *"El Capital".*

Y hasta puede que opinen que el "Reformatorio" es un centro muy beneficioso para corregir esas desviaciones tan perniciosas. Muchas son las formas en que los militares, siempre uniformados, con sus distintivos de grado y de arma, pueden desfilar ante sus ojos expectantes, pero sea cual fuere la manera particular y personalísima de dirigir la instrucción del sumario por parte de aquella jurisdicción tan singular, su conducta está siempre determinada por una filosofía común a todos ellos y desde la que el encartado es El Enemigo. Un feroz y terrible enemigo que de alguna forma

—y eso es lo que se disponen a averiguar— se proponía dinamitar los cimientos de un Orden que tantos sacrificios les ha costado.

28

Caballero designado por la alta superioridad del honorable cuerpo al que pertenece para la delicada y no menos difícil misión de poner en claro asuntos nada gratos y de los que, según parece, hubieran podido derivarse gravísimas consecuencias para la integridad de la Nación y el Estado.

Elegido entre otros muchos, puede que por ser doctor en leyes y especialista notorio en la materia... O puede que en atención a su brillante hoja de servicios —queda constancia de una fidelidad por encima de lo corriente— ya que no a sus conocimientos de Jurisprudencia, tan rudimentarios en su caso que no han rebasado nunca los de la usual legislación empleada en el cuartel para sancionar faltas de indisciplina y otros desmanes que comete la tropa... O puede que por otras razones más ocultas y que no vienen al caso ahora...

Convocado con urgencia desde otros destinos —menos importantes en aquellos momentos, no cabe duda, cuando la Jerarquía lo dispone así— para personarse sin pérdida de tiempo en la sección correspondiente de aquella Capitanía, tan activa en los últimos meses.

Llamado nada menos que por el Capitán General, máxima autoridad en lo que a la Jurisdicción Militar concierne, puesto personalmente por él en antecedentes y al corriente de algunos hechos alarmantes que han producido consternación, ya no sólo entre las filas del Ejército sino también en otras esferas del Gobierno. Informado de la tenencia de algunos detenidos y de otros detalles que por el momento deben permanecer secretísimos, el Teniente, Capitán, Comandante, Teniente Coronel o cualquiera que fuese el grado del que instruye la causa, asume con disciplina castrense la responsabilidad encomendada y se dispone a investí gar el asunto. Desde este momento —nos referimos a nuestra experiencia personal ya no cejará en su objetivo.

Partícipe de la tensión que reina en los medios oficiales que frecuenta, en donde circulan los más alarmantes rumores, que de hora en hora se agigantan y alcanzan proporciones sorprendentes, empieza él también a presentir que aquellos sólidos pilares sobre los que se asienta el bienestar del que disfrutan y que parecían inamovibles, pueden resquebrajarse de un momento a otro sacudidos por la conmoción general que recorre el país: una oleada de desórdenes y violencia, de desmanes y terrorismo que, aunque no hacen sino confirmar que ya estamos en Europa y que hasta aquí también

llega el consecuente peligro que amenaza a los pueblos de creciente desarrollo, cuyo alto nivel de vida despierta apetencias nuevas, necesidades que antes no lo eran y todo tipo de ambiciones materiales, en las mentes sencillas del pueblo trabajador, no dejan por ello de ser inquietantes. Contagiado por aquella neurosis de cataclismo no puede apartar de su mente la pesadilla, lo que sería de aquella sociedad tan pacificaban floreciente, con características tan propias, nada foráneas y tan desligadas, por fortuna, de las de otras sociedades de allende de las fronteras —corroídas siempre por el liberalismo y demás males que de ello se derivan— si de la noche a la mañana, se transformara, por una revolución, en reino de anarquía y vandalismo.

29

Y es así como, sintiéndose cancerbero de aquel Orden, se lanza a elaborar planes y a considerar, meticulosamente, los numerosos peligros que amenazan a las numerosas seguridades que hasta ayer parecían invulnerables.

Puede que el peligro, aunque en apariencia generalizado, no sea más que un embrión o minúsculos embriones que se puedan abortar; pequeños focos constituidos por minorías aisladas —lo más seguro agitadores profesionales al servicio de potencias extranjeras que, como ya es costumbre, han venido a perturbar la tan envidiable vida de los españoles. Mercenarios, pagados con el oro que en otros tiempos nos perteneciera, que utilizan ilegales vías para entrar, documentos falsos para encubrirse, que se disfrazan y emplean sin escrúpulos todo tipo de ardides para no dar la cara y cobardes actúan desde las sombras y desde ellas mueven para sus vergonzosos fines subversivos a incautos compañeros de viaje, tontos que se dejan utilizar y que son casi tan dañinos como los mismos que los manejan.

Puede que el peligro sea más grave. Puede que el mal esté más arraigado y haya prendido con fuerza y se extienda en ramificaciones insospechadas, lo mismo que un tumor maligno, y su extirpación ya no sea sencilla y haya que intervenir con más drásticas medidas. Sabida es de todos la gran apertura —que muy bien pudiera llamársele desmán— de los últimos tiempos en materia de películas, de revistas y de toda clase de literatura pornográfica que no ha hecho sino sembrar la mala cosecha que ahora estamos empezando a recoger: la entrada fácil y el arraigo de la ideología marxista que prende como la estopa en la mente de la juventud tan propicia a dejarse engañar por las modas. Pero a él —forjado en la dura contienda de la Cruzada, zorro viejo en esta clase de tretas— no se le escapa que detrás de

todo aquello, tan en apariencia normal, muy bien pudiera estar la mano del comunismo destructor o de la satánica masonería aniquiladora del hombre.

30

Puede también —no quiere ni pensarlo— que se trate de infiltraciones en profundidad más que en amplitud geográfica, penetraciones agudas, mucho más certeras, que hayan llegado hasta el mismísimo corazón de las Fuerzas Armadas y aniden allí, emboscadas, esperando con calma, acechando el momento de asestar a traición el golpe mortal. Militares renegados, lo más seguro, indignos del uniforme que visten y que pisotean los juramentos de honor a que ello obliga y a los que será preciso castigar con la máxima dureza cuando se les descubra, pero que ahora están ahí, confundidos entre los demás, sin que se les pueda distingir, actuando desde las sombras; Enormes orejas escuchando noche y día, ávidas pupilas fotografiando secretos documentos que serán transmitidos veloces, por misteriosos caminos, hacia cerebros lejanos de enemigos que dirigen a distancia y coordinan infernales planes para acabar con nuestro civilizado continente. Un incalculable ejército soterrado, trabajando infatigable en su labor zapadora de espionaje —quién sabe si para el mismísimo peligro amarillo que ahora se disfraza de rojo— burlando la vigilancia, que hasta hoy se creía tan eficaz, de los servicios especiales los cuales, como ahora se está viendo, no disponen muchas veces de los medios adecuados para enfrentarse a las internacionales organizaciones de la subversión y del crimen. Topos expertos que emplean modernísimas técnicas —que muy bien pudieran en este caso, dada la proximidad y las circunstancias favorables de revolución y desorden que las sacuden, haber sido aprendidas en lusitanas tierras con las que hay indicios de contacto— para minar los cimientos del edificio estatal con tantas garantías defendido durante los últimos lustros.

Puede que el peligro no sea uno sino varios, una mezcla de todos los anteriores, formando una vasta red complicada, orquestada desde distintos puntos en una confabulación sin precedentes y de tal magnitud que exija últimas actitudes heroicas para las que habrá que preparar se y para las que está totalmente dispuesto.

Puede también que, por el contrario, en lugar de influencias extranjeras, de revoluciones importadas del vecino Portugal o de la lejana Cuba, tan pródiga en estas exportaciones, se trate sólo de locales peligros —no por ello menos graves, pero de otra índole— que brotan en zonas muy delimitadas y desde muchos años conflictivas. Reavivación de problemas

endémicos, sin posible solución, por tratarse de obstinados racistas que se empeñan en no hablar la lengua de todos y proclaman con insolencia que no son españoles como los demás, y que se niegan a aceptar que la patria es una sola, indivisa y que, por ello mismo, debe ser guiada y conducida por un mismo Jefe que desde el centro —¿de dónde si no?— debe mantener el control general. Grupos fanáticos, anclados en el pasado de una historia no cabe duda por ellos amañada, que esperan propicias ocasiones para levantar la voz pidiendo trasnochados estatutos, libertades muy particulares y una serie de desfasados derechos, ya superados hoy en el mundo moderno, y que no hacen más que evidenciar que la única causa que los mueve es el odio que nos profesan. Grupos étnicos alimentados por ancestrales costumbres, que se aferran a oscuras raíces cuyo origen se pierde en la noche sin fondo de la prehistoria y que tercos no quieren adaptarse a las necesidades presentes de unidad. Grupos soberbios que nos rechazan, que nos miran por encima del hombro, que nos ofenden pintando consignas en idiomas incomprensibles sobre los muros, como bofetadas, y que en lugar de la tan preciada bandera bicolor, que a todos nos auspicia, izan otras que, para mayor escarnio, colocan en escarpadas cumbres inaccesibles, cuando no en cables asesinos de altísima tensión en donde perecen electrocutados los abnegados funcionarios que tratan de descolgarlas. Gentes apegadas a lo suyo con las que no hay diálogo ni pacto ni acuerdo; que no transigen y que incansables piden , una y otra vez, autonomía y libertad —palabras explosivas, preciso es reconocerlo, que, no puede evitarlo, desencadenan en su sensibilidad de mesetario integral portador de los valores más eternos, un incontrolable furor ... Grupos odiosos que, provistos de descomunales tijeras, andan en busca de la ocasión propicia para recortar del mapa aquel trozo de tierra gallega, vasca o catalana para aislarlos del resto y dejar sumida en la miseria a los pobres moradores de la desolada altiplanicie, tan seca y continental. Focos candentes propicios al estallido, que ponen continuamente en peligro la unidad de la Nación y con los que será preciso emplear mano de hierro para doblegarlos y conseguir que pasen por el aro de nuestra historia actual, que es la de los tiempos modernos y de progreso que corremos...

32

Tiempos de expansionismo y acelerado crecimiento, que no puede ahora pararse a analizar dada la premura con que debe llevar la indagación que tiene entre manos, pero que es evidente que son tiempos que dictan necesidades de otro tipo, mucho más adecuadas a la cada vez más exigente explotación de las grandes fuentes de riqueza que todavía dormitan en las

entrañas de la tierra y que tantos beneficios nos tienen que proporcionar aún. Y es por lo que le resulta incomprensible que ahora que las grandes Empresas se reagrupan en poderosos monopolios, para el mejor desarrollo de la Industria; ahora que los Bancos se funden para aumentar, con el conjunto de unos pocos, el número de los poderosos; ahora que todos los países prósperos del Mundo Occidental libre tienden a eliminar fronteras para unificarse en Cooperaciones Económicas y grandes Mercados comunitarios, que permitan un mejor control sobre el cada vez mayor auge del Comercio. Cuando todo habla de que los Estados se refuercen, si es que quieren entrar en esa competencia —tan necesaria— en la que sólo vencen los más fuertes. Ahora que el Capital crece más que nunca y se reproduce sin cesar, alcanzando magnitudes desorbitadas que exigen nuevas inversiones y reinversiones y plantea mientes a escala mundial... Precisamente ahora, vuelven esos bastardos separatistas, retrógrados, desagradecidos hijos de una madre que otrora fuera, por su imperial rango, orgullo de tantos, a renegar del todo que formamos y a reclamar su parte desgajada del conjunto patrio.

Justamente ahora que no es tiempo de restas sino de sumas, de concentrar energía que fortalezca el poder que hace posible que la riqueza permanezca en las mismas manos de quienes la administraron durante siglos tan sabiamente. En que precisamente por ello mismo los expertos en la materia deciden que las naciones se reagrupen para la defensa conjunta y sellen pactos y compromisos formando bloques capaces de hacer frente a la agresión de enemigos que pueden llegar, ya por el Atlántico Norte, ya por el intrincado Mediterráneo que tan conflictivas tierras baña, a entorpecer el ascendente curso de aquella carrera tan veloz de dominio y hegemonía... Cuando se hace imprescindible modernizar el armamento y adquirir otro de más largo alcance que cubra amplias áreas, mientras los ejércitos tradicionales quedan relegados a la protección interior de posibles subversiones o movimientos de masas en forma de huelgas y manifestaciones, que tanto influyen en el desenvolvimiento de la economía... Cuando todo se planifica a escala continental para evitar la destrucción repentina de lo tan sabiamente construido, edificado, acumulado durante siglos y que es necesario mantener a toda costa para que todo siga igual. Precisamente ahora, vienen esos vascos, catalanes, ga liegos de mierda, a provocar con la petición de una independencia que él, si en sus manos estuviera, ya les habría dado, desde luego, para que, aislados, demostraran si

eran capaces de autoabastecerse y reventaran si no; pero que dado que su criterio personal no cuenta y hay que someterse disciplinadamente al de la Autoridad, se identifica plenamente con el sentir oficial, intransigente en este punto: Regionalismos sí, pero dentro de un Estado.

34

Son muchos aún los peligros que pueden seguir quitándole el sueño, ya que el mal puede presentarse en las formas más dispares, pero es en estos aspectos, los que se refieren a la seguridad del Estado y a la integridad de la Nación, en los que centrará su capacidad investigadora.

Tarea titánica la suya y harto difícil, que empieza a planificar.

Será preciso recopilar datos, redactar informes, elaborar con ellos un cuidadoso y completo Resumen para entregarlo al Auditor quien, a su vez. lo depositará en manos del Capitán General, decisor supremo de aquella particularísima Jurisdicción que tiene su funcionamiento al margen de las demás. (Mecanismo, en su conjunto, mucho más sencillo que el que supone la complicada arquitectura del monumental edificio de la Ordinaria Jurisdicción. Sencillo mecanismo que le imprime carácter al depender todo de una Autoridad suprema que asume, con valentía, la responsabilidad, y que conserva la parcialidad de quienes habiendo, en su día, tomado partido en pro de la instauración del Estado actual no iban a dejar de hacerlo ahora frente al enemigo que lo atenta: parcialidad y dependencia, dos características que, no siendo deseables en la tradicional jurisdicción se convierten en valores positivos cuando se las enjuicia desde el amor patrio). Capitán General que al recibir el alegato será quien decidirá el nombramiento y la fecha del Consejo de Guerra, en el que el Tribunal elegido para el caso, en conocimiento ya del numeroso y diverso material, y ateniéndose siempre al Código de Justicia militar —donde todo pequeño problema, infracción seria o grave delito, encuentra su correlativa respuesta, — y en presencia del reo, al que, naturalmente, amparan todas las garantías previstas dentro de la Ley, dictará una sentencia que, siendo resultado de tanto desvelo, difícilmente podrá dejar de ser justa. Una sentencia que, después de dictada, ratificada de nuevo por el Capitán General y ejecutada, deberá ser ejemplarizante para que quienes tratan de subvertir el Orden, desafiando el Poder establecido, saliéndose de las Normas que rigen el buen funcionamiento de la pacífica convivencia, sepan el fin que les espera en la Sociedad. Sociedad que, por su parte, siempre previsora, está dotada de sabios mecanismos de defensa, saludables desagües por los que dejar correr escombros y basuras, camino de espuertas convenientemente señalizadas,

para dar salida y recoger en meandros adecuados aquel arrastre de detritus y escoria que constituyen los marginados. Formas protectoras que depuran el ambiente y separan, cuidadosamente catalogados, a los individuos que perturban, por las razones que fuere, las costumbres y la vida cotidiana de los normales ciudadanos. Levántanse así, cual templos de nuestra época civilizada —la emoción le embarga de nuevo, preciso es reconocer lo y hasta a lo mejor exagera, pero es así— todo un sinfín de instituciones: Inclusas y Horfelinatos, Centros de Peligrosidad Social, Patronatos de Mujeres y Casa de Templanza, Correccionales, Reformatorios, Tribunales de Menores y de la Protección de la mujer —siempre tan frágil—... Casas de Salud Mental, Manicomios, Cárceles y Penales, Asilos y una larga serie de Centros en donde recluir, en pequeños remansos, apartados de la corriente de la vida, a quienes, ya por tara congénita, ya por razones más punibles, no pueden participaren la común tarea de edificar el futuro dentro del Orden establecido. No cabe duda de que habrá que empezar cuanto antes si no quiere perderse.

34

Febril, como poseso, la gorra ladeada, los ojos hundidos y brillantes de tanto cavilar, sudorosa la frente, obcecado con aquella investigación, es fácil que se presente aquella misma noche, no importa las horas, en las Instituciones Penitenciarias respectivas, acompañado de agotadísimos soldados mecanógrafos y secretarios que, a veces, debido al exceso de trabajo y a la mala ventilación de los recintos no acondicionados para estas largas jornadas, sufren desvanecimientos.

Inútil que la somnolente víctima, sacada violentamente de la cama, encartada aún no sabe muy bien por qué, y sometida a meticuloso inte rrogatorio, se esfuerce en devolver a la tierra firme a aquel Quijote que ve en el menor detalle sospechas y amenazas desaforadas. Inútil que trate de centrar, de dar una explicación consecuente... Sólo interesan los complots, los depósitos de armas, los polvorines, los Oficiales del Ejército que conoce y que puedan compincharse para la sedición, las veces que ha visitado Portugal, quiénes son sus enlaces allí, por qué tiene abogados vascos o por qué entre sus haberes se ha encontrado una carta en la que se menciona un perro llamado Guevara o Askatasuna... Inútil que uno trate de ordenarle las ideas con aclaraciones convincentes... Fuera de sí, sospecha de todos y de todo. Si usted dice una cosa, es porque trata de ocultarle la contraria... La tierra puede temblar si en lugar de referirse a las Provincias Vascongadas dice usted Euskadi —prueba ya indiscutible de que ustedes están

confabulados y en íntima relación. Cuanto más empeño se pone en aclarar más se estropea la situación y más convencido está el Juez de que se le tienden trampas en las que, por supuesto, no se dejará coger. Las pestes de antaño han sido sustituidas hoy por un mal mucho peor ya que, cual azote bíblico, el monstruo marxista se extiende y avanza por el Mundo Libre. Ya no sólo en forma de proletariado dictatorial —de fácil abordaje por su inmediato reconocimiento— sino que con descaro se pasea disfrazado de demócrata, en múltiples y diversas variantes una de las cuales puede también ser la de mujer.

35

Es así como el que actúa en funciones de Juez, desde el otro lado de la mesa, tenso y receloso, aplica su lupa gigante sobre el peligroso terrorista y desde varios siglos de inmovilismo observa el fenómeno. No se le oculta que deberá echar mano de cuantos recursos disponga relacionados con la difícil y oscura ciencia que estudia los misterios del complicado funcionamiento de la mente humana. Desde remotos rincones de su memoria de estudiante acuden en su ayuda vagos recuerdos de sicología. Necesario es comprobar, ver si existen coincidencias en relación a clásicas catalogaciones temperamentales o si, por el contrario, se trata de algún caso original difícil de encuadrar. Pone especial atención en las características tipológicas, que tan condicionantes son para el asiento de las variadas y complejas personalidades sicopáticas que van por el mundo sufriendo y haciendo sufrir, y que constituyen el núcleo conflictivo de ulteriores y graves problemas sociales... Y es fácil que, rememorando algún libro de criminología, se fije también en el cráneo, en el lóbulo de la oreja, en el mentón, porque aunque Lombroso está ya superado no es menos cierto que existen unos rasgos típicos del delincuente, unos estigmas, que marcan al individuo desde la cuna o quién sabe si mucho antes... Y es precisamente ahí donde puede estar una de las claves, el primer factor a investigar, ya que no pueden recibir el mismo tratamiento quienes arrastran la herencia de una tara, que aquellos otros que delinquen a sabiendas de lo que hacen, con plena responsabilidad de sus actos, cual parece ser el caso presente... (Punto éste muy difícil de dilucidar a veces, y maravillosamente resuelto a través —una vez más— de las sabias instituciones. Porque para tales casos, especiales pero que se repiten con cierta frecuencia, la Administración de la Justicia tiene previstos ya unos centros particularísimos: unos departamentos siquiátricos, colocados a su vez dentro de las cárceles. Encierros dobles para los individuos fronterizos entre la locura y la

delincuencia, que hacen imposible que la falta —en cualesquiera que fueren las circunstancias en que se cometiera— quede impune por un error de juicio, proporcionando en la conciencia del Tribunal sentenciador el sosiego y la tranquilidad que de otra forma no tendrían).

36

Habrá que buscar también en la historia personal, indagar sobre la existencia de padres alcohólicos y madres de vida desordenada. Ver la infancia de ese niño, transcurrida muy posiblemente sin el amparo del calor que proporciona el hogar en el que se reúne la familia patriarcal y cristiana, sólido bastión mantenedor de nuestros más genuinos valores. Y aunque también ocurre —preciso es reconocerlo y no debe descartarse la posibilidad de que se repita, dado los confusos tiempos que corremos— que en el seno de familias bien ilustres, nada sospechosas, algún retoño, súbitamente, sin explicación posible ni causa justificadora — consecuencia de las malas compañías que no siempre se pueden controlar—, se troca de la noche a la mañana en oveja negra, rompiendo la armonía y desencadenando el dolor, no dejan de ser magnas tragedias, pasos aísla dos que escapan a nuestra comprensión y que, precisamente por ser excepcionales, no hacen sino confirmar la regla de los múltiples beneficios que de la tradicional familia se derivan. Hay que indagar, cuanto antes mejor, en esos primeros años tan decisivos.

— *"Usted, ¿en qué escuela ha estudiado cuando era niña?"*

Un escalofrío recorre el cuerpo de la víctima que, sobrecogida, paralizada casi debajo de aquella potente lente que agiganta los mínimos detalles, tiene la impresión de ser un microbio sorprendido en el laboratorio. La pregunta encierra un mundo y es difícil dar con la respuesta adecuada. No sabe si sería mejor haber ido a la escuela pública, a la del Ayuntamiento, a la privada y de mucha categoría, a la parroquial o a la de monjitas... Todo menos decir que no fue a escuela alguna porque sus padres opinaban que era mejor aprender de otra manera. Todo menos decir la verdad que será tergiversada y transformada inmediatamente en argumentos acusatorios. Ha comprendido hace tiempo que van a levantar todo su pasado, a violar la intimidad en obsesiva búsqueda de inconfesables crueldades de niño rebelde, que aplasta insectos por el placer de oír el crujido o que colecciona ojos de gato en un tarro de cristal... Y conoce bien al equipo de respetables sicólogos y siquiatras que, siempre dispuestos a colaborar con sus eficaces servicios al mantenimiento del orden, pondrán su ciencia en pro de la causa

y explicarán, si su peritaje es requerido, las raíces de aquel fenómeno tan singular.

—*"¿Tiene usted el título de abogado, de médico, de ingeniero? ..."*

37

Es la continuación. Todo ¿I pasado se cuestiona. Carente de las debidas "garantías" que harían de él un normal ciudadano, se siente como flotando por aquel mundo en el que no tiene certificados, ni títulos que acrediten... En el que ni tan siquiera es un buen profesional en activo, alguien que trabaja en tal o cual Centro en donde, *"si ustedes preguntan, les podrán informar"* de la intachable conducta y el inmejorable comportamiento", "de la constancia en el trabajo, que nunca motivó queja"... No puede tampoco recurrir a importantes ciudadanos, cuyo prestigio en las finanzas o en la política permita que, con un gesto, un simple "yo respondo", salgan fiadores y rompan la muralla-

Todos sus hermanos están de la misma parte. Por unos momentos el acusado siente la angustia de tanta opresión común un ejército de desarrapados, de despreciados, de vilipendiados y perseguidos, de pisoteados, negados, explotados y expoliados a lo largo y a lo ancho de la tierra peleando desesperadamente por liberarse... y esta científica realidad, constatada hoy en su carne, le hace sentir la tantas veces sufrida, en estos últimos tiempos, cólera de la impotencia.

¿Cómo hacerle comprender al Otro que si uno no terminó la carrera fue porque comprendió a tiempo problemas de mayor importancia?

¿Cómo explicarle que uno podía pero que no quiso integrarse en un sistema que aniquila al Hombre, lo cual no significa frustración alguna ni amargura sino, por el contrario, liberación grande y ale 'ría infinita de estar contribuyendo, aunque muy modestamente, a que el Orden ce las cosas cambie? ¿Cómo decide si es usted mujer y no le interesan demasiado las labores del hogar y sí muchas otras cosas de las que les ocurren a los hombres en ese perro mundo, que no por ello es un monstruo traidor al sexo?

¿Cómo relatar en pocas líneas la de explicaciones reiteradas que hemos tenido que dar de nimias cotidianidades sin relevancia, de estúpidos accidentes en los que uno no se había parado nunca? ¿De garabatos hallados en viejas agendas telefónicas que uno emborronó, sin darse cuenta, durante una conversación? ¿De líquidos encontrados en arrinconadas botellas sospechosísimas, de fotografías de amigos y correspondencia de años?

Es posible que uno, como otros tantos, tenga la costumbre de dibujar

mecánicamente, en lo que habla... Puede que en un cuaderno, o en el borde de un libro, o en un papel cualquiera, descubra el castrense detective algunas de estas inconscientes actividades. Está tragicogrotescamente perdido. Durante horas le preguntarán, harán minuciosos estudios grafológicos que le presentarán como pruebas de peritos... A uno le matan y no recuerda cuándo ni cómo escribió aquello, pero para el meticuloso Juez es evidente que se trata de alguna clave secreta que oculta mensajes de posibles levantamientos armados, coordenadas que indican la situación exacta de cárceles del pueblo, el lugar de la madriguera o del escondrijo en donde se almacenan arsenales enormes.

38

Es inútil que uno se esfuerce en negar o en dar explicaciones coherentes: que si tal nombre no es el de un peligroso agitador sino el de una casa, que si tal otro es el diminutivo de un hermano, un hijo... y no el apodo o nombre de guerra para camuflar personalidades. Que aquel largo escrito, todavía en borrador, no es más que un ensayo sobre un tema que está estudiando y no un líbelo contra el Estado para difundir clandestinamente. Inútil que trate de volverle a la realidad explicando que aquel nombre que forman las letras mayúsculas situadas al pie de la modesta octavilla encontrada en un libro no son más que las siglas de una organización y no la firma de su médico de cabecera que, casual mente se llama así; inútil porque aquella coincidencia tan sospechosa dará pie para que el pobre doctor sea detenido, con su colaboradora esposa y ambos incomunicados y puestos a disposición de la autoridad judicial en tanto no se aclare aquella inquietante duda. Inútil que usted jure y perjure que los ruidos subterráneos que durante algún tiempo han conmocionado un barrio de la capital no son debidos a complicadas galerías de guerrilleros urbanos que avanzan por el subsuelo de la ciudad siguiendo instrucciones suyas, y que más bien podría tratarse de las obras del metro que se realizan por los alrededores; inútil: indagará minuciosamente y si es preciso avisará a la Maestranza para que ingenieros especialistas den su opinión.

"Este piloto —me dijo un día fuera de sí el Juez, al referirse a un compañero aviador— *tendrá que justificarme, uno por uno, todos los viajes que ha hecho"...* Es una locura. Inútil todo intento de parar aquella carrera, de contar aquellos vuelos que ni se sabe adónde van... Inútil que se resista al reconocimiento de gente que nunca ha visto y a la que se busca. Para ello se dispone de modernas técnicas traídas de los Estados Unidos, de particularísimos test para fabricar al que se oculta. Ante los atónitos ojos de

la víctima empezarán a desfilar las más singulares láminas que imaginarse pueda. Sacadas por la mano —en este caso peluda— de la Justicia, en correcta ordenación numérica, de un lujoso estuche de piel que guarda la preciosa adquisición, una tras otra, dejarán boquiabierto al que las mira: decenas de cejas, decenas de labios, decenas de frentes, decenas de raíces de pelo, de perfiles narigudos o chatos, barbudos, cromañonescos o neandertalenses, de ojos, de pestañas... Un sinfín de posibilidades para formar, como en un juego, los rostros más extraños y las criaturas más espantosas. Inútil que se resista; deberá elegir de cada una algo para que, debidamente separada la parte y debidamente superpuesta y debidamente enmarcada y debidamente corregida por el soldado dibujante, caso de no conseguirse humanas proporciones, dé al fin como resultado el retrato robot de perseguidos cobardes, que se ocultan en las sombras.

39

Creíamos que ya no ocurrían estas cosas. Creíamos que eran de otros tiempos y, sin embargo, están vivas ahí, actuando desde el Poder. La extrañeza y la perplejidad nos acompañan en todo momento. En el banquillo de los tribunales de la Inquisición, el encartado en uno de aquellos delirantes procesos debía sentir algo muy parecido a lo que siente el etiquetado terrorista de hoy cuando comparece ante uno de nuestros Consejos de Guerra. Y de ahí que, con frecuencia, uno se sienta trasplantado a la más oscura Edad Media y tenga que aceptar con dolor que los cambios profundos son lentos, que la Historia está en marcha, pero que la revolución cultural es problema de muchos años.

Se comprenderá ahora el por qué en los Consejos de Guerra se producen situaciones tan explosivas que evidencian la exasperación de quien las tiene que soportar: los abogados abandonan súbitamente la sala como protesta; hay encartados que se ponen de pie y gritan acusadoras verdades sin importarles las consecuencias, otros se acogen a los Acuerdos de Ginebra, otros cantan el Eusko Gudari interrumpiendo la sesión... Son las únicas salidas posibles. Yo, que no he llegado aún al juicio he de confesar que muchas de las veces que me anuncian la visita de los militares para declarar —y son ya varias decenas—, en lugar de ir— dócilmente a contestar preguntas absurdas, tengo ganas de ponerme unos enormes colmillos goteando sangre, plantarme de un brinco en la salita y gritar con todas las fuerzas: *"Aquí está la terrorista. ¿Qué pasa?"* Tal vez fuera un modo de tranquilizarlos y acabar con el asunto. Un gran alivio porque lo raro, lo que seguramente no encaja en su esquema y les irrita, es que el monstruo

terrorista adopte forma de señora o señorita parlante.

Desde esta convicción de que no existe defensa posible, de que el nuestro es un problema político sujeto a intereses que nos rebasan, miramos a los abogados que nos defienden y casi los compadecemos. Difícil tarea la suya de tenerse que ceñir a un Código para rebatir tanto surrealismo. Merecen todo nuestro respeto y admiración. Nosotros con tesamos que nos sentimos fuera de juego, en otra órbita, y que, a fuerza de no entender nada, hemos terminado por desentendemos de esto.

Puede que al leer lo anterior algunos piensen que se trata de una caricatura. No era esa nuestra intención. Hemos hecho enormes esfuerzos por comedirnos. La realidad es infinitamente más compleja, más rica en dolor y en grotescas manifestaciones. Esperpento y tragedia a la vez, como la vida misma, que dirían algunos: imposible de bosquejaren unas breves notas. Claro que hemos hablado de nuestra experiencia ... Sabemos que existen excepciones menos grotescas, de la misma manera que otros tuvieron más desgracia aún: ni tan siquiera pasaron por ese trámite indagatorio: en horas fueron juzgados y ejecutada su sentencia de muerte. Pero por si alguien se llevara a equívoco queremos precisar que este no es un problema de personalidades, de hombres aislados o de un loco que casualmente se ocupó de uno. El origen de tanta aberración hay que buscarlo más que en las personas en las instituciones que hacen posible el fenómeno.

Por otra parte nada de cuanto hemos relatado en torno a la Jurisdicción militar es nuevo. Desde su aparición son muchísimos demócratas y revolucionarios quienes la vienen padeciendo; y sus métodos fueron numerosas veces denunciados por los abogados que los conocían. Tam bien es verdad que la represión militar ha afectado en las últimos tiem pos casi sólo a Euskadi y que Euskadi, para algunos, ha estado muy le jos. Lo que allí ocurría era cosa de otros. No es una recriminación; es constatar un hecho. Consecuencia seguramente de quienes han estado presentando al pueblo vasco como enemigo de los demás pueblos del Estado Español. Ha tenido que generalizarse de nuevo últimamente este tipo de represión para que sectores más amplios cada vez comprendieran —en las últimas generaciones— lo que esta jurisdicción especial significa. Así avanza la Historia, ¿hasta cuándo?

****

El vendaval ha pasado y ahora reina una cierta calma. Han sido unos meses densos en acontecimientos, apretados: muertes, amenazas, angustia, tensión... Imposible resumir lo que todo esto ha significado aquí dentro, vivido en este reducido espacio, desde la impotencia de mirar tanto horror sin poder intervenir; lo que ha significado, digo, aguantar la cólera en los puños, hasta límites insospechados... Pero se resiste y hasta se sale fortalecido.

Seguimos, como siempre, en esta insignificante trinchera de Yeserías donde, en este momento, somos pocas... Muchas de las compañeras que han testimoniado fueron puestas en libertad al mes, a los cuarenta días: Ni tan siquiera encontraron motivo los jueces para procesarlas. A otras las han sobreseído más tarde. Uno piensa en la gratuidad de tanta barbarie. Son como oleadas que un mal día se levantan arrasándolo todo. Cuando amaina el temporal, sobre la playa quedan los restos del desastre. No podemos olvidar nunca a quienes ya no están; su agonía la vivimos en nuestra propia carne toda una larga noche bajo el foco de un Guardia Civil con metralleta y a veces, al recordarlo, las lágrimas nos vienen a los ojos. Pero seguimos ahí, de pie. No es la primera vez que nos ocurre y tampoco pensamos que sea la última... Tratamos de recoger la experiencia para convertirla en energía revolucionaria que nos ayude, de una manera cada vez más científica, a ensanchar los caminos, a encontrar otros, nuevos y mejores, para la cada vez más necesaria liberación de nuestro pueblos.

Habría tanto que hablar, que ahondar. No acabaríamos nunca. De ahí lo deshilachado de estas notas. ¿Cómo ponerles fin? Pero hay algo: una obsesionante preocupación que nos obliga a mencionarla... Esos padres —ah, la consabida familia burguesa—: ¿Cómo reaccionan así? Esa actitud de las familias: ¿Cómo es posible tanta incomunicación?

Allí donde cabría esperar la saludable conmoción ante el brusco acontecimiento, la toma de conciencias el romperse el aparente bienestar de todos los días, la reflexión sobre unas relaciones basadas en el dominio, la puesta en crisis de las estructuras. Allí donde, por lo menos, cabría esperar el acercamiento afectivo, la inmediata respuesta de la ayuda al que se quiere, la pregunta, la investigación de los hechos o el diálogo para discutir puntos de vista diferentes, allí donde cabría esperar el estallido, por fin, de tanta condensación reprimida y un acto liberador de sinceridad, no se encuentra

muchas veces más que la obstinada reafirmación de una autoridad que ya de nada sirve y el encerramiento obtuso a todo lo que suponga avance y desarrollo, en unas relaciones humanas trágicamente cegadas desde su origen. Ningún argumento, ni tan siquiera el del amor, tantas veces esgrimido en el seno de la familia para chantajear a los a ella supeditados, hace su aparición ahora.

42

A veces el primer encuentro en el locutorio, después de un mes de calvario, es un broncazo espectacular que nos conmueve a todos.

Otras, un larguísimo sermón —de veinte minutos: es todo el tiempo que se concede— continuación sin duda de otros, como si nada hubiera pasado. Otras, un largo silencio recriminador que se prolonga durante esos veinte minutos autorizados... *"Preferiría que no vinieran. Es un sufrimiento para todos y no salimos de ahí..."* Es cierto, sería preferible que no vinieran. Los días de visita, es frecuente encontrarse por el patio a la compañera que regresa llorando desconsoladamente, o a la que, con los ojos colorados aún, trata de disimular el disgusto. El problema late en el ambiente... *"No sé lo que voy a hacer cuando salga y me encuentre con ellos. Tendría que huir de casa, pero no se adónde. Soy menor y darán parte a la Policía. Me siento mejor aquí que en mi casa (!)..."* Esa casa que muchas veces es la misma, o parecida, a la del militar que te interroga, a la del respetable Juez de la Audiencia... *"Es doloroso tener que confesar que tengo tanto miedo a mis padres como a la policía..." "Cuando salga, mis padres ya no me dejarán seguir los estudios; me han dicho que me llevarán al pueblo y me encerrarán..."* No serán las primeras; otras compañeras que pasaron por aquí han visto cortada su carrera. A veces, alarmadas las familias, las han llevado a la consulta del siquiatra para ver si es posible salvar aquella mente perturbada. Es muy serio lo que venimos observando en relación a muchos padres. El caso se repite con demasiada frecuencia. Algo va muy mal en esta sociedad en la que cuando alguien piensa distinto al jefe se le persigue. En la que el hecho mismo de que existan tantos jefes ya es inquietante. Es muy grave lo que pasa en el seno de la tan ponderada familia. Son muchos los que lo saben pero queríamos señalarlo desde esta zona de observación; no ser cómplices con el silencio.-

No hemos hecho más que apuntar algunas impresiones. Adentrarse por ellas sería no acabar nunca. Uno descubre, como siempre, que todo tiene relación, que no es la familia aislada, ni la escuela aislada, ni el trabajo

aislado... que es todo junto lo que está mal, que es la estructura lo que falla, que tiras del hilo y ya se formó el enredo. Volvemos pues a centramos en el objeto de las notas: la tortura específica de los cuerpos represivos.

43

Quienes desde hace años nos ocupamos de la solidaridad y hemos seguido de cerca, para denunciarlo, lo que se hacía con los presos en las mazmorras de Saigón, el tormento de los patriotas argelinos en los cuarteles de la OAS, la barbarie ejercida por los militares en Brasil, el exterminio de los revolucionarios chilenos bajo Pinochet y el ensañamiento que durante años se ceba sobre los hermanos vascos, somos conscientes de que las torturas que aquí se recogen no son nada excepcional. Pero a nosotros nos ha tocado vivirlas de muy cerca y es ineludible el compromiso de denunciarlas. No es la primera vez que lo hacemos. Lo hicimos en el año 62 por los mineros asturianos; lo hicimos poco tiempo después recopilando testimonios a escala más general en un documento que alcanzó mucha difusión; lo hicimos poco tiempo antes del proceso de Burgos con los testimonios de los militantes allí juzgados; lo hicimos cuando hace un año fuimos víctimas nosotros también y lo seguiremos haciendo mientras nos quede fuerza para elevar la voz y dar el toque de alarma.

El origen de tanta violencia, ha dicho recientemente una alta personalidad del Gobierno al referirse al problema, se pierde en la noche de los tiempos a donde habría que remontarse... Para nosotros, la noche de los tiempos es una raíz que se nos escapa y que cedemos a la investigación histórica. Nos basta con conocer la noche de nuestros días, llenos de horror y de espanto, y el dolor de tantos compañeros sometidos a una violencia legalizada, que se ejerce impunemente desde las instituciones respetables, en nombre del orden establecido y de una paz que muy bien pudiera ser silencio impuesto por el miedo.

Cuando escribo estas líneas finaliza el año 1975 y parece que también finaliza una etapa de la historia de nuestros pueblos. Ojalá sea así; lo deseamos de todo corazón aunque, de verdad, nos cuesta creerlo. Está todavía muy cerca el eco... el llanto y la crisis de la compañera Josefa, el mismo día de Navidad, cuando recibió la noticia de que su compañero yacía en la cama de un hospital como consecuencia de recientes interrogatorios. Es duro tener que insistir tanto en estas cosas. No es cómodo ser el aguafiestas en momentos en que reina —¿dónde?— la euforia. Sabemos que hasta es posible que algunos, de vuelta ya, se sonrían pensando que

hablamos de un pasado remoto. Lo sentimos, pero es así: ni estamos en Marte ni son cosas del pasado. Son menudencias, si se quiere, pero que ocurren en nuestra propia casa y ahora. En un país que se nos anuncia como caminando hacia la democracia, que se lava apresurada mente la cara para entrar en el Mercado Común y que, sin duda, de algún modo forma parte de Europa. Es posible que todo esto lo ignoraran, pe ro ahora ya lo saben: ha sido ahí mismo, en el corazón de Madrid, esa capital tan alegre, que tanto gusta a los turistas. Es posible que el señor Giscard ignorara también, lo mismo que el Rey, que mientras ellos desayunaban juntos en el Palacio de la Zarzuela, una compañera, detenida por el terrible delito de haberse manifestado pidiendo Amnistía, intentaba suicidarse en los sótanos de la DGS y que, pocos días después, Josefa[1] perdía varias veces el conocimiento en sucesivos interrogatorios. Es posible que ellos no supieran nada de esto; nosotros lo creemos así. Pero son hechos.

44

¿Tendremos que seguir recopilando más?

El gran interrogante queda abierto. Asomadas al balcón de ese mundo que se nos dice que se va a transformar, observamos a distancia —nos obligan a ello— los acontecimientos de nuestros pueblos. Pensamos en los seres queridos, en los compañeros de lucha, en los que están presos como nosotras y en los que nos apoyan desde tantas partes, tan tos y tantos hermanos solidarios... ¿Cómo ocultar que nos gustaría estar presentes en este combate tan decisivo? ¿Cómo negar que precisamente por eso el encierro es más duro que nunca? ¿Hasta cuándo?

Es tiempo de resistencia aún pero también de grandes esperanzas. No en lo que nos prometen quienes crearon la situación actual sino en la fuerza del pueblo, que cada vez reclama con más insistencia lo suyo, que cada vez se organiza más y mejor para salir a la calle a conquistar sus libertades y sus derechos tantos años escamoteados. El clamor es general, lo percibimos. Mientras escribo estas líneas no deja de pasar sobre nuestras cabezas el vigilante helicóptero de la Policía... La agitación crece, grandes concentraciones de obreros en huelga se preparan esta tarde para una manifestación. Y esto ocurre muy cerca, a pocos metros de estos muros; se les podría casi ver... Y no están solos. Sabemos que el sueño de libertad se extiende, que en los más apartados rincones, en pequeños pueblos que parecían insignificantes y dormidos, el grito se deja oír y su eco resuena

[1] Ver su testimonio. N. del E.

fuerte aquí dentro... ¿Cómo decir la fuerza que nos comunica?

45

Pronto, muy pronto —nos decimos—, muy pronto... Y aunque a muchos les parezca que ya no es tiempo de esto, y aunque nosotros tuvimos siempre —y seguiremos teniendo— la mano tendida, perdonen ustedes si ahora, en este momento tan rico en sentimientos y en deseos, uno levanta orgulloso el puño y se reafirma en que un día venceremos.

Eva FOREST
Prisión de Yeserías
Diciembre 1975

Primera Parte. 21 Testimonios

Eva Forest

Me detuvieron el día 16 de septiembre de 1974 en mi casa, a eso de la una, con el pretexto de tomarme declaración sobre unos libros ("Operación Ogro") que habían encontrado en el registro y algunos papeles y cartas personales. Nada más llevarme a la DGS fui encerrada en un calabozo, totalmente incomunicada, y al poco un grupo de policías jóvenes, de la BPS, bajaron exprofeso para verme y con expresión de odio hacían comentarios entre ellos sobre mi persona: *"Hay que pegarle un tiro", "Hay que acabar con esa cabrona. Ni interrogatorio ni nada, se la liquida"* y cosas por el estilo. Permanecí en la celda durante varias horas, más de un día completo desde luego, y durante ellas me pude dar cuenta de que habían detenido a varios amigos míos. Por la noche me sacaron y me subieron esposada a un tercer piso. Me metieron en una habitación muy grande, sin ventanas (o mejor con unas ventanas en la parte alta) y sin casi luz artificial. Al principio había un policía joven que colocaba las sillas, a manera de semicírculo, a mi alrededor, pero alguien le llamó y se ve que cambiaron de parecer. Entonces entraron varios jóvenes más, unos ocho o diez, de aspecto deportivo, que vestían camiseta algunos y otros en mangas de camisa. Inmediatamente me colocaron contra una pared y ya no pude ver más. Me obligaron a estar contra el muro: La cabeza levantada, los ojos abiertos, los pies juntos... Todo esto a una distancia de dos o tres centímetros, lo suficiente para que no me pudiera apoyar. Intenté preguntar algo y explicarles que padecía de caídas bruscas de tensión y que en el coche llevaba un medicamento (crisis hipoglucémicas), pero me llovió una sarta de insultos. Me llamaban comunista, asesina y todo tipo de groserías imposibles de detallar a la vez que me antenazaban con tirarme por una ventana si protestaba y *"decimos que te has suicidado"*. Mencionaron varias veces a Grimau: *"¿no es eso lo que*

decís que hacemos, ¡o que te hicimos a Grimau?... Dos de los jóvenes permanecían en silencio a mi lado y los demás, bastante cerca y detrás, gritaban histéricos, como para crear un clima de tensión. Al mínimo movimiento mío me pegaban en la espalda y en la cabeza: *"Si te mueves te partimos la columna".* Como yo me tambaleaba un poco me agarra ban por los pelos, zarandeando la cabeza y manteniéndome firme. Yo procuraba cerrar los ojos para no ver el blanco de la pared, que producía una especie de sopor y somnolencia, pero me sacudían ferozmente. *"Si cierras los ojos te la ganas", "si vomitas lo recoges con la lengua".*

50

Estuve varias horas así y se sucedían los momentos de histeria e insultos con los largos silencios en los que se oía la respiración jadeante de todos y se notaba que entre ellos se hacían señas y se reían. Las piernas me fallaban y sentía un gran mareo. Cada vez que intentaba apoyarme se me venían encima violentamente, *"Si te caes te levantamos a patadas", "a nosotros no nos vengas con teatro".* Sentía que ya no podía más; en varias ocasiones caí de rodillas pero me levantaron enfurecidos. Re cuerdo que en uno de esos intentos alguien me dio un terrible golpe en la columna y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí estaba en el suelo y alguien me sostenía los pies en alto. Tuve una tremenda sensación de angustia al ver que todo aquello era real y no un simple sueño como me había parecido instantes antes. Después vino alguien y me echaron un cubo de agua fría por encima. Estaba temblando y los dientes me castañeaban tremendamente. No podía casi moverme pero me levantaron entre varios. Me pusieron otra vez contra la pared. Me sujetaban apretando con mucha fuerza los brazos y retorciéndolos. *"Si te caes, aquí mismo te liquidamos, comedianta".* Se me acercó un cubano que daba gritos y aullidos espectaculares *"A mí, Fidel me mató a dos hermanos y tú tienes un hijo en Cuba estudiando para asesino".* Me dio varios golpes en la cabeza y me apretaba la cara contra la pared, frotándola contra ella a la vez que no dejaba de hablar de Cuba y de que yo era una asesina. Se ensañó a golpes y volví a perder el conocimiento. Cuando volví en mí estaba otra vez en el suelo y había menos gente, tres o cuatro, y se notaba cierto nerviosismo —es posible que mi estado les hubiese alarmado—. Había una mujer baja, gruesa, muy pintada, que se reía diciendo que era el médico. Me cogía el pulso mecánicamente y, sin poner ninguna atención en ello, decía: *"Nada, nada; pulso normal, completamente normal, ¿me oyen?"* Y después, aparentando auscultarme los tonos cardíacos: *"Todo norma!, todo normal. Pueden seguir, no es nada, sigan,*

sigan, ¿lo oyen? Sigan..."

51

Seguía sonriendo cínicamente, como en un cuento de terror y cuando me levantaron y me volvieron a poner contra la pared, dijo dirigiéndose a mí con sarcasmo: *"Usted necesita un tónico cardíaco, nada más. Hable, hable y yo se lo doy, le preparo un café".* Fue entonces, precisamente por lo que decía de que hablara, cuando me di cuenta de que lo peor de todo aquello era que nadie, durante las horas que duró, me había preguntado nada. Comprendí en seguida que aquello había sido una especie de calentamiento para prepararme. Al poco fui llevada a rastras, por un largo pasillo hasta la antesala de un despacho. Era una habitación bastante pequeña en la que un funcionario y su secretaria trabajaban normalmente, como si tal cosa. Me pusieron otra vez contra la pared, sujetándome por los brazos, a la altura de los codos, presionando determinados puntos neurálgicos que me producían calambres y dolor. Se reían de mi al verme tan mojada y con el pelo empapado. *"Se ha meado, es una guarra", "pero será posible que sea tan marrana" ...* Durante un buen rato estuvieron haciendo comentarios de este tipo. Lo verdaderamente extraño para mí era que el jefe y su secretaria seguían despachando correspondencia como si estuvieran en otro planeta. Era algo kafkiano que recuerdo que se me imponía por encima del dolor y la angustia. De pronto se abrió la puerta y me introdujeron en un lujoso despacho. Allí estaba Saiz, un alto funcionario que dijo llamarse Roberto (que otras veces llamaban tío Carlos) y una tercera persona que en días sucesivos me torturó. Roberto me recibió lamentándose: *"Pobrecita, ¿que te ha pasado? Son unos brutos, olvídalo, ven, ya todo pasó y ahora vamos a hablar..."* etc. etc. Me atendía en tono paternalista, me ofrecía café, coñac, lo que quisiera... *"Comprendemos que eres una buena persona, que eres una idealista, que tú necesitas un hombre y que tu marido tiene amantes y tú tienes que buscarte a los de ETA para evitar esa frustración..." "Si tú eres una buena chica, si lo sabemos, si contra ti no va nada, si son ellos, los vascos, los que te han utilizado..."* etc. etc. Este interrogatorio duró varias horas y en él se trató siempre de que reconociera mi relación con los vascos y de demostrarme que ellos abusaban de mí.

La segunda vez la forma cambió. Durante toda una noche me estuvieron pegando sistemáticamente golpes en la cabeza, dados de forma que me atontaran y no dejaran señal: con el borde de la mano en zona occipital en tandas de cinco o seis muy seguidas; golpeando con las palmas a la vez sobre los oídos, haciendo presión como si me fueran a estallar, cantidad de

bofetadas y puñetazos en la cara y zona parietal. Me daban un rato y paraban para preguntar, luego volvían a enfurecerse y comenzaban de nuevo. El policía que dirigía y golpeaba así, era la tercera persona que había estado en el interrogatorio anterior, un hombre alto, corpulento, muy violento en sus expresiones. El resultado de esta larga noche fue que me devolvieron "sonada" a la celda después de firmar una declaración en la que nada pude decir de cuanto me pedían. Todo el interrogatorio iba dirigido a que les contara con detalle mi relación como militante del Partido Comunista con ETA y de quién seguía instrucciones.

52

Durante los nueve días que permanecí en la DGS sufrí 17 interrogatorios y en todos ellos, exceptuando el último en que solamente se me insultó, fui torturada: patadas, puñetazos, golpes con reglas, empujones contra el suelo y la pared, pelo arrancado, etc. Volvía a la celda sin casi saber lo que hacía. Por lo menos cuatro de estos interrogatorios se llevaron a cabo en el despacho lujoso antes citado y en presencia de Saiz y de los dos altos funcionarios descritos. (Uno de estos funcionarios, .que tiene un importante cargo en la DGS, lo he reconocido posteriormente en una revista, en donde viene fotografiado por dos veces. Se trata de la revista "Cambio 16", n. 151, 7 13 de octubre de 1974, en la que está mostrando cosas a la Prensa. Esa persona es la misma a la que llamaban Roberto unas veces y otras tío Carlos.) En esos interrogatorios, Saiz se limitaba a preguntar cosas muy concretas sobre fotografías, pero Roberto dirigía lo que allí pasaba que era observado por los otros dos como una obra de teatro. Tan pronto pasaba de un paternalismo lloriqueante *("hija mía, si te queremos ayudar, si sabemos que te han utilizado, si son esos vascos que como no eres vasca y son unos racistas, te lo quieren cargar todo a ti y es mejor que lo digas ya todo de una vez y te salvas y salvas a tu marido y a tus hijos, etc.* etc....) a una furia incontenible que descargaba sobre mí en forma de golpes y patadas. En varias ocasiones sacó la pistola y me apuntaba, con el seguro fuera diciendo que me iba a matar *("eres una asesina, un mal engendro, una puta, la responsable de todo lo que pasa y voy a hacer que te maten, te lo juro, "* etc., etc. ... etc.) Se comportaba como un hombre muy nervioso, que "se cegaba" y no se podía contener, según decía, y luego gesticulaba mucho y daba saltos y parecía ponerse fuera de sí. En una ocasión en que me dieron arcadas como consecuencia de un tremendo puñetazo en el estómago, cambió bruscamente al tono paternalista, se arrodilló a mis pies y me suplicaba que dijera la verdad de una vez *"porque yo ya no puedo más, a mí esto me cuesta*

el puesto, tú vas a conseguir que me dé una angina de pecho... Tú serás la causante de mi muerte. A ti te matan por ser la responsable de mi muerte..." Decía esto teatralmente y los demás le reían la gracia. Y entonces me abrazó diciendo que le caía simpática, que le daba lástima y me recordaba toda una larga teoría que me había explicado en un interrogatorio anterior sobre su afición a la caza, *"a no parar hasta coger la presa"*, pero que cuando la tenía *"ya le daba lástima, ya la soltaría si por él fuera..."* Era una situación extrañísima que llevaría mucho tiempo describir, algo entre dantesco y prostibulario. Los otros dos se reían y en ocasiones intervenía Saiz: *"Venga, cálmate, cálmate"* y dirigiéndose a mí: " *Es que se pone muy nervioso, pero no es malo...".* Fuera me volvían a entregar en manos de los "jóvenes atléticos". *"Nosotros no nos reímos como el viejo, no jugamos como el tío Carlos" y* empezaban los interrogatorios.

53

En cierta ocasión, cuando regresaba al calabozo, me crucé con Antonio Durán Velasco. Lo acompañaba uno de los policías que me había ido a detener, andaba con dificultad. Tenía la cara hinchada y los ojos amoratados. Nos miramos unos instantes y comprendí que le habían pegado mucho. Desde mi celda podía oír cómo alguien que estaba cerca pedía que le trajesen un médico porque le habían roto varias costillas y, un poco más allá, otra voz se lamentaba en el mismo sentido. A Carmen Nadal la vi pasar varias veces por delante del calabozo. En cierta ocasión me dijo: *"nos quieren eliminar, nos van a matar a todos, me lo han dicho".* Estaba como trastornada, con los ojos fuera de las órbitas y hablaba cosas que parecían incoherentes. Tuve la impresión de que estuviera bajo los efectos de una droga. En otra ocasión —de calabozo a calabozo— me contó que le habían tenido varias horas de rodillas, contra la pared. Cuando al quinto día la trasladaron a la cárcel conservaba aún las huellas.

De todas las torturas que sufrí, la peor fue la de los tres últimos días, en que me quedé sola (vi cómo trasladaban a mis compañeros) en la DGS y con la amenaza de que allí estaría un mes o lo que hiciese falta. Me dijeron que tenían preso a mi marido, Alfonso Sastre, y que como había intentado huir no habían tenido más remedio que pegarle un tiro y que estaba herido. Me dieron a entender que era cosa grave y entre ellos comentaban, en sentido, cosas como *"está entre la vida y la muerte", "no creo que se salve",* etc. Esos comentarios los hacían en voz baja y cobraban una grao verosimilitud. Con gran horror escuché la explicación lógica que me dio uno de los policías

jóvenes de que, precisamente por esa razón, no tendrían más remedio que interrogar a mi hija de doce años ya que la Ley lo autorizaba "cuando el padre y la madre están presos". Todo eso en aquellos momentos me creó una situación de angustia espantosa.

54

Esta situación se agravó por otra nueva que vino a sumarse con más terror aún. Fue cuando salió la noticia en los periódicos de nuestra detención. Yo estaba incomunicada en el calabozo y no podía leerlos, pero me di cuenta rápidamente de que debían decir cosas espantosas sobre mí porque los "grises" empezaron a decirse cosas entre ellos y después venían a la puerta de la celda y escupían por la mirilla y decían co sas como: " se *le pega un tiro y se dice que se escapaba...*" etc. Era tal la agresividad que mostraban que durante 24 horas no me moví, envuelta en la manta, ni hice intención de ir a los servicios... Estaba segura de que me iban a linchar. Me debieron de ver tan mal —cuando bajaron para un interrogatorio— que se presentó el Juez Militar con un inspector de policía para darme "su palabra de honor" de que mi marido no había sido detenido. Eso se produjo el noveno día, fecha en que fui trasladada a la cárcel de Yeserías.

Ese traslado se produjo en condiciones espectaculares: Fui sacada por los "grises" a empujones. Esposada con las manos atrás, las esposas muy prietas, cerradas con toda la rabia desencadenada, me pellizcaban las muñecas, pero comprendí que hubiera sido peor protestar. Tenía un bolso en bandolera que me colgaron del cuello y me caía sobre el pecho balanceándose. Así, con los pantalones rotos y tamaña figura fui sacada a empujones —por el camino me crucé con Remedios Pérez, quien dice que nunca olvidará aquella imagen— hasta el patio de la DGS. Allí, entre risas, escupitajos e insultos fui introducida en un coche celular custodiada en el interior por cuatro "grises", metralleta en mano. Delante y detrás de nuestro coche, dos jeeps nos custodiaban con gran aparato de armas, sirenas, etc.

Todo esto lo hice constar al Juez Militar en varias ocasiones. Primero al tercer día de mi estancia en la DGS, cuando me informó de que estaba bajo su jurisdicción, pese a lo cual me dejó en manos de la policía. Después, cuando me bajó a visitar a los sótanos. Más tarde, el noveno día, cuando me tomó declaración. También en la cárcel denuncié la nueva situación en que me hallaba.

55

Quiero hacer constar que la policía tergiversó las fechas de las dos

declaraciones escritas que me tomó, según pude comprobar delante del Juez Militar y según he hecho constar en el sumario. A mí se me tomó declaración escrita el tercero y el octavo día de permanencia en la DGS. En las declaraciones consta la fecha del mismo día en distintas horas...

Esto es simplemente un esquema de cuanto allí me ocurrió.

Careo de Eva Forest con Eduardo Sánchez Gatell

A fines de noviembre fui llamada por el teniente Herrero a un despacho de la cárcel para precisar algunas cosas. Al final de este breve interrogatorio-pretexto se me anunció que iba a tener un careo con Eduardo Sánchez, joven amigo de mis hijos e hijo de una gran amiga mía, la poetisa Angelina Gatell, y que había sido detenido los primeros días de octubre. Llevaba, pues, casi dos meses de incomunicación en la cárcel de Carabanchel, en una de las celdas llamadas C.P.B. (Celdas Planta Baja) situada en los sótanos, muy húmeda y sin casi luz y que se utiliza para castigo. (Cuando en cierta ocasión le pregunté con inquietud al teniente por estas celdas y por los compañeros que estaban recluidos en ellas, me contestó: *"Son algo más duras que las de ustedes; con los hombres siempre se es más duro")*

Eduardo se presentó ante mi acompañado de un soldado. Yo esperaba inquieta y emocionada el momento de verlo porque en ocasiones, durante los interrogatorios, se había aludido a determinadas declaraciones del muchacho que me decía el teniente que le había hecho y que yo sabía que era imposible (de no haberse vuelto loco) que se hubiera inventado. Yo estaba de espaldas a la puerta cuando él entró; así que cuando me quise dar cuenta ya lo tenía junto a mí. Lo abracé e inmediatamente me di cuenta de que le pasaba algo terrible, de que estaba muy cambiado. Se mostraba frío y distante, como si estuviera en otra parte, muy lejana, y aquello fuera un encuentro accidental que tampoco le extrañara demasiado. Su abrazo había sido frío, de autómata, indiferente (él es un muchacho alegre, vivaz); más bien, se había dejado abra zar y había seguido la conversación que, sobre cosas triviales, mantenía con el soldado. A mi pregunta de cómo se encontraba apenas si contestó que bien. Estaba muy pálido y tenía los ojos colorados con una fuer te conjuntivitis y su boca reseca y pastosa, con los

labios muy cortados hacían pensar en algunos enfermos angustiados del Hospital. Cuando le ordenaron que se sentara, casi no me miró y en estas condiciones empezó el careo. El teniente le dijo en un tono muy autoritario algo parecido a lo siguiente: *"Venga, di ahora, ante esta señora, porque ella no lo cree, lo mismo que me dijiste a mí. Pero te aseguro que si rectificas lo que has declarado te va a perjudicar mucho porque será signo de que me has mentido. Y si te ratificas y luego dices que no es verdad lo vas a pasar mal porque aquí nadie te presiona".* Eduardo seguía con atención las palabras del militar y con voz asustada y suplicante dijo que todo lo que había dicho era la verdad y que no se "ratificaba". Esa pequeña con fusión de palabras hizo montar en cólera al teniente que, muy en contra de la amabilidad extrema con que se presentaba en mis interrogatorios (sonrisas afables, "con las señoras el trato es diferente" etc.) perdió la calma y empezó a insultarle y a decirle que era un burro y que ya había tenido demasiada paciencia con él. Era una situación que revelaba lo que debían haber sido los interrogatorios a solas con él. La expresión de Eduardo revelaba, detrás de aquella aparente indiferencia, un sufrí miento enorme, una especie de miedo pánico que le paralizaba. Su mirada era como una súplica desoladora que nunca olvidaré. La situación se prolongó un buen rato entre increpaciones y pausas mientras los soldados (secretario y mecanógrafo) ordenaban los papeles que nos iban *a* leer. *"No se da cuenta* —le dije al teniente— *de que esta persona está atravesando una terrible crisis, de que interrogarle así es una tortura espantosa".* Se enfadó mucho conmigo. Se levantó bruscamente y se dirigió irritado al chico. *" ¿Nosotros te hemos torturado en algún momento? Dito. ¿Te hemos pegado desde que estás en manos de los militares?"* Eduardo estaba como petrificado y negaba con la cabeza.

57

"Hay torturas mucho peores que las físicas", añadí, pero la situación empezaba a ponerse tensa y era importante seguir hablando, aclarar aquello que ocurría. Hice un esfuerzo por continuar. Me dirigí a Eduardo tratando de explicarle la situación de la cual parecía no darse cuenta. Le dije que aquella era una oportunidad que tenía para aclarar lo que le había pasado; que tenía perfecto derecho a rectificar sus declaraciones y a denunciar en qué condiciones habían sido hechas; que yo conocía por la lectura del militar algunas de las cosas que había dicho y que estaba segura de que no estaba normal cuando las dijo, etc. Propuse que fuéramos viendo, parte por parte, todo lo escrito. Él estaba como flotante; me miraba asombrado a veces y otras con angustia; se veía que no se atrevía a replicar, que le dominaba el

miedo. Esa situación se prolongó durante mucho tiempo y es de los momentos más penosos que he pasado en mi vida. El teniente se irritaba mucho por aquel aspecto que él calificaba de "idiota". Le decía furioso cosas como: *"No estés como un pasmarote, habla, di algo, eres idiota".* Entonces él insistía en que no quería cambiar nada de su declaración. En varias ocasiones y como respuesta a los esfuerzos que yo hacía para que contara loque la había pasado, se volvió hacia mí y me dijo que no insistiese, que todo estaba perdido. Era evidente que vivía su situación como una tremenda catástrofe. En una ocasión me dijo angustiadísimo: *"Eva, he hecho mal y he de pagarlo. He de confesar toda la verdad a! teniente. El teniente es bueno; sólo él puede salvamos. El me lo ha prometido, nos va a salvar a todos; es una buena persona que sólo quiere el bien y la Justicia".* Le agarré por los hombros y le sacudí: *" ¿De qué te va a salvar, si tú no has hecho nada?"* Asentía con la cabeza: *"Pero tenía intención de hacerlo y eso es tan grave como si lo hubiera hecho; soy tanto o más culpable que los demás".* Me miraba con expresión que sólo he visto en el Hospital en situaciones muy límites. Le volví a sacudir, me abracé a él y le dije que tenía que reaccionar, que estaba enfermo, que era necesario que hiciese un esfuerzo y recobrara su estado normal, crítico. Entonces, su hitamente salió de aquella indiferencia. Se le nublaron los ojos y con una mirada de horror que nunca olvidaré me dijo: *"Me amenazaron mucho con mis padres que estaban detenidos* (se refiere a la policía, que es en donde hizo la declaración primera sobre la que se basan los mi litares). *Me dijeron que todo se lo harían pagar a ellos y que yo los estaba llevando a la muerte segura, ¿comprendes? Tenía que salvarlos".* Dijo esto precipitadamente y en seguida, aterrado por aquella confesión, volvió con la cantinela: *"Pero el teniente es muy bueno, es una bellísima persona que nos va a ayudar...*" (Es curioso que esta frase de "es una bellísima persona" recuerdo habérsela oído a algún otro compañero en aquellos tiempos. Creo incluso haberla escrito yo misma en mi diario el día en que mis hijos me visitaron por primera vez después de aquella larga incomunicación y en que yo aún estaba bajo la influencia del pánico de la DGS. Es como una necesidad de agarrarse a cualquier tabla de salvación, como si confiando en la bondad del enemigo se pudiera calmarle, yo no sé...).

58

Esta situación duró cinco horas. Desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. Cinco horas de un espantoso viaje que deja huella y en las que me debatí por ayudar a rectificar unas declaraciones totalmente

absurdas e incomprensibles que el mismo teniente tenía que aceptar que no "comprendía como había dicho aquello". Pero era difícil la discusión en aquella situación tensa y yo temía empeorar las cosas. El teniente sólo sabía repetir que el chico parecía idiota. Le dije el crimen que suponía una incomunicación como aquella. Me aseguró que aquél mismo día se la iba a levantar pero que *"un hombre resiste eso y más, es distinto a una señora".* Dijo que lo iban a trasladar al reformatorio. Discutí mucho sobre la tremenda medida que suponía dado que en su situación era peligroso que fuera abandonado en un medio de delincuencia juvenil, que le podían hacer víctima de sus burlas, etc. Me dijo que eso no dependía de la Jurisdicción Militar sino del régimen de la cárcel y que como era muy joven creía que le correspondía allí. Regresé profundamente afectada, herida. Creo que lo expresé coléricamente en el comedor a mis compañeras; cólera de rabia y de la impotencia de ver cómo se puede vaciar a una persona; de llegar a eso que hace años he visto en algunas clínicas siquiátricas: lo llaman "despersonalización" y lo consiguen después de una serie de electroshocks; ese vaciamiento, ese "lavado de cerebro" en el que flotan dos o tres ideas fijas que ha introducido la repetición persistente de algunas frases (soy culpable, el teniente es una bellísima persona, etc.) Por primera vez comprendí la magnitud de la tortura; lo que se puede hacer con un individuo sometido a una rigurosa incomunicación sin necesidad de "tocarle" físicamente y lo terrible de los interrogatorios dirigidos. Ahora, cuando copio esto, me acuerdo del "suicidio" de Toha, el ministro de Allende, y de aquel momento en que al ver a su mujer le pregunta si es cierto que él cometió los crímenes de los que le acusan. Siento escalofríos. El día que me carearon con Eduardo decid í que, a pesar de las muchas dificultades, del miedo que nos rodea a todos y de los peligros que nos amenazan realmente, que a pesar de todo esto lo denunciaría en cuanto me fuese posible. Y así lo hago. Quiero también hacer constar que muchos de los interrogatorios que duraban seis, ocho y hasta quince horas, fueron llevados a cabo en estados anímicos que recuerdan el descrito anteriormente.

60

Remedios Pérez López

33 años. Casada con Antonio Duran Velasco, de oficio planchadora.

El día 16 de Setiembre de 1974 detuvieron a mi marido. Había salido a resolver unos problemas familiares a primera hora de la mañana y pensaba estar de vuelta a eso de las nueve. Ya no regresó. Más tarde supe que le habían detenido nada más salir. A las 11, aproximadamente, se presentaron en mi casa tres agentes de la BIS con una orden de registro, el cual efectuaron sin encontrar nada. Esto en un principio no me extrañó puesto que mi marido, desde hace años, viene siendo objeto de persecución policíaca. (Siendo obrero del metal, fue despedido de la fábrica Pegaso el año 68 y pasó a la construcción en donde tuvo serios problemas. En la actualidad estaba procesado y estaba reclamado por el Juzgado). Por la tarde de este mismo día volvieron para efectuar otro registro, esta vez en toda la finca, ya que es un conjunto de viviendas que ocupamos distintos miembros de la familia. Este registro fue totalmente negativo como el anterior. Pasadas 72 horas aproximadamente y sin que tuviera noticia del paradero de mi marido, de nuevo se presentan en mi casa. Esta vez fue todo mucho más aparatoso: venían muy nerviosos y su trato era ya muy distinto, más violento. Fueron directos a una habitación en el suelo de la cual había un pequeño sótano que mi marido se había construido precisamente por la situación de persecución con la que tenía que enfrentarse. Es en este momento cuando me doy cuenta de que mi marido está preso y posiblemente en muy malas condiciones debido a alguna violencia puesto que este escondite era un secreto que teníamos sólo entre los dos.

61

Desde este momento y a distintas horas del día y de la noche, mi casa será objeto del acoso continuo de agentes de la BIS y también de la Guardia Civil, concretamente unas personas del servicio de información, vestidos de paisano, que montan una guardia permanente en la finca y con quienes tengo un enfrentamiento con motivo de la toma de unas fotografías.

Se hace una gran montaje. Viene la TV y muchos fotógrafos.

Al sexto día de gestiones por nuestra parte —pues no sabemos nada de Antonio— y de continuas llamadas telefónicas, se me dice por teléfono que mi marido está efectivamente en la DGS y que lo tienen bajo la Jurisdicción Militar.

A los ocho días veo horrorizada la información que dan por TV y es entonces cuando por primera vez veo que le han implicado en un asunto muy grave. A los nueve días, en compañía de un abogado, me di rijo a la cárcel de Carabanchel en donde me entero de que lleva ya dos días. El abogado consigue entrevistarse con él y le explica que ha sido víctima de tortura física (puñetazos, golpes en cabeza, patadas, etc.).Su estado síquico es normal. Ese mismo día, por la madrugada, a eso de las tres, se presentan en mi casa con una orden de registro, no de detención, pese a lo cual me obligan a que les acompañe. En la DGS me interrogan sobre una casa que tengo a mi nombre. Está presente el Juez Militar. Después y con gran aparato policial soy conducida a esa casa en donde presencio parte del registro siendo después trasladada de nuevo a la DGS. No me interrogan hasta el día siguiente. Entonces, después de un breve interrogatorio, un policía, que era tratado por los demás como un

iefe, habla durante una hora conmigo. Trataba de convencerme de que yo influyera sobre mi marido y le hiciera ver que si no declaraba iba a ser muy malo para mis hijas y para mí. Me aseguraba que no me iba a someter a malos tratos, que me trataba como una señora y que si conseguía que mi marido dijera algo nos pondría a los dos inmediatamente en libertad ya que mi marido era un hombre trabajador, una buena persona, un obrero que había sido utilizado, víctima de un engaño. No me decía de quién era víctima ni para qué tenía que convencerlo. Yo no sabía de qué tenía que convencerlo ni de qué verdad me hablaba: *"Dígale que diga la verdad"...* El policía era un hombre bajo, con el pelo rizado y muy nervioso y todo el tiempo me estuvo tratando como con un tono protector. Lo he reconocido en una revista posteriormente.

Después de toda esta preparación me pasó a un despacho muy lujoso, en el que estaba mi marido. Fue un encuentro muy emotivo y prácticamente en silencio. Antonio estaba muy pálido y ojeroso y tenía los labios muy resecos. El policía no hacía más que repetir: *"¿Ves como no le hemos hecho nada? La hemos tratado como una señora. Si hablas la salvas a ella y salvas a tus hijas y también salvas los dos pisos".* Todo eso duró muy poco, uno o dos minutos

y por el tono me di cuenta de la enorme coacción que le estaban haciendo con nosotras, sus hijas y yo. Después me llevaron al calabozo y desde allí le vi pasar alguna vez por el pasillo y ya en esta ocasión sí me pareció que iba muy distraído y como con la mirada extraviada.

Quiero hacer constar que en ese momento había sido excarcelado. Hoy todavía no sé exactamente los días que pasó en la DGS esta segunda vez, creo que bastantes. Ya no volví a ver a mi marido hasta el 25 de febrero de 1975. Había solicitado una entrevista con él y me la concedieron. Fue una visita especial, muy distinta de las que se vienen concediendo ya que en el último momento la DGS envió un policía que estuvo presente durante toda nuestra conversación, además de los dos funcionarios de Prisiones reglamentarios. De todo lo cual he cursado una protesta. En esta entrevista encontré a mi marido muy cambiado. No sólo física mente pues había engordado, sino síquicamente. Estaba muy nervioso y hablar le costaba un gran esfuerzo, como si se le trabara la lengua. También le costaba mucho expresarse como si le fallara la memoria o no encontrara las palabras. En momentos pensé si sería de la dentadura. La gordura era también rara, como anormal.

Horas más tarde de haber visto a mi marido en la DGS, cuando el careo, me llevaron a un despacho. Era una habitación pequeña donde había muy poca luz y artificial. Nada más entrar vi a María Luz Fernández rodeada de agentes a los que no puedo distinguir porque inmediatamente me ponen contra la pared. Me preguntaron si la conocía. María Luz tenía los pelos alborotados y la cara muy colorada y totalmente inflamada. Me sacaron en el acto. Permanecí en la DGS cinco días. María Luz estaba en una celda vecina y la oía llorar mucho. La sacaban con mucha frecuencia y estaba horas sin regresar. Comprendí que en los interrogatorios la pegaban mucho.

63

Después me pasaron ante el Juez Militar el Auto de Procesamiento, con gran extrañeza por mi parte pues se me había asegurado durante todo el tiempo que sería puesta en libertad, ya que sólo había ido a prestar declaración para beneficio de mi marido. El Auto de Procesamiento me implicaba en lo de la calle del Correo. Cuando manifesté mi protesta el teniente me dijo que *"era puro formulismo"*.

Me traen a Yeserías junto con María Luz aunque no se nos permite hablar. Le faltan grandes mechones de pelo y tiene grandes moratones en los brazos. Estoy doce días incomunicada. Cuando salgo, el abogado de mi marido me informa de que mi marido está incomunicado. Esta

incomunicación durará 60 días. Durante este tiempo y hasta mediados de noviembre no recibo carta suya. La primera carta me impresiona mucho porque tiene una letra rara, como de estar enfermo y por lo que me dice y como lo hace denota una gran tristeza.

En cierta ocasión en que mi hermana habló con el Director de la cárcel interesándose por su incomunicación y para ver si le podían poner con los otros compañeros, el Director le dijo que era un caso *"muy especial"* ya que se trataba de una persona muy peligrosa de quien, inclusive, se estaba observando muy minuciosamente la letra a través de las cartas para ver *"el grado de maldad que tenía"*.

Cuando en otra ocasión el abogado se interesó para ver por qué estaba separado de los compañeros a pesar de haberle sido levantada la incomunicación, el Director le dijo que eran medidas de seguridad para protegerle de cualquier agresión por parte de los compañeros.[1]

A fines de noviembre Eva tiene un careo con mi marido en la cárcel de Carabanchel y también regresa diciendo que lo ha encontrado muy raro síquicamente. (Acompaña testimonio).

Todo este tiempo mi marido ha estado muy enfermo como tiene que* constar en Hospital, enfermería y partes de los médicos que le han tratada

Nota: El testimonio de Remedios Pérez, que no contiene torturas corporales a su persona, es interesante sobre todo en la medida en que da algo del clima de aquellas jornadas. El día 13 había estallado una bomba en la Calle de Correos, junto a la DGS. El montaje policíaco trataba de culpabilizar de ese hecho a los detenidos. Fueron meses de gran terror: torturas, largas incomunicaciones y todo tipo de atrocidades contra los detenidos sobre los que la Prensa, siguiendo las pautas de la policía, vertió las más infames calumnias. Se trataba a toda costa de presentar un éxito policíaco y para ello la Policía contó con la complicidad de los militares que

[1] Con respecto a esto queremos señalar que en distintas ocasiones se nos dan argumentos de este tipo. Por ejemplo cuando Eva Forest estaba en la DGS, el inspector que ha sido descrito como Roberto le dice que ahora se presenta un problema porque Tanque y Tupa han pedido protección porque dicen que ETA va a venir a liquidarles.
Esta misma creencia la tiene durante mucho tiempo Eduardo Sánchez Gatell que asegura muy asustado que le han dicho que ETA va a matarlo por lo que ha dicho.

abandonaron a sus víctimas en las manos de los torturadores y practicaron ellos sus propios métodos de coacción y terror sobre nosotros.

(A. Sastre)

Mari Luz Fernández

A las 2.30 de la madrugada del día 27 de septiembre se produce en mi casa una llamada. A mi pregunta de quién era se me contesta que es el sereno, *a* quien abro la puerta, entrando violentamente y pistola en mano cuatro jóvenes de la BPS acompañados de un señor, que se identifica más tarde, resultando ser un vecino del mismo edificio, militar, a quien no conocíamos, y del sereno del barrio. Los jóvenes de la BPS con sus pistolas a punto de disparar gritaban amenazas de disparo inmediato para quien de nosotros se moviese. En ese momento se encontraban ya levantados de la cama mi madre y mi hermano y salía de su habitación mi padre, en dirección contraria a la nuestra. Al ser visto por la policía éstos le gritaron que se echase al suelo y se quedase quieto. Mi padre, asustado y enfermo, no parecía reaccionar tal como ellos querían y estuvo a punto de recibir un disparo que no llegó a efectuarse a causa de los gritos míos y de los otros familiares. Mi padre y mi hermano son obligados a echarse al suelo (con los brazos extendidos), donde después de ser registrados permanecen durante todo el tiempo del registro de la casa. Mi madre es autorizada para sentarse. Mientras dos de la BPS siguen encañonándonos a los cuatro, los otros dos se dirigen a revisar habitación por habitación, vaciando de todo su contenido los armarios de la mía. Hecho esto, soy llamada al igual que los dos testigos y pasan a registrar todas mis cosas. De entre ellas se llevaron algunas revistas, quedando todo en el consiguiente desorden pero sin destrozos (sin embargo, días después, mi casa aparecerá sucia y revuelta, llena de papeles rotos y de ella faltarán diversos objetos). Se llevan también, aunque no se hace constar en el acta, una carpeta conteniendo cartas de algunos viejos amigos y de varios alumnos míos. Se me dice que me serán devueltos a la salida de la DGS pero aún hoy, mediados de enero, no los tengo en mi poder, lo mismo que mi bolso de mano conteniendo objetos personales y que, al parecer, está en manos del Juzgado Militar. Terminado el registro de mi habitación se procede al de las de mi hermano y mis padres aunque sin detenerse mucho en ello. Terminada la inspección de toda la casa se procede

a elaborar el acta de registro y a esta hora, de madrugada, se me ordena vestirme para acompañarles. Esta operación tengo que realizarla en presencia de los inspectores

66

La misma orden se le da a mi padrea pesar de mi insistencia en la gravedad de su estado de salud, ya que aparte de la silicosis tiene tuberculosis pulmonar, por lo cual piden que se vista también mi hermano *"para acompañarle y cuidarle".* Acabarán yendo los dos a la DGS *"para prestar una pequeña declaración acerca de mí",* y en la que permanecerán seis días cada uno, yendo después a la cárcel. Soy conducida por dos inspectores, separada de mis padres y hermano y ya en el mismo ascensor de la casa comienzan mis acompañantes sus insultos, *"bandolera", "etarra", "bandida",* etc. Ante mi pregunta del porqué de todo aquello recibo una bofetada de uno de los jóvenes. En un coche en la calle esperaba otro hombre que nos conducirá a la DGS. Mis familiares lo harán en otro coche con los otros dos policías. A las cuatro de la madrugada llegábamos al edificio de la DGS, no volviendo a ver a mi padre y hermano a partir de ese momento, en que se me permite despedirme brevemente de ellos en uno de los patios del edificio. Una vez dentro soy conducida al tercer piso. Soy recibida con fuertes insultos por parte de quienes se encontraban en el despacho. Se me saluda diciendo que ya tenían muchas ganas de conocerme pues querían matarme en seguida. Mis acompañantes me habían explicado ya durante el viaje que llevaban tres días detrás de mí, esperándome a la puerta de mi lugar de trabajo del año anterior y su gran alegría por haber conseguido encontrarme. Se me pasa a otro despacho en donde se me enseñan fotos. No reconozco a nadie y mis negativas son acompañadas de fuertes bofetadas y puñetazos en el estómago.

67

Me encontraba sentada junto a la pared y tenía a un lado una mesa sobre la que soy empujada repetidamente para que no pudiera evitar los golpes Se me hacen distintas preguntas a las que me niego a contestar. Cogida por el pelo (que me arrancan en abundancia) y arrastrada así por varios despachos, ante la mirada de odio y los insultos de todos los que se encuentran en ellos, soy conducida a un cuarto muy oscuro en donde soy arrojada sobre un montón de armas que dicen haber encontrado en una casa por la que me preguntan. Todas estas escenas duran aproximadamente hasta las ocho de la mañana, en que me llevan al calabozo, siendo antes reconocida por el

médico de la DGS quien deja constancia de mi relato acerca de las lesiones que sufro y que él puede ver fácilmente (hematoma frontal, fuerte hinchazón de la nariz —semirotura de la misma—, pequeña herida en una rodilla producida al ser arrastrada, hinchazón y señales de golpes en la cara, etc.). Sin casi darme tiempo a permanecer sentada en el calabozo, se procede a realizar mi ficha. La fotografía que me hicieron creo que mostrará el estado de mi cara y pelo. Los jóvenes encargados de realizar este trámite se muestran *"extrañados"* ante mi estado y ante su pregunta burlona de si *"me había pegado con alguna amiga",* les contesto que la pelea había sido con sus amigos y no con los míos. Simulan sorpresa y me dicen que no suele ocurrir nunca eso. Nuevamente soy llevada a los despachos de la BPS para interrogarme, cambiando esta vez el sistema. En esta ocasión me acompañan seis y ocho jóvenes sentados en círculo alrededor de mí y en una habitación totalmente vacía se disponen a *"conversar"* conmigo. En rueda y de uno en otro van dándome puñetazos y patadas, ca yendo al suelo repetidas veces. Esperaban a que yo misma me levantase y me hacían sentar de nuevo para volver a empezar la "conversación" que giraba en torno a comentarios sobre el atentado de una cafetería tratándome a mí como la responsable de aquello. En una ocasión, mientras era fuertemente golpeada y gritaba, entraron dos obreros (la DGS se encontraba en obras) a llevar algunos materiales de obra. Presenciaron la escena pero ni se inmutaron, cosa insólita a menos que se esté *"habituado"* a ver algo semejante con frecuencia. A causa de esta presencia debemos cambiar de lugar y conversación, haciéndolo en otro despacho.

68

En ésta y otras ocasiones intervendrá un personaje (a quien el resto llama jefe) de unos cincuenta años, bajo, con gafas y calvo y que, tratándome muy amistosa y paternalmente se dirigiría a mí diciéndoles a los demás que dejasen de pegarme pues yo era una buena chica que se lo iba a contar todo a él, siendo sin embargo el primero en volver a los golpes con más saña aún que sus acompañantes y teniendo un especial placer en arrastrarme cogida del pelo y sacudirme la cabeza hasta hacerme marear. Mientras hacía esto decía a los jóvenes que me observasen, que era *"una miseria"* y un *"cuarto de kilo".* Otro de los policías, según él asturiano como yo, y que por esto y por haber sido herido un hermano suyo en la explosión decía que tenía un gran interés en golpearme y machacarme *"hasta verme muerta"* y en *"practicarme algunas torturas especiales para que sufriese los mismos efectos que algunos de sus compañeros heridos durante la explosión",* me golpeaba repetidas

veces en la cabeza y en el estómago hasta hacerme caer y luego obligarme a levantar a patadas. A éste suceden otros dos interrogatorios de unas cuatro horas de duración cada uno, con intervalos de pocos minutos. A las doce de la noche me suben a un nuevo interrogatorio. En esta ocasión y casualmente me verá el Militar que instruye el sumario, teniente Herrero, y que actúa ba en función-de Juez. Se dirige a mí y mantiene una conversación a solas. Me dice que si quiero, a partir de entonces, me interrogará él, dando orden a la Policía para que cesen sus interrogatorios. Acepto y, después de una-larga conversación, sin declaración formal alguna, soy devuelta al calabozo. Quiero hacer constar que cada vez que era traída y llevada a la celda lo hacíamos por lugares distintos, por diferentes pasillos que cada vez resultaban más siniestros, lo que me ocasionaba momentos de gran terror a causa de las numerosas amenazas de muerte que se me hacían sin cesar. Antes de que vuelva de nuevo el Juez Militar todavía soy interrogada de nuevo por la Policía. Esta vez en una habitación cercana a los calabozos, una especie de cueva sin ventanas, todavía más siniestra que los despachos de arriba y en la que sólo hay una mesa y dos sillas. Mi interrogador, uno de los policías que vinieron a mi casa, me hablaba en tono *"amistoso" y* bromista diciéndome que allí era donde se fusilaba a muchos de los detenidos y que si no me lo creía me podía enseñar el patio en donde eran enterrados... Todo lo cual, unido a mi estado de ánimo, me crea verdadero pánico. Repetidamente se me invita a café que no tomaré pese a serme traído e insistir mucho en que lo tomara. Esta conversación no duró mucho afortunadamente. Hacia las nueve de la mañana se presentó el teniente Herrero para tomarme declaración.

69

Respondo a algunas preguntas. Me declaro marxista-leninista de ideología aunque no milito en organización alguna. Todavía sigo en la DGS y sometida a nuevos interrogatorios (creo que fueron un total de nueve en el tiempo que permanecí allí). Una de estas entrevistas se celebró en un lujoso despacho del segundo piso en presencia de uno de los mismos policías del día anterior. Pretenden que les repita mi declaración hecha al Juez. Me niego y soy insultada violentamente por ello. Les digo que se la pidan directamente a él si es que quieren enterarse pues yo estoy autorizada por el Juez a negarme a contestar las preguntas de la Policía. No creen mis palabras (yo misma no tenía mucha confianza en lo dicho por el teniente) pero cuando estoy a punto de ser golpeada suena el teléfono al que acude el policía que me interroga. Terminada la conversación y de vuelta, me doy

cuenta por su aspecto de contrariedad de que acaban de comunicarle lo que yo estaba diciendo. Sin ninguna explicación se me ordena levantarme y me conducen entre cuatro a los calabozos. Tengo que confesar que durante esta conducción iba aterrada pensando que podía tratarse de una decisión fatal contra mí, tan excitados y nerviosos los veía. Después de dos o tres visitas del Juzgado el domingo 29, después de habérseme comunicado que se me llevaría ya a la cárcel, soy llevada a los despachos de la BPS. Comienzan por preguntarme nuevamente algunos datos personales para llegar en seguida al viaje realizado en el verano del 73, con motivo de visitar a mi padre internado en un Hospital belga. Se insiste durante todo el interrogatorio acerca de mis contactos con vascos en Lieja, Bruselas, Holanda, París, lugares que más o menos ampliamente había visitado. Ante mi negativa se producen nuevos insultos. Me niego a hacer ninguna declaración sobre mi trabajo y como considero inminente mi traslado a la cárcel, reclamo el bolso personal así como mi carpeta con cartas, cosas que me son negadas con la contestación de que *"eran intervenidas para que aprendiese, como castigo".* Insisto en que nada de esto me ha llegado aún.

Mientras esperaba el traslado a la cárcel, presencio la llegada de mi madre a la que, con engaños, como he sabido luego, han hecho salir de casa y conducida violentamente a la DGS en donde permanecería tres días. Allí continuarán después de mi traslado mi hermano y mi padre que, tanto la policía como los militares, saben gravemente enfermo y al que se le golpea, se le hace todo tipo de vejaciones, llevándole a un estado de angustia tal que, al salir para ser trasladado a la cárcel y en presencia de mi madre, se arroja a las ruedas del coche policial en que debería efectuar el viaje, con intención de matarse. Desde entonces y como consecuencia de lo que le dijeron en los interrogatorios, está completamente seguro de que a mí me violaron (cosa que cuenta con detalles) y que a mi madre la mataron.

70

A mi madre, entre muchas cosas horribles, se le llegó a enseñar unas tijeras ensangrentadas, diciéndole que con ellas venían de abrirme el vientre para ver si estaba o no en estado y era la de la bomba. (Mi madre ignoraba que en aquellos momentos yo ya no estaba en la DGS . Ellos querían llevarles a una situación tal en que estuvieran dispuestos a decir lo que fuera con tal de que no me torturaran más; de ahí que a mi padre le dicen lo de la violación...). A la salida de allí soy llevada a la presencia de un médico para proceder a un ligero reconocimiento visual. Deja constancia de mi denuncia y de las lesiones que él mismo comprueba. En la cárcel de Yeserías soy

incomunicada. Pido una revisión médica que se me dice que es imposible hasta que termine la incomunicación. Aún ahora sigo sin ese tipo de revisión. Durante este tiempo he tenido problemas con una o dos costillas que creo rotas como consecuencia de los golpes de la DGS. Yo sufriré una incomunicación de 106 días, lo cual considero una terrible tortura síquica y que unida a los largos interrogatorios de los primeros días sufridos ante el Juez Militar (interrogatorios en los que se me coaccionaba continuamente con mi familia, se me mostraba como víctima de unos poderes especiales, hipnóticos, que me aseguraban que tenía mi amiga Eva y con los cuales me podía haber dirigido a distancia —con Eva todo momento trataron de enemistarme haciéndome ver que muy bien me podía haber engañado y cosas horribles—, se me presentaban declaraciones espantosas de mi hermano, que me decían las había hecho él —al que luego he sabido que torturaron y trastornaron con alguna droga-) han producido una gran depresión síquica y una gran apatía desde la que me cuesta un enorme esfuerzo escribir ahora lo que me pasa. Quiero hacer constar que después de los intensos interrogatorios de los primeros días el militar casi no volvió a venir y que me tuvo gran parte del tiempo sin verme, como un castigo.

Condiciones de mi incomunicación. Fue total. No se me autoriza a ver al médico. Se me quita absolutamente todo, papel, lápiz, libros. No tengo ropa para cambiarme. No puedo fumar, porque se me dice que no hay cerillas. Tampoco puedo tener pañuelos, ni tan siquiera de papel, a pesar de padecer un catarro nasal. Tengo que usar papel higiénico. No dispuse nunca de ropa para cambiarme; cuando lavaba la puesta tenía que esperar a que se secase. Todo esto se hizo en condiciones de mucho frío pues hasta últimos de noviembre no hubo calefacción. Los primeros días fueron más soportables dado que en celdas contiguas había algunas compañeras pero la situación se agravó cuando ellas fueron trasladadas y quedé sola, pues me daba cuenta de que era una medida específica que tomaban conmigo.

71

El hecho de que dos o tres días después de ingresar se llevasen a mi madre me angustió mucho porque pensaba que era a la DGS y que allí la volverían a interrogar y martirizar. Luego se me aclaró que estaba en el Siquiátrico. Las presiones de los interrogatorios eran muy grandes para que declarara cosas que no sabía; se me presionaba diciendo que la libertad de mis padres dependía de ello y que, si no, los mataba. Se me decía asimismo que mi compañero José Luis estaba detenido por mi culpa —este compañero ha estado detenido dos meses y pico y puesto en libertad, sóbrese ido, a

últimos de diciembre— y que yo podía acabar con todo si decía la verdad. Algunos de estos interrogatorios se efectuaron a altas horas de la madrugada, en que era sacada de la cama precipitadamente y presionada con problemas que yo desconocía. Las funcionarias fueron testigos de todo esto. El 24 de octubre el teniente me dijo muy enfadado que ya no quería hablar más conmigo. Fue cuando ya no le vi más hasta el 21 de diciembre. Esta etapa fue una de las más angustiosas ya que quedé sin saber absolutamente nada de mi familia, la cual había dejado en malísimas condiciones (padreen el hospital, madre en el Siquiátrico, hermano al que era evidente que habían torturado mucho dada la declaración que había hecho, el compañero incomunicado, las compañeras aisladas...) Permanecí todo el tiempo sin casi poderme mover, en una celda que tenía 2 x 3 m. aproximadamente Cuando a fines de diciembre se me vuelve a tomar declaración, tengo otro careo con mi hermano. Está completamente distinto. A mí se me presiona terriblemente y se me amenaza, ya que se me llega a decir que si no digo toda la verdad se me puede celebrar un juicio sumarísimo basándose en la declaración de mi hermano al que evidentemente han vuelto loco. Todo eso me produce una depresión grande que dura hasta el día del levantamiento de la incomunicación que coincide con el traslado de Eva al Hospital, con el pretexto de ver a su marido, aunque en realidad se trata de incomunicamos un mes más y mantenernos aisladas. El nueve de enero puedo reunirme con mi madre a la que han traído del Hospital siquiátrico ese mismo día.

Tengo un gran problema de adaptación a la situación actual; estado que hoy, quince días después, es peor que el primer día a causa, seguramente, del gran esfuerzo requerido para resolver algunos problemas que se me plantearon. Noto una extrema lentitud al pensar y una gran desgana de ponerme a ello. He de hacer un gran esfuerzo por levantarme de la cama. Me doy cuenta de que estoy atravesando una gran crisis y de que no tengo fuerza para nada. Estas últimas semanas me fallan las palabras. Voy a decir una cosa y me sale otra y a veces suelto una frase que no tiene nada que ver con lo que quería decir. Algo parecido me ocurre con la escritura. Escribo todo esto a fines de enero con objeto de recordarlo cuando venga el forense, ya que voy a presentar una querella contra la policía por malos tratos.

Encarnación Álvarez Hernández

De 48 anos, natural de Mieres (Asturias). Mujer de minero.

"Me detuvieron el 29 de septiembre a las 3,30 de la tarde. Una media hora antes dos policías —los mismos que habían detenido al resto de la familia antes— se habían presentada en mi casa diciendo que mi marido necesitaba medicamentos y mantas, pero pomo vieron mi actitud de no acompañarles y que les decía que ya iría por mi propia cuenta, se fueron. Entonces cogí la ropa, lo preparé todo y con ese paquete bajé a la calle. Me metí en una cabina cercana para llamar por teléfono y fue entonces, cuando salía de ella, cuando se me acercaron los dos que habían subido y empezaron a decir *"hija de puta, ya caíste... Nos has obligado a esto... Aquí no te atreverás a echamos a todo el pueblo encima con tus gritos..."* Entonces a empujones y a pesar de que yo pedí socorro, me metieron en el coche y cuando alguien se acercaba le decían que eran de la Policía y daban a entender que era una delincuente, como aquél que lleva un loco ¿no? Al meterme en el coche con aquel forcejeo me dieron un fuerte golpe en la cabeza y la oreja me empezó a sangrar —que luego tuve herida durante muchos días y en el Siquiátrico me la vieron— y en la rodilla también otro golpe con un gran moratón que también me vieron los médicos... Nada más cerrar la puerta del coche se pusieron a toda marcha, una velocidad terrible y todo el viaje me fueron insultando, que si era una asesina, una hija de puta, qué sé yo, y me golpeaban por todas partes. Al llegar al patio de la DGS uno de los policías me agarró de los pelos y me tiró fuera y me enseñó a mucha gente que estaba allí fuera rodeándonos, periodistas decían que eran y tomaban nota. Les dijo: *"Mirad otra asesina..."* y qué se yo cuantos disparates más y los otros apuntaban como que fuera una gran noticia. A esos dos policías ya no les volví a ver más. Uno era de estatura media, bastante fuerte, tenía el pelo veteado entre cano y negro, con patillas veteadas también y no era muy joven. El otro era menos fuerte, con el pelo rapado y tieso, como de soldado. Después de eso me ficharon y me dejaron en el calabozo sin que dejaran de insultarme durante todo el camino. Allí permanecí setenta y dos horas sin

que nadie me interrogara pero lo. que vi en aquel tiempo fue algo espantoso... no hacían más que insultar a todo el mundo y a mí mucho más.[1]

74 El día 1 de octubre era el *"día del Caudillo"* y les dieron vino a todos los guardias y yo ni sé lo que pasó, terminaron todos borrachos, algo espantoso. Nada más entrar en los sótanos ya me di cuenta de que allí estaba mi hija. Cuando pasé por delante de su celda ella me llamó y me dijo que no me asustara, que todo lo hacían para torturarla a ella, que éramos inocentes y que nos tendrían que poner en libertad. Ya no volví a ver más a María Luz pues parece que se la llevaron a la cárcel, aunque yo no lo supe hasta después... Ya en el calabozo oía hablar a mi hijo y a mi marido. Oía cómo les insultaban y cómo ellos discutían con los guardias, porque ellos no callaban ante lo que les decían y al ver cómo me insultaban... Yo oía cómo comentaban entre sí los policías; se decían que yo era *"La Cana"* —que es un diminutivo de Encarna con el que me conocen en Asturias algunos familiares... se ve que llamarían a Mieres y les dirían eso...— y comentaban que era una asesina, que había matado a mi padre en Mieres y que mi mala conducta era de todos conocida por allí y que tenía fama de sinvergüenza y que ahora me iban a dar mi merecido. No hacían más que comentar todo esto y ponerme verde —se ve que para que lo oyera— y a cada rato venía uno de ellos con un té y se empeñaba en que lo tomara. Y yo que no. Y él que sí... Y al final hacía como que lo aceptaba y cuando no me veían lo tiraba debajo de la colchoneta y entonces ellos hacían comentarios entre sí —se ve que tenían la esperanza de que me durmiese y yo estaba callada y les oía decir muy bajito: *"esa hija de puta no se duerme"*. Venían a ver y decían esto. Así me resistí todo el tiempo. Luego enfadados venían a cada rato y empezaron a decir que me iban a meter en el tubo de la risa y que allí diría toda la verdad, como les pasaba a los otros. Seguían comentando cosas pero ya en voz alta para que las oyera: *"Ahora le toca el turno a la Cana"* y estuvieron así horas y horas, comentando disparates. Me mortificaban haciéndome creer que tenían a mi hija allí: *"la María Luz ya quedó bien servida, que le pongan el traje de deporte que vamos a practicar el judo ..." "Le vamos a dar una lección"*.

75 Decían todo esto para martirizarme... Se ponían así, junto a la puerta de mi calabozo en donde había una mesa, no sé si era por mí o era casualidad, el caso es que lo decían todo junto a mí. Yo estaba muy angustiada con

[1] Se refiere a la Policía Armada que cuida de los sótanos. N. del E.

aquellas barbaridades que ni se pueden contar... y en eso que uno se me acerca, después de haberme insultado, se me acerca con unas tijeras manchadas de sangre y me dice que con aquello han hecho la cesárea a María Luz para ver si estaba embarazada porque la que puso la bomba estaba embarazada. Eso fue terrible porque se cree uno que es verdad que la han abierto al ver aquella tijera ensangrentada y que me hablaban del quirófano, que la habían operado... Sí, porque los ves de aquella manera, locos de furia, que son capaces de cualquier cosa, eso fue terrible... Esa fue la primera noticia que yo tuve de que se acusaba a mi hija de aquello, porque yo no sabía de qué se nos acusaba, ni qué buscaban, porque el primer día, cuando los detuvieron a ellos, hablaban de buscar un refugio y qué sé yo pero de nada más...

Durante esos días que permanecí en aquellos sótanos vi cómo sacaban varias veces a mi hijo para interrogarle y cómo regresaba después lamentándose de que le habían pegado mucho y dando gritos de dolor. Entonces yo, desde mi celda, les gritaba y venían corriendo los grises a insultarme y entonces mi marido y mi hijo me querían defender y golpeaban la puerta y entonces iban los guardias y les pegaban. Era una provocación continua, un horror de locura... En una de las ocasiones en que habían sacado a mi marido a declarar vi que regresaba en calzoncillos y que el guardia llevaba sus pantalones en la mano. No podía casi andar de lo que le habían pegado y el guardia le gritaba: *"Eres un cagón... Bien te gusta el anís y bien que has hablado después... Tan valiente fuera y con una copa se caga...Lo mismo que Antonio* (se refería a Antonio Durán), *con una copa lo dicen todo...Cagón, que eres un cagón".* César se tambaleaba y venía como si le hubieran emborrachado, estaba muy mal. Le iban pegando golpes con la porra para que se moviera más deprisa... El pedía sus pantalones y el guardia le insultaba: *"hijo de puta, sigue, que te confesaste, convicto y confeso, ya no tienes remedio".* Ahí ya le veía yo que él estaba destrozado, que le habían hecho algo muy gordo... Al llegar a su celda ordenaron que retiraran todas las mantas y la colchoneta y le dejaron desnudo completamente y le ordenaron que paseara. Yo quiero contar aquí que a María Luz, durante el registro le habían encontrado una fotografía, un recorte de una revista portuguesa en donde venía un policía de la PIDE en calzoncillos y yo me daba cuenta de que ahora le decían cosas referentes a aquello: *"¿No te gustaba lo que le pasó a la PIDE? Pues ya estás tú igual... retrátate tú ahora..."* Yo no sé qué le hicieron pero parecía otro y así estuvo hasta que

nos sacaron de allí. Él debía de oír y ver cosas terribles porque se lamentaba que era un horror...

76

(Aquí es donde nosotros suponemos que esa copa que le dieron debía de ser algo muy especial, de contener algo, muy posiblemente un ácido, un alucinógeno, pues inició una especie de largo viaje en el que entre numerosas vivencias de horror, una le quedó muy fijamente grabada: la de que tres policías habían violado a su hija —cosa que contaba con mucho detalle y la de que su mujer, Encarna, había muerto. Esto lo vivió con tal certeza que cuando, meses después, vio a su mujer y a su hija, todavía no se creía que fuera real. Es imposible ampliar más los datos dado que César Fernández sigue aún preso —aunque sobreseído del proceso por el cual fue torturado así— y no ha habido posibilidad de hablar con él. Sería muy interesante que alguna persona especializada —siquiatra, sicólogo, etc. y amiga— pudiera profundizar en este asunto).

(Nota de Eva Forest, 1975).

Otra cosa que vi en esos sótanos fue lo de Martín. Martín es el maestro amigo de mi hija que había pasado ocho días en Madrid con ella, que no sabía nada de nada, como nosotros, y al que mandaron venir desde Asturias. Al principio de estar allí le vi aparecer. Yo no le conocía personalmente pero enseguida comprendí que era él, porque le estaban interrogando allí mismo, junto a la mesa, al ladito de mi puerta. Se ve que ellos tenían allí la carpeta con la correspondencia que mi hija mantenía con él y entonces le preguntaban si aquella letra era suya y le obligaron a que leyera sus cartas en voz alta y fue precisamente con la lectura de esas cartas y de los poemas que había en ellas con lo que me di cuenta de que era él. Entonces los grises, al oírle, se carcajeaban y hacían burla de todo. Luego le hablaban mucho de su gran amistad con Alfonso Sastre y con Eva y el muchacho se defendía diciendo que no era verdad, que él no los había visto en su vida —cosa que era cierta—, pero ellos le decían que refrescara la memoria, que sabían muy bien que habían pintado juntos una casa y le hablaban de brochas y escaleras... una serie de disparates que nos tiraríamos mucho rato contando. Luego le amenazaron diciéndole que se hacía el ignorante pero que ellos ya sabían que lo sabía todo... El muchacho, que era la segunda vez que venía a Madrid, se defendía como podía sin entender nada. Acababa de llegar en el tren y decía que al día siguiente tenía que estar en su escuela. Cada vez que

negaba las cosas le decían que era inútil porque ya María Luz había confesado su complicidad en aquel grave asunto. Pero el chico desesperaba de negar. Entonces le cogieron y le hicieron pasar a una celda que había enfrente de mí. Le metieron allí sin resistencia alguna, diciéndole que allí podría dormir un poco y descansar hasta que vinieran los jefes para interrogarle. Se ve que él entró tan confiado porque daba todo tipo de explicaciones de por qué tenía prisa... Le vi entrar y como le decían que allí estaría mejor que en una pensión, que era lo que él buscaba, y que ya vería lo cómodo que iba a estar. Entró y al poco volvió a salir y estaba que ya era otro. Decía: *"Coño, no estoy acostumbrado a beber y esto me ha hecho mucho daño... y sólo era una copita pero me ha mareado..."* Y se le veía que ya estaba borracho perdido. Decía barbaridades —él que es muy bien hablado, que es muy correcto, según dicen—. César, que también le oía le llamaba desde su celda y le decía: *"Chaval, no te asustes, no hagas caso, yo soy el padre de María Luz" y el* otro, que según nos tiene contado María Luz, es un muchacho muy tímido y correcto, le contestaba con descaro: *"Tú qué vas a ser el padre de María Luz, tú lo que eres es un vulgar chorizo"*[2] y cosas así... Después empezó a decir: . *"Que me voy a cagar. Yo no sé lo que tengo, nunca me pasó una cosa así por tomar una copa. Fue tomarla y ya me hizo daño. Qué cosa tan rara".*

Se lo llevaron arriba, a interrogar y ya nunca lo volví a ver.

> *(José Luis García Martín fue retenido durante casi tres meses por el Juzgado Militar. Incomunicado en la Cárcel de Carabanchel, nadie ha podido tomar contacto con él. Fue puesto en libertad y posteriormente totalmente sobreseído. Lo más fácil es que poseído por el terror no quiera ya ni oír hablar de todo esto.* A *él, como a todos los demás, se le ha presentado a los amigos como personas que le han involucrado en un asunto terrible. Sería también interesante un serio trabajo de investigación de lo que le pasó aunque es fácil que rehúya cualquier encuentro. Ha pedido ayuda a un pariente que es de la Guardia de Franco. Eso se ha sabido por gestiones que se han hecho con los abogados. Nota de Eva Forest, 1975).*

78

Otra cosa que quiero señalar es que durante todo este tiempo que permanecí en los sótanos, además de los insultos y malos tratos, pasaban

---

[2] "chorizo": ladrón (argot).

cosas muy raras. Había unos ruidos muy extraños y unas conversaciones muy enloquecedoras, un rumor continuo de voces, como de cintas magnetofónicas.

> *(Esta impresión de lamentos y voces que hablaban entre sí la tuvieron, por lo menos, cuatro personas más de nuestro sumario; y todas coincidían en que era como si les hubieran puesto una cinta magnetofónica con la grabación de voces familiares, como si se hubieran hecho composiciones con trozos de sus declaraciones. Nota de Eva Forest, 1975).*

Yo oía conversaciones entre los policías que comentaban las torturas que le habían hecho a María Luz, cómo la habían llevado arrastrando por el pelo y yo qué sé cuántos martirios. Una serie de cosas que yo me daba cuenta —porque yo no estaba trastornada, yo estaba nerviosa pero yo no había perdido la cabeza— de que lo que querían era volverme lo ca lo mismo que a mi marido. Y ahora lo veo mejor, que era para hacer me sufrir y que sí sabía algo pues que hablara. . No tiene nombre lo que me hicieron. Se oía como un motor de una rueda, como que le estuvieran haciendo algo a gente y oía lamentos. Oía, por ejemplo, a María Luz que se quejaba y pedía auxilio: *"Por favor, sacarme de aquí, no me torturéis más..."* y cosas por el estilo. Hablaban de martirios que les hacían y cómo al final hablaban y "antes de volver a aquello me mato".

En el tiempo que estuve en la DGS la Policía sólo me interrogó una vez, ya muy al final aunque no lo puedo precisar porque eso lo tengo muy confuso debido a la inyección. Vinieron de pronto diciendo que estaba muy nerviosa —yo me había negado a tomar cualquier clase de líquido— y me pusieron una inyección para tranquilizarme según dijeron. Pero era algo muy raro. Enseguida empecé a sentirme distinta. Así, como una alegría, un estar fuera de mí, como tonta... Me subieron a declarar a un despacho. Nadie me pegó en ese despacho pero me insultaron mucho eso sí. Ellos escribieron mucho y lo que quisieron porque yo no veía nada, estaba indiferente... Me hicieron algunas preguntas pero no las recuerdo. Recuerdo que no tenía inquietud ninguna. Firmé lo que me mandaron. Yo nunca leí lo que firmé, me daba igual. Me sentía así, como que vas atrofiada... Dije que era comunista, eso sí que lo recuerdo, pero lo he sido siempre, militante nunca,

pero sí de sentimientos comunistas. De allí creo que me llevaron ya al Juez Militar.

79

(Es muy interesante este momento, esa declaración hecha totalmente en estado fuera de sí. Por más que interrogamos no hemos podido aclarar nada. Nota de Eva Forest, 1975).

El teniente Herrero empezó a decirme que tenía un hijo que era un degenerado y un bandido y qué sé yo cuántas cosas. Me dijo que había escrito en un papel una declaración diciendo que la bomba la puso Lidia Falcón pero que luego, cuando le hicieron ver que esta señora no estaba en Madrid, fue cuando dijo que había sido su hermana. Entonces yo me enfrenté: ¿Cómo es que mi hijo estando incomunicado y de la manera que aquí nos tienen de incomunicados disponía de papel y bolígrafo? El teniente me manifestó que él mismo se lo había facilitado para que hiciera la declaración y que también le había dado dinero para que al salir se fuese a Andalucía. O sea que era una cosa extrañísima, le habían prometido que si decía aquello se iba en libertad, qué cosa tan rara... Yo le dije que aquello era muy raro y que no me lo creía y entonces es cuando le trae a mi presencia y se hace el careo. Fue terrible. Impresionaba verlo. Estaba totalmente cambiado. El, por su enfermedad de la infancia le ha hecho siempre mucho daño el alcohol, una copa de alcohol le pone fuera de sí, pero venía mucho peor que lo había visto otras veces. Estaba con la cara muy hinchada, colorada y deforme. Venía esposado. Estaba muy deprimido. Yo estaba destrozada y le pregunté que cómo había dicho aquello y entonces contestó: *"Perdón, mamá, yo sé que María Luz estuvo toda la semana con Martín* —que era el compañero maestro que había venido ocho días de vacaciones— *y que ella no fue la que hizo esto, pero este señor* —por el teniente— *me amenazó con matarme sin juicio si no declaraba que mi hermana hizo esto".* Entonces el teniente se pone fuera de sí: *"Canalla, eres un canalla. ¿Dónde pusiste e! papel con la declaración?"* Entonces él declaró: *"No lo tengo, lo tiré al váter".* (O sea que era una cosa que le hizo escribir en un trozo cualquiera de papel, ya ves...) El teniente muy nervioso le insultaba y le decía que le había dado dinero y que le había engañado... Fue una escena que no puedo recordar sin ponerme enferma porque veía a mi hijo igual que un niño pequeño, pidiéndome perdón por lo que le habían obligado a decir... Que

esta escena ya es muy distinta de la que se produce luego, en un careo que tuvimos tiempo después, que ya contaré, allí ya ni se emocionaba, estaba cínico y frío... Pero esa primera vez no, todavía se resistía y lloraba. Creo que fue después de esta escena, que ya se lo llevan, cuando el teniente me lee el auto de procesamiento, me hace firmar, me lo entrega y ya me trasladaron al calabozo de los sota nos. Allí me pusieron una inyección que esa era muy distinta de la primera y que la vi más normal porque yo ya estaba muy nerviosa con lo ocurrido. Empezó a entrarme un miedo terrible de ver que nos volvían locos y creo que me dio un ataque. Después de esta inyección es cuando me llevan a Yeserías.

80

En la cárcel sólo me tuvieron cuatro días —siempre incomunicada—. Con motivo de un interrogatorio del teniente me dio un ataque y entonces mandaron trasladarme para el Siquiátrico.

Me llevaron al Siquiátrico alrededor del siete de octubre. Estuve allí 21 días incomunicada y como único tratamiento me dieron ansiolíticos para dormir, pues el médico dijo que yo no estaba loca y que en mi situación era normal que estuviera nerviosa. Durante este tiempo sufrí varios interrogatorios. Primero fueron los de la Policía y después los de los militares.

(Téngase en cuenta que entra la policía en un centro siquiátrico en donde no está permitido entrar a practicar un interrogatorio ya que si está allí es por padecer algún trastorno mental. Nota del Editor).

81

Ellos deberían creer que yo era tonta porque nada más entrar allí se me presentó uno diciendo que era médico —pero yo me di cuenta enseguida de que era policía y luego lo comprobé al conocer al médico de verdad— y empezó a interrogarme y yo me preguntaba que cómo podían hacerme una cosa así estando como estaba bajo jurisdicción militar. Empezó preguntando mi fecha de nacimiento y la de casamiento, una cosa rara y en seguida, sin más, pasó a preguntarme por una de las cosas que les interesaban. Entonces le dije: *"¿Qué clase de médico es usted que pregunta estas cosas? Aquí hay un bache de 28 años en lo que usted me pregunta y si lo que quiere es una declaración, mejor seré que pregunte a otros, yo ya la presté en la comisaría".* Después ya lo hicieron más descaradamente. Vinieron dos, un hombre mayor, tío Carlos dijo que le llamaban, con el pelo muy rizado y muy nervioso. Lo he reconocido después en una fotografía de una revista

(Cambio 16, la misma que Eva Forest cita en su documento). Lo acompañaban un joven con anorac azul. Este interrogatorio fue en mi habitación y estaban presentes dos monjas, una se llamaba Camino —que por cierto les agradecí mucho su actitud. Ellas al ver aquella invasión preguntaron si tenían que salir y el policía les dijo que no era que molestaran pero que eran interrogatorios muy privados y que más valía que estuvieran fuera. Ellas se salieron pero la madre Camino vino al poco con sillas para todos y ella se sentó en un rincón (que eso quiero decirlo, porque si se va no sé lo que me hacen; fue estupendo). Entonces el policía estaba muy nervioso con aquella presencia allí y quería que se fuera y al ver que se quedaba empezó a ponerse nervioso y a insultarme. Le decía a la monja, que la mujer por cierto estaba muy impresionada, le decía cosas espantosas... *"Mire, hermanita, esa mujer ahí donde la ven es una perversa, una asesina. Su intención sería matarlas a ustedes, a todas las monjas, porque las odia, y hacerse zapatos con su piel, como hicieron los rojos en el 36 con las monjas".* Dijo infinidad de cosas así y también que sabía que nosotros trabajábamos por ideales y no por dinero, que éramos fanáticos. Luego, en cierta ocasión se quitó la dentadura (que ese es otro dato para identificarle, que lleva dentadura postiza), la puso sobre la mesilla de noche y enseñaba la boca vacía, de aquella manera diciendo que a los 16 años los rojos le habían arrancado todas las piezas de un golpe. Eran unas escenas nunca vistas, una locura. Todo esto duró cuatro o cinco horas y siempre contando barbaridades sin parar y la madre superiora callada —que por cierto después se me ofreció para ir de testigo a donde hiciera falta porque decía que nunca hubiese podido imaginar nada semejante— Ese mismo policía me dijo que él era un hombre muy importante, que tenía un cargo de mucha responsabilidad porque de él dependían ciento y pico de policías jóvenes, que por eso le llamaban tío Carlos.

Decía que iba a redactar él mismo un borrador y que yo no tenía más que firmarlo y que ya con eso terminábamos. Pero como veía que la monja no se iba de allí pues no lo redactaba y estaba furioso. Al final se puso de pie para despedirse y dijo que quería disculparse por todo aquello y pedirme perdón por el mal rato: *"Sé que estuve nervioso, pero has de comprender que es mi oficio y no tengo más remedio que hacer estas cosas..."* Era algo espantoso. Lloriqueaba pidiendo disculpas, muy teatral: *"También yo soy muy nervioso, a mí también me atacan los nervios y tengo que tomar pastillas..."* Y

entonces me pedía que le dejara demostrar que estaba arrepentido y decía que me quería dar un beso. Yo me enfurecí: *" ¡Quita, hijo puta!"* le grité, y yo creo que lo mato si me lo da. Pero él insistía: *"Al menos un beso en la mano para que me perdones".* Bueno, es una cosa que no puedo ni comprender; mucho peor que si te da una paliza. Ya ese día se fue.

82

A la noche volvieron los mismos. Ya entonces no fue en el cuarto, me bajaron donde las funcionarías y allí me interrogaron delante de una de ellas —que ya luego he sabido que esa fue una orden que dio el Director para evitar posibles malos tratos porque parece que ellos no podían legalmente entrar en el Siquiátrico. Esta señorita funcionaría se llama Pili. El interrogatorio duró unas cuatro horas. La mayor parte del tiempo el policía estuvo insultando y diciendo barbaridades de mi amiga Eva. No me las decía directamente a mí sino que se dirigía a la funcionaría como que le contaba una historia. Le explicaba la vida de Eva que, según él, era una vida espantosa llena de maldad... Daba todo tipo de detalles rarísimos, que si tenía muchos amantes de ETA, que si su marido Alfonso Sastre era un enfermo, un viejo, y por eso ella estaba frustrada y se iba al terrorismo y que era la culpable de todo lo que había pasado y que abusaba de los obreros, que los explotaba, que los tenía engañados, que les cogía dinero y no era para la lucha sino para sus fiestas. Luego le decía que si yo confesaba que Eva era la culpable de todo íbamos todos a la calle y María Luz se salvaba porque era víctima de sus engaños. Contaba esto gesticulando mucho y muy teatral y cuando alguna vez me miraba decía que se lo contaba a la funcionaría y no a mí para observar la impresión que me producía, el efecto que me causaban sus palabras y ver los movimientos y mi carácter porque a él le gustaba mucho su profesión y estudiar a las personas y ver cómo reaccionan. Según contaba se iba poniendo más nervioso y al final se irritaba mucho porque le molestaba que estuviera allí la funcionaría. Él había traído una máquina de escribir para tomar declaración pero no pudo ni abrirla. Yo le dije que en cuanto estuviera con mi abogado le denunciaría y lo dije siempre y las funcionarías que han visto todo aquello se me ofrecieron para prestar declaración donde fuese. Ya muy al final, en un momento en que sonó un timbre y la funcionaría tuvo que ausentarse, fueron unos instantes tan sólo, él se me abalanzó encima y me dijo lleno de rabia: *"Canalla, tú lo sabes todo y te lo callas",* pero yo no le di tiempo a más, empecé a gritar y vinieron enseguida auxiliares y manuales y decían que nunca habían visto una cosa así y que no había derecho a tratar de aquella manera a una presa.

Esos días yo estuve muy mal. Lo veía todo tan terrible y sin saber por qué ni de qué iba nada de aquello, que mu chas veces tuve la intención de suicidarme porque me sentía acosada como un perro, porque lo mismo la policía primero que los militares después no dejaron de presionarme con insultos y amenazas, algo espantoso, ni sé cómo estoy viva.

83

(Sobre lo que pasó en el Hospital Siquiátrico, Eva Forest, que en el mes de enero fue trasladada al Hospital Penitenciario con motivo de ver a su marido, pudo obtener información de una reclusa que estaba redimiendo allí, la cual te contó la reacción que suscitaron en todas las presas aquellos interrogatorios, hasta el punto de plantear una queja al Director del establecimiento. Nota del Editor).

Después de estos interrogatorios de la Policía vinieron los interrogatorios del Juez Militar. Vino el teniente varias veces con un ayudante. La conversación duraba varias horas y siempre me coaccionaban mucho, ihsistía para que declarase lo que él quería, una cosa ten iole, tenía que ser aquello y nada más. Un día vino muy simpático y me dice que ya se ha percatado de que ni mi marido ni yo tenemos nada que ver en aquel asunto y que enseguida nos va a poner en libertad. Me asegura que también a mi hijo lo han puesto en libertad porque se han dado cuenta de que mentía y de que era inocente. Dice que le han dado novecientas pesetas y que se ha ido. Me dijo eso, se despidió y marchó. Y hacia las nueve de la noche de ese mismo día me sacan de pronto de la cama diciendo que han venido los militares. Veo con asombro que es para carearme con mi hijo. Mi hijo está muy cambiado, no parece él. Estaba como abotargado, así... la cara más gruesa que otras veces, hinchada y parecía como si le hubiesen drogado *(esa gordura la sufrieron muchos de los que estuvieron incomunicados por aquel tiempo y puede ser debida a los sedantes, etc.).* Venía muy insolente, en un plan de insultos y muy agresivo contra mí y me increpaba enfadado diciendo que había que decir la verdad al señor Juez que se estaba portando muy bien.[3]

84

Decir la verdad, para él, era apoyar lo que había dicho de que era María Luz la que había puesto la bomba y que seguramente se la había dado Eva.

---

[3] El tratamiento sicológico produce otra vez la imagen del Juez (torturador) como "una bellísima persona". (Nota del Editor)

Entonces el Teniente insistía mucho en que si yo firmaba esto quedaríamos todos en libertad y mi hijo insistía también. Decía que el Juez se lo había prometido porque María Luz era una chiquilla y Eva era el cerebro y la culpable de todo aquello y con la familia no iba nada. Estaba como fuera de sí y muy creído de lo que decía, algo espantoso, no sé qué le habrían hecho... Entonces yo le dije que solamente hubiera podido decir la verdad si la hubiera sabido, porque yo no podía inventar una cosa así, tan grave, que aquello era una locura. Veía a mi hijo de aquella mañera tan trastornado y furioso en contra de mí que ni sé cómo tuve ánimo para no perder la razón. Me traían junto a la declaración de mi hijo otra de mi marido que enseguida vi que era una falsificación y bien mala por cierto. ¡Cómo pudieron hacer una cosa así! Me presionaron de tal forma para que yo también dijera lo mismo que ya yo, viendo que ya han acabado con toda mi familia y que se han propuesto matarnos por nada, les digo que escriban lo que quieran y que hasta les firmo en blanco —porque yo ya sólo quería morir al ver aquella tortura que me estaban haciendo y que no podía soportar. Debía estar muy mal y al verme en tal estado fue cuando intervino la funcionaría, la misma señorita... Pili de la que antes hablaba, que no pudo contenerse y dijo que aquello no lo podían hacer, que lo que hacían conmigo no se podía hacer porque a una madre no la podían obligar a declarar en contra de su hija y que aquellas presiones eran una barbaridad nunca vista (que eso yo nunca se lo agradeceré bastante porque yo ignoraba esa ley)... Con esa intervención el teniente se enfadó mucho y se fue diciendo que ya no quería saber nada más de mí y que me mandaba nuevamente a Yeserías. Pero yo les quedé agradecida a la funcionaría y a un funcionario que también esta ban presentes porque impidieron que pusiera mi firma en blanco en un momento de desesperación. Lo que quisieron hacerme era ilegal y terrible; si llego a firmar, lo he pensado luego con horror... A los días de estar en Yeserías , con motivo de un cólico nefrítico y un estado muy nervioso, me trasladaron otra vez al siquiátrico. Allí estuve ya todo el tiempo incomunicada hasta el 2 de diciembre o sea, en total, sesenta días. Después de levantada la incomunicación seguí viviendo rodeada de enfermas mentales.

85

Quiero que conste que yo nunca estuve allí como enferma mental, sólo los primeros 11 días en observación, y que el médico me dijo varias veces que yo no tenía nada para estar allí y que, por eso mismo, al irme no podía darme el alta porque yo no tenía enfermedad alguna y si estaba allí era por

otras razones. Todavía vino alguna vez más el teniente. Insistía en lo mismo, en el bien que le haría a mi hija si decía la verdad. Yo le daba razones de que no podía decir lo que no era y entonces él —se ve que curándose en salud, ya que nos había ocurrido aquella escena en presencia de los funcionarios— en todas las declaraciones que me tomó desde entonces hacía constar en la cabecera que no tengo obligación alguna de declarar en contra de mis hijos ni de mi marido. Pero el daño ya lo habían hecho antes: habían hecho algo terrible y habían empleado todo tipo de coacción. A pesar de todo esto me dio a entender siempre que a mi hija podía ocurrirle lo peor si no decía la verdad y para él eso consistía en denunciar a Eva como causante de todo. Me dio a entender que si lo hacía así mi hija se salvaría. En una ocasión me dijo muy claro que si lo hacía así nos íbamos todos a la calle porque lo de María Luz él se encargaría de arreglarlo. Fue espantoso, una obsesión que no le dejaba, a toda costa quería que dijera lo que él pensaba.

A los 106 días de mi detención me traerla Yeserías coincidiendo con el levantamiento de la incomunicación de mi hija y del traslado de Evades días antes al Hospital Penitenciario. Era evidente que nos querían mantener separadas de ella. En cierta ocasión, cuando nos tenían incomunicadas, me lo dijo: *"Yo les levantaría la incomunicación pero no quiero juntarlas a todas en Yeserías. Insistió en que sobre todo hacía esto por Eva y que tenía el proyecto de enviarnos a cárceles en provincias".*

En cuanto al problema de mi marido todavía[4] no he podido hablar con él pero quiero hacer constar que en cierta ocasión, estando en el Siquiátrico con el médico, me dijo delante de una monja que él visitaba a mi marido en el Hospital. Entonces yo me interesé por su salud y me inquieté de que no fuera un especialista de lo suyo (silicosis) sino un siquiatra el que le viera. El me contó entonces que si lo visitaba era porque estaba completamente trastornado y que si no me lo habían dicho antes era para no afectarme. Me contó que estaba completamente loco y que esa locura le había empezado a raíz de que en la DGS le hicieron creer que nuestra hija María Luz era culpable de algo gravísimo y que la habían violado. Eso de la violación fue algo que le produjo un enorme impacto. Está convencido de que a mí me mataron.

86

(Esto coincide con el momento en que a él le hicieron tomar alguna

[4] En la fecha del relato. Actualmente ambos están en libertad. N. del E.

bebida que le trastornó —¿alucinógenos?—. Nota del Editor).

Hace cinco meses que esto ocurrió y sigue creyendo lo mismo. Nadie puede convencerle de lo contrario y dice que ya no quiere vivir.

(Algún tiempo después, con motivo de ira! Hospital, Antonio Duran, pudo verle y también te contó esto, completamente convencido.
En el mes de marzo su mujer y su hija le visitaron en el Hospital. Entonces empezó a convencerse de que vivían... Sin embargo se sabe poco de su estado de salud mental ya que no ha sido posible hablar privadamente con él. Hace poco tiempo tuvo un intento de suicidio en medio de un estado depresivo grande. Hace cinco meses que su hija no le ha podido visitar ya que se te han puesto todo tipo de obstáculos. Nota de Eva Forest, 1975).
(Existe sobre este caso una carta del Padre Xirinachs a Alfonso Sastre. Esta carta obra en poder del abogado Señor Castells. Nota del Editor)
César Fernández Fernández *tiene 51 años. Minero pensionista desde el año 62. Enfermo de silicosis (3 grado), con tuberculosis progresiva y enfisema pulmonar. Ha sido puesto en libertad por la Jurisdicción Militar a mediados de febrero y sobreseído. Continuó sin embargo en el Hospital por tener un proceso con el Tribunal de Orden Público del año 65.*
Encamación Álvarez Fernández, *fue puesta en libertad el mes de julio.*
Manuel Amaro Fernández, *(hijo de Encarnación), de 28 años de edad, peón albañil. Superviviente de una meningitis con algunas secuelas como consta en el Seguro de Enfermedad de los Institutos de Previsión de Mieres y Oviedo, respectivamente. Ha sido tratado durante todos estos años por una serie de doctores que pueden aportar certificados. Fue puesto en libertad y totalmente sobreseído el 31 de diciembre de 1974. (Nota del Editor.)*

Fragmentos de una Carta de Eva Forest

"Sería importante ampliar un poco, o al menos ordenar mejor, algunos de

esos datos a la hora de la publicación, pues es el caso de una familia entera totalmente destruida y que en la actualidad está casi por completo sobreseída. Es un atropello clarísimo que evidencia lo que nos está pasando y lo que fue la histeria de aquel momento."

"La historia de Martín, el compañero de María Luz es también algo tremendo. Lástima no haberle podido interrogar".

"Algunas observaciones:

"Habría que señalar que muchos de los interrogatorios de los que ahora no se puede hablar aún —miedo debido al juicio, etc.— fueron hechos en situaciones tremendas como los que sufrió Encarna. Que fuimos sometidos a muchas presiones, entre las que puede decirse ya lo que supone estar quince horas seguidas —son testigos las funcionarías— o levantarse a las tres de la madrugada, cosa que ocurrió varias veces, para prestar declaraciones larguísimas de varias horas... En mi caso, durante varias sesiones fui presionada con la declaración falsa —porque luego los mismos militares la han dado por inválida— del hermano de María Luz a la vez que me decían que si no confesaba la verdad la matarían inmediatamente (cosa que uno, dado el estado anímico del momento, se cree completamente). Quiero decir que antes de enseñarme la declaración del hermano me presionaron diciendo que era una persona muy allegada a mí la que había puesto la bomba con lo cual yo me aterré creyendo que querían culpar a Alfonso —pues sabía que le querían matar en la DGS y llegó un momento en que estuve a punto de decir que era yo misma la que había hecho aquello con tal de salvar la vida de otros. Esta situación he querido olvidarla durante todo este tiempo porque fue algo terrible. Por eso ni tan siquiera la describo porque necesitaría revivir aquello".

"Creo que lo que nos ocurrió a nosotros no tiene parejo en muchos años. Los mismos chicos del FRAP —que han sido terriblemente torturados en lo físico— no han tenido una tortura síquica como ésta. Jugaron con nosotros como quisieron".

"Un caso a relatar es la incomunicación tremenda de los dos chicos vascos, Tupa y Tanque, que estuvieron más de cuatro meses incomunicados en el Hospital. A mí me impresionó mucho el relato de cómo se abrazaban locos de contento el día del levantamiento dé aquella incomunicación".

María del Pilar Alonso Rodríguez

21 años, obrera-estudiante.

Me detuvieron el 26 de mayo y me llevaron a la DGS en donde es tuve tres días. En aquella ocasión durante los interrogatorios no puede decirse que me torturaran; fue un comportamiento normal, como con la mayoría de la gente que detienen: me tuvieron durante muchas horas de pie, me dieron tirones de pelo y bofetadas y desde luego todo tipo de insultos, pero no pasó de ahí. De allí me trajeron a Yeserías. Estaba procesada por lo militar.

Yo tenía pedida la libertad provisional y me la habían denegado por dos veces.

El 24 de julio me comunicaron por fin la libertad. La libertad suelen traerla los militares y a mí me llamaron del régimen de la cárcel para que la firmara lo cual era ya un poco extraño, pero no le di demasiada importancia. Digo eso porque creo que es importante que se vea la complicidad que tuvo también la cárcel en lo que voy a contar. Cuando sal í "en libertad", ya en la misma puerta que da a la calle había un montón de policías de paisano. Se me acercaron tres y me enseñaron la placa y dijeron que les tenía que acompañar. Yo me resistí. Había venido a buscarme el abogado y me agarre a él. Unos tiraban de mí por un brazo y el abogado por el otro, pero todo fue inútil. Por más que argumentamos que aquél mismo día me tenía que presentar ante el Juez Militar ellos dijeron que en la DGS había un Juzgado Militar permanente y que eso no era problema. Me metieron en un coche particular y subieron cuatro conmigo. Nada más arrancar el coche me dieron un par de bofetadas y empezaron a insultarme y a golpearme y hacerme preguntas sobre el que decían que era mi compañero. Al llegar a la Dirección me subieron directamente a un despacho en el que permanecí constantemente durante tres días sin que pararan los interrogatorios. Era un cuantito pequeño que no tenía ventanas y que estaba lleno de cajones con mucha propaganda y maletas con ropa, era como un cuarto trastero en donde habían metido cosas de los registros; así parecía. Al poco subieron una colchoneta para que durmiera allí y había una silla en donde me deja

ban la comida los días que duró aquello.

89 Desde el momento en que entré empezaron los interrogatorios y las torturas. Lo hacían de la siguiente manera: Entraban un grupo que eran los que torturaban y estaban conmigo varias horas, hasta que ellos calculaban que ya no podía más, o sea que se decían entre ellos: *"Vamos a dejarla porque ya no siente nada y es como si no la estuviéramos dando"* y se marchaban. Entonces venían dos o tres, que estos no me pegaban y empezaban con las preguntas. Se empeñaban en que tenía que reconocer a mi marido, ellos decían que tenían preso a mi compañero y que él lo había reconocido así y que yo tenía que reconocerlo. Cuando veían que no sacaban nadase iban y volvían los otros a torturarme. Las torturas consistían en terribles golpes en los pies y en las nalgas, pero eso era sólo al principio, en que me hicieron poner de rodillas y la cabeza agachada, pero después ya me daban por todo el cuerpo. Me hacían hacer el "pato" o sea andar de cuclillas y cuando me caía me daban terribles patadas. Cuando estaba en el suelo me agarraban del pelo cogiendo toda la mata desde la nuca y me levantaban por los aires.' Eso es terrible porque sientes que te vuelves loca; yo peso bastante más de sesenta y cinco kilos, así que ya puedes imaginarte... Los días siguientes el pelo se me caía a mechones. ¿Describir lo que me hicieron y dijeron? Sería imposible, eso no se puede comunicar, no se puede transmitir lo que era... Yo sentía que me volvía loca y deseaba morir, se lo decía a gritos, que me mataran de una vez pero que acabaran. Mientras ocurría todo eso oía en las habitaciones contiguas cómo estaban torturando a otras personas, cómo los estaban matando igual que a mí. Ellos me lo decían: "*te vamos a matar y nadie se va a enterar y podemos hacer contigo lo que queramos".* Me pegaban con una porra y también otras veces con un palo, una especie de mango redondo de algún aparato. *"Te lo vamos a meter por el cono".* Era todo espantoso, no hay forma de decirlo... A veces, entre los que me venían a interrogar y los que me torturaban, había como unos diez minutos de descanso pero tampoco lo era. Entraba entonces uno, como indiferente, me hacía algunas preguntas y como distraído me pellizcaba los pechos, cosa que me hacía un dolor espantoso; luego se volvía a marchar como si nada; los pechos los tuve morados durante mucho tiempo. Es la forma de hacerlo lo que más me dolía; no sé explicarlo.

90 Durante los interrogatorios me desmayé dos veces. Cuando me ponían de pie no me tenía. Toda yo estaba como un monstruo. No podía comer y en

todo el tiempo apenas si pude beber agua. No sabría explicar aquello. Tú notas que te estás volviendo loca; no es que no razones sino que nada tiene sentido, que no comprendes nada de lo que está ocurriendo y sabes que puede ocurrir todo y ves que aquello continúa, que te siguen dando, que no tiene fin... Y entonces era cuando decían: *"dejar un poco porque no lo siente..."* Luego está la tortura síquica; esa es la peor, esa forma parte de un juego que se traen entre ellos y uno tiene la impresión de que aquello no es real, de que es un sueño y sin embargo a uno le van a matar. Ellos hacen muy bien su papel, y tú te lo crees porque te han puesto en una situación que ya no distingues; por eso es más terrible. Ellos me torturaban de aquella manera porque querían que reconociera a una persona y entonces vino lo peor, eso nunca lo podré olvidar. Me llevaron a un despacho muy lujoso, con alfombras, etc. Me dijeron que me iban a traer a mi compañero, que era la última vez que lo iba a ver porque lo iban a matar[1] y que él había pedido abrazarme y que yo debía de darle un beso, una serie de cosas que ni quiero recordar... Entonces le trajeron. Venía ese compañero vestido con un mono, ese mono que les ponen para la tortura; lo traía todo roto, ensangrentado... Su cara estaba destrozada, la mandíbula fuera de su sitio y los ojos vidriosos, con la mirada como extraviada. Vino hacia mí despacio porque le dijeron que me diera un beso. Cuando estuvo cerca yo le dije: *"qué quiere usted, yo no le conozco de nada".* Él se retiró y se lo llevaron en seguida. Eso ocurrió al tercer día. Eso fue lo peor de todo.

91

De allí me llevaron al Juzgado Militar para que me tomaran declaración pero el Juzgado dijo que con lo que yo había declarado no había razones para abrirme un nuevo sumario. De allí me volvieron a la DGS. Quiero señalar también cómo el Juzgado Militar fue el responsable de que me llevaran a la DGS en donde sabían que se me iba a torturar. En la DGS y en el mismo cuartito en donde había estado, me siguieron torturando de la misma manera en que lo habían hecho anteriormente, me repetían que *"acabarían conmigo pero que yo hablaría".* Al quinto día me bajaron a los calabozos del sótano. Alífera espantoso también el ambiente. Los grises estaban furiosos, venían a cada rato y me decían cantidad de groserías, me hacían proposiciones de todo tipo, como dándome entender que me tomaban por una cualquiera. Era más espantoso aún el ver pasar a mucha gente herida. A

[1] En efecto: Baena, Militante del FRAP, fue fusilado en Septiembre, lo mismo que otros dos militantes del FRAP y otros dos de ETA, en un quíntuple asesinato legal. Nota del Editor.

alguien lo bajaron en una camilla; no pude saber de quién se trataba. Me cambiaron con mucha frecuencia de calabozo. Al final me llevaron a un calabozo especial, que está del otro lado, mucho más aislado y en donde nadie te puede oír. Me vigilaban dos grises. De pronto bajó un social con una declaración en la mano y dijo que o firmaba aquello allí mismo o me iban a liquidar. Yo me negué y ya al poco rato me sacaron de allí y me trajeron a Yeserías. En todo el tiempo que estuve en la DGS no dormí nada. Quiero hacer constar que ni a la entrada ni a la salida me vió ningún médico. Que en muchas ocasiones me amenazaron con dejarme allí meses. Que sufrí muchas crisis de terror en medio de aquel ambiente que nunca podré describir lo terrible que era. Sé también que me dejaron nueve días en la DGS porque querían que se me curaran las heridas producidas por los golpes. Cuando vine a Yeserías traía muchas señales. El médico de aquí me dijo que podía denunciarlo y dejar constancia de aquello.

Quiero también hacer constar que yo he sido siempre una persona de buena salud y muy fuerte. Ahora estoy muy enferma. El médico no ' sabe lo que es. Me han mandado al Hospital y allí dicen que puede que sea cuestión de los ovarios, pero no terminan de dar con lo que tengo. Unos aseguran que es el riñón, como consecuencia de los golpes. 0tros aseguran que tengo los ovarios destrozados. Ahora, desde hace unas semanas, me han propuesto extirparme los ovarios pero yo no me dejo. Tengo grandes reacciones alérgicas, me hincho toda y me pongo muy colorada y tengo que guardar cama algún día. Necesito urgentemente que me vean especialistas y tal y como está la asistencia médica en esta cárcel me asusta. Desde la tortura no tengo el período.

92

Raquel López Navarro

Me detuvieron el 21 de julio a las 14, 30 junto a mi compañero Justo Santos Serrano, a la salida de una panadería en el paseo de las Acacias, Eran cinco policías de paisano que nos encañonaron con la pistola y nos introdujeron en un coche aparcado a tres metros. Al llegar nos subieron a los despachos de la Brigada donde había unos quince *"sociales"* y nos separaron, Mi primer interrogatorio comenzó a las 17 horas de ese mismo día, sin haber comido, en un despacho con unos cinco o seis *"sociales"* que se iban cambiando. Empezaron los golpes desde el principio. Había un especialista en sadismo que fue quien me torturó, aunque no era el único, que entre gritos y rugidos de *"asesina, degenerada",* etc., decía que me iba a matar. Llovían los tortazos sobre los oídos, que daban la impresión de que algo se te rompía en la cabeza, y el mareo du raba un rato después de cada uno. Me arrastraron del pelo en varias ocasiones. A las pocas horas se me caían mechones de pelo a puñados. Otra variante era agarrarme por las clavículas con los dedos, y las señales de las uñas ahí me duraron hasta muchos días después. Esposada por debajo de las piernas, me hicieron andar en cuclillas alrededor de la habitación. Todo lo anterior lo alternaron con golpes en las nalgas y planta de los pies. Era con una porra larga y fue lo que me aplicaron de una manera más sistemática, de tal manera que a las 21 horas tenía los pies tan hinchados que no me podía calzar y las nalgas negras.

93

Entre el primer y segundo interrogatorio me hicieron descansar 30 minutos porque decían que estaba *"amorcillá"* y no sentía los golpes. No me dieron ni alimentos ni agua en el tiempo que duró el interrogatorio. En una tarde de julio, en un despacho asfixiante, me moría de sed cuando se me ocurrió pedir agua y trajeron mantas para enrollarme en ellas y bebieron todos de un botijo que me dejaron a la vista. Me golpearon todo el cuerpo: vientre, riñones, etc. El sádico me daba vueltas alrededor de él, cogida de las esposas, diciendo que había sido torero, y me golpeaba las nalgas. Cuando

ya tenía los pies bichados como botas, y no me ponía de rodillas *"por las buenas"* para que me siguieran golpeando en las plantas, me pasaban las piernas por los barrotes de una silla, y cuando tampoco esto valía para mantenerme quieta, me sujetaron unos *"sociales",* altos y gruesos, hasta que me tiraron al suelo, y el más gordo me puso una rodilla en el cuello y otra en la cintura, y siguieron con los pies. Las amenazas de muerte fueron continuas, como las de llevar a mi madre a la DGS. Ella era la única persona de mi familia a la que no habían detenido, pues mi hermana, embarazada de cuatro meses, había sido detenida la mañana del 17, y mi padre la noche del mismo día, para que delatara mi domicilio, dato que desconocían ellos. Mi padre, que tiene 51 años, recibió golpes y puñetazos que mi hermana escuchó desde el despacho contiguo. Por eso, la amenaza de llevar a mi madre, dejando a mi hija de tres meses con mi abuela de más de ochenta años, tullida y que no puede ni cuidar de ella misma, era horrible. El tiempo que me tenían arriba sin interrogarme, esposada a un radiador, oía los golpes, gritos y lamentos de otros compañeros a los que torturaban en los despachos contiguos. Oí la amenaza que le hicieron a mi compañero de descolgarlo por una ventana. En una ocasión que le vi, tenía la mandíbula desencajada, y me contó que la primera noche le dio un desmayo cardíaco, de las torturas. La noche del 22 me bajaron a los calabozos después de haber estado repitiendo que allí los guardias nos matarían. La Policía Armada nos tuvo toda la noche despiertos. Cada detenido incomunicado tenía en la ventanilla un *"gris"* que mirando fijo (se relevaban cada hora), obligaba a mantener los ojos abiertos. Si eso no era suficiente, obligaba a sentarte o ponerte de pie o de rodillas. Eso era continuo y con gritos de *"si entro te mato",* etc. Por la mañana todo siguió igual a pesar de los vómitos de bilis, etc. Aquella noche, al encerrarme en el calabozo, me hicieron quitar toda la ropa, incluidas las bragas (teniendo en cuenta que estaba con el periodo y me tuvieron sin compresas), y vestir un mono húmedo, sucio, abierto por delante, sin un botón. Para subirme a los interrogatorios, me esposaron atrás (retorciendo las esposas hasta hacerme cardenales), y, al pedir que lo hicieran delante para taparme, en medio de insultos soeces, me agarraron las orillas del mono, y así sujeta por el cuello, me subieron a los despachos de la Brigada. La madrugada del 25 me trasladaron a Yeserías, donde permanecí incomunicada hasta el 7. El día 8, a las 21.30, se presentó la Brigada Social en la cárcel (el policía Conesa) para volver a interrogarme bajo amenaza de excarcelación. Como consecuencia de todo lo ocurrido (el 8 de mayo había

dado a luz) sufrí un adelgazamiento enorme y hemorragias que me duraron desde el día de mi detención. Se me quitaron con tratamiento de la cárcel. Los grandes hematomas de todo el cuerpo fueron reseñados por dos médicos de la DGS y el de la Prisión. Estoy en tratamiento en la actualidad por mareos y delgadez.

Concepción Tristán López

22 años. Enfermera. Me detuvieron el día 25 de Agosto, a las siete de la tarde. Fue en la calle; eran varios sociales armados que me obligaron a subir a un coche. Me llevaron directamente a la DGS y en los pasillos ya empezaron a pegarme. El primero fue *"Willy el Niño"*[1], que intentó romperme el brazo, empezó a retorcérmelo. Me pasaron a una habitación y entre seis o siete me golpeaban en la espalda, en el cuello, la cara, los oídos. Me daban puñetazos. Cuando se cansaron vino uno que se sentó enfrente de mí y empezó a pegarme durante media hora en el estómago. Después me hacían andar en cuclillas y me volvían a pegar. Después me tumbaron en el suelo y con un palo me golpeaban en Ja planta de los pies, y al rato me hacían andar, y de nuevo volvían a pegarme. Durante toda aquella noche se turnaron para pegarme continuamente. La técnica seguía siendo la misma: con la porra y con un palo en los pies, que, por cierto, se les rompió de tanto pegar. Como no me tenía de pie, seguían golpeándome en el suelo, por todas partes, pero mucho en los riñones y en el cuello. Al amanecer me dejaron descansar allí mismo. Después, durante cinco días, me estuvieron torturando casi de continuo. En una ocasión *"Willy"* se puso como loco a darme todo tipo de golpes de karate, con las manos, los pies y las rodillas. Y un social tuvo que sujetarlo y calmarlo porque me iba a matar. Cuando estaba en el suelo, me metió varias veces el zapato en la boca. Aparte de todo esto estaba la tortura síquica; que me amenazaban con detener a mi padre y torturarlo. Y toda clase de insultos. Una cosa que me impresionó mucho cuando estaba sola era la conversación que tenían entre va ríos en el cuarto vecino. Uno le decía a otro: *"Venga, tráete a uno y le das a ver si le sacas algo",* como si fuera un entretenimiento. El jefe de la BPS se me presentaba de una manera paternal, y al rato se le agotaba la paciencia y me daba bofetadas y me arrancaba el pelo. De resultas de la tortura, estuve una semana sin poder andar; los mismos guardias me tenían que llevar en brazos

[1] Es el apodo de un policía famosa por su brutalidad. Nota del Editor.

al WC. Después estuve andando con dificultades durante un mes, y la circulación de las piernas tardó mucho más en regularse. En la DGS estuve nueve días. Al sexto vino por primera vez el Juez Militar, a quien hice constar las torturas. Luego en Yeserías estuve nueve días incomunicada. En el Juicio Sumarísimo fui condena da a pena de muerte, y la pena fue conmutada a treinta años. Ahora es pero un hijo.

97

Vicenta de Don Pablo Manzano

23 años, obrera. Acusada de militar en el FRAP. Me detuvieron el 26 de agosto junto con otros dos compañeros. Íbamos por la calle y de pronto se nos echaron encima un montón de policías jóvenes. A mí me cogieron entre seis o siete y me llevaron a un portal. Allí empezaron a golpearme con unas barras de madera cuadradas. Después me inmovilizaron y me metieron en un coche. Nada más llegar a Comisaría me pasaron a un despachito en donde había lo menos doce policías jóvenes también. Me hicieron poner de rodillas y me echaron tres mantas por la cabeza de manera que no les podía ver; eso lo hacen en Barcelona según me han contado, y cubierta de esta manera empezaron a golpearme con las mismas barras de madera. Daban golpes terribles indiscriminadamente en la cabeza, en la espalda, en los pies, pero muy fuertes. Era el mes de agosto y hacía un calor espantoso y por si fuera poco pusieron un montón de cigarros encendidos debajo de las mantas y con el humo empecé a asfixiarme; fue algo espantoso. Así me tuvieron varias horas, no puedo recordar porque estaba ya casi sin darme cuenta de lo que ocurría y perdí la noción del tiempo. Venían y me amenazaban con mi familia, con detener a mi hermana. Al compañero que venía conmigo le oía gritar espantosamente. En una ocasión vino uno con todas las manos ensangrentadas y me las pasó encima. Ya no se le oía gritar y me dijo que le habían matado.

98

Yo me lo creí, estaba segura de que era cierto y la visión de aquella sangre me trastornaba. Yo me sentía que ya no era yo ni mi cuerpo mi cuerpo, todo me daba igual, era un terror grande el que sentía y estaba convencida de que aquello era verdad. Luego he sabido que aquella sangre procedía de su cabeza que se la habían abierto. En medio de aquellas amenazas dijeron que me iban a sacar para que les dijera un domicilio. Me sacaron por las calles. Como yo no decía nada me llevaron hacia las afueras, no sé si sería el Tibidabo, ellos mencionaban eso, pero no sé. Se trataba de una especie de bosque o parque. Allí dijeron que me iban a matar, que me iban a pegar

hasta dejarme tullida y que después si me moría para ellos no era problema porque nadie les iba a pedir cuentas de eso; que echaban mi cuerpo al mar y nadie me iba a encontrar. Yo estaba segura de que lo iban a hacer pero estaba tan mal que me tenían que sujetar entre varios porque desde la paliza no me podía calzar ni tener de pie ni nada. Recuerdo que allí en mitad del campo empezaron a darme una paliza horrible, puñetazos y golpes de karate. Cuando me llevaron de nuevo a comisaría siguieron interrogándome y dándome golpes por todas partes. Yo había entrado hacía muchas horas y me estuvieron pegando hasta las 8 del día siguiente. Tuve que estar mucho rato de rodillas a la vez que me daban golpes en la boca y en los oídos, a presión, como para reventarlos. Me amenazaron varias veces con llevarme a una sala especial pero *a* mí ya todo me daba lo

.mismo y sólo deseaba que aquello terminara de una vez con mi vida. Al día siguiente me trasladaron a Madrid. A las 8 de la tarde empezó un nuevo interrogatorio que duró hasta las ocho del día siguiente. Me dieron muchos golpes en la espalda y en los pechos puñetazos, acompañados siempre de amenazas terribles. Aquí en Madrid se centraron mucho en la cabeza y el cuello. Estuve cuatro días que, de hinchada como estaba la cara, no la podía poner en ninguna parte y no podía descansar. El cuerpo estaba lleno de moraduras y los pies no me servían para sostenerme. Me arrancaron grandes cantidades de pelo, me agarraban por él y me. levantaban y daban vueltas, como volteretas en el aire. Al día siguiente volvió a repetirse un interrogatorio largo que duró aproximadamente como el del día anterior. Ahí recuerdo que lo más terrible fue lo de los pies. Los tenía muy hinchados; entonces entre varios me sostenían de pie y uno se ponía a pisármelos y a saltar encima. A la mañana siguiente me tomaron declaración escrita. Me tuvieron todo el día para esto y me hacían repetir las cosas porque no estaban conformes. Al 6º día vino el Juez Militar. Yo le dije que me habían torturado y que mi declaración no era válida porque era mentira. Él, como única respuesta, me dijo: *"¿Entonces por qué lo ha dicho?"*. Y dijo que me dejaba allí con ellos para que volvieran a tomarme declaración. Yo llena de terror firmé; hubiera firmado lo que fuera. Me tuvieron tres días más. No miré fechas de las declaraciones ni nada; sé que a otras compañeras se las han cambiado pero yo no estaba para eso en aquellos momentos. Estuve un total de 9 días en la DGS. Luego me trajeron a Yeserías. En todo el tiempo no me vio ningún médico. El de la cárcel vio los cardenales y los pies y dijo que no tenía importancia. Cuando vino el Militar a tomarme declaración hice

que hiciera constar eso en el sumario. Al quinto día me levantaron la incomunicación. De todo cuanto me hicieron lo que más me llama la atención es el gran teatro que montan, cómo escenifican y te hacen creer por ejemplo que te van a matar y cómo , por otra parte, tú sabes que son capaces, pues esto es lo que produce un auténtico terror.

100

Trinidad Herrero Campo

19 años, empleada. Mi detención se produjo en unos momentos muy especiales. Habían matado a un teniente de la Guardia Civil y estaban muy nerviosos buscando a quién endosar aquello. Fue el 26 de agosto. Yo iba por una calle, en Barcelona, y al pasar por un portal de pronto salieron cuatro individuos que, pistola en mano, me dieron el alto e inmediatamente sonó un disparo. La bala debió pasarme rozando porque durante muchos días tuve una especie de quemadura en dos de dos de la mano derecha y del impacto en la pared el oído del mismo la do me dolió mucho tiempo. Me cogieron, me esposaron con las manos atrás y me metieron en un coche. Dijeron que eran de la B.S. y me llevaron a la comisaría. Estuve en un calabozo hasta el día siguiente en que empezó el interrogatorio y la tortura. Me subieron a un despacho y me hicieron poner de rodillas: empezaron a golpearme en las plantas de los pies con una fusta finita, muy diferente de la porra que usan en Madrid. Me daban en las plantas y en las nalgas y para descansar me sentaban en una silla, las manos esposadas detrás y envuelta en tres mantas, cabeza y todo, que como hacía un enorme calor era una tortura aún peor que la de los pies. Me asfixiaba, era horrible y entonces abrían un hueco y echaban el humo de los cigarros que fumaban para ponerlo peor. Fue lo más horrible, una sensación de muerte... Estaría como cuatro o cinco horas así.

101

Eran varios, estaban continuamente entrando y saliendo, pero siempre tenía cinco o seis a mi alrededor. No pararon ni un momento; cuando descansaban de una cosa empezaban a darme puñetazos en el estómago que me doblaban y me cogían por los pelos y me golpeaban la cabeza contra la pared hasta aturdirme. Los oídos me dolían muchísimo. Aquella misma noche me trasladaron en un coche a Madrid. Hicimos el viaje de un tirón. Con las manos esposadas detrás y lo dolorido que tenía el cuerpo y el nerviosismo que ellos tenían, yo iba aterrorizada, segura de que me mataban. Me amenazaron con las pistolas si me movía y decían que iban a

disparar. En la DGS me dejaron todo el día en un calabozo de los sótanos y a la noche me subieron a declarar. Allí empezó de nuevo la tortura que era mucho peor porque tenía los pies ya muy doloridos. Me pegaban en ellos con una porra. Me hicieron luego una rueda y no puedo ni explicar los golpes que me daban: patadas, arrancarme pelo, puñetazos luego me quedó el cuerpo lleno de señales. Es algo terrible, sólo recordarlo porque no es sólo lo que te hacen sino lo que te dicen; ya desde el primer momento es el terror, que sabes que son capaces de todo, que están como locos y que se descargan en ti. Me impresionaba mucho el oír cómo torturaban a otros compañeros, sobre todo en Barcelona, los gritos, los golpes... También me daba náuseas lo que decían sobre el sexo, que me meterían una pistola por el cono, que me darían patadas para inutilizarme corno mujer; ver la forma tan baja de interrogar... Durante más de un mes no pude dormir recordando aquella situación.

En la DGS estuve un total de diez días y me torturaron durante dos noches. Sé que vino un militar pero me vio y no me preguntó nada, me dejó allí. El Auto de procesamiento me lo dieron ya en la cárcel.

Durante el tiempo que estuve en los sótanos no podía andar de hinchados que tenía los pies; la cara estaba deformada y cuando llegué a Yeserías todavía se veían cardenales. Una cosa que me impresionó mucho fue el cruzarme en los pasillos con gente herida y destrozada que venían de interrogatorios; eso es algo que me impresionó muchísimo.

102

Pilar Andaluz Pequeño

24 años, obrera. Me detuvieron el 27 de agosto. La detención fue un poco especial. Yo me dirigía al despacho de un abogado y al llegar a los alrededores había una farola con muchas pegatinas. Yo miré a ver qué era y seguí mi camino. Al poco se me vinieron encima un grupo de chiquillos, yo calculo que no tendrían más de 17 años ninguno, y me agarraron y me llevaron a una comisaría que estaba allí cerca. Eran seis y parecía como si hubieran estado esperando algo. En la Comisaría dijeron que era del FRAP y entonces me trasladaron a la DGS. Ya en el coche de los grises, empezaron a insultarme y a retorcerme los brazos y a decir que lo pagaría caro, que nos iban a matar a todos. En la DGS me subieron directamente al primer piso y empezaron a interrogarme o mejor a pegarme porque en realidad me preguntaron poco al principio. Eran cuatro y luego vino el que llaman Willy el Niño y cuando me vio dijo que no me pegaba porque era muy poquita cosa y no era para él. En realidad yo soy muy delgada; en la calle pesaba 40 kilos y con todo lo que me hicieron perdí lo menos cinco o seis; que fue por eso por lo que estuve tan mal.[1]

103

La tortura consistía en tenerme esposada con las manos atrás y obligarme a que anduviera en cuclillas y cuando me caía me daban patadas y golpes con una porra. Me hacían hacer flexiones y cuando no podía más me golpeaban. Me caía enseguida porque soy muy débil. Entonces viendo mi estado me envolvieron en una manta y me pegaban encima. Así me tuvieron como unas seis horas. Después vinieron y querían que firmara una declaración que ya me traían escrita. Yo me negué y ellos siguieron. Había entrado allí como a las ocho de la tarde y me estuvieron pegando hasta las ocho de la mañana. Me bajaron a un calabozo de los sótanos. Después volvieron. Entonces ellos me sacaron dos veces a la calle y me llevaron a determinados sitios en donde decían que yo tenía citas. Allí me tuvieron escondida dentro del coche y ellos

[1] Cuando miraron el fichero y vieron que ya había estado detenida otra vez empezaron a torturarme más afondo.

montaron un gran aparato para detener *a* un chico que luego lo soltaron al llegar a la DGS. De regreso de cada una de estas citas, que fueron en días consecutivos, estaban furiosos porque decían que no les ayudaba nada y volvían a pegarme. No puedo precisar muy bien el tiempo que me torturaron en estas ocasiones porque perdí muchas veces el conocimiento. Una de las veces, cuando volví en mí, estaba en el calabozo pues se ve que me habían bajado ellos. En muchas ocasiones me tuvieron que levantar del suelo. En cierta ocasión, después de un interrogatorio terrible, me entregaron a los grises diciéndoles que era una asesina y que podían hacer lo que quisieran conmigo. Los grises me bajaron a empujones por las escaleras y me daban bofetadas. Yo estaba muy aterrorizada porque sabía que me podían matar en cualquier momento; eso fue algo que nunca olvidaré. Llegó un momento en que yo me quería matar; ya no quería vivir más. Empecé a darme golpes contra la pared del calabozo y me hice una herida en la cabeza. Entonces fue cuando vino un médico y me dio pastillas tranquilizantes.

Durante los tres días que estuve allí me negué a comer. Me habían amenazado con ponerme inyecciones para decir la verdad. En cierta ocasión me taparon los ojos y me escribían algo en el brazo, con una especie de bolígrafo que pinchaba. Escribían un nombre que decían que era el mío de guerra. Era una cosa muy rara, como una especie de tatuaje que me duró cuatro o cinco días. Digo que si sería para que yo al ver el nombre escrito en mi brazo reaccionara de alguna manera; no sé explicar aquello. Pero todo era muy raro y terrible. Tan pronto me daban fuertes puñetazos en el estómago como me cogían entre dos o tres y jugaban conmigo tirándome por los aires como una pelota, cosa que no es difícil pues ya ves lo delgadita que soy. En uno de estos juegos perdí el conocimiento y no sé lo que me pasó. Debieron de verme muy mal porque al tercer día me trasladaron a las Salesas. Allí parece que el Juez que me tenía que tomar declaración se asustó mucho. Yo estaba totalmente morada y el médico que me había reconocido al entrar debió de decir que estaba muy enferma; el caso es que yo perdí varias veces el conocimiento allí y entonces él dijo que no podía seguir en ese estado, que tenía que trasladarme al Hospital. Como era fiesta tenían algún problema y por eso fue el traerme a Yeserías. Se ve que el Juez no quiso cargar con la responsabilidad de dejarme allí el domingo; supe que le dijeron los médicos que no podían garantizar que yo viviera. En Yeserías, el día que me ingresaron quedaron muy impresiona das las funcionarías. Tenía una tensión

muy baja y empezaron a ponerme un tratamiento. Al día siguiente vino el Juez de Orden Público a tomarme declaración en la misma cárcel, cosa que no hacen casi nunca.

104

Tengo puesta una querella en donde constan con detalle todos los informes médicos y las torturas.

Quiero también decir que el tercer día que estuve en la DGS vino a visitarme un sicólogo, cosa que considero una tortura más. Empezó a decirme que no debía de tener aquel terror, que no me iba a hacer nada y luego me preguntaba los móviles por los que yo estaba en la lucha y que él comprendía que las cosas en el campo estaban muy mal y que los obreros tenían necesidades pero que ahora estaban mejor que antes de la guerra, etc. etc. y luego me preguntaba si era católica y sobre muchas cosas. Yo me negué en absoluto a contestar. Eso duró muchas horas.

Paulina Prieto

21 años, estudiante de Filosofía.

Me detuvo la B.P.S. en un barrio de Madrid, por la calle, en donde habían repartido octavillas en contra de la pena de muerte. Era el día

30. No sabían qué hacer conmigo y me dejaron en el cuartelillo de la G. Civil de aquella zona. Allí estuve unas horas. Un teniente me pegó varias bofetadas sin saber muy bien por qué estaba yo allí; luego se informó y nadie sabía, porque los sociales se habían ido. Entonces me trasladaron al cuartel de Guzmán el Bueno[1]. Allí me preguntaban sobre las cosas más disparatadas. Me pegaron mucho, en la cabeza sobre todo. En una ocasión me colgaron. Eso fue en una celda pequeña. Me hicieron subir a una silla. Me pusieron unos trapos en las muñecas y encima las esposas y me colgaron en un hierro del techo. Cuando quitaron la silla sentí un espantoso dolor por todo el cuerpo, porque yo soy bastante gruesa. En las muñecas era también horrible. Dijeron que se iban a tomar café y me dejaron sola de aquella manera, pero yo daba tales gritos, que regresaron al poco y me bajaron. Coincidí con otra gente, de la que oía los gritos.

---

[1] La Dirección General de la Guardia Civil está en la calle Guzmán el Bueno de Madrid. Sus locales se han revelado como otro importante centro de tortura, aunque todavía no tenga la triste notoriedad de la D.G.S. (Puerta del Sol).
Sobre este Centro es muy importante saber que ciertas torturas atribuidas a "gentes incontroladas de la extrema derecha", se han producido en estos locales.
Las descripciones de algunos secuestrados por estos "comandos incontrolados" y las de personas detenidas por la Guardia Civil y conducidas a Guzmán el Bueno coinciden exactamente. N. del E.

106

Pilar Higueras

18 años, estudiante de Magisterio.

Me detuvieron el 31 de Agosto por la tarde. Habían puesto una pancarta contra las penas de muerte y llegó un jeep de la Guardia Civil y empezaron a tirotear. Eso era en Aravaca. Corrimos a refugiarnos en unos chalets, pero nos detuvieron. Metralleta en mano nos obligaron a tumbamos al suelo y luego nos pusieron contra una tapia mientras nos cacheaban. Éramos tres, un compañero y una compañera y yo. Nos lie varón esposados al cuartelillo. Uno de los que me habían detenido empezó a pegarme bofetadas y golpes. Yo estaba en el suelo y la metralleta se me cayó encima. Estaba muy asustada. Vinieron otros que nos hicieron poner de rodillas y nos tuvieron así, esposados, durante mucho rato. Uno tras otro nos pasaban a un cuarto para interrogamos, nos daban golpes, nos amenazaban con poner garbanzos entre las rodillas y el suelo, querían que dijéramos algo sobre la pancarta. Como a la una de la madrugada llegó un jeep para trasladarnos. Venía un guardia civil que parecía loco. Empezó a interrogar a mis compañeros. Yo oía cómo los mandó poner contra la pared y gritaba que los iba a fusilar. Daba tales voces que se produjo alarma en el vecindario. Se oyó a alguien que gritaba ¡asesinos! y cómo él ordenaba que fueran a registrar las casas y a detener al que había dicho aquello, como así ocurrió poco después.

107

Cuando me tocó el tumo me apretó las esposas con fuerza y tirando de la cadena que las une me zarandeaba y tiraba al suelo, allí empezó a darme patadas. Cogía el tricornio y me daba con él diciendo que lo llevaba con mucha honra y que se sentía orgulloso de ser del cuerpo y que se vengaría por el teniente que habían matado. Después nos trasladaron al cuartel general de la Guardia Civil que está en Guzmán el Bueno. Allí nos condujeron a los sótanos. Son unas habitaciones oscuras, húmedas, en las que tan sólo hay una manta y una repisa en la pared, de obra, para tumbarse. Hay en esa pared unas argollas y allí me encadena ron, con las esposas. Es mucho peor que las celdas de la D.G.S. Desde entonces fue todo mucho más brutal. Me subieron a un cuarto en donde había un sofá viejo. Empezó el

interrogatorio: tirones de pelo que me arrancaba a mechones, bofetadas, empujones. Me pusieron en el sofá boca abajo y empezaron a pegarme con una fusta —que por cierto se les rompió—. Me sujetaron entre varios y como chillaba y me movía mucho, uno se sentó encima para inmovilizarme: me golpeaban mucho en las plantas de los pies, que se me hincharon muchísimo. Estaban furiosos. De pronto dijeron *"ahora vamos a colgarla"*. Me quitaron las esposas, me pusieron unos trapos mojados en las muñecas y las esposas encima muy fuerte. Me subieron a una silla y de la cadena de las esposas me sujetaron a un hierro que había en el techo, como de lámpara. Luego quitaron la silla y quedé colgada. Sentí un terrible dolor en los hombros y en el pecho. Estuve así uno minutos, fue muy doloroso. Eso me lo hicieron cuatro o cinco veces. Decían de pronto *"está demasiado cómoda"* y entonces me golpeaban con la fusta y me balanceaban como un péndulo. Yo estaba casi desmayada. Cuando me dejaron de esto empezaron con lo del pilón: me envolvieron en una manta desde el cuello para inmovilizarme y entonces me tumbaron sobre un pilón de agua. Había un palo transversal para sujetar la cabeza. Ellos me ponían boca abajo con la cabeza adentro. Yo me asfixiaba. Estaba así mucho rato, no sé, era angustioso. Luego sacaba la cabeza y me la hacían apoyar sobre el palo. Eso lo repitieron varias veces. Yo no podía resistir aquello.

Cuando me dejaron no me tenía de pie de dolores. Me obligaron a ir corriendo a la celda. Me amenazaron con ponerme corrientes. En la celda me dieron un papel para que yo declarara lo que quisiera. Me amenazaron con torturas espantosas que yo sabía que podían hacer. Estuve un total de seis días detenida antes de venir aquí. En el cuartel de la Guardia Civil estuve cinco días. El tiempo que estuve en la celda fue esposada y sujeta a la argolla de la pared. En una ocasión me sacaron con ellos para ir al registro de la casa. Quiero decir que padezco crisis epilépticas y que necesito tomar continuamente medicación, a pesar de lo cual me quitaron todas las pastillas en el tiempo que estuve allí.

109

Concepción Lorenzo

18 años, Administrativa.

Me detuvieron el día 31 con la compañera que ha relatado lo anterior. En Aravaca. Hubo un tiroteo bastante grande y nosotros corrimos a refugiarnos. Cuando nos cogieron estaban nerviosísimos y nos apuntaban de tal manera con las metralletas que yo veía que se les iban a disparar de un momento a otro. Esposados y a golpes nos condujeron a pie hasta el cuartelillo. Allí nos hicieron poner de rodillas y muy tiesos. Yo tenía los brazos esposados detrás y me agarraban de la cabeza y me levantaban haciéndome un dolor terrible. Eso fue en los interrogatorios del primer momento. Luego llegó ese guardia civil que parecía loco. Es, taba furioso. Decía que nos iba a pegar un tiro. Empezó a golpearme con el tricornio y casi encima de mí me insultaba y daba bofetadas: *"mátame a mí si tienes cojones".* Me pusieron contra la pared y empezaron a darme puñetazos en el estómago y por todas partes, pecho, cara... Entonces el que parecía loco ordenó que me prepararan para fusilar. Me sacaron a un pequeño patio y me pusieron en un rincón. Ordenó a otro que trajera la metralleta y me hicieron poner de espalda a ellos, contra la pared. Yo estaba aterrorizada porque veía que era muy nervioso y que estaba fuera de sí. Me tuvieron así un buen rato diciendo que dijera algo, que era mi última oportunidad. Fue entonces cuando se oyó el grito de "asesinos" desde una casa vecina, que ha contado la compañera. Me entraron otra vez dentro y al poco nos trasladaron a la Comandancia de Guzmán el Bueno.

110

Allí los sótanos son espantosos, la suciedad no se puede describir. Yo tenía un montón de gruesas moscas, como diez, pegadas en un rincón, algo espantoso. Me interrogaron entre varios. Me hicieron un especie de rueda. Me tiraban del pelo y me empujaban de unos a otros como si fuese una pelota. Después me sentaron y me pusieron los pies en otra silla y con una fusta me pegaban en las plantas. Como yo me movía me dijeron que trajeran el somier. Yo estaba asustadísima. Me hicieron tumbar sobre un somier viejo y roto que me clavaba cantidad de ganchitos. Me esposaron con los

brazos extendidos en cada extremo; estaba boca abajo, pero como todavía me movía, uno muy grueso se sentó sobre las corvas y entonces me pegaron muchísimo en las plantas de los pies. Se me hincharon mucho y se me pusieron morados. Tenía el cuerpo lleno de arañazos y sangre por las manos y los brazos. Me decían: *"no te muevas y no te pasa nada"* pero yo gritaba y no podía estarme quieta de dolor. Luego, me obligaron a andar descalza por el suelo lleno de piedras y de arena. Por la tarde me hicieron lavar los pies en agua fría en un pilón para *"que me bajara la hinchazón".* Lo peor de todas estas torturas eran los gritos espantosos que se oían. Al compañero lo medio mataron, yo nunca había oído quejarse de aquella forma, era un infierno. Cuando luego nos llevaban a la D.G.S. en el coche me dijo: *"Prefiero morir, prefiero veinte años de cárcel a que vuelvan a torturarme".* A él lo colgaron como a mis compañeras y le debieron de pegar mucho, porque una vez que nos carearon él estaba en un rincón, acurrucado, sin poder moverse. Tosía y se ahogaba. Parece como si le hubieran hecho algo que se asfixiara, porque en la D.G.S. siguió quejándose de que tenía algo que no le dejaba respirar. Durante los días que estuve en la Comandancia de la G. Civil pasó más gente. Yo oía los gritos de los torturados, y sobre todo los de una mujer que luego ha venido aquí a Yeserías. Durante ese tiempo sólo comimos un bocadillo al día y el chico un sólo bocadillo al final. Al salir nos cogieron 400 Pts. que dijeron que eran para pagar esa comida.

Lola Jiménez Ortiz

"Me llamo Lola Jiménez Ortiz, tengo 18 años. Trabajo en un laboratorio. Me detuvieron el sábado 4 de Octubre a las 10 de la mañana, cuando fui a la comisaría con el padre de un amigo que habían detenido a interesarme por él. De allí me trasladaron a la D.G.S. Poco después empezó el interrogatorio.

El origen fue una carta que me habían encontrado de un amigo que está prestando el servicio militar en el Sahara y en la que me explicaba las condiciones de vida que allí padecen, y una serie de problemas. Empezaron a burlarse de este compañero, a decir groserías sobre nuestras relaciones y a pegarme. Eran tres al principio, me daban bofetadas., Golpes en las orejas que repercutían fuerte sobre los oídos y me zarandeaban. Como a las dos horas de esto vino un policía mayor, de pelo blanco y gafitas con los cristales dobles y dirigiéndose a los otros les dijo: *"esta chica tiene que estar quince o veinte días, lo que haga falta porque está bastante implicada y tiene que hablar".* Entonces se sentó a mi lado y empezó a decirme que habían detenido a otros y que me habían "cantado". Me aseguró que allí todo el mundo hablaba y los que más "los jefes". *"Mira Múgica, por ejemplo, ayer se sentó aquí, le dimos papel y él mismo escribió todo".* Yo me daba cuenta de que hacían eso para desmoralizarme. Estaba muy nerviosa y con ganas de llorar. Entonces empezó a contarme las torturas que me iban a hacer, que vendría uno que llaman "el caballo blanco" y que me iba a violar, y que si estaba libre, también traerían "al negro" que en aquel momento estaba violando a tres. Contaba con detalles que me desnudarían, que me pellizcarían los pezones, que me meterían palos en la vagina... Estuvo como una media hora contando con detalle todo tipo de torturas de ese tipo y mientras lo hacía tocaba sus partes y se iba poniendo nervioso hasta que se corrió. Yo me sentía muy mal y tenía como una náusea. Vinieron otros. La noción del tiempo no la tengo muy clara, sé que uno joven me obligó a ponerme en cuclillas, con los tobillos sujetos por las manos y a recorrer así la habitación de un extremo a otro; si me paraba me daban golpes en la espalda. Eso duraría un largo rato. Vinieron otros.

112

Entonces me pusieron de pie en el centro y no me dejaban mover de un ladrillo; yo tenía los brazos cruzados sobre el pecho y cuando intentaba hacer cualquier movimiento me golpeaban. Así estuve horas. Durante este tiempo me interrogaban y me insultaban y sobre todo se burlaban de una hermana que tengo en un correccional. De pronto entró uno que dijeron que era el "caballo blanco" y que sabía yudo. Empezó a darme puñetazos en el estómago y en el vientre mientras otros me sujetaban por la espalda para que no me moviera. Entonces fue cuando me desmayé. En el suelo pasé mucho miedo. Uno daba brincos junto a mí y decía que de un momento a otro me iba a saltar encima, que no me hiciese la muerta. Otros me golpeaban fuerte *"a ver si es verdad que está muerta".* Oí decir que trajeran al médico, pero que si era comedia me iban a violar. No recuerdo más; sé que cuando me di cuenta otra vez estaba en la enfermería y el médico me dijo que me habían tenido que poner una inyección. Vi que tenía en el brazo izquierdo un pinchazo y una mancha de sangre. (Intramuscular). El médico empezó a preguntarme muy asombrado de que estuviera allí. Entonces vino otro que era policía y dijo que era una vergüenza que yo fuera tan débil y hubiera reaccionado de aquella manera tan histérica y más siendo una política. Me llevaron a la celda, esto sería a media noche. El día siguiente me subieron y me dijeron que me daban dos horas para que meditara y dijera todo antes de torturarme. A las dos aproximadamente me volvieron a subir y me estuvieron torturando hasta las ocho de la noche. Más o menos fue como el día anterior; inmóvil en un ladrillo y tortas cuando me movía. Me devolvieron a la celda. Yo estaba muy mal, tenía muchos nervios y una gran confusión de ideas. El médico me fue a ver a la celda. Eso en domingo.

113

Al día siguiente se repitió el interrogatorio. Cuando llevaba mucho rato inmóvil me dio un ataque, perdí el conocimiento y me llevaron a la enfermería en donde me pusieron otra inyección. Esta vez vi cómo me la ponían. Tengo mucha dificultad para recordar las cosas en el tiempo, sé que en otro interrogatorio, ya de los últimos, volví a desmayarme. Entonces me echaron agua por encima. Yo me daba cuenta de las cosas, pero estaba como paralizada. Veía como me acercaban un mechero a los ojos y que me quemaban un dedo para ver si vivía, pero no podía hablar. Eran muchos, el viejo me sujetaba los brazos por detrás mientras los otros me pegaban, se reían mucho y decían que se iban a celebrar la muerte de los cinco que habían ejecutado, que eran cinco asesinos. Yo estaba como tonta. Alguien

dijo que me pusieran en las sillas. Me subieron allí y como yo me revolvía y me caí, entre varios hacían como una pared y yo estaba entre los respaldos y ellos. Uno me subió la camisa y me dejaron desnuda de medio cuerpo para arriba. Empezó a pellizcarme los pezones. Después me bajaron los pantalones y empezaron a tocarme y a decir que me iban a violar. Yo lo recuerdo todo muy mal, me pongo enferma, no quiero hablar de esto, lo cuento porque sé que se tiene que saber, que hay que denunciarlo y que el mundo lo sepa, pero no quiero recordarlo más. Tampoco entonces me daba mucha cuenta. Sé que me pasó una cosa muy extraña, que me volví como un animal, quería hablar y me salían gruñidos, no articulaba, susurraba cosas extrañas, tenía la lengua paralizada, toda yo estaba igual que un animal. Recuerdo que uno me miró a los pies y dijo que tendría frío y dio a entender que me los iba a calentar a porrazos. También me daban gol pes sobre una cicatriz que tenía en la rodilla. Después me pusieron unos palillos entre las uñas, pero yo estaba como ida y casi no me enteraba de nada, era como un animal. Entre varios grises me llevaron a la celda y algunos decían que era una canallada lo que me habían hecho. Luego vino el médico y dijo que tenía mucha fiebre y que tenía que descansar. Pero yo no pude dormir; también me vio un psiquiatra, eso dijeron, y me hizo varias preguntas, en total estuve cinco días en la D.G.S. y todos los días me subieron a interrogar. Se me olvidaba decir que en una ocasión me hicieron cantar el Cara al Sol y que se reían de mí. Al final de los interrogatorios me sacaron en un coche para que fuera a reconocer algunas casas".

114

María Isabel Pérez Alegre

27 años, administrativa. Acusada de dirigente del FRAP. Me detuvieron el 9 de octubre, a las 4, 30 de la tarde, en la calle. Serían unos doce sociales jóvenes, que iban en tres coches. No sé muy bien cómo fue; se me echaron encima y oí algunos disparos que ni sé si serían al aire. A empujones me hicieron entrar en un 850 blanco. Me pusieron las esposas con las manos atrás y me doblaron hasta tocar con la cabeza el suelo para que no se me viera. Me sujetaron así entre dos y otro me daba golpes en la cabeza, bofetadas, puñetazos. Al llegara la DGS me subieron directamente a un despacho del primer piso, puede decirse que sin pisar ningún escalón porque me levantaban por los pelos y a golpes e insultos de todo tipo. Bruscamente me obligaron a poner de bruces en el suelo y tal cual estaba, con las manos atadas atrás, empezaron a subirse detrás de mí y dar fuertes patadas. Después de aquello yo ya no me podía mover. Me siguieron pegando sentada en una silla y de allí me llevaron a un cuarto abovedado, con luz artificial, en donde había una colchoneta en el suelo. Ahí me pusieron contra la pared con las esposas muy prietas detrás y me daban golpes que me producían un terrible dolor porque se me clavaban los hierros. Eran ocho o diez los que dirigían aquello. Me hicieron poner en cuclillas y dar varias vueltas al cuarto y mientras lo hacía me pegaban patadas y empujones y yo me caía. Cuando ya no podía más, me pusieron de rodillas sobre la colchoneta, con la cabeza contra el suelo y apoyada así empezaron a darme fuertes golpes con tres porras diferentes sobre las plantas de los pies. Como yo me movía mucho y daba gritos, me sujetaban clavándome las uñas entre va rios. Así me tuvieron horas y horas; no sé, porque aquello fue algo que no quiero recordar. Sé que a las 12 de la noche ya no me cabían mis zapatos ni podía soportar el tacto de la ropa ni apoyarme en ningún sitio.

115

Tenía muchos escalofríos. La cara estaba como adormecida y todo su esquema me había cambiado de hinchada como la tenía; me chorreaba sangre por la nariz. Las manos estaban inmóviles porque cuando me

apoyaba sobre ellas porque no sabía qué hacer para no caer, me las pisaban con fuerza. A eso de las doce precisamente entró un policía muy bien vestido, ya mayor, tendría más de cincuenta años, alto, con entra das en la frente, acompañado de un joven gallego, delgado con el pelo rizado. Este no me pegó. En tono duro me hacía preguntas y me amenazaba. Mientras esto ocurría, durante una hora o así, fuera estaban todos los demás hablando en voz alta para que los oyera, diciendo que me iban a matar, que ya no más paciencia conmigo, que me entregaban a los grises, que hicieran lo que quisieran conmigo. Cuando estos dos se fueron, entraron como locos, se abalanzaron sobre mí y me siguieron pegando hasta las cinco. Yo sólo sé que estaba llena de heridas, que te nía sangre por todas partes. Deseaba morir de una vez, ya no quería vivir más pero no conseguía perder el conocimiento. Les pedía que me mataran de una vez y entonces ellos me golpeaban con furia, patadas brutales, puñetazos. El cuerpo estaba destrozado. Yo gritaba *"matarme" y* ellos se ponían furiosos. Entonces me decían que eso es lo que yo quería, pero que ellos querían hacerme sufrir, que me meterían una porra entera "por el coño". Yo sólo sé que pensaba en la muerte como un alivio y no paraba de decirles *"matarme de una vez"* y eso precisamente les exasperaba aún más, el ver que no temía la muerte. A las cinco de la mañana me taparon con una manta y me dejaron allí tiritando y bajo la vigilancia de un gris. Cuando a las horas me llevaron entre varios al servicio yo misma estaba extrañada del volumen de mi cuerpo. La falda acampanada me tiraba en la zona de las nalgas; imposible ir de vientre, tenía tales bultos en las nalgas que me asusté; además, desde la cintura para abajo era todo morado. Durante doce días me tuvieron en aquel cuarto viviendo sin llevarme a los calabozos. Me vigilaban dos grises, uno fuera y otro dentro. El policía que continuamente me interrogó y torturó más fue el conocido como "Willy el Niño".

116

Durante todo este tiempo estuvieron amenazándome con torturar a mis padres. En una ocasión me llevaren a un despacho en donde había un cristal desde donde yo podía ver sin ser vista y allí vi que los habían detenido y que mi madre lloraba y mi padre estaba al borde de lo mismo. Yo estaba aterrada con eso. Continuamente me decían también "hemos traído a otro" y yo oía los gritos de su tortura y era lo más terrible. Ni puedo describir la cantidad de teatro que montaron con muchas amenazas. Hacen llamadas por teléfono como que se ponen de acuerdo con otro para detener a determinadas personas o con que van a entregarme a la Policía Armada.

Yo ahora veo que era comedia pero entonces es muy difícil distinguir dónde está la comedia y dónde empieza lo que son capaces de hacer. Yo me lo creía todo porque estaba bajo el terror y me habían matado a golpes. Al décimo día de estar en este cuarto me dejaron duchar. Todo eso es una vejación que tienes que sufrir porque yo tuve el pe ríodo; tenía toda la ropa sucia, rota, maloliente, en fin me sentía también mal al verme de aquella manera, pero no me dejaban bañarme hasta los diez días. A los doce días me vio por primera vez el médico y cí-

nicamente me dijo: *"Hija mía, por qué os metéis en esas cosas"...* Des pues me llevaron a los calabozos y allí estuve cuatro días más. Tampoco me dejaron duchar. A los 16 días de estar en la DGS me trajeron a Yeserías que me pareció el paraíso comparado de dónde venía. Ahí he estado 31 días incomunicada. A los 14 días me vio por primera vez un Juez Militar y el auto de procesamiento me lo dio el último día en la DGS. No quiso dejar constancia de mis torturas. He interpuesto querella.

117

Vicenta Cabañes Argudo

20 años, estudiante de Filosofía. Me detuvieron el 12 de Octubre en la casa donde estaba viviendo, que era la de unos amigos. Fue como a la una y media de la madrugada. Cuando me desperté ellos estaban dentro del cuarto y me enfocaban con una linterna. Me fueron dando la ropa para que me vistiera. Nos llevaron detenidos a mi compañero y a mí y obligaron a venir con nosotros al matrimonio de la casa así como a sus hijos de dos y cuatro años; recuerdo cómo uno de los policías ayudaba "con ternura" a poner los calcetinitos a los niños; eso me quedó muy grabado en aquellos momentos. Nos llevaron a la DGS. A mi compañero y a mí nos subieron inmediatamente al primer piso; en un despacho nos dejaron juntos. Empezaron a interrogar. El sistema era preguntarle a él por unas llaves y pegarme a mí para coaccionarle. El que llevaba el peso del interrogatorio era el policía conocido por el nombre de "Willy el Niño". Me daba fuertes puñetazos en el estómago y sobre el pecho, golpes muy certeros que dolían mucho. Había otro que pegaba con mucha saña; empezó a golpear en los ovarios: *"toma, para que no tengas hijos rojos", "hay que acabar con vuestra raza" y* cosas así. Después nos separaron, se lo llevaron a un despacho contiguo y yo oía sus gritos de dolor cada vez que le daban golpes en los testículos diciendo que le iban a dejar inútil para toda la vida. Le debían de hacer un daño terrible y a mí me lo relataban pegándome a la vez: *"Le vamos a dejar sin huevos..."*

118

De pronto oí un gran ruido de cristales rotos y muchos insultos —luego supe que se trataba de mi compañero que, desesperado, se había intentado matar o que le habían arrojado contra la puerta—; me di cuenta de que había pasado algo grave. Llena de angustia oía los comentarios de la policía que decían que era mejor dejarlo que se desangrara, que estaba perdiendo mucha sangre y que era mejor así, uno menos, y cosas de este tipo. Luego supe también que le estaban haciendo la tortura conocida por el nombre de "el pato". As í estuve hasta las siete de la mañana en que dejaron de pegarme

"para que descansara un poco", esposada a la pata de una mesa. A las dos horas volvieron y empezó de nuevo el interrogatorio; eran varios y traían porras. Había uno al que llamaban "el vasco" que me dijo que él ahí no me pegaba porque sólo lo hacía a los de ETA. Uno muy alto y fuerte me cogió por los pies y me levantó varias veces, otros me golpeaban en las nalgas y en los pies. Como yo gritaba me pusieron papel de periódico en la boca. Gritaban mucho, decían que no me moviera porque me iba a romper la columna. Yo tenía el cuerpo ya casi insensible de tantos golpes, como adormilado. Este día la sesión de palizas duró hasta el mediodía. En realidad las sesiones de golpes fueron casi continuas durante tres días en que no me bajaron para nada a los calabozos. Me dejaban allí bajo 1a vigilancia de los grises. A mi compañero tampoco le bajaron. Por las noches, la primera sobre todo, ocurrió algo extraño. Del pasillo que sepa raba el despacho en donde estaban torturando a mi compañero y cuyos gritos yo no dejaba de oir, venía una música suave, muy tenue pero chabacana, de canciones toscas, que se entremezclaba con unas interferencias de ruidos estridentes, que herían los oídos y crispaban, y lamentos espantosos; era como una grabación para volverle a uno loco; recordaba lo que uno ha oído sobre las checas... A ratos se interrumpía la música y una voz extraña decía "sí, sí, sí, sí..." Yo estaba aterrorizada. Oía junto a eso las quejas reales del compañero y también las terribles amenazas que le estaban haciendo al amigo que nos había prestado la casa. Le decían que iban a violar a su mujer y que iban a torturar a sus hijos delante de ella. Aquello era un infierno; el amigo lloraba y ellos se burlaban de él. Yo trataba de sobrevivir a todo aquello. Cuando cerraba los ojos me venían imágenes espantosas de muerte y tortura que me las fomentaba la música aquella. Temía que me dieran alguna droga; fue una reacción de horror la que yo tenía, como una locura. Los grises que vigilaban el cuarto aquél tenían una porra medio rota, que por cierto la terminaron de romper pegando a Isabel,[1] y amenazaron con *"tela vamos a meter por el cono".*

119

Describir todo lo que me hicieron y dijeron durante estos tres días sería imposible. En ocasiones me hacían tumbar sobre una colchoneta y entonces empezaban a pegarme por todo el cuerpo que yo ya tenía morado. Una de las veces me dieron una "sesión" de golpes sobre el sexo *"para que quedara inútil".* Había uno entre ellos que durante todo el tiempo me estuvo

[1] Ver testimonio anterior.

gastando bromas obscenas y que en distintas ocasiones me pellizcaba el pecho y me daba golpes en él. Al tercer día, por la noche me sacaron de la DGS y me metieron en un coche particular sin decirme nada; sólo que les acompañara. Iba un chófer, y tres más, entre ellos “Willy el Niño”, otro era "el vasco” y otro, uno con barba. Entre ellos dijeron que íbamos a la Carretera del Pardo, un lugar sin gente. Yo no conozco Madrid, pero luego, al explicar que era un lugar con pinos y por aquella zona hemos deducido que sería por la Dehesa de la Villa. Todo el camino iban haciendo misteriosas alusiones a algo que iban a hacer, toda una comedia que a mí entonces me tenía aterrada. Cuando llegamos a una zona muy oscura del monte pararon y apagaron los faros. Empezaron a decir entre ellos si era mejor violarme o pegarme dos tiros. Uno se bajó a mirar por los alrededores a ver si no había gente e hizo una señal. Entonces dijeron que me bajara. Yo estaba paralizada de miedo y resistía todo lo que era posible. Estaba convencida de que me dirían que anduviera y de que me iban a pegar dos tiros diciendo que había intentado escapar. Entonces, ante mi resistencia, "Willy el Niño” con una linterna, sacó del capó un maletín y de allí sacó un esparadrapo que me colocó en la boca. Era una escena que no podré olvidar nunca, como prólogo de un crimen... cuando lo recuerdo me dan ganas de llorar y me entran náuseas. Entonces empezaron a pegarme con fuerza en la cabeza y en las piernas, donde mejor les cogía según la postura que tenía; la cabeza fue lo más afectado. Al cabo de un buen rato pasó cerca un coche que se paró y ellos debieron de coger miedo porque dejaron todo aquello y regresamos a la DGS. Me dejaron de nuevo en el despacho de arriba en donde estuve un total de seis días; al séptimo me bajaron a los sótanos en donde estuve unos siete días más, o sea que estuve un total de quince días en la DGS. El médico me vio por primera vez y única el séptimo día y dejó constancia de cuanto le dije. Me mandó unas pastillas que dijo que eran anticoagulantes para que se me deshicieran los hematomas y una pomada para las heridas del cuerpo y pies. En el estómago tenía la marca bien visible de un pie que me había quedado después de una terrible patada. Quiero especificar que los golpes que me daba "Willy el Niño" eran muy "científicos", es decir, por ejemplo, me pegaba un fuerte puñetazo en el estómago que me obligaba a doblarme, entonces, seguido, me daba un golpe especial en la espalda para que me enderezara y así todo; los golpes en la cabeza lo mismo.

120

Quiero dejar constancia de que durante estos quince días no vi a ningún Juez. Cuando a los quince días vino el Juez Militar yo le denuncié las

torturas y como toda respuesta él me dijo que eso a él no le incumbía. Tengo entendido que era completamente ilegal esa retención en la DGS, pero al militar no le he vuelto a ver.

Otro aspecto que me producía terror era el tener que salir a los waters desde los calabozos porque los grises proferían insultos y amenazas y como sabía que a dos compañeros les habían dado una terrible paliza esos policías, estaba aterrorizada.

También en varias ocasiones, cuando estaba arriba, a mi compañero y a mí nos dejaron algún rato juntos; seguramente para que yo viera lo mal que estaba físicamente y me quebrantara la moral, porque la verdad es que estaba muy hinchado. Sé que a él le presionaron mucho diciendo que si me quería, por mi bien, hablara.

121

María de los Ángeles Vaquer Juberías

17 años, estudiante de Magisterio

Me detuvieron el 17 de Octubre sobre el mediodía y en la calle. Eran seis agentes que me agarraron bruscamente y me obligaron a meterme en un coche. Dentro me dieron varias bofetadas. En la DGS se notaba que había mucho nerviosismo. Me subieron al primer piso y para entrar al despacho tuve que pasar antes por un pasillo lleno de sociales que según lo cruzaba me iban golpeando con insultos y patadas. Yo estaba asustadísima porque los veía fuera de sí y capaces de todo. Me entró un terror que no sabría explicar pero que me paralizaba. Me obligaron a poner de rodillas y descalzarme y comenzaron a darme golpes terribles con una porra en la planta de los pies y en las nalgas. Como yo me movía resistiéndome, los golpes se les escapaban y me daban en los riñones y por todas partes; entonces me gritaban que me estuviese quieta porque si no me iba a desgraciar yo misma. Me dolía mucho y daba gritos espantosos que a ellos les ponían más nerviosos. De un empujón me tiraron contra el suelo y cuando estaba tumbada de aquella manera dos sociales se subieron de pie encima y empezaron a dar saltos. Yo me asfixiaba y creía que iba a reventar de un momento a otro; el dolor que sentía en los riñones era irresistible. Después me levantaron y empezaron a golpearme contra unos armarios metálicos y a darme tirones de pelo que me caía a mechones.

122

Me dijeron que aquello era sólo el principio, que ya vería después si no hablaba lo que ellos querían que les dijera. Me hicieron una rueda y me lanzaban como una pelota los unos contra los otros. Eran unos ocho o nueve, no puedo precisar pero yo estaba segura de que me matarían. Recuerdo que tenía tanto miedo que empecé a sentirme mal y a notar cosas extrañas, como si me estuviese volviendo loca. Todo esto duraría unas tres horas. Entonces dijeron que me llevarían al campo y que allí me matarían y harían desaparecer mi cadáver... Eso era horroroso porque yo sabía que lo podían hacer... No sé cómo pasó lo demás. Recuerdo que sentía un ahogo y

notaba como cosas muy raras. Parece que les hablaba cosas que ellos tampoco entendían. Al principio me amenazaban con que no les tomara el pelo pero luego debieron de creerse que me había vuelto loca. No es que hubiera perdido la razón pero les decía cosas sin sentido, luego me lo dijeron. A uno le tomé por mi padre. Tenía mucha confusión de ideas. No lo puedo describir porque no lo recuerdo. Sé que también me dolía muchísimo el estómago de unos puñetazos que me habían dado y que llamaron al médico. Recuerdo que me hicieron poner de cuclillas y andar de un extremo a otro del despacho. El médico parece que se alarmó mucho.

Dijo que tenía un soplo en el corazón. Pero yo sentía mi cuerpo como paralizado por el terror. Estuve cuatro días en los calabozos y dicen que decía cosas extrañas. Yo recuerdo que el mundo me parecía raro y tenía la impresión de que iba a ocurrir alguna catástrofe. Cuando tumbada en la colchoneta me venían a ver yo estaba inmóvil. No me costaba ningún esfuerzo ponerme de aquella manera, es que me quedaba tiesa, pero tampoco puede decirse que me hubiera paralizado porque después me mo vía bastante bien. Al cuarto día el médico dijo que tenía los reflejos muy mal y que me tenían que llevar al hospital porque estaba bastante enferma. Cuando llegamos al hospital allí no querían hacerse cargo de mí, decían que en aquel estado era un compromiso, que yo iba con la columna partida y que ellos no me cogían. Me estuvieron mirando de nuevo los reflejos y debían estar mal porque no querían admitirme. En el Hospital me admitieron y allí estuve en tratamiento dos meses y algunos días más. He estado incomunicada todo este tiempo sin poder ver a la familia ni tan siquiera al abogado, incomunicación total. A mí me gustaría poder explicar todo eso tan raro que me ocurrió porque ahora ya estoy totalmente bien pero entonces fue muy extraño. Una de las veces yo estaba paralizada en el suelo del calabozo y los grises me rodearon y decían que me iban a matar si no dejaba de hacer comedia pero yo no reaccionaba. Los oía, notaba que ponían sus botas sobre mi boca pero no reaccionaba. Día y noche me vigilaban. En una ocasión recuerdo que un social furioso abrió la ventana y dijo: *"Échate, esa va a ser tu liberación".* Yo diría que todo lo que me pasó fue como una reacción terrorífica, una reacción de tanto miedo, de tanto espanto como tuve. Una cosa que recuerdo que me sorprendió mucho es que en cierta ocasión que yo estaba en el suelo, vino el médico, me auscultó y dijo: *"Tiene un soplo pero le pueden seguir pegando".* Cuando me trasladaron al Hospital yo iba en el furgón tendida en una camilla, semiinconsciente y los grises

comentaban entre sí una serie de groserías y me subieron el jersey y me bajaron las bragas para tocarme.

Petra Roma Bachiller

20 años, auxiliar administrativa.

"Me detuvieron un sábado, 8 de Noviembre, por la mañana. Vinieron a buscarme los de la B.P.S. con el pretexto de hacerme unas pregón tas. Me llevaron a la D.G.S. y me encerraron en un calabozo hasta las 6 de la tarde, sin comer ni nada. A esta hora aproximadamente me subieron a un despacho. Había cuatro policías, un joven y los otros ya mayores. Se encararon conmigo: *"Ahora vas a contarlo todo".* Me obligaron a poner de rodillas en el suelo sobre garbanzos, con los pantalones arremangados. Me dijeron que eran un cuadro de torturadores especializados, con experiencia de pegar sin dejar señales. Me enseñaron una porra de cuero y goma y empezaron a amenazarme con ella y decirme que me iban a cargar la muerte de un policía; después de un rato en aquella postura me mandaron poner de cuclillas y que anduviera un poco. A los 15 ó 20 minutos me hicieron parar. *"Ahora vamos a pegar de verdad. Sabemos cómo hacerlo. Vamos a contar el tiempo; cada 20 minutos vamos a pegarte en un sitio distinto".* Me hicieron poner de rodillas en una silla y mientras uno sujetaba me pegaron con la porra en las plantas de los pies controlando el reloj. Yo me mareé. Me hicieron sentar 10 minutos. *"Ahora vamos a pegarte 20 minutos en otra zona".* Me volvieron a poner de rodillas en la silla y con el cuerpo inclinado sobre una mesa. *"Ahora te pegamos en el culo".* Me pusieron un periódico doblado en la boca para que no me oyeran chillar. Empezaron a cronometrar los golpes que eran terribles. Me cogían todas las nalgas y a veces la porra se doblaba hacia el vientre, también los riñones. Me volví a marear. Como había dado muchos gritos entraron otros a ver qué ocurría. Decían que era comedia. Me sentaron y empezaron con terribles amenazas, que me iban a hacer lo mismo en el pecho, en los ovarios, en el cuello, oídos; lo peor fueron unos golpes sobre la nuez, pues me producían asfixia y parecía como si fuera a morir. Lo que más me impresionó fueron las amenazas sobre lo que me decían que le habían hecho a mi marido. Aseguraban que lo tenían preso en una celda de al lado y que le estaban pegando en los testículos (era falso), y que luego le iban a esterilizar lo mismo que a mí. Yo sentía un

verdadero terror, un miedo espantoso a que le mataran. Esa tortura psíquica fue lo peor porque yo estaba segura de que era verdad, oía la voz y los gritos de mi marido (se ve que habían puesto a alguien para gritar) y oía las palizas. Eso era lo peor, que a uno le vuelven loco, le hacen sentir lo que no es. También me hicieron creer que tenían a mi padre. Allí pasaban cosas terribles. De pronto entró uno y dijo: *"Un secuestro"* —no sé a qué se referían—, y salieron todos disparados. Entonces vino uno y me sacó al pasillo y cogida por la cintura y en volandas porque no podía andar me llevó corriendo a un extremo. Allí otro me dijo que sus compañeros eran muy malos y que era mejor que hablara. De allí ya me bajaron en brazos al sótano. Pasé una noche terrible de dolores. Sentía de cintura para abajo como si estuviera paralítica, tenía arcadas y los oídos me zumbaban. Tenía escalofríos. Cuando a la mañana siguiente me fueron a buscar, tal y como me habían amenazado, vieron que no me podía mover y fue cuando avisaron al médico que dijo que no me podía dar calmantes.[1] Al día siguiente me vió otro médico que me recetó varias cosas. La descripción de los médicos y de los policías consta en la querella que he interpuesto. El martes bajó el "social" viejo, el que tenía una mancha en tacara y el pelo blanco y como no podía andar, un gris me llevó a un despachito que había cerca. Me hicieron 3 ó 4 interrogatorios con muchas amenazas. Estuve 5 días en la D.G.S. Luego en Las Salesas no vi al Juez hasta los 2 días; se ve que no querían que me viera en aquel estado".

126

(Cuando recojo esta declaración a ios 14 días de la paliza-tortura, la compañera tiene un pie Heno de morados y con el otro no puede a poyarse debido a un tremendo hematoma. Desde la cintura hasta las nalgas presenta grandes hematomas. Me insiste mucho en el terror psíquico, en el miedo feroz que le hacía deformar la realidad y percibir voces y situaciones que luego comprobó que no se habían dado. Describe con gran minuciosidad —como nos lo han hecho otras compañeras sometidas también a tortura psíquica— conversaciones y amenazas en caminadas a producir pánico hasta situaciones límites. Una especie de terrible juego a! que la policía somete al que interroga. Queremos sólo señalar eso que en su día denunciaremos con más detalle. (Eva Forest)

---

[1] Estaba aterrada de pensar que me iban a dar una droga porque también me habían amenazado con eso.

Los dos testimonios que siguen tienen interés no tanto por la índole de torturas, que comparadas con las anteriores son más leves, sino porque fueron hechas ya durante el "reinado" de Juan Carlos, como todos los casos que siguen. (N. del E.)

Soledad Gordo Diez

27 años, obrera de artes gráficas.

Me detuvieron el mismo día de la coronación de Juan Carlos. Yo había ido con otros compañeros a manifestarme en la concentración que se hizo en la cárcel de Carabanchel por la liberación de los presos políticos. Yo estaba con un grupo de gente y al separarme un poco vino un jeep antidisturbios y oí que gritaban entre ellos, los grises: *"a la chica, a la chica"* y se me abalanzaron encima.

A empujones me llevaron al jeep y con él me trasladaron al cuartel de la Policía Armada. Por el camino, yo iba esposada con las manos atrás y me daban tirones de pelo, *"vas a ver ahora".* Allí me dejaron hasta la noche en que me trasladaron a la comisaría del barrio. Había un policía muy agresivo que empezó a decir que a lo mejor llevaba escondido un cuchillo y me cacheó. Yo estaba muy nerviosa y lloraba; entonces me a garro brutalmente y me lanzó contra la pared, diciendo que me desnudara inmediatamente. Yo empecé a dar gritos y me negué y él me zarandeaba diciendo que me desnudara delante de él. Me dio un ataque de nervios. Entonces me sacaron entre varios y dijeron que me tenía que meter en una especie de maletero de un coche, un espacio muy estrecho que me obligaba a encogerme mucho y yo no podía por las esposas. Yo me quejaba de que me dolía mucho la postura y ellos me insultaban diciendo que seguramente tenía práctica de ir camuflada así. Cuando llena de miedo me metí, empezaron a burlarse de la postura y a tratarme con grosería y como si fuera una puta; luego decían que si no me gustaba aquello que me fuese a Rusia. En la DGS me tuvieron en un calabozo hasta el día siguiente. Tú sabes cómo son aquellos calabozos; yo padezco mucho de los nervios, estoy en tratamiento y como no me dejaban dormir con el ajetreo de gente que entraba y salía y el miedo a lo que me iban a hacer, empecé a marearme mucho. Por la mañana me subieron a interrogar. Me hicieron el “pato", ya sabes cómo es, andar de cuclillas y cuando caes te llueven los golpes. Me tuvieron así durante media hora, luego empezaron a interrogarme dándome terribles bofetadas que me dejaban

aturdida y una vez que esquivé el golpe me dio un terrible puñetazo en la cabeza que me quedó dolorida durante muchos días. Yo estaba fuera de mí. Cuando me llevaron a los calabozos empecé a sentir una gran angustia y como que se me paralizaba el cuerpo. No comí ni bebí. Recuerdo que fui al water y perdí el conocimiento, cuan do volví en mí me rodeaban los grises y tenía la cara llena de sangre porque al caerme me había abierto una brecha en la cabeza. Entonces ellos empezaron a decir que si había intentado suicidarme. Entonces yo me horroricé, creí que me había vuelto loca al verme de aquella manera empapada en sangre y me puse a gritar. Luego me dieron unos puntos y me dejaron en paz. Fui a las Salesas y como tenía un proceso antiguo me trajeron aquí.

129

Begoña Aldazabal Neira

17 años, estudiante de COU.

A mí me detuvieron el día 7 de Diciembre. Estaba en una estación de metro y había muchas octavillas por el suelo y de pronto un social sacó la pistola, me apuntó en la sien y me cogió del pelo. Llamó a unos empleados que había por allí para que me cuidaran pero ellos no le hicieron caso y entonces me arrastró hasta una cabina desde donde llamó para que vinieran unos grises a ayudarle. Mientras, llegó otro social y empezaron a cachearme. Encontraron una servilleta de un bar y empezaron a decir que aquella era una "cita de seguridad". Yo les aseguraba que eso era la dirección del bar, porque estaba impresa, pero ellos decían que ya vería en la comisaría. Estaban muy nerviosos y enfadados; uno tenía una gabardina de alguien que se le había escapado y lo pagaba conmigo. Entonces llegaron los grises y no sabían cómo llevarme; El social estaba como ofuscado y dijo que en metro. Mandaron desalojar los cinco vagones del metro con gran aparato. Se organizó un cisco de gente y nadie sabía lo que ocurría. Estuvo todo paralizado durante varios minutos y al fin dejaron que el metro continuara y me subieron para pedir un coche. Recuerdo que al irnos alguien les insultó pero era desde el metro que ya estaba en marcha. Durante el trayecto me amenazaron mucho para que dijera el nombre de la persona que se les había escapado y las cosas que me iban a hacer si no lo decía.

130

El gris no hacía más que repetir que a todos nosotros nos tendrían que colgaren la Plaza de España. Yo estaba muy impresionada porque sé que esa gente es capaz de todo. En la DGS me subieron rápido a un despacho y empezó a interrogarme un policía. Era un social, un hombre alto, fuerte, moreno y con bigote. De entrada me hizo una pregunta y como yo contesté que no sabía nada se enfadó mucho y me dio una bofetada tan fuerte que me tiró al suelo. Sentí dolor en los oídos, en el ojo y al caer me di contra una ventana y me lesioné la pierna. Entonces me levantó de un tirón y me dio otra en el otro lado. Yo no sabía que se po día hacer tanto daño de un solo

golpe. Me quedé casi sin sentido, totalmente aturdida. Volvió a preguntarme y como no contestaba lo que él quería empezó a pegarme puñetazos en el estómago y sentía ganas de devolver y mucho dolor. Yo ya estaba preparada para aguantar lo que fuera porque he oído relatos de torturas y sé que hacen eso pero estaba asustada. Me notaba como atontada y la nariz me goteaba y el ojo se me empezó a hinchar y temía que me hicieran cosas espantosas. El interrogatorio duró unas dos horas y aunque entraban y salían policías a mí sólo me pegó uno. De allí me llevaron al calabozo en donde estuve tres días. Cuando me llevaron a las Salesas tenía la trenca rota de los tirones que me dio el social en el interrogatorio y muchos morados en el cuerpo. Yo vine aquí porque tengo una multa impuesta por la policía.

A los otros compañeros que trasladaron conmigo a las Salesas, los torturaron bastante más que a mí. Puedo decirte que a uno que se llama David Goitia le hicieron barbaridades. Le envolvieron en mantas para que no viera quién le golpeaba y tenía el cuerpo morado y la cara deformada. Le quemaron los dedos en una estufa y los tenía llenos de ampollas y llagas. A otro le tuvieron que llevar al Hospital. Todos estos detenidos eran muy jóvenes y se ve que como no les podían poner multa porque tenían 16 años, se ensañaron con ellos como venganza.

131

Josefa Rodríguez Sereno

19 años, obrera textil.

Esta compañera entró con una gran depresión nerviosa. Ha sido prácticamente imposible hablar con ella de estos problemas durante los tres primeros días. Con frecuencia sufría crisis en las que se desvanece y sin llegar a perder totalmente el conocimiento, habla aterrorizada con su compañero, repite con insistencia: "No, no, no te dejes coger... Huye, huye..." No quiere enfrentarse a la situación actual; quisiera estar todavía en los momentos anteriores a la detención. El careo a que la sometieron con el compañero, totalmente destrozado físicamente (en estos momentos está en el Hospital con lesiones en testículos, etc.), le produjo un tremendo trauma. Iniciamos este relato cuando ya ella misma dice que quiere que se sepa lo que pasó; está mucho mejor. (Nota de E. Forest).

"Me detuvieron el 11 de Diciembre en mi casa; serían las ocho de la tarde. Vinieron con el pretexto de hacer un registro y al final dijeron que les tenía que acompañar. Yo sabía seguro que me iban a torturar, he oído muchos relatos a compañeros y me entró un terrible pánico. Ya en el coche, esposada, empezaron los insultos y las amenazas: *"Si no hablas te vamos a poner morada, hija puta..."* y me daban tirones de pelo. Me subieron al despacho en donde toman la filiación y ya allí mismo me dieron un terrible puñetazo en un ojo que se me puso morado.

132

De allí me bajaron al sótano: *"Por ahora te dejamos un tiempo para que medites y nos cuentes todo".* Ellos querían que les diese nombres de gente, citas, etc. Al día siguiente, desde muy temprano, me llevaron a un despacho siniestro que está en los mismos sótanos, un cuarto abovedado, sin ventanas, que produce mucho agobio. Allí había cuatro policías que se disponían a pegarme; me lo dijeron nada más entrar. Eran siniestros, uno era "Willy el Niño" y otro de ellos tenía aspecto de esos criminales de las películas, era mulato, era moro, seguro que era moro. Muy alto, muy grueso, una cara muy sensual, me miraba como una bestia. De un empujón me lanzó

contra la pared. Inmediatamente me ordenaron que me pusiera de rodillas y que me descalzara. Trajeron una porra y empezaron a golpearme brutalmente. El daño que eso produce es espantoso, yo daba gritos muy fuertes. Ellos seguían. Llegó un momento en que ya no sentía ni las piernas ni las nalgas ni nada. Entonces me mandaron sentar y empezaron las preguntas acompañadas de puñetazos en el estómago, en la cara, en 1a espalda. Me agarraban la cabeza y se colgaban sobre el pelo como si fueran a arrancar el cuero cabelludo.

Me decían que aquello no era nada, que ya vería después, que entonces estaban desganados, que luego se emplearían *a* fondo... Me volvieron a poner de rodillas. Yo me resistía porque era insoportable y deseaba que me mataran de una vez. Entonces "Willy" me cogió la cabeza con sus rodillas, me inmovilizó y empezó a golpearme en las costillas. Después me sentaron de nuevo y otra sesión de puñetazos. Así estarían dos o tres horas, es difícil calcular el tiempo... Me llevaron a la celda diciendo que por aquel día ya estaba bien. Pero era falso, era una trampa sicológica para que yo me confiara porque a la media hora me vinieron a bus car otra vez y me subieron a un despacho del primer piso en donde había ocho o diez sociales. Me hicieron una "rueda". Cada uno me daba en donde le parecía, unos con las manos y otros con las porras; en una ocasión en que yo esquivé, la porra cayó sobre una máquina y rompió unas teclas. Entonces arremetieron más furiosos. Me pegaban también en las manos, que era dolorosísimo. Luego me pusieron de pie contra la pared y empezaron a pegarme en los riñones y en los hombros *(hoy conserva aún las señales).* Yo no sabía qué hacer, me caía, me pegaban en el suelo... llegó un momento en que ya no sentía nada y deseaba morir. Estaba hecha una piltrafa, me había orinado encima y olía mal. Me llevaron a las duchas mofándose de mi suciedad. Es imposible describir los horrores aquellos. Yo para aplacar un poco la situación me inventaba citas. Entonces me dejaban y me sacaban a la calle pero cuando veían que no iba nadie la arremetían con más fuerza.

133

Fueron diez días espantosos durante los cuales perdí la noción del tiempo, del día y de la noche. En cierta ocasión, cuando yo no podía más se me escapó una cita de verdad. Eso fue lo más espantoso del mundo. Esa ha sido una de las peores torturas. Trajeron al compañero para que lo reconociera. Lo habían torturado espantosamente. Me llevaron a un cuarto, estaba sentado, descamisado, la cara hinchada e irreconocible, descalzo, manchado de sangre. No lo puedo recordar, me pongo enferma. Dijeron: *"Lo*

ves cómo te ha vendido, te ha delatado, está delatando a todos". Eso fue horrible, cómo te degradan, cómo te convierten en un traidor para el otro. Nunca podré olvidar esa escena, me tortura aún. Quiero hacer constar que la tortura sicológica ha sido mucho peor que la física. La física la resistes pero la otra... A mí, desde el tercer día empezaron a decirme que como no hablaba iban a tomar como rehenes a mis familiares, que como yo tengo ocho hermanos los irían torturando uno detrás del otro. Vi que era verdad porque a las horas me enseñaron a mi hermano y a mi cuñado. Mi hermano estuvo allí seis días. Yo oía, desde el cuarto en donde me torturaban, los gritos de gente que era torturada; ellos decían que era mi hermano pero yo me di cuenta después que era el compañero; eran unos gritos desgarradores que se me han quedado en la cabeza. Yo oía la voz burlona de unos: *"Ven con papaíto, ven..."* y a continuación unos alaridos... que me vuelvo loca al recordar. Estuve casi diez días allí. Me torturaron siempre, era poco el tiempo que me dejaban descansar y cuando lo hacían era porque me habían dicho alguna amenaza que me torturaba aún más en el calabozo, por ejemplo: *"Vamos a venir luego y te vamos a llevar a la casa de campo, te mataremos, vas a flotar sobre el lago" o "te meteremos ese palo por el coño"* o *"ahora descansa que vamos a por tu hermano",* cosas así. Perdí dos veces el conocimiento y me tuvo que atender el médico. En una ocasión, cuando descubrieron que estaba con el período, uno dijo: *"Hombre, siesta con el mes!"* y entonces empezaron a pegarme con las porras sobre los ovarios. Todavía hoy tengo tremendos dolores en el vientre y me está tratando el ginecólogo. Otro me dijo dándome un golpe en el pecho: *"por el bien de tus tetas ya puedes empezar a hablar".* Me dejó allí. La policía siguió torturándome dos días más; me decían que dijera lo que fuera porque ya eso no constaría en las declaraciones, que ya el Juez no sabría nada pero que a ellos les servía: *"El Juez nos ha dado permiso para interrogarte y constará".*

134

Me hicieron la tortura conocida como "el pato", me tiraban álbumes de fotografías por la cabeza... Yo estuve enferma del pulmón y cometí el error de decirlo; entonces me pegaban justo allí. Al final, creo que fue el último día, me hicieron leer el testamento de Franco en voz alta y en el momento en que dice algo así como hay que luchar contra los enemigos del cristianismo, uno dijo: *"pues yo lucho por eso"* y empezó a golpearme. Luego me hicieron leer el discurso de Juan Carlos y se burlaban: *"Es el rey de todos... le llamáis el pelele pero es tu rey y ya verás ahora cuando entre Fraga, con la rabia que os tiene, nos dará carta blanca para vosotros, vais a estar mucho peor..."*

"Llegará un momento en que ya no os detendremos, os mataremos por las calles como a perros, sabemos cómo hacerlo". Mientras estuve en la DGS vi a una chica vestida con ese mono con el que pegan y un ojo muy hinchado y me crucé con un chico con la cara hinchada también; oí que decían: *"son los del aparato",* pero yo no los vi más. En la cárcel de Yeserías he estado cuatro días incomunicada. Me siento muy enferma, sobre todo moralmente. La ayuda de las compañeras y el poder hablar es muy bueno para mí. El médico hizo constar mi estado al entrar. Estoy procesada bajo la ley del terrorismo y no puede visitarme mi familia".

El chico torturado se llama José Manuel.

La segunda vez que lo vio estaba postrado en una colchoneta y muy grave; los médicos estaban asustados porque no reaccionaba a unas inyecciones.

"Se me olvidaba decir que me tuvieron varias horas esposada a un radiador junto al cuarto en donde estaban torturando a alguien que gritaba". "Me amenazaron con llevar allí a mi hermanita de tres años y matar al mayor".

135

Segunda Parte. 9 Testimonios Vascos

136

Los demás testimonios son de detenidas vascas, ya en pleno "reinado" de Juan Carlos I. Cinco relatos corresponden a Gipuzkoa y cuatro a Bizkaia. Naturalmente constituyen una mínima muestra de la represión en Euskadi durante ¡os últimos tiempos, caracterizada por su indiscriminada extensión y la brutalidad de sus métodos, entre ellos la tortura eléctrica, hasta el punto de que incluso la prensa legal en el marco del Estado Español se ha hecho eco del problema. Numerosos testimonios se han difundido también en la prensa ilegal de Euskadi. (N. del E.)

137

Notas de Eva Forest a esta segunda parte

Cuando habíamos puesto el punto final a lo que hoy es la primera parte de este libro, una nueva oleada de represión recorrió al país; se multiplicaron las detenciones y todo volvió a empezar. En pocos días pasamos, en Yeserías, de siete presas políticas a casi cincuenta y aquella ya muy pálida esperanza de una posible democratización que durante unos meses hizo más llevadero el encierro quedó definitivamente extinguida: No cabía el engaño. Tal vez para los que estuvieran fuera, en la calle, envueltos por la creciente campaña de los medios informativos que de tan diversas maneras pregonaban el cambio, viendo desde el exterior la recién renovada fachada, deslumbrados por el enorme escaparate abarrotada de slogans, de promesas, de aperturas y transformaciones hasta ahora inimaginables, de organizaciones durante tantos años prohibidas que asomaban eufóricas a la legalidad, de nacientes partidos políticos de múltiples siglas, aquello pudiera parecer el anuncio de una nueva era que se avecinaba. Pero para nosotros,

relegados en el último rincón del edificio, obligados a contemplar desde la trastienda la otra cara del fenómeno, viviéndolo día a día en la misma entraña de la represión, que palpábamos desde allí el pulso real de los acontecimientos y la tramoya entre bastidores, estaba bien claro que todo era apariencia y que algunos problemas no sólo seguían igual sino peor.

138

Puede que fueran sólo apreciaciones subjetivas y que tuvieran buena parte de razón quienes aseguraban que el proceso se había puesto en marcha. Tal vez el fallo estuviera en nosotros que estábamos asistiendo desde las ramas a lo que pasaba en el árbol sin tener en cuenta el inmenso bosque y, en realidad, se tratara de una crisis compleja que estuviera abriéndose paso con esfuerzos y agonías... Pero ésta es la gran contradicción que nos ha tocado vivir y de la que vamos a hablar: Mientras sobre la mesa celular se acumulaban cantidad de publicaciones con editoriales, declaraciones y análisis que auguraban cercanos futuros optimistas, aquí dentro no parábamos de recibir a compañeras con el horror en la mirada que nos contaban espeluznantes relatos de barbarie. Cuanto más se prodigaba la palabra libertad, más se nos encogía el corazón. Sometidas a esta doble presión tan chocante, entre lo que unos nos anunciaban con júbilo y lo que otros nos comunicaban con estremecimiento y dolor, nos limitaremos a contar lo que hemos visto: nuestra pequeña y modesta historia carcelaria —parte de la gran Historia, sin embargo—. Lo que vimos y oímos durante la primavera 1976.

Acababan de tener lugar los acontecimientos de Vitoria. En la huelga general habían muerto tres personas al disparar la policía sobre la multitud y la tensión era muy grande en todo el País Vasco a lo cual las fuerzas del orden, como ya es costumbre, respondieron con mayor y más generalizada represión. El terror volvió a ensombrecer la siempre amenazada vida de pueblos y ciudades que, durante los últimos tiempos, se viene desenvolviendo en un clima inquietante que muy bien se puede considerar un crónico estado de excepción. Se practicaron cientos de detenciones indiscriminadas, se cometieron atropellos de todo tipo y los desmanes de las bandas fascistas, que se movían impunemente por las calles, empezaron a proliferar. Fue a consecuencia de esto cuando aquí vinieron las compañeras.

Procedían en su mayoría de las cárceles de Basauri, Martutene y Pamplona y antes habían estado diez días en la Jefatura Superior de Policía

de Bilbao y en la Comandancia de la Guardia Civil de San Sebastián, en donde habían sido brutalmente torturadas. Los relatos alucinantes de los diez días que pasaron allí nos impresionaron mucho y, como ya es costumbre, nos apresuramos a recoger su testimonio. Eso fue nada más llegar; después, la convivencia con el grupo nos permitió ir descubriendo las múltiples y sutiles formas de opresión que sufre el Pueblo Vasco, una de las cuales era precisamente aquel traslado masivo desde su país a las distintas cárceles del Estado, medida de castigo que tenía como finalidad alejar a los presos de su medio y aislarlos de la tan necesaria comunicación con los familiares y abogados. Deportados a cientos de kilómetros de su tierra, que exigían largos viajes para la visita; era una forma de continuar la tortura iniciada en el momento de la detención. Nos enteramos de muchas cosas más que es imposible resumir ahora en este libro de urgencia, pero que nos sirvió mucho para comprender su problema.

139

Junto al testimonio de los primeros momentos publicamos también un trabajito titulado *"Diez días que conmovieron un mundo"* y que hemos dudado mucho si incluirlo o no ya que forma parte de un valiosísimo material recogido a lo largo de muchas horas de diálogos y discusiones y que, en su momento, será la fuente de interesantes trabajos colectivos. Pero era importante hablar un poco más del contexto en que se había llevado a cabo la tortura y decidimos dejarlo. La idea primitiva era muy otra del resultado que ofrecemos. El choque sufrido había sido tan grande que aún muchos días después de su llegada seguían bajo los efectos de lo que muy bien pudiera llamarse un largo viaje a los infiernos. Nuestra intención fue recoger aquel fenómeno vivido en conjunto, relatado entre todas de aquella particular manera tan rica en vivencias, ilustrado con cantidad de imágenes llenas de colorido, contado sin orden alguno, desde la magia de los descubrimientos realizados en la aventura y que evidenciaba la conmoción profunda... Pero no es fácil trabajar en una cárcel y aunque a veces uno se olvide de en donde está siempre llega el terrible momento del choque. Cuando teníamos recopilado casi todo el material, una mañana, a primeras horas, practicaron un riguroso cacheo y se lo llevaron. Fue una lástima porque

aquellos primeros relatos tenían mucho de la explosión liberadora del. que ha estado sometido a terribles presiones: relatos vivos hechos desde la carne viva, transmitidos de una forma particular que revelaba la magnitud del golpe y que sacudían. Imposibles de reproducir. Esto ocurrió en el mes

de mayo; no lo olvidaremos nunca. La misma mañana en que nos comunicaron la muerte, en extrañísimas circunstancias, de Ulrike Meinhoff en una cárcel de Alemania y los sangrientos sucesos de Montejurra. Una fría y siniestra mañana en la que todo parecía coincidir para hundirnos en la desolación. Pero anudamos las tripas, siempre dispuestas a convertirse en duro corazón y, como tantas otras veces en las que ha habido que superar esa impotencia exasperante de estar viendo inermes lo que pasa fuera y a lo que nunca podremos acostumbrarnos, nos pusimos a ver cómo le dábamos salida a tanta adversidad y a repetirnos, una y otra vez, que esto tiene un sentido, que, pese a todo, el proceso continúa, que por cada revolucionario que muere en un causa justa son miles los que andaban dormidos y despiertan con la sacudida, cientos y cientos los que despiertos pero titubeantes acaban con las dudas y se deciden al fin, decenas y decenas los militantes que reafirman más sus razones, las consolidan y las dotan de una teoría científica imprescindible... Y en solidaridad con ella —y con tantos otros— y en homenaje a su memoria libertaria, ese mismo día empezamos de nuevo el trabajo en el que, de alguna forma, su recuerdo anda enredado.

140

Durante dos semanas nos empleamos en la elaboración de un testimonio más complejo en el que junto a la fenomenología había una participación crítica. Cuando aquello volvía a tomar forma, una tarde, a la hora de la siesta, ocho funcionarías irrumpieron en le pequeña celda, sin ocultar la arbitrariedad de la medida contra mí dirigida, y, sin pudor alguno, dieron materialmente la vuelta a todo lo que en ella había. El armario vaciado de un manotazo sobre el suelo, las ropas pisoteadas junto a rotas cartas de mi compañero, los dibujos de mi hija arrancados de la pared, libros destripados, sábanas y colchón hechos un revoltijo...

¿Cómo describir la desolación del que queda con las manos vacías después de un registro en el cuarto registrado ya desde el primer día, expoliado de los precarios objetos tan queridos, ultrajado en la única intimidad permitida? ¿La desolación del que ya nada tiene sino las poderosas razones de seguir denunciando y luchando y encolerizándose con rabia en los puños y juramentos internos? Pero volvimos a fabricar un nuevo corazón y a empezar la tercera reconstrucción de aquellos testimonios en una etapa más llena aún de dificultades. Da no sé qué contarlo, pero así es la vida de la cárcel y la historia de unos es parte de la historia de otros... A los obstáculos de la Administración del Centro hubo que añadir los que nos venían de fuera. No es tranquilizador seguir por intermediarios la agonía de

una madre que se muere lejos, de soledad casi, cuando se ha pensado en tantas soluciones distintas para la vejez. Ni es fácil encajar la súbita desaparición de un compañero secuestrado. Ni mantenerse enteros ante las continuas amenazas que recaen sobre los seres más queridos... Son pequeños problemas que se van acumulando y dificultan y empañan muchos días y los vuelven grises.

141

A golpes de voluntades sacadas ni se sabe de dónde, de esfuerzos continuos, de caídas y levantadas y recomienzos y de "no podrán" y mil invenciones que se hacía uno, poco a poco fueron creciendo los folios y llegó un momento en que ya era dificilísimo ordenarlos. Muchas de las compañeras se habían ido, quedaban notas por aclarar, puntos oscuros. Decidimos recoger sólo el fenómeno y dejar apuntadas las múltiples maneras de abordar el problema de la tortura. Escribimos el trabajo de un tirón. No era lo que habíamos pensado en un principio, pero lo que se tenía que decir se ha dicho; está en la calle. Es una pequeña victoria, nuestra modesta aportación a la lucha, aportación que no hubiera sido posible sin la ayuda de Soledad Inchausti —nuestra Bakartxito— que con sus finas observaciones ha sido clave para la recomposición de tanta locura.

En castellano se suele decir que no hay mal que por bien venga. Nosotros no participamos de esta filosofía acomodaticia y resignada. Pero sí pensamos que todo mal lleva dentro su contrario y que es importantísimo descubrirlo y aprovecharse de él. En una cárcel pocas cosas se pueden hacer pero, ¿no es ya una gran contradicción el que precisamente cuando se nos priva de la libertad, es cuando disponemos de más tiempo para emplearlo en trabajo liberado? La experiencia de la tortura estaba ahí. De alguna manera había que transformar la gran sacudida en energía creadora. Tal vez el aspecto más importante de estos diálogos haya sido el que no se ve y que ha revertido en beneficio de todas: su aspecto liberador. Una conmoción así conlleva una crisis muy profunda, una verdadera revolución individual que es preciso canalizar hacia fuera. El hecho de hablar, de intercambiar experiencia, de discutir, tuvo muchísima importancia. Supuso un gran enriquecimiento y la superación de un trauma siempre difícil de asumir. Durante las largas conversaciones emergieron fuerzas dormidas, despertaron posibilidades sorprendentes; fue un estallido de imaginación y potencial revolucionario que nos sentimos incapaces de transcribir en toda su riqueza, pero de lo que queremos dejar constancia. En la medida en que la participación fue muy sincera se convirtió en una exploración apasionante. De aquella primera

sacudida bajo cuyos efectos llegaron, aturdidas aún por lo recién ocurrido, se pasó, a través del relato, a la revivenciación de situaciones que yacían olvidadas y a una cierta conciencia iluminada: De extrañadas expectantes a lúcidas descubridoras de facetas ignoradas hasta entonces. Roto el esquema cotidiano había que recomponer la realidad al regreso del viaje, pero las piezas no encajaban y había que intentar de otra forma. Todo había entrado en crisis, en duda: se había problematizado.

142

De la comprensión del fenómeno a nivel personal se pasó a la conciencia política. En esa relación todas hemos aportado algo y todas hemos aprendido mucho, sobre todo a pensar y repensar y a enfrentarnos con los .problemas desde nosotras mismas. Ha supuesto un importante paso, *"como si en diez días hubiese vivido diez años".* Un fenómeno muy complejo. Se han rasgado velos que ocultaban realidades, se han derrumbado conceptos que oprimían. Ha sido una explosión que no ha perdonado engaño, una experiencia muy positiva y, repetimos, enormemente liberadora. He aquí cómo, en lo que participábamos en la denuncia directa de lo que hacía el enemigo, veníamos a la vez a burlarle allí donde precisamente había intentado herirnos. Le habíamos dado la vuelta a la adversidad. Puestas al borde del abismo en el que era tan fácil caer, se había dado el salto hacia órbitas más amplias. Al emplear la situación límite como trampolín se había transformado el dolor infligido por su ciega crueldad en conocimiento profundo del fenómeno. Una razón más para sentirse hombre que camina.

En cuanto al contenido, todo lo que se cuenta ha ocurrido aunque, naturalmente, no se cuenta todo lo ocurrido. La realidad es inaprehensible. La imaginación en este caso no ha sido más que un tremendo esfuerzo por aprehender parte de esa realidad, la hemos puesto por completo a su servicio.

El documento tiene el valor de ser opinión de quienes han sufrido la tortura. Nosotros pensamos que es importante oír su voz.

Hemos eludido en todo momento hacer mención a los interrogatorios por razones obvias lo cual, unido a la gran sinceridad con que han expresado lo que sentían, puede dar la falsa imagen de que las compañeras se derrumbaron o tuvieron una actitud poco entera en su relación con los opresores. Nada de eso. Ni tampoco lo contrario. ¿Qué es derrumbarse o ser heroico? Estamos recogiendo la realidad y hemos tratado de llegar hasta el fondo aunque para ello se hayan tenido que vencer numerosas resistencias y

haya supuesto, a veces, un doloroso esfuerzo. Cuantas más vueltas le damos a este problema más destruida nos aparece la imagen, un tanto esquemática, con que muchas organizaciones políticas nos habían presentado siempre al héroe que resistía las torturas y la invalidez del enfoque con que, a partir de ella, valoraban los hechos. Actitudes "heroicas" se dan pocas veces. Hoy en día existen métodos sutiles que permiten, sin necesidad de "tocar" al individuo, ni de drogarle siquiera, anular por completo la personalidad. Puede que haya alguien que ante la tortura física adopte una actitud "heroica" y decida morir antes de claudicar. Pero nadie elige la clase de tortura que le van a aplicar y puede que llegue un momento en que ya no sea el hombre quien decida nada sino quienes le torturan quienes deciden por él, quienes le conducen a su antojo. Hay que partir de esta realidad cada vez más repetida en la tortura. ¿Quiere esto decir que el hombre es débil? Pensamos que no. Sólo que su fuerza está en otra parte: en el conjunto. En el conocimiento del problema, en la manera en que, a partir de ello, asuma cada individuo su propia tortura y la sitúe en el contexto histórico, en la manera en que la asumamos los demás y en cómo nos enfrentemos colectivamente a ella y a las distintas formas de opresión. Tal vez entonces sí tenga sentido hablar del heroico pueblo vietnamita, del heroico pueblo palestino o del heroico pueblo vasco.

****

La feroz oleada pasó y, como si la vergüenza quisiera tapar la falta, lavar el crimen, casi todas las compañeras que habían sido torturadas salieron un buen día en libertad, sobreseídas en su mayoría, sin necesidad de reformas de códigos ni aplicaciones parciales de amnistías. Es una constante que conocíamos ya: La tortura gratuita.

Volvemos a quedar muy pocas aquí, pero son muchos los presos que siguen en las cárceles del Estado con la misma acusación que nosotros: Terroristas. Extraña palabra cuyo alcance cada vez se nos escapa más. De un tiempo a esta parte no parece sino que todo anduviera trastocado: que las palabras, a fuerza de emplearlas de múltiples maneras, al acomodo de cada cual, hubieran perdido su significado, se hubieran vaciado y ahora sonaran a hueco. Nos llaman terroristas... No sé. Sólo sé que estamos aquí por reclamar unos derechos que siempre nos han negado, que fuimos apresados en circunstancias de gran crispación, que nos acusan injustamente y que

nuestro encierro se produjo en el más feroz de los fascismos. Y que ahora se nos niega la Amnistía. ¿Amnistía? Otra extraña palabra... Manipulada palabra por todos esgrimida, tan traída y llevada y de tan múltiples formas: amplia, estrecha, recortada, total. En pancartas perseguida, a gritos coreada, en octavillas pisoteada, barrida.

144

En muros soleada, llovida, transformadas sus letras a brochazos en expresivos jeroglíficos negros. Pobre palabra, quebrada muchas veces en labios que agonizan, con sangre salpicada... Menos mal que nuestra confianza está en el pueblo y tenemos la certeza de que la liberación vendrá y ese día... Ah, ese día...

Seguimos esperando, quedamos sólo cinco. Una de ellas es una mujer dulce, joven todavía, que soporta el encierro con dignidad. Sonríe con frecuencia y muchas tardes se queda mirando lejos, melancólica, el cielo de Madrid en donde hace un año le mataron al hijo. Es la madre de Montxo. Su fotografía está en la cabecera de la cama, pegada a la ikurriña. No hay amargura en su expresión, ni rencor alguno. Es como si, sencillamente, hubiese cogido el relevo en silencio, para que nada quedara roto. Viéndola uno piensa en otras madres como ella, en los compañeros que ya no están, en Txiki, en Otaegui, en tantos y tantos como han muerto por la liberación. Gran pueblo éste, entrañable pueblo. Los testimonios que ofrecemos no son nada nuevo, son sólo una pequeña muestra que viene a engrosar el voluminoso dosier, éste sí muy alarmante, de la generalización indiscriminada de la tortura en Euskadi, lo que le confiere carácter de genocidio. Pensamos que esto no es gratuito, que obedece a unos intereses muy concretos y que hay que cerrar mucho los ojos para no darse cuenta. ¿Qué día se prestará atención a la importantísima voz popular tan torpemente desatendida? ¿Qué día los revolucionarios, también, empezarán a investigar desde la situación: el aquí y el ahora: en el pueblo y con el pueblo, sin recurrir a los manuales de tumo ni a esquemas preconcebidos? ¿Qué día se retomará la raíz del problema, se empezará a discutir realmente con Marx —a lo marxista—, enriqueciéndonos y enriqueciéndole, a partir de las múltiples experiencias de otras revoluciones pero, también, de los análisis concretos que incorporen las nuevas necesidades? ¿A comprender que junto a la explotación de clases existe una opresión de pueblo, que esto no son palabras sino justas reivindicaciones por las que todo un pueblo se ha lanzado varias veces a la calle y decenas de revolucionarios están muriendo?

En este otoño caldeado seguimos y seguimos observando el mundo desde

este raro mirador. Hay algo que recuerda el ambiente de cuando finalizaba el primer prólogo. Diríase que todo se repite. Hace unos días, mientras terminaba esto, ocho mil trabajadoras textiles de la empresa Induico, se manifestaban ahí fuera reclamando sus derechos. Se las podía ver cómo daban vueltas y vueltas alrededor de Yeserías y algunas le vantaban una pancarta con nuestro nombre y pedía la libertad de los presos. Son grandes pasos en la solidaridad, cosas que emocionan. Hace poco, también, algunas de entre nosotras se subieron al tejado con una sábana pintada de rojo para unir nuestro deseo al clamor popular de libertad. La lucha continúa por todas partes. Sigue y sigue... Parece que se repita pero no es así; es un continuo dar vueltas en espiral ascendente, conquistando día a día nuestra dignidad como pueblo. Nos siguen llegando noticias de grandes manifestaciones, de muertes. Hay demasiada calma aquí dentro. Cada vez que amaina el temporal tiemblo; tiemblo tanto que me apresuro a terminar el prólogo, no vaya a ser que esto se ponga en marcha otra vez y tengamos que añadir una tercera parte.

145

Estábamos buscando alguna forma de hacer llegar esto a los compañeros. De depositar también algunas simbólicas flores rojas en la tumba de los cinco compañeros fusilados hoy hace justamente un año, de rendirles un pequeño homenaje, cuando nos ha llegado la noticia —de esta forma en que llegan aquí las noticias, siguiendo disparatados caminos, abriéndose vía entre mil obstáculos, de voz en voz transmitida—. La gran noticia que nos ha sacudido: Euskadi está en pie. Todo un pueblo ha parado y ha salido a la calle a exigir la libertad de sus presos. Esta espiral nos toca demasiado cerca el corazón. Nos hemos mirado en silencio. Alguien ha dicho: *"con un pueblo así no importa la muerte".* No, no importa la muerte con un pueblo así... Nos hemos abrazado llorando. Es para sentirse orgullosos, muy orgullosos.

Eva Forest.
27 de setiembre de 1976.

4 Testimonios de Bizkaia

Itxasu

20 años, auxiliar administrativo.

Me detuvieron el siete de abril en Bilbao. Me fueron a buscar al trabajo a media mañana. Dos sociales. En el coche esperaban otros y me llevaron a la Jefatura Superior de Policía. Me llevaron enseguida a un despacho y me prometieron que si hablaba por la noche ya estaría en casa. Yo no sabía nada de lo que me preguntaron. Me llevaron para que esperara. Había mucha gente por todas partes y como los calabozos estaban llenos me dejaron en el pasillo esposada. Había dos más en las mismas condiciones. Me habían hecho muchas amenazas, que me entregarían a la Policía Armada que empleaba métodos peores, que me llevarían a la ducha... Yo estaba muy asustada. Me volvieron a llevar a un segundo interrogatorio y lo mismo: que hablara, que era muy malo lo que me iban a hacer... Yo veía que hablaban entre ellos: *"ya está preparado todo..." "¿preparaste esto?"* Estaba segura de que preparaban algo terrible. Me llevaron de nuevo a esperar en el pasillo diciendo que me daban un rato para que lo pensara. Yo estaba aterrorizada. Había leído un libro en el que se relatan las torturas que hicieron en el País Vasco durante el estado de excepción. Hay una chica que le hicieron cosas espantosas y yo pensé que me iban a hacer lo mismo. Cuando me llevaron la tercera vez el miedo me paralizaba. Me subieron al tercer piso. Me entraron en una habitación bastante grande, con las ventanas cerradas y un gran foco que alumbraba una mesa de quirófano situada al fondo. Había tres individuos con batas blancas y la cara tapada. Uno con pasamontañas otro con pañuelo con dos agujeros y peluca rubia y el otro cubierto también de algo. Me amenazaron con lo que me iban a hacer, *"cosas que no dejan marca,*

intervenciones que luego no se ven... " Insistían en que lo pensara bien... Me hicieron subir a la mesa, me tumbaron. Me ataron con correas los muslos, las pantorrillas, las muñecas y el cuello. Me taparon los ojos con esparadrapo. Entre ellos comentaban si me aplicarían tal o cual tortura. Yo estaba paralizada. Oí que se abrió la puerta y que se acercaban más. Por la voz me parecieron los mismos que antes me habían interrogado. Entonces noté que me ponían como unos redondeles en las sienes, unas chapitas con púas, y noté una descarga no muy fuerte, que pasaba la corriente. Yo lo que más temía era que me desnudaran. Tenía como pudor... Tal vez porque había leído que a la chica la pusieron en pelotas y eso era lo que más temía. Mientras me hacían eso comentaban entre sí, se burlaban y reían. Me levantaron la camisa y me dieron una descarga más fuerte en los pezones. Bajaron la cremallera del pantalón. Más descargas en el ombligo, más abajo. Decían que me iban a quemar el coño y me dieron una descarga en el pubis, después en la parte alta de los muslos, por dentro. Yo creo que de pánico no reaccionaba.

147

Dijeron que me iban a dar más fuerte. De vez en cuando me auscultaban y tomaban la tensión. *"Está sana, date más".* Noté ya más fuerte en la pierna. Yo gritaba mucho y entonces me pusieron una toalla en la boca. Fue entonces cuando vino otro y dijo que putas como yo ne fe daban pena ninguna, que era una asesina, que todo aquello no era masque el principio, que de tanto como me iban a hacer saldría tonta de allí. Mientras decía eso me tensaba con las manos la correa del cuello. Yo sentía asfixia. Entonces quitaron las correas de las muñecas y me ataron los brazos por debajo de la mesa, en una postura muy dolorosa. Me amenazaban, se reían y hacían comentarios obscenos, yo esperaba aterrada que me violaran, que me mataran... No puedo precisar cuánto duró esto, creo que unas dos horas de reloj, pero a mise me hizo... Yo veía que no íbamos a acabar nunca porque ellos querían que hablara y yo no sabía nada para decir y de verdad que deseé muchas veces saber cosas para acabar de una vez, pero como no sabía y no me podía imaginar nada, no se me ocurría, pues veía que me violaban. Cuando me dejaron fue otra vez en el pasillo en una silla, sin colchoneta ni nada, sin poder dormir. Esas horas fueron casi peores que lo otro porque me amenazaron con seguir. Además era terrible lo que pasaba allí alrededor. Vi a un chico con la cara amarillenta, casi marrón, los ojos colorados, esposado con las manos atrás, se lamentaba: *"por favor, madre..." Le traían* de algún interrogatorio. Al otro que estaba en el pasillo también no le dejaron dormir

en toda la noche, estaba destrozado, pero en cuanto cerraba los ojos le daban un grito. A ése le debieron hacer cosas horribles porque se le oía gritar en el interrogatorio de una manera... Ya al otro día me llevaron a una celda pero el miedo seguía cada vez que oía que se acercaban o abrían una puerta... En cierta ocasión me llevaron a ver a uno. Estaba como ido; a ese luego me enteré de que le pusieron una inyección, que no había llegado a perder el conocimiento pero que estaba trastornado, como drogado. Ese sí que se le veía que tenía terror. Estaba... Le habían hecho algo en un pie y cojeaba. Así estuve seis días y medio esperando que me hicieran lo peor. Cuando me llevaron a la cárcel tenía ganas de llorar de alegría, pero no sé, yo creo que todavía no he reaccionado, no acabo de comprender...

Iraultza

17 años, estudiante.

Me detuvieron el 2 de abril de madrugada en mi casa de Bilbao. Cinco policías de la BIS, hicieron un registro y me llevaron a la Jefatura. Me llevaron a un despacho y empezaron a decir que sabían todo, que no intentara negar y empezaron con amenazas de todo tipo. Al poco entró uno furioso que me dio varios puñetazos en la cabeza a la vez que me insultaba. Los otros me pegaron también: empujones, patadas, tirones fuertes de pelo. Yo no podía ni hablar, me golpeaban entre todos, así mucho rato. Luego cambiaron, se puso uno en plan bueno, que si decía me iba a la calle, que era muy joven. Al rato volvían a empezar. Luego me llevaron a otro cuarto, me explicaban que me iban a hacer la bañera, que me pondrían corrientes, que me tirarían por la ventana, y todo esto agarrándome del cuello, como si me quisieran ahogar, *""¿No te importa?""* y yo: *""no, porque no sé nada".* Durante tres días estuve en un calabozo del que me sacaban todas las noches y también a otras horas para esos interrogatorios. No pude dormir en ese tiempo. Me hicieron todo tipo de cosas: de pie contra la pared y que siguiera hablando y mientras lo hacía empezaban a pegarme. Luego que anduviera en cuclillas, que me pusiera firme, luego que me sentara y pusiera la cabeza entre las piernas, doblada así mucho rato. Luego que fumara. En cierta ocasión me sentó uno en una silla, con las manos atadas atrás y empezó a decirme: *"que buena estás",* y se acercaba así, asqueroso, y me pellizcaba los pechos. *"Ponte más a! lado mío, más cerca".* Me cogía por el cuello, me abrazaba, me acariciaba la cara, me tocaba las piernas. Era uno que tendría unos 24 años, que de vez en cuando decía alguna palabra en euskera, con acento andaluz. Me tuvieron cuatro días más en calabozo, o sea que estuve un total de siete días. Lo más horrible era ver a la gente que traían de los interrogatorios, oír los lamentos. Los traían arrastrando; había uno con la cabeza hinchada como un monstruo; cuando me crucé con él tenía los ojos rojos, el pelo mojado , los pies heridos, le daban arcadas. Era el ambiente de terror. Cuando nos trasladaron a la cárcel, que nos juntaron, estuvieron contando lo que les habían hecho; había un chaval de 16 años, le dieron

corrientes, la bañera, de pena. A otros los sacaron como a matar, fueron al monte y les pusieron la pistola en la sien, quitaron el seguro y decían que era la ruleta rusa... El horror que viví allí no lo puedo contar.

Irune

17 años, estudiante.

Me detuvieron el día 6 de abril en mi casa. Vinieron de madrugada, metralleta en mano, y desde que me metieron en el coche empezaron con tirones de pelo y golpes a la vez que aseguraban que íbamos al monte porque si no hablaba sería más fácil matarme; dirían que habían sido otros. Detrás de nosotros venía otro coche con más policías y dijeron que eran guerrilleros de Cristo Rey, que me entregarían a ellos para que hicieran conmigo lo que quisieran. Eso impresiona mucho. Yo no estaba muy asustada, tuve una reacción rara, no sé... veía que eran capaces de aquello, pero me reía, sería de nervios. Al llegar a Jefatura me llevaron a ver a uno, lo bajaban a patadas y aquello me afectó mucho. Me tuvieron varias horas interrogando, siempre dándome golpes, puñetazos y el pelo, unos tirones que me lo arrancaban. Me amenazaban mucho con no decir nada. Con que si decía algo de lo que me estaban haciendo, entonces sí me harían torturas horribles. Estuve en Comisaría hasta que nos trasladaron a todos a Martutene. Lo más impresionante era ver el estado de los chicos; en la celda de uno había sangre, les amenazaron con meter la cabeza en agua hirviendo, hablaban del potro, de la bañera, oías los gritos. Yo creo que aún no he reaccionado, me parece que lo soñé.

Amaia

23 años, estudiante y empleada.

A mí me fueron a buscar a casa y como no estaba dejaron citación para que me presentara. Fui a comisaria, el siete sería. Y al entrar me aterroricé al ver el ambiente. Conmigo emplearon todo el tiempo las a menazas. Me sacaron al monte para ver si hablaba... y cuando ya estábamos en despoblado dieron la vuelta. Me hablaban de que ellos no querían emplear esos métodos violentos pero que lo harían, que me harían hablar con corrientes. Todo esto tú te lo crees porque estás viendo lo que pasa a tu alrededor; ves que son capaces de todo. Una cosa que ahora me preocupa son las voces que oía. Yo no sé si sería alguna cinta que habían puesto, algún magnetófono. Yo oía voces que me mencionaban, que hablaban de lo que me harían, y una noche me dijeron que habían detenido a un montón de gente, oí perfectamente la voz de mi compañero. Luego una música lejana. Me afectó mucho el miedo que pasé, me dieron algunos golpes, pero el miedo, eso no sé si lo aguantaría otra vez, cuando veía que me iban a matar, no quiero hablar de ello...

5 Testimonios de Gipuzkoa

María de Soledad Intxausti Arruti

18 años, estudiante.

Me detuvieron el 30 de Abril a las 10 de la noche. Entraba en mi casa y me salieron al paso dos guardias civiles de paisano. Cuando me subieron al piso había nueve o diez más registrando. Ya antes de terminar nos llevaron a mi hermano ya mí a la Comandancia. Nos metieron en el coche y uno a cada lado nos agarraban para que no nos tirásemos de él. Después de un rato me llevaron a un despacho en el que había dos; mientras uno me preguntaba el otro me daba tortas y golpes en la espalda, pero ya en seguida dijeron: *"Venga, al submarino, a lavarle la cara".* Cuando me bajaban nos cruzamos con otro que se reía *"qué, qué, ¿a lavarle la cara?"* y me gastaban bromas. En un pasillo me dieron un buzo para que me desnudara y me lo pusiera. Yo no sabía muy bien qué me iban a hacer pero estaba aterrorizada, estuve un rato esperando a que abrieran la carpintería. La carpintería es el lugar donde han instalado la bañera, que ya no está como antes en el cuarto de baño. Es una habitación alargada en donde hay una mesa con una sierra mecánica que utilizan como máquina de tortura, allí a muchos les ponen la cabeza y ponen en marcha la cuchilla aquella... Hay unos armarios con herramientas, martillos, etc. con los que suelen pegar. Hay tablones, mucho serrín por el suelo porque aquello funciona como carpintería durante algunas horas, es muy raro... la bañera está medio oculta, en un hueco, al entrar a mano derecha... cuando me pasaron allí había unos ocho o diez, todos jóvenes... uno cantaba. Se dirigía a mí y cantaba una tonadilla de una música de pueblo muy popular y decía: *"¿qué se puede hacer con la chica de Donosti? ¿qué se puede hacer, qué le vamos a hacer?"* y los otros contestaban a coro: *"hay que bañarla, hay que bañarla".* Como ves era todo muy raro... luego ya me di cuenta de que a cada uno que entraba le cantaban lo mismo, sólo que

diciendo su pueblo, por ejemplo: *"¿qué se puede hacer con el chico de Legazpia?, o de Tolosa o lo que fuera..."*eran como representaciones extrañas. Se me ha olvidado decirte que nada más abrir la puerta un gracioso cantó el tararí, tararí, de los toros. Entonces empezaron *a* explicarme que en la primera bañera me iba a ganar el traje de escafandrista, que en la segunda me darían las aletas y que en la tercera ya me darían el carnet. Son cosas que ahora las cuento y me río pero que para mí fueron peores que la misma bañera, o sea aquel conjunto de lo que ocurre, aquel ambiente, el clima... eso es lo más terrible... Que ves que mientras van a matarte a lo mejor uno se ríe, el otro fuma, el otro da palmas... Eso lo tengo clavado. La impotencia también, eso... Me habían puesto unos trapos en las muñe cas y esposado muy fuerte con las manos atrás; era ver cómo se divierten a costa tuya... Me hicieron tumbar en el colchón mojado y me lo enrollaron. Sentí un gran destemple. En esta situación me volvieron a interrogar. Cuando negué uno me agarró del pelo y me hizo bajar hasta el agua. Con la cara dentro me seguían preguntando y al final me hundieron hasta el fondo. El tiempo no lo puedo calcular, la sensación de muerte te hace abrir la boca y tragar agua por todas partes, entonces empiezas a moverte y te sacan, te siguen preguntado con el agua en la cara y te vuelven a meter. Así muchas veces... Como luchas y te sientes tan impotente te pones rígida. Entonces ellos cogen los pies, te dan gol pes en los tobillos y te hacen como palanca; como te duele gritas y te ahogas más. Llegué muchas veces al fondo y me golpeaba la cabeza; yo misma hacía esfuerzos por darme con el fin de acabar, de perder el cono cimiento o morir, era un tormento irresistible. Recuerdo que tragué muchos pelos, el fondo estaba lleno de pelos, seguramente arrancados a tirones, como a mí, o de las barbas, porque a los hombres les tiran de la barba... Eso me producía náuseas y vomité dentro. Cuando vieron que no resistía más me dejaron en el suelo. Yo tiritaba, me dolía todo. Me llevaron a que me vistiera. Cuando me quitaba el buzo uno dijo que era para usarlo mi hermana ¿ves? Son estas cosas las que yo considero peores, esas torturas psicológicas... Hubiera preferido mil veces que me llevaran a mí a saber que se llevaban a mi hermana. Como decían que no tenían sitio me sentaron en una banqueta en un ángulo del pasillo, al lado de los calabozos y casi al frente de la carpintería. Al lado tenía el montón de basura que olía mal. Me dieron unas mantas y así estuve dos días y dos noches, esposada a un tubo extraño y sin casi cambiar de postura. Ya eso sólo te agota, pero lo peor seguía siendo el ambiente, lo que ves, continuamente trayendo gente a la

bañera, aquellos gritos, las respiraciones de asfixia...; también que cada uno que pasa te amenaza, te anuncia que te va a llevar otra vez a la bañera. Tú estás en una situación en que te lo crees todo. A mí al entrar me dijeron que mi compañero había muerto en un enfrentamiento y me lo creí hasta que lo vi. Lo torturante es el tinglado aquel, que oyes carreras, golpes que le están pegando a uno, risas de no sabes qué, amenazas.... y tú te caes de cansancio. Yo me caí varias veces sobre la basura, pero como estaba esposada me dolía todo. A ratos apoyaba la frente en el tubo, era irresistible. Uno de los momentos peores fue cuando estaban torturando a mi compañero; llevaban ya rato, se oían las burbujas del agua... Y de pronto oí un grito que no era de asfixia sino de dolor, le debían de hacer algo más.

155

También era insoportable oír cómo ponían en marcha la sierra, te imaginabas yo qué sé... El segundo día, me llevaron otra vez a la carpintería. Había dos, uno mayor, que me preguntaba con rabia y me daba tirones de pelo diciendo que podía ser mi abuelo y otro joven, que cuando el viejo me arrancó un mechón y me tiró al suelo, me dijo que él era guerrillero de Cristo Rey. Cogió un martillo y me lo puso en la cabeza, *"¿no buscáis a los guerrilleros?" y* luego me golpeó muchas veces con el mango. El viejo dijo que vestida y todo me metieran en la bañera pero el otro dijo que ya iba a empezar el fútbol, que después. Se fueron diciendo que me preparara si perdía el Atlético. Todos se fueron y nos dejaron en paz. Son esas cosas que parecen tonterías, bromas, que juegan contigo, y sin embargo te dejan con la angustia... Yo estuve dos horas esperando segura el baño. Las torturas psíquicas no pararon. Me amenazaron con mis padres, con traerlos allí a la bañera. Así durante siete días, hasta que los trajeron. Aquella noche me dijeron que mi hermano se había ahogado. Yo me lo creí. Es todo el clima. Vienen varios, parecen que no tiene nada que ver y todos coinciden, te lo cuentan con detalles, tu dudas, luego estás segura... Es que allí puede pasar todo. Cuando me amenazaron con traer a mis hermanos ellos se daban cuenta de mi terror y entonces insistían más.

156

Ya después de más de cincuenta horas de estar sentada allí me llevaron a una habitación que le llaman ellos "la suite de la princesa". Allí pusieron una colchoneta en el suelo y ya me pude tumbar. Había otra chica en un camastro. Las amenazas no paraban. Vinieron muy nerviosos, que ya estaban cansados y que nos iban a llevar al .monte para acabar de una vez, que nos matarían allí y que nos cortarían la cabeza para que no nos

reconociera nadie, que la harían desaparecer. Allí tampoco se descansaba. Venían continuamente a despertarte. Empezabas a dormir y de pronto se abría la puerta y entraban unos que venían bromeando a verte, te amenazaban, te contaban algo y se iban sin más. Parecía como si hubieran bebido. Una noche, tres o cuatro se acercaron a la colchoneta y decían que si quería hacerles un hueco en la cama, que no estaba yo poco bien mientras ellos tenían que trabajar. Se sentaron junto a mí, que si quería ir a una discoteca... Yo no sabía qué contestar. Si dices que si se burlan, si dices que no te pegan. Escenas como éstas todas las noches, ni se pueden contar... Había uno que me hacía poner la mano en alto, con la palma hacia arriba, como un pedestal y él apoyaba su barbilla y se quedaba allí: *"qué cómodo estoy".* Son cosas, detalles locos, yo no sé... Tú estás aturdida, ya no sabes... Me obligaban a fumar, me arrancaban el cigarrillo, me gastaban bromas, me amenazaban con las torturas que me podían hacer, descargas eléctricas: *"pegas un bote hasta el techo..."* Como al sexto día, a la noche llegó uno muy serio, moreno, con el pelo ondulado. Me llevó con él al archivo para hacerme unas preguntas. Cerró la puerta con la llave y dijo que los otros me querían meter en la bañera y que él me iba a salvar esa noche llevándome ahí. Me mandó hacer flexiones. Al rato que me bajara los pantalones y que siguiera haciendo flexiones, él paseaba serio.

Al rato que me bajara las bragas, *"¿estás cansada? ¿quieres que te haga masajes?"* Yo me negué y él me dijo que siguiera, mirándome muy serio. Me llamaba la atención que se veía atento a la puerta. Me dijo que me soltara la blusa y al poco se oyeron pasos fuera y entonces, muy nervioso: *"Vístete, vístete".* Me llevó a la suite. *"Por esta noche te has salvado de la bañera. Ahora duerme".* Se llevó a la compañera y le hizo lo mismo. Le había hecho lo mismo, con una sesión de masaje, a una compañera de dieciséis años que luego nos lo contó en Martutene. Hacia el séptimo día me trasladaron de la suite al archivo. Me dijeron que iba a venir una persona importante.

En el archivo me impresionó mucho un chico que estaba tapado cara y todo con una manta, esposado con un brazo en alto y que roncaba fuerte. Para dormir en aquella postura debía estar rendido, parecía una cosa rara en la silla... Se rieron de él y empezaron a burlarse pero ni se daba cuenta. Me pusieron la colchoneta al suelo, me esposaron a la pata de un armario y me echaron una manta encima. Al rato oí tacones de mujer y por la voz reconocí a mi madre. Me desmoralicé por completo. Oí también a mi padre y

comprendí que estaban los dos. Mi obsesión era la bañera, evitar que les llevaran a la bañera. Oía como les amenazaban mucho. A la tarde pusieron a mi madre esposada en un ángulo del pasillo y a la suite llevaron a una chica que era la novia de uno que había muerto en una explosión. Todo aquello fue una continua tortura. Mi madre padece mucho de la columna y estuvo dos días en una silla sin cambiar de postura. A la novia del chico muerto, que no hacía más que llorar, le llevaron a media noche para enseñarle las fotos de la cabeza de su compañero, del cuerpo hecho un amasijo y de las piernas, todo seccionado. Decían cosas horribles mientras se las mostraban. Contarte el horror aquel es imposible. Para que te hagas una idea de lo que pasaba allí, enfrente de mi madre, en otro ángulo, había una chica de dieciséis que le habían llevado a la bañera y que ya no veía más que peligros en todo. Tenía a mi madre delante, esposada y en actitud de sufrimiento y ella no veía ni grilletes ni nada: estaba segura de que mi madre era una policía que le iba a hacer algo de un momento a otro. Eran reacciones así... Por ejemplo, al cuarto día yo me di cuenta de que había un hombre que lo tenían todo el día en la bañera. No sabía quién era.

Oía las sesiones larguísimas, los gritos desgarradores, las risas y muchas burlas. Por lo que le decían comprendí que era cura. Una escena que repetían mucho era la siguiente: *"dominus vobiscum"* gritaba uno a voces y todos contestaban *"amén"*. Y empezaban a contar de treinta a cero... veintinueve, veintiocho, veintisiete... etc., como si se tratara de algo espectacular. Al llegar a cero uno gritaba *"inmersión"* y entonces se oía . perfectamente cómo se hundía la cabeza, las burbujas, latos, los vómitos, ... eso es precisamente lo que trastorna... son escenas de terror, un teatro.... Eso lo repetían una y otra vez, le preguntaban por mujeres, insultos, golpes.... con él se cebaron. Le vi una sola vez. Impresionaba su aspecto hundido, demacrado. Ya supe que era el cura de Zaldibia llamado Jesús Lasa. Cuando a los diez días nos sacaron de allí él seguía yendo a la bañera; más tarde nos dijeron que le habían echado serrín en el agua, espantoso. Y, fíjate, de ahí salió en libertad... Otra cosa fue la llegada masiva de unos cincuenta o sesenta. Fue cuando la explosión de Legazpia. Se ve que no encontraron a los autores y detuvieron a todo el pueblo.

158

Los metieron por todas partes, no cabían. Llevaban un cartel en la solapa que decía "asunto Legazpia". Les interrogaban de cualquier manera, les pegaban, casi todos pasaron la bañera, y luego, al día siguiente, los soltaron

a todos. No hay palabras para describir aquello. En el garaje, en la carpintería, en el cuarto de las calderas, por todo había seres humanos esposados a ruedas, a tubos, a motores... gente destrozada. A mi compañero de un golpe le quitaron los dos colmillos; les hicieron torturas terribles, sé que ya al detenerles, a él y a otro, lo hicieron con un fuerte golpe en la cabeza que les dejó sin conocimiento. Cuando lo recuperó estaba en la carpintería. Yo haría lo que fuera por no volver a vivir aquel horror. Es que vives todo, lo tuyo y lo de los demás, eso es lo peor. Sólo deseas salir de allí como sea, yo firmé lo que me pusieron delante, sin leerlo, dije que había matado a Carrero, a Lulero King, a todos... tenía que salir. Cuando entré en el furgón que me llevaba a la cárcel era la gloria. Y fíjate qué cosas... Al final, te acostumbras tanto que yo me decía *"qué bien se han portado, qué buenos son, no me han partido en dos, no me han matado"*. Podría contar muchas escenas, muchas; sería no acabar porque el montaje de todo aquello es... y quiero insistir en que para mí fue mucho peor todo lo demás que la bañera, a pesar de ser una tortura terrible.

Arrate

23 años, técnico de arquitectura.

Me detuvieron el 31 de marzo en mi casa (Tolosa, Gipuzkoa). Vinieron varios guardias civiles de paisano. Cuando entré en el coche tenían allí a mi compañero. Nos trasladaron al cuartel y de allí, después de pegamos algunas tortas, a la Comandancia de San Sebastián. El jeep entró al patio y a mí me dejaron esperando en él mientras se llevaban a mi compañero directamente a la *"bañera"*. Pensé enseguida que se trataba de esto porque últimamente es la tortura que más emplean y desde allí se oían los gritos, las pausas... Eso duraría como una hora, al cabo de la cual vinieron a buscarme. Me llevaron cerca del cuarto de baño y me dieron un buzo mojado que ya habían utilizado otros y me dijeron que me lo pusiera. Mientras me desnudaba oía los gritos del otro, eso fue lo que más me impresionó, se oían lamentos y cómo le increpaban porque había vomitado y los comentarios de burla. Le oía respirar con dificultad, con mucho ruido, como de asfixia, se ve que había tragado agua. Era algo espantoso oírle. Me metieron en ese cuarto de baño. Era una bañera normal, la del cuartel, llena de agua sucísima, casi negra, de pelos, vomitados, orines, de todo había allí. Me envolvieron en una manta mojada, como una momia, para inmovilizarme. Había unos diez. Me hicieron arrodillar y que me doblara con la cabeza dentro del agua y entre varios me levantaron los pies. Llegué hasta el fondo, con la cabeza tocaba el suelo de la bañera, o sea que me hundirían hasta la cintura. Me tenían sujeta pero yo daba muchas patadas porque sentía que me ahogaba. Era algo irresistible. Repitieron esta operación muchas veces, no puedo ni calcular porque se te hace eterno. En una de ellas, al resistirme, rae di un fuerte golpe en un pie que luego se me hinchó mucho y aún hoy está mal. Cuando me hundían en el agua me hacían al mismo tiempo cosquillas en la planta de los pies para que dejara de moverlos... Yo no puedo ni explicar lo que era aquello: una asfixia, el dolor de cabeza. Llegó un momento en que parecía que los oídos me iban a estallar de presión y los ojos a sal írseme de las órbitas. Echaba agua por todas partes. Tragué mucha agua pero al contrario

de otros no podía devolver. Lo más terrible de aquello era pensar que se iba a repetir, eso era angustiosísimo; que veías que no se iba a terminar nunca, que te acababan de sacar, te dejaban unos minutos y que ya se preparaban a volver. Deseaba la muerte. Era todo un horror. Pasaban cosas... Mientras me hacían esto, se ve que para que no se oyeran los gritos, tenían funcionando un casette, una rumba flamenca que nunca olvidaré, que decía: *"que te estás pasando, niña, que te estás pasando"* y entre varios la coreaban y daban palmas... Durante los intervalos me pegaban puñetazos en la cabeza...

160

Entonces, uno que andaba por allí empezó a decir que yo era una buena chica, que había que tener consideración: *"qué maja es... Es tan maja que soy capaz de cambiarle el agua y ponerla limpia..."* Y fíjate cómo estaría yo que a mí me parecía que aquel tipo era fabuloso, que era bueno... Y fue entonces cuando me arrojé al suelo suplicándole: *"Diré todo lo que quieran pero déjenme en paz".* Ya me dieron ropa para que me vistiera. Entonces empecé a tiritar de una manera como nunca lo había hecho, unos temblores por todo y no me tenía en pie. Me subieron al piso de arriba en donde estaban los despachos. Me tumbaron en un sofá viejo, como con flores, en un cuarto. Estaban amables, me ofrecían tabaco, se interesaban por el pie, me dieron una pomada para aliviar el dolor... Dijeron que descansara, que me durmiera, me querían dar tranquilizantes pero yo me negué. *"Duerme, ya no te vamos a hacer nada".* Pero estuve despierta todo el tiempo. Eso era ya a primeras horas de la mañana. Durante todo el día estuvo pasando por allí gente a declarar. Los subían desde abajo después de torturarles y allí también les daban. Llegó un momento en que había cola, seis chicos estaban atados con sogas en la silla porque ya no tenían esposas. Los interrogaban en el cuarto vecino. Oía perfectamente cómo les pegaban, los gritos, los golpes de la cabeza contra la pared, las caídas, los lamentos y luego cuando salían descompuestos, la cabeza hinchada, vomitando, que los tenían que llevar entre varios. Una de las cosas que utilizaban para pegarles era una varilla de hierro bastante fina; la vi varias veces... Así estuve casi todo el día aquel, con horror, con miedo a que vuelvan a bajarte y oír a los demás, el espectáculo aquel terrible. A la tarde me bajaron al garaje. Como había muchos detenidos habían habilitado todas las dependencias y nos tenían allí. Había unas quince personas, luego se llenó más y llegamos a ser unos treinta. Era un cuadro, todos sentados en sillas, atados a ellas con cuerdas y cara a la pared. No podíamos decir nada, nos vigilaban continuamente y si te movías te golpeaban; a mí me tocó contra un armario y estaba loca de mirar

horas y horas a lo mismo. Yo estuve dos noches y dos días así; llega un momento en que ya no te tienes, te duermes como sea, pero venían continuamente a despertarte. Al tercer día me pasaron a la zapatería en donde ya tenía una colchoneta en el suelo, pero hubo chicos que se pasaron diez días sentados en la misma postura; era de pena ver aquel espectáculo, pero todo esto lo contamos después, todas juntas. Yo estuve un total de diez días. Me sacaron de allí junto con los demás para ir a la cárcel. Como consecuencia del agua que tragué tuve una infección y me salió una erupción por todo el cuerpo. También tengo dolores en el pie.

Izarra

18 anos, estudiante.

Yo soy de Bizkaia, de un pueblo de la costa, pero me detuvieron en San Sebastián, en un piso donde vivíamos tres personas. Fue a las dos de la madrugada. Entraron a mi habitación y tuve que vestirme apuntada por una metralleta. Eran seis de paisano. Registraron todo y nos llevaron a dos a la Comandancia. A mí me llevaron a un cuarto que debía ser el archivo, por el tipo de libros; había detenidos por todas partes. Allí me pusieron enseguida a hacer gimnasia: flexiones de piernas. Me insultaban y me amenazaban con llevarme a la bañera. Yo protestaba y les decía que nada más salir de allí les iba a denunciar... *"Con que nos vas a denunciar, ¿eh?"* y me pegaban en la cara y seguía con la gimnasia. Más de una hora estaría así. Luego se fueron dejándome esposada a un armario. La puerta quedó entornada y yo veía el movimiento de fuera y los gritos de mi novio me llegaban; estaba allí mismo. Eso fue lo peor. Oía su voz, cómo le debían estar haciendo algo espantoso... Esa es la peor tortura, hubiera preferido que me lo hicieran a mí. Los policías entraban y salían, me hacían preguntas sueltas, hablaban entre ellos. *"esa ha venido por el novio, vamos a darte a él".* Yo veía que le iban a matar. Él no se expresa bien en castellano, siempre ha tenido dificultad en otra lengua que no sea la suya. Hay que ponerse en situación, en momentos así esto se acentúa. Oía todo, cómo le hacían burla, cómo le llevaban a la bañera... Comparado con lo que oía, a mí no me hacían nada, tirones de pelo, tortas, amenazas de matarme. Lo peor era el ambiente de terror. El baño estaba cerca, oía las arcadas, los esfuerzos por vomitar, los lamentos, de pena... Y luego en el piso de arriba estaba la oficina en donde interrogaban, oía los gritos, los golpes. Estaba rodeada por todas partes de horror. Como a las siete de la tarde me sacaron de allí y me llevaron a una celda y me tumbé sobre un somier. Al rato trajeron al novio de otra de las detenidas: los ojos rojos, la cara muy hinchar a, le venían pegando y lo pusieron en la celda de enfrente. Luego me sacaron de allí para poner a otro que venía destrozado y a mí me llevaron al garaje; lo que pasó durante los diez días te lo contamos en conjunto luego. De allí me condujeron, con las

otras, a Martutene y luego a Madrid.

Nekane

22 años, obrera especializada.

Me detuvieron el 1 de abril en mi casa, en un pueblo de Gipuzkoa. Serían unos ocho o nueve de paisano. Cuatro subieron a por mí y registraron. Luego en dos coches particulares fuimos al cuartel de la Guardia Civil y al poco me trasladaron a la Comandancia de San Sebastián. Me llevaron al garaje que era un espectáculo... Todos atados contra la pared, la gente se caía de agotamiento... A la hora me vinieron a buscar para interrogarme. Si lo comparo con lo que les hicieron a las demás compañeras, conmigo fueron amables... Me amenazaron mucho y el trato fue brusco, pero no me llevaron al baño, que ese es el terror de todos... Estuve nueve días en total; dos en el garaje y el resto en la zapatería, cuando nos metieron allí a las mujeres... Esos días fueron horribles de verdad, eso ya no lo puedes olvidar nunca, te parece mentira que entre seres humanos pueda ocurrir eso... pero luego lo contamos... Esa fue en realidad mi tortura.

165

Edurne

18 años, estudiante.

Me detuvieron el 3 de abril a las siete de la mañana. Yo vivía en San Sebastián, en un piso con otros compañeros y ya el día anterior los habían detenido. A mí me cogieron en Mondragón (Gipuzkoa). Eran seis, de paisano, de la Guardia Civil, registraron todo sin testigos y me llevaron al cuartel. Allí esperamos un tiempo hasta que trajeron *a* dos más y nos llevaron a todos a la Comandancia de San Sebastián. Al principio me metieron en el garaje, que ya aquello era un panorama de pena, lleno de gente contra la pared, atados con aspecto destrozado de cansancio y todo lo que les habían hecho... Yo tenía mucho miedo, como a todos me horrorizaba la *"bañera".* A la noche vino uno y me sacó de allí y me llevó a un coche, un Simca 1200 que estaba en el patio y dijo que me metiera en él, que estaría más cómoda. Era el coche de uno de los que habían detenido, le habían arrancado los mandos y estaba inservible. Me dijo que allí estaría más cómoda y podría descansar mejor. Me encerró y allí estuve tres días y tres noches, o sea que aquella fue mi celda. Desde ella veía todo lo que pasaba, la gente que traían, los que llevaban a la bañera, un gran movimiento, algo terrible porque estás pendiente de lo que pueda ocurrir y ves cosas que...

166

La primera noche me vinieron a buscar allí para llevarme a la bañera, eso me dijeron. Yo tenía terror a esa tortura, había oído hablar antes, allí la emplean mucho, y prefería morir, no sé cómo decirte. Cuando estábamos cerca, en un pasillito, junto a unas escaleras, entre varios empezaron a calentarme: golpes, gritos, insultos... Dijeron *"venga, a la bañera"* y me dieron el buzo para que me lo pusiera. Fue entonces cuando apareció el del traje marrón, uno alto, muy serio, que parecía un jefe, y dijo que me dejaran, que él se ocuparía de mí. A mí me pareció un santo. Me llevó a un cuarto extrañísimo, una especie de archivo... era de lo más raro. Me trataba como paternal, como que me quisiera proteger, empezó a decirme: *"esos te van a meter en la bañera, es mejor que hables conmigo".* Se veía preocupado por lo

que pasaba fuera, pendiente de si se acercaba alguien. Había cerrado con llave. Me dijo que hiciera gimnasia para que así *"no le echaran la bronca"*. Era todo muy raro pero a mí me pareció de lo mejor con tal de evitar el baño. Empecé a hacer flexiones. Estuve así bastante rato, ya me cansaba mucho y me dolían las piernas pero él decía: *"tú sigue, para que no me digan nada... Lo hago por tu bien, para que no te enfríes"*. Era un hombre de unos treinta y pico años, educado en apariencia... Se paseaba y me miraba, pero de lo más raro. Decía unas cosas, que le daba mucha pena, que me quería hacer aquel favor, que me tenía allí hasta que se fueran los otros cuando cambiara el turno, que yo tenía que ser buena con él. A las siete de la mañana me llevó al coche. Yo estaba agotada de la gimnasia. A la segunda noche volvieron a llevarme a ese cuarto. Se volvió a repetir la escena, que me llevaba allí para que no me metieran en la bañera, que era un favor... Me mandó que empezara a hacer gimnasia. *"Es para que no te enfríes..."* Luego dijo que me fuera quitando la ropa. Yo obedecía. Y él: *"sigue, sigue..."*

Al cuarto de hora o así estaba completamente desnuda haciendo flexiones. Era de lo más extraño. Él se paseaba fumando, callado. A ratos me miraba mucho y me hablaba. Repetía lo de hacerme un favor, por evitar que me llevaran a la bañera. Y a mí me parecía bueno, estaba encantada, fíjate a lo que lleva el miedo... A veces se ponía nervioso si oía que alguien se acercaba, *"vístete, vístete si llaman"*. Había cerrado lo mismo que la noche anterior. Después de mucho tiempo así me dijo: *"¿Tú quieres que te ayude?"* y me contó que él era el que hacía las diligencias, el que ordenaba que pusieran en la bañera y que me quería ayudar, pero que no me iba a ayudar por nada... *"¿Quieres que hagamos un trato?"* Yo veía que insinuaba cosas pero no me aclaraba. El tampoco precisaba, daba a entender pero no decía, como si no quisiera emplear las palabras... Repetía mucho lo de hacer un trato. Yo estaba callada pero con tal de no ir a la bañera todo me parecía bien. Entonces, viendo que no contestaba, ya se puso como muy serio: *"¿sí o no?"* y me dio diez minutos para que lo pensara. Yo ahora te cuento la escena y me siento mal pero entonces me parecía todo normal. Él se paseaba, tan tranquilo y yo haciendo flexiones completamente desnuda... De pronto se paraba y se insinuaba, decía que quería probar qué suerte tenía mi novio... que como los otros (por los civiles de fuera) sabían que mi novio era de ETA me llevarían seguro a la bañera, que no fuera tonta... Otras veces se me arrimaba mucho: *"estos de fuera son unos animales, a uno le gustas mucho..."* Me acariciaba, me agarraba de los pelos del pubis y tiraba muy

fuerte, *"son unos brutos, a ti te gustaría más suave".* Y todo el tiempo así, un continuo decir a medias, y eso durante horas... Yo ya no podía más y me eché a llorar y me entró temblor por todo el cuerpo; era terror lo que sentía y sólo me lo daba la bañera, pensar en aquello era enloquecer. Entonces el cambio: *"tranquilízate, eso era para probarte, para ver de lo que eras capaz, porque si llegas a decirme que sí es entonces cuando yo mismo te llevo a la bañera. Serénate, no ves que si yo quiero irme con mujeres salgo por ahí y tengo muchas! Era para ver..."* Entonces cambió el sentido de las preguntas. Que si quería hacer otro trato con él, que le localizara gente, que le diera nombres, y me explicaba cómo tenía que hacer y me daba consejos: *"que no se te note..."* Todo esto fue muy largo, duró toda la noche y yo en cueros. A las siete me dejó en el coche, *"yo me encargo de que no te molesten, ya he dado la orden..."* y cuando, por alguna razón, pasaba por allí, venía a preguntar:

"¿Te ha molestado alguien?" Un interés y un teatro... Aunque durante el día no solía estar, viajaba bastante, luego lo contaba. Después, la tercera noche fue la de la visita, una inspección, alguien importante que vino *a* ver aquello y ya me pasaron a la zapatería con las demás, nos pusieron juntas a las mujeres. Ahí, de madrugada, vinieron unos que estaban borrachos, traían encima una botella de coñac 103 y empezaron con bromas y a mí me llevaron al baño. Yo estaba aterrada porque veía que no sabían nada de lo mío, que eran unos que venían por divertirse. La bañera era otra que habían fabricado el día anterior y ya te tumbaban sobre una cama con correas para inmovilizarte. Nada más entrar fue horrible lo que vi. Había un chico muy joven, muy delgado y pálido, completamente descompuesto, una cosa exagerada... Chorreaba agua y era como un muerto. Se veía que le habían hecho barbaridades. Ya no se tenía en pie. Le sujetaban. Temblaba de tal forma... una tiritera terrible. Le gritaban: *"cuéntale a ésta cómo se pasa..." "que se lo digas, que hables".* El chico callaba y después de presionarle mucho decía: *"mal, mal"; "que se lo cuentes con detalles"* Era de pena, se burlaban de su estado. Se lo llevaron. En la habitación aquella había diez o doce riendo, borrachos, una locura, estaba ése que llamamos Heidi, que luego te contaremos, un loco. Había uno sentado en una mecedora y se reía a carcajadas de todo lo que decía Heidi. Heidi se ponía a gritos: *"habla, habla" e* inmediatamente me pegaba tortas y puñetazos sin escuchar a la vez que decía que todo era mentira. Yo estaba paralizada de terror, me zarandeaba tirándome del pelo y me agarraba violentamente de los hombros.

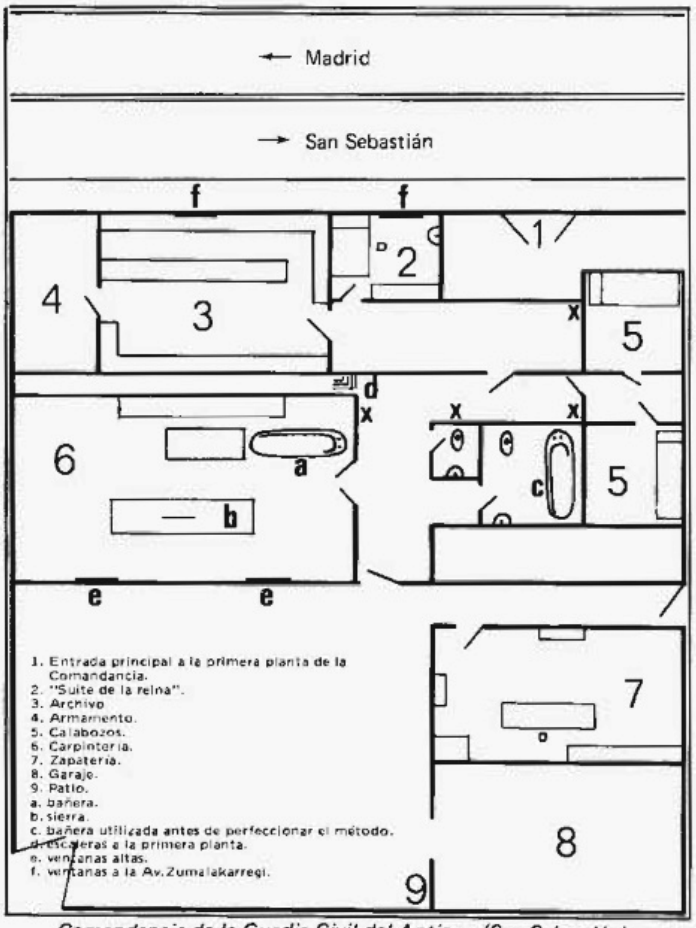
Yo lloraba y todos se burlaban. Me desnudaron de cintura para arriba y me envolvieron en una lona empapada y me tambaron sobre la cama que estaba a nivel del baño. Entonces el de la mecedora me inmovilizó y me metieron la cabeza, hasta la cintura. Me asfixiaba. Cuando me sacaron seguían echándome agua en la boca para que tragara. Me hicieron eso una sola vez, era por divertirse... no me preguntaron nada. El de marrón andaba dando vueltas por allí fuera; yo pensaba: ojalá venga y me lleve como las otras noches a hacer gimnasia. Y así fue. Al rato vino y nos encerramos en el cuarto. Y otra vez la escena. Yo temblaba mucho, no podía dominarme, era de la impresión del agua... Dijo que me desnudara. Entonces me di cuenta de que era un obseso sexual y en lugar de irme quitando prendas según me mandaba, me quité toda la ropa de golpe y empecé a hacer gimnasia. Yo lloraba mucho. Veía que faltaba todavía una hora para el cambio de turno y quería aguantar. Él decía cosas del mismo tipo que la noche anterior, no puedo ni recordar, pero ya no podía más, no tenía resistencia, entonces me paré, me puse a llorar como desesperada y le dije: "*lléveme a la bañera, lo prefiero a esto".* Había perdido la noción de todo y ya no sabía qué me producía más terror... A las siete me devolvieron a la zapatería. Estuve allí ocho días. Luego me llevaron a Martutene y luego aquí.

169

Diez días que conmovieron un mundo

El siguiente coloquio completa los cuatro testimonios anteriores. Eva Forest —cuyas intervenciones van entre paréntesis— habla con las cuatro compañeras, se produce no sólo un testimonio colectivo y lacerante sino una profunda reflexión sobre la tortura a propósito de esos diez días en manos de los torturadores. (Nota del Editor).

170



Comandancia de la Guardia Civil del Antiguo (San Sebastián)

171

— Ya ves que hace días que no duermo obsesionada con esto. Me preocupa la imposibilidad de contarlo, la falta de recursos para exponerlo con aquella fuerza que ocurrió, que lo viví, que se me impuso... Y sin embargo comprendo que es preciso, que eso se tiene que decir. Lo de menos, lo repito, es la tortura concreta, el me hicieron esto o aquello: el pato, el quirófano, la bañera... lo que siempre recogen los informes de las revistas. Eso es casi secundario. Tiene importancia, desde luego, porque es precisamente la referencia de donde se parte, en torno a lo cual gira lo demás, pero es ese demás, el conjunto, la atmósfera que te envuelve desde el momento en que entras: lo que parece que no ves en aquellas horas de confusión pero que de alguna forma se te fija, se te queda incrustado dentro y luego, poco a poco, te lo va devolviendo la memoria. Es complicado.....

— A mí me pasa lo mismo. No sé cómo contarlo. Me doy cuenta de las dificultades, de mi incapacidad para relatar. Cuando tú me preguntaste el primer día yo te solté de un tirón lo que me habían hecho pero, ahora, el testimonio aquél me parece de lo más pobre... No refleja lo que allí pasó, será difícil que alguien, leyéndolo, se dé cuenta del fenómeno. Lo más grave, lo que más nos afectó, no está recogido... La sacudida profunda, esa conmoción que rompe todos los esquemas, que te lanza a límites insospechados... dudo que se pueda recoger. Si me sigues preguntando podría llegar a afirmar que es mucho peor la tortura síquica que la física... Pero también es esquemático decirlo así y, sinceramente, me veo incapaz de describir lo que me pides.

172

— Es que es demasiado complicado. Lo complejo no puede simplificarse en un relato lineal, en una síntesis breve como la de estos testimonios, porque el resultado no es ni síntesis ni nada, se convierte en un esquema superficial y mientras estás convencido de que has denunciado una forma de atropello resulta que te has callado lo más importante. La gente piensa que exageras y tú no has dicho ni la milésima parte de lo ocurrido. A mí eso es lo que me echa para atrás: el esfuerzo titánico que supondría entrar de verdad, ir al fondo...

— Mira, los que lean esto no se enterarán nunca porque cuando yo digo: "me llevaron a la bañera", ya de por sí esa frase encierra un mundo. Y aunque sepan lo que es, en qué consiste, la técnica —digamos— porqué se lo hayan explicado, no se hacen ni la más remota idea... Como cuando en Europa se habla del hambre del Tercer Mundo, son años luz de distancia... Es

imposible... no es lo mismo lo que se vive que loque se aprende desde lejos por intermediarios. Porque ya lo ves, que ni tú misma, a pesar de la experiencia parecida que tuviste, tampoco tú llegas... y cada vez que lo cuento descubres un nuevo aspecto, un matiz. Entonces a mí me parece de lo más grotesco limitarme a decir que me llevaron a la bañera, porque es simplificar, dar una falsa imagen y el otro me merece un respeto y creo que le debo transmitir, acercar más... pero no sé cómo. Sería cosa de empezar a hablar y hablar y que fuera saliendo sin ninguna prisa, tal y como nos ocurre aquí, que a ratos viene un recuerdo, a ratos otro y entre todas vamos reconstruyendo aquel infierno. Porque tú sabes que nunca hay dos bañeras iguales; ellos cambian. Montan las escenas según cada caso, sobre lo que de cada uno saben. El decorado sigue siendo el mismo pero la representación no, esa es particular, te la brindan. A ésta le dieron un carnet de submarinista y al cura le cantaron misa... Pero yo es una rumba lo que llevo en la cabeza —a todas horas los primeros días—, una rumba flamenca, alegre, muy festiva, atronando en los tímpanos, sonando a cortos intervalos, cada vez que me sacaban del agua, tiesa como una momia, envuelta en aquella manta oscura, empapada, cuya humedad me calaba hasta los huesos: un frío glacial en sus médulas. Trozos de rumba y trozos de hombre bailando esa rumba contorneando caderas, que llevan el ritmo con las palmas, con los tacones, con el cuerpo torpe, grosero: *"niña que te estás pasando... niña que te estás pasando..."* El ritmo ágil, pegadizo —que todavía hoy me despierta en esta celda— que sube del cassette dejado en el suelo y que en algún instante una mano protectora corrió hacia la esquina llena de serrín —residuo del matutino trabajo de los carpinteros-y que ahora lo veo embebe el agua que se vierte por mi resistencia feroz a la inmersión. Me obligan a empujones, a pellizcos, a retorcimientos de brazo... Y cuando, la cabeza hundida hasta el fondo —el leve golpe craneal contra la pila que amortigua el agua que está ya en la cintura—, comprenden que no ingiero el líquido preciso para la esperada reacción de asfixia que me hará desistir, la emprenden a cosquillas en las plantas de los pies como broma entre amigos y me obligan a gritar —inútil gesto— y a comprender de pronto —la boca abierta— el error ya irremediable de un torrente que me entra y me conduce a la agonía. Y cuando te sacan es para seguir viendo parte de aquel todo que ya desde el suelo es muy distinto: bosque de piernas que se mueven torpes enfundadas en mojados pantalones que arremangan, piernas peludas, ridículas cañas de reír si no fuera por esa lamentable situación, espeso y

denso bosque de enzapatadas piernas de los que te insultan desde arriba. Uno se inclina —¿intenta tal vez algún abrazo?— y se interpone al que más arriba aún hacía gestos con la boca hace un instante y de pronto, más cerca, el odio se hace es puma del que sobre mí se abalanza —no era amable inclinación ni abrazo— y me vocifera que se acabó el teatro —pobre de mí, qué teatro si estoy paralizada—, que si me muevo me mata —a veces la muerte es deseable y yo que no puedo vomitar, que tengo como un peso y el hipo que sacude, pero que no consigo expulsar fuera de mí lo que todos en estas circunstancias arrojan... —¿por qué yo no?— con el alivio que me daría, pero no puedo, ni tan siquiera con el puñetazo feroz —qué expresión la suya en el momento de emplearse tan a fondo contra el estómago— ni con la visión de tanto objeto repelente ni tan siquiera con los calzoncillos cagados que corren pisoteados por el suelo en serrín rebozados —¿quién, Dios mío, los habrá perdido en estas circunstancias de golpes, de asco, de miedo descompuesto?— ni con los pelos que me entraron y permanecen pegados en el techo del paladar junto a la glotis estimulando la mucosa... Hipo sí, bruscas sacudidas, pero no la deseada vomitera. Y vuelven incansables y de otra forma se repiten; siempre es distinto y hasta cuándo —¿de dónde saco yo la respuesta que les calme?—. Pero tengo todavía fuerzas para resistir —el instinto más bien que se empeña en conservarme— y me debato y apoyo el pie con furia de gigante sobre el encharcado piso que resbala y ellos el suyo encima y múltiples patadas también en el endeble hueso. Pero en mí la fuerza de animal acosado se crece y es mi pequeña gesta heroica: no levantar el pie: que suden y blasfemen. Hasta que algo muy suavemente se quiebra por allá donde nacen los dedos, un no sé qué sin apenas dolor porque he llegado a un punto en que ningún detalle se percibe, sólo el conjunto de lo horrible: el espanto de repetir aquella recién pasada agonía. Pero el grito que escapaba —y pudo aún decir no— se pierde entre burbujas bajo agua negra. Y es ya en el suelo, de regreso de la larga noche sin tiempo, donde vuelvo a recuperar la rumba tan flamenca que ahora te tarareo, erizada, al recordar la escena. Y quiero creer que esa voz que jura que lo dirá todo, a gritos jura que hasta es posible que a Kennedy matara, no es le mía y que todo no ha sido más que un sueño, una gran juerga en un gran tablado flamenco del mundo.

Pero esto, quiero que te fijes bien, ese superficial esbozo, es sólo parte del momento aquél de la bañera que es, a su vez, parte insignificante de aquellos

diez días que me conmovieron y que es, todavía, transmisible porque está dentro del desarrollo de un interrogatorio en cierto modo tradicional. Hasta ahí me puedes, me podéis seguir, estoy segura. Pero ya no me es posible ir más allá porque, ¿a quién le cuento yo, le hago comprender, que horas después una infinita ternura, comparable sólo a la que en años de infancia había sentido por los padres, me invadió al ver el gesto solícito de uno de ellos, hasta el punto de saltárseme las lágrimas de agradecimiento y amor? ¿Cómo interpretar aquel inesperado sentimiento hacia quien me estuvo torturando horas antes, por el simple hecho de que su mano se hubiera tendido —con exquisita delicadeza— para subir la cremallera de mi viejo pantalón que, obcecada como estaba por los múltiples acontecimientos había olvidado abierta? ¿Cómo contar el largo viaje a quien no ha rasgado el velo de la cotidiana envoltura? ¿Cómo transmitir la propia, personal, importantísima experiencia, los segundos que vives como años, las nuevas dimensiones del espacio, la brecha, en fin, que el terror ha dejado en ti? ¿La experiencia del miedo más profundo? Aquí, entre nosotras, es fácil... Tú me puedes comprender, ésta y la otra saben de qué va, tenemos una vivencia común en circunstancias parecidas: hay un arranque. Pero empezar desde cero para el hombre de la calle que camina ajeno... Ya no es sólo el descomunal esfuerzo que supone sino que sabes que no te van a creer. Entonces te re traes, te encierras en el caparazón como un caracol. Es tan dolorosa la duda sobre algo tan extraordinario y real que yo no la resisto. Prefiero hacer como ésta, decir: Sí, me han torturado. Y cambiar de tema.

Cuando me preguntasteis, nada más llegar, desde el ventanuco de la celda de incomunicación, ni tan siquiera me atreví a decir que sí. Por eso os sonreí sin hablar. Pensé que no me entenderíais; yo no sabía que habíais pasado por la Comandancia unas semanas antes. Cuando oí que hablabas de la zapatería, del garaje, del mundo aquél tan amorfo, y con aquella familiaridad, sentí alivio y ya me relajé. En otras circunstancias me habría callado. Además, yo siempre consideré que lo mío no era nada comparado con lo que había visto a mi alrededor.

— Pero el silencio colabora con ellos. Contribuye a que aspectos como éste no se conozcan. La gente, la que se interesa por el problema, sigue operando con esquemas: considerando tortura el golpe, las corrientes, lo que deja huella física; se guía sólo por eso. Ya existen algunas denuncias que hablan de procedimientos encaminados a la destrucción del hombre, de su

personalidad, pero en medios reducidos... Es fundamental la difusión masiva.

— La información para nosotros, para todo revolucionario, es vital. Si no la empleamos como instrumento auténticamente revelador de lo que pasa en el mundo es como andar con un arma y desconocer su manejo. Habría que buscar la manera de llegar más, de sacudir, no sé, dar datos suficientes para que se pueda pensar sobre ellos...

— ¿Sabes lo que eso supone? Cuando tú dices que llegó un momento en que los verdugos te parecían buenas personas: esas largas horas que te pasabas en el despacho, que te sacaban, según decían, para hablar solamente, y en que al cabo de mucho rato empezabas como a desfallecer y comprendías ya sus explicaciones —las razones de su oficio, que hasta era posible que efectivamente fuera para el bien de la Sociedad— y que sus consejos te hacían mella... A mí no me extraña porque lo he sentido también, pero es difícil de entender si antes no has dado la clave de aquella situación... Es la dificultad de la que hablábamos antes, que todo se complica.

— Yo había ratos en que cerraba los ojos y tenía un cansancio de vida, como un pesar de no haber vivido tal y como ellos me proponían, de haber estado apartada de lo normal y unas ganas de dejarme de historias y de vivir, lo que se suele llamar vivir: una especie de suicidio en vida. Todavía no he reaccionado, todavía me cuesta creer que aquella fuera yo.

— A mí el moralista me daba unos consejos. Me sacaba de la zapatería —eso ya los últimos días— y me subía al despacho y aquel interés por mi vida, lo que debería hacer, los peligros de andar con determinadas compañías, de lo importante que era tener un novio bueno... Me decía tales barbaridades de los chicos de ETA que sentía miedo de ellos. Llegó un momento en que me sentía tan débil que llegué a dudar de todo, de mí misma. No había comido casi en varios días y me sentía aturdida, como el que tiene una agradable borrachera y también una desolación, una especie de arrepentimiento, lo que decís vosotras: como si todo mi pasado fuera horrible y tuviera que arrastrar aquella culpa que no podría lavar con nada. Y unas ganas de empezar de otra manera. Fíjate qué disparates pensaba, pero muy en serio: *"Voy a cambiar, voy a buscarme un tío chorra con dinero, con posición, un capitalista y ya no me voy a preocupar más por la política ni por nada... Me caso, tengo hijos..."* Unos propósitos de integrarme en la sociedad, de ser como todo el mundo, lo que se debía ser. Ser lo que se debía ser y no el desvío causante de que me

viera allí. Unas ideas...

176

— Al moralista le llamábamos así precisamente por estos sermones; te soltaba unos rollos y hablaba también de que tenía hijos y del gran servicio que hacía el Cuerpo a la sociedad, como si quisiera justificarse de alguna manera. La primera vez que le vi entraba yo en el despacho de arriba y él estaba leyendo unos papeles. Había un chico esposado, contra la pared, que al oir ruido se volvió y al instante el moralista se levantó hecho una furia y le pegó dos tortas con una violencia tan grande que me quedé helada. Luego regresó despacio, como si nada hubiera ocurrido: retomó los papeles, me indicó la silla y me tuvo de aquella manera muchísimo tiempo. Movía las manos blancas muy despacio: aquellos dedos tan finos, las uñas tan pulidas... Y aquella forma de mi rar que imponía: unos ojos azules, fríos, de torturador. Daba miedo pensar de lo que sería capaz. Cuando en la carpintería lo volví a ver no participaba con los otros en el juego de la bañera. Seguía mirando con aquella frialdad, desde lejos, mirando desde un segundo plano, sin inmutarse, como que supervisara si sus órdenes eran ejecutadas. Y sabiendo todo esto y habiendo experimentado por él aquel temor tan grande y comprendido que era cruel, ¿cómo fue posible que, en días sólo, pa sara del desprecio al aprecio, del rechazo a la amical conversación? ¿Y que hasta se llegara a producir en mí aquel profundo cambio en la escala de valores? Eso sería bueno investigar.

—(Habría que investigar tantas cosas, abandonar tantos prejuicios, destruir tantas certezas que nos han impuesto... También Eduardo —en nuestra alucinante experiencia de hace casi dos años— decía que el teniente era muy bueno, que lo hacía todo por nuestro bien, que si seguíamos su consejo nos salvaríamos... Y para mí era seguro —al mes de interrogatorios tan seguidos— que él nos salvaría de algo cósmico y me parecía también un ser excepcional y llegué a pensar, en mi sed de contacto con lo humano, que su enorme generosidad no tenía límites al permitirme —en circunstancias tan adversas, todos en contra como estaban- la comunicación oral durante diez minutos —larguísimo tiempo, en verdad, si se tiene en cuenta las medidas que era preciso tomar, siendo como yo era un ser sumamente peligroso con los hijos que temían por mi vida...)

177

— Yo en cambio, me sentí furiosa todo el tiempo, como si las rejas me las hubieran puesto alrededor del cerebro, igual que un casco que apretara. Y una rabia, un desprecio. Cuando vi lo que pasaba allí hice por no pensar, por

no ver. Como un bloqueo. Y ahora me cuesta mucho recordar, como falta de memoria, como paralizadas las ideas. Necesito que pasen unos meses. Os veo hablar mucho y me doy cuenta de que estoy parada, torpe.

— Es un hecho que la gente todo esto no lo cuenta, que se calla. Incluso las personas que denuncian no dicen más que lo imprescindible. Cuando el cura de Zaldivia —al que torturaron con el mayor de los ensañamientos, que lo tuvieron un montón de días allí y siempre encima, sin parar y luego le dejaron en libertad porque no encontraron materia para procesarlo, o sea que fue una operación de castigo, de venganza, como han hecho ya con otros— cuando ese cura tuvo que denunciar ¿por qué calló aquellas ceremonias que yo estuve oyendo a escasos metros de él, espeluznada contra el muro, contraída de rabia, y que a mí me parecieron lo más espantoso de todo? Aquel rito, el recitado enfático, una y otra vez repetido antes de sumergirlo en cada una de las ¡neón tables bañeras... Aquel orgiástico festín de misa negra, de infernal conjuro. macabro escarnio que culminaba en el paroxismo de la inmersión coreada de risas, de socorros, de ayes y de agonía. ¿Fue el temor de no ser creído, tal vez ni siquiera escuchado?

— Por miedo a denunciar no es. Ellos, desde luego, te presionan mucho, te amenazan para que no lo hagas. Cuando íbamos a salir lo repitieron muchas veces: que lo que allí nos había pasado no era nada comparado con lo que nos harían la próxima vez, sobre todo si contábamos exageraciones —porque no tendréis queja, os hemos tratado con consideración, ¿no es así? Hasta os hemos dado de comer de nuestro bolsillo, comida de un Hotel de primera, que traían especial para vosotras..., No empecéis ahora como todos los que pasan por aquí que van corriendo a soltar pestes... — Insistieron mucho en esto y algo de preocupación ya te dejan. Muchas de nosotras vivimos en pueblos, nos conocen; por eso preferimos no dar el nombre... Pero la mayoría de la gente denuncia. En Euskadi se ha perdido ya ese miedo que veo que tienen algunos por aquí. Son ya muchas las personas que han pasado por una comisaría o por el cuartel de la Guardia Civil y la gente conoce bien eso. La tortura es un problema generalizado allí, de todo el pueblo. Allí se vive. Continuamente están saliendo documentos...

— Denunciar sí se denuncia; lo que pasa es que no se cuenta.

— Influyen muchas circunstancias. Yo os he hablado de mi experiencia pero ya no creo que lo haga más, sobre todo si pienso en mis padres... Cuando me vinieron a ver, lo primero: que cómo estaba, que si me habían hecho algo... Y yo: nada, nada... Porque no puedo. Cómo les cuento yo a mis

padres, con lo que ellos son — que hay cantidad de problemas de los que no hemos hablado nunca, ni con mi madre siquiera, todo lo que se relaciona con el aspecto sexual, por ejemplo; en la casa siempre un respeto, una cosa... —y que ahora yo les dijera... No lo puedo imaginar, me da una vergüenza horrible. Cómo les cuento la historia ésa del tío de marrón y la gimnasia haciendo estriptís y aquella situación de lo más extraña, cuando me sacaban del coche y me devolvían a él ya de día, después de aquellas rarísimas conversaciones, aquellas propuestas veladas, aquel ambiente del archivo en donde me encerraba horas y horas, que todavía es hoy y no veo claro qué pretendía. Yo no puedo ni mencionárselo a mis padres porque o se volvían locos o me mandaban encerrar, me mandaban al médico de los nervios y ya no digamos si les cuento lo que vi... Por eso no les oculto que he recibido malos tratos, pero tampoco les cuento. Les di a entender que "lo normal".

— Estoy completamente convencida de que muchos pensarán que estamos deformando la realidad; cuando salga y lo cuente me tomarán por una exagerada, y, sin embargo, la realidad es así. Bueno... mucho más, muchísimo más. Precisamente los fallos vienen de esta riqueza que, al ser tanta, no la puedes recoger toda y el resultado es pobre, suena a falso... pero suena a falso no por mucho sino por poco, por defecto.

— Yo me río ahora pensando en lo que tú decías el otro día de mandar un trabajo a esa conferencia sobre la violación que se va a celebrar en París. ¿Te imaginas? Un grupo de presas envía desde Madrid su ponencia que trata de la violación de la mujer por un perro, un perro mandado por el hombre, naturalmente. Caería como una bomba ante el estupor general, como una burla tal vez. Algunos, los más enterados en esta materia, puede que sospecharan ya adónde apuntábamos pero la mayoría: consternada. Haría falta tiempo para tomar conciencia del alcance de lo que queremos decir. Al principio te ríes porque es tan grotesco que te cuesta afrontarlo, pero a ratos se te hiela la sonrisa y empiezas a temblar. No es una invención, ni un juego para impresionar. Es historia actual, noticia de primera mano. Puede, incluso, que ahora, con tanta libertad, la autoricen en la Prensa. En cuestiones de represión estamos rebasando el nivel europeo y caminamos en vanguardia del mundo. Sabíamos que había perros policía, perros que los enseñan para que persigan por el olor a los maleantes; perros amaestrados que, en los aeropuertos más modernos, descubren la droga en el último rincón de la maleta cuidadosamente preparada y, ahora, en la vieja y carpetovetónica Comandancia de San Sebastián, nos enteramos de que hay

perros —allí no todavía pero sí en algún lugar... en fase experimental, desde luego, no hay que alarmarse (porque hasta es posible que esta animal manera de persuadir no sea la más adecuada en estas latitudes en donde la liberación no ha superado aún las humanas formas)—.perros cuya misión es la de violar mujeres. Cuesta creerlo. Dices: no. Y sueltas la carcajada. Pero la idea regresa y tú vuelves a decir: no, eso ya no... hay exageración. Pero tienes que aceptar que nos han amenazado con esto. A ti te lo dijeron cuando te explicaron minuciosamente los métodos de tortura de que disponían. Te dijeron que en Ondárroa se estaba empezando a poner en práctica, que allí tenían ya un perro de esos —enorme parece— y que te podían llevar donde él en cualquier momento...

— Y me dieron detalles: son perros amaestrados, condicionados sus reflejos para esto, científicamente dirigidos, que se abalanzan sobre sus víctimas que yacen maniatadas, que las penetran, que no se exceden más allá de su cometido. Perros educados, correctos a su manera... En otra ocasión me lo volvieron a mentar: *"O hablas o ya sabes, a Ondárroa con el perro".*

— Es tan esperpéntico que el día que nos lo contó por primera vez nos pasamos la tarde riendo, imaginando disparates: cómo hacerse en tender por el perro, cómo defenderse de sus patazas, cómo llegar a frenar sus impulsos, qué hacer si en el paroxismo le daba por morder la yugular, si te lamería la cara... Verdaderas barbaridades dijimos aquella tarde y nos reímos hasta saltársenos las lágrimas. Pero hace tiempo que conocemos el significado de muchas de estas risas, su nervioso origen: formas de defenderse, de rehuir. Siempre viene el instante lúcido en que la risotada se corta bruscamente: Suponiendo que aquí hubiese sido sólo una amenaza todos sabemos que en Chile emplean esos perros. Y si en Chile los emplean, ¿por qué aquí no? ¿No existe una internacional del anti-hombre? ¿Y si era sólo una broma quién me lo garantiza? Me da miedo, mucho miedo seguir.

—Es que resulta tan chocante, tan monstruoso así, al pronto, que te resistes. No estábamos preparadas ... no cabe en tu mente. Y, precisamente, la que más lo pone en duda es la que se ha pasado horas haciendo flexiones desnuda mientras a su alrededor el obseso sexual se masturbaba. ¿Qué es peor, el perro o ese tío de marrón que te da tirones de los pelos del pubis? ¿ese sádico impotente que te va acorralando en un largo y emponzoñado monólogo —tan terrible que hasta te has negado a reproducirlo de vergüenza que te da— o ese animal dirigido? Ese animal, ¿cómo puede

equipararse al que te ha llevado a la crítica situación de que llegaras aquí diciendo que era un santo? Te ha pasado esto y te resistes a creer lo del perro, dices que no es posible que lleguen a una cosa así. ¿Te das cuenta adónde voy? Si eres tú —que lo has sufrido en tu carne— y dudas, ¿cómo no va a dudarlo el que está lejos? Llegamos a la conclusión de siempre: no nos creerán.

— Y sin embargo habría que intentarlo. Insisto en lo de antes: habría que sacudir a nivel sensible. A mí me parece que mucha gente está embotada, no vibra. No es problema de pensar sino de sentir, hay una frialdad, como una falta de participación... Eso tiene que cegar el pensamiento...

— Es que sin ese previo conocimiento sensible no hay nada; si no se piensa desde él estás hablando de libro, como un papagayo.

— ¿Cómo hacer para conseguir esa transmisión sensible al máximo?

Porque está claro que hay que empezar por ahí...

— Cuando leo las revistas me acuerdo del forense; sólo se valoran las marcas visibles, se dice: a fulano le torturaron así y le quedó esto y esto otro y parece que si no hay huella en la carne ya no cuenta. Hay que romper esa limitación. Los métodos de tortura son muchos pero se describen en pocas páginas, lo importante es lo que le pasa al hombre que las sufre; habría que conocer más el fenómeno para poderlo situar mejor después

181

— Tú relatas algunas de nuestras cosas y el que las oye por primera vez se queda atónito. Me pasó con las compañeras que vinieron por multa. Ya ves que estaban bastante politizadas, que no se puede decir que sean cualquier persona de por ahí que no sabe nada de nada; ya tienen años de militancia. Y ya veríais... Empezaron a preguntar llenas de curiosidad, que les contara. Y yo me resistía —porque ya sé lo que pasa, te lías— pero insistieron tanto que, bueno, empiezo. Y ya llevaba un ratito hablando y veía sus ojos muy abiertos y que se miraban y me miraban y que no comprendían; *"Pero, ¿en dónde dices que estuviste incomunicada?"* Y que cómo era posible que en un coche... Y yo, pues que me llevó uno porque dijo que estaría más cómoda en el Simca aquel, que era el del liberado; estaba hecho una pena, el suelo levantado, sin mandos, la tapicería destripada, arrancado el techo, se ve que buscando algo. Y a mí me encerraron en aquella especie de calabozo, incomunicada —que se me hacía rarísimo ver que metían la llavecita en la cerradura, daban media vuelta y me dejaban en aquel observatorio. Y ella: *"Pero ¿cómo en un observatorio?"* Y yo que sí, porque esto ocurría en el patio de la Comandancia y por allí entraban y

salían coches, los jeeps; todo el trajín de detenidos era por aquella parte. Y veía también cuando les sacaban a la carpintería y el regreso al garaje cuando venían destrozados de la bañera. Y ella: *"Pero, ¿cómo a la carpintería? ¿qué garaje es éste?"* Y que le describiera el lugar, y yo: es que allí durante el día seguía funcionando normal, venían carpinteros y se ponían a trabajar toda la mañana, hacían armarios, arreglaban muebles; por eso estaba todo lleno de serrín y también el zapatero —que en la zapatería estuvimos varios días... Y ellas entendiendo cada vez menos: *"Pero, ¿quiénes eran esos Que iban a trabajar, qué tenían que ver con la bañera, ese carpintero qué hacía allí?"* Y yo: es que la bañera después la pasaron a la carpintería porque a lo primero estaba en el mismo cuarto de baño —que fue después de la visita cuando lo perfeccionaron, con camilla y todo y fue donde una noche Heidi se llevó a ésta, ese día de la borrachera... Y ella, interrumpiendo, sin dejarme seguir, los ojos fuera de las órbitas: *"Oye, repite eso, a ver, que me entere, ¿por qué había una carpintería ahí dentro? ¿quién era ese Heidi? Lo de la borrachera no nos has hablado..."* Total, que antes de empezar ya estaba mareada y arrepentida de no haber dicho que a mí no me hicieron nada, porque tú te olvidas de que el otro desconoce aquello; lo has contado ya tantas veces... Y además yo no sirvo, me embrollo porque la verdad es que es bastante complicado. A lo mejor un día estás de vena y te-sale una escena bordada pero todo, imposible; aquellos diez días son de manicomio... Así que intenta hacer un informe sobre ellos...

182

— Te oigo y pienso otra vez en los testimonios del primer día. No se va a enterar nadie. Hay un momento en que digo algo así: *"Después de la bañera me llevaron a! garaje y ya no me volvieron a sacar hasta que nos trasladaron a la zapatería".* El que lo lea —que se habrá impresionado por la bañera ... porque la bañera es el punto: la tortura clave por decirlo así (y lo es, en cierto modo, no digo que no)— al ver que ya vas al garaje siente un alivio. No sabe muy bien qué es ese garaje pero parece como un lugar de reposo en donde le dejan a uno en paz por lo menos durante unas horas: una tregua... ¿Ves? Y, a lo mejor, es precisamente en ese garaje en donde tú has pasado los peores momentos. Ese garaje era...

Yo, al principio, no me di demasiada cuenta. Una sensación desagradable sí tuve al entrar, una cosa rara al cruzar la puerta, como que reviviera algún recuerdo perdido de la infancia. ¿Tú sabes esas cónsul tas de médicos en las que te dejan horas y horas esperando en un salón destartalado, allí encogidos, apretujados, en donde nadie se mueve ni se atreve a hablar en

voz alta, ni a cambiar de postura, que hay como un temor a llamar la atención... un ambiente forzado, todos a disgusto...? Pues algo así... Pero eso fue sólo al principio, en los primeros instantes, el tiempo de llegar a la banqueta y que me esposaran a la pata. Recuerdo un silencio sepulcral, eso también... Y una tensión flotando, como electricidad y que, a pesar de aquel aparente no pasar nada, muchos estaban alerta, pendientes de mis movimientos —eso que notas, que te siguen... El que me amarró allí me había dicho que estaba prohibido moverse y que contra la pared todo el tiempo y yo, inmóvil, sin pestañear, perdida en aquel trozo de muro lleno de relieves, de pegotitos de cemento gris sobre el blanco sucio y más abajo, casi a ras del suelo, aquel manchón de grasa que tenía la forma del mapa de Inglaterra. No me había dado cuenta aún de nada pero cuando oí quejarse al chico, la mano esa que le daba pinchazos, se me encogió el corazón y ya sí miré y fue como si en aquella penumbra hubiera surgido un cuadro de dolor dantesco. Gente castigada contra la pared, esposada de mala manera, los cuerpos retorcidos, las espaldas dobladas y como un agotamiento de siglos en sus hombros, como si fuera muy difícil cargar con el peso de lo que ocurría.

183

Piernas y brazos se entrecruzaban encogidos: curvas con ángulos de codos y rodillas, muñecas y pies desorientados. Y torsos y puños y gargantas con nudos muy salientes, narices rotas y greñas cubriendo hinchadas caras. Todo un mundo anatómico de magulladas formas, como un estudio del dolor profundo, un muestrario de múltiples bocetos de cansancio, de agonía... Fue de golpe que me pareció comprender: aquello era realmente una sala de espera, la antesala de algo muy horrible en la que era evidente que estábamos esperando turno para alguna consulta excepcional. Empecé a sentir miedo. ¿De qué médico éramos visita? ¿Qué exploración nos iban a hacer? ¿Qué espantoso laboratorio nos aguardaba al otro lado de aquella puerta que de un momento a otro se abriría reclamando al siguiente? ¿Qué experimentos harían con nosotros? Cuando piensas desde el miedo todo es gigante, torrencial, te domina. **La bañera no es nada comparada con el miedo a la bañera**; eso lo sé positivamente, lo he vivido allí, al borde del agua; *"otra vez no, otra vez no"* —eso creo que gritaba...— Pero es todavía la bañera, algo que sabes. Pero todos los horrores conocidos palidecen cuando los comparas con el **miedo a lo posible ignorado...** Y como no podía dominar las riendas de tanto descontrol, para no pensar empecé a mirar con obstinación el bultito blanco de yeso junto al pegote tosco de cemento

oscuro, aquel mundo en miniatura que encerraba espacios infinitos, universos que se me escapaban... Concentrada, los ojos fijos en aquella blancura, intentando no pestañear, perderme. Llega un momento en que estás como hipnotizada... —digo yo que sería esto porque, de pronto, me encontré de pie, varios pasos más allá de mi sitio, en medio de la sala, con la banqueta colgando de la soga en un extremo del brazo y preguntando a voz en grito, horripilada " *¿Qué va a ocurrir ahora?"*

No sé cómo pude hacerlo ni en qué estaría pensando ni de dónde vendría aquel impulso... El de la metralleta debía de ser comprensivo o * estar ya muy acostumbrado a este tipo de reacciones. Se inmutó poco. Me empujó al puesto asignado y soltó la cuerda tan inútil. Ese garaje me impresionó mucho, era algo... Hay situaciones, lugares que te afectan más, no puedes evitarlo, ni tampoco puedes prescindir de tu biografía. Yo soy muy emotiva, cada cual es como es, y yo soy así. A mí 1os atropellos, los sufrimientos colectivos me impresionan mucho, me alteran. La larga espera en aquel banquito, encerrada en la cámara del terror, tantas horas imaginando múltiples posibilidades de aniquilamiento...

Y con aquella humanidad allí, tan injustamente amarrada y tan impotente y con tantas razones en los puños esposados, amordazados todos... Me tenéis que perdonar, yo soy así, no puedo evitarlo... Cada vez que pienso en aquel garaje lloro...

184

— (Lo habréis oído. Dicen que las mantas de la DGS son lúgubres y sucias, malolientes siempre. Que apestan a sudor, a baba seca y a todo tipo de excrecencia humana. Que entre sus ásperos pelos tan oscuros pululan abundantes parásitos al acecho de morada más viviente y apropiada. Que invisibles, millones de gérmenes, portadores de los más terribles y ancestrales peligros, de enfermedades malditas nombradas ya en la Biblia, yacen en espera de fértiles mucosas. Y que, por encima de todo, tapando la trama de la basta tela, brillan el moco amarillo, la baba y el sanguinolento esputo, los residuos del grano que revienta y la legaña y toda secreción que el hombre expulsa y también el gonorreico flujo de la puta callejera. Y es cosa habitual, según parece, encontrar sólidos restos do alimento que algún noctámbulo borracho allí arrojara. Dicen que son mantas asquerosas, que arrastran por los suelos barriendo la basura, que te sale erupción, escena, pústulas terribles, que son, en fin, un enorme peligro. Mantas espantosas. Todo el mundo lo dice. Y, pensándolo bien, con objetividad, desde el

conocimiento científico con énfasis tantas veces apelado, es posible que así sea. No lo sé... Pero discrepo. Son cosas raras que le ocurren a uno, cosas muy raras... Veréis. A mí me bajaban de madrugada, esposada aún, el cuerpo dolorido, y al entrar allí en aquel calabozo casi cueva y ver en el suelo esta manta criticada, tan dispuesta allí, esperando... No sé. Eran momentos un poco especiales, andaba uno muy quebrado... —No creo haberlo comentado nunca, me ha venido ahora, con lo tuyo. Entraba allí, liberadas ya las manos del grillete. Miraba alrededor buscando algo en aquel mundo tan feroz, tan agreste y complicado, perdida en aquella desolación cósmica de hombre acorralado, y me tendía despacio sobre el suelo y me enrollaba con gusto en esa manta y sentía, al hacerlo, un agradecimiento infinito de aquella compañía. Yo no sé, pero discrepo de la opinión general. Son cosas raras, sentimientos que se le fijan a uno. Yo me tumbaba allí, me daba media vuelta, sin asco alguno, os lo juro, sin notar en absoluto esa aspereza. Todo era por fin suave, protector, cálido... Muy dulce. Todo era amigable con ella, profundamente bueno. Y así, dejándome rozar la cara, protegido el ojo del foco cegador de aquella bombilla tan crispante, me iba reponiendo entre aquella mantita que todos despreciaban con ascos y aspavientos —tan querida ya para mí: dulce, suave, piojosa, sarnosa. sifilítica mantita. Tan generosa y amplia, tan larga, con ese color chocolate tan bonito y en el borde esa franjita clara y los flequitos...y la iba empapando con entrañable ternura y recobrando por ella la esperanza. Son cosas, yo no sé... el hombre tiene límites. Ya va para dos años y ahora, contigo, al recordarlo, descubro que la huella es muy profunda...)

185

—A mí me pasó con la colchoneta. Vinieron una noche y me la arrancaron bruscos, de un tirón. Era un castigo. Y yo me quedé llorando amargamente como si me hubieran separado de alguna entrañable amiga y mi hermana me contó luego que sintió un desamparo grande, del que ella misma se asombraba, cuando perdió un zapato...

— Es que ya el hecho de entrar en aquel ambiente te condiciona. En todo ves amenazas, peligros. Llegas con esa tensión, los nervios, que te han detenido en el pueblo, que te han sacado de la cama a punta de metralleta, que ya te han dado las primeras tortas por el camino: Tú estás a la defensiva, esperando que de un momento a otro empiece lo peor. Te has hecho a la idea de que te van a interrogar en un despacho, en una oficina... Pero aquello te desorienta, es otro mundo... El coche se paró en aquella oscuridad y era

un patio rarísimo, como de una casa de vecindad, bastante pequeño. Y lo primero que vi: unos coches con sombras dentro que se movían: ¿qué será esto? —que luego ya supe que una eras tú y la otra el padre de Begoña...(Que mira también el caso de este pobre hombre que va a preguntar por su hija y le agarran y le dejan dentro —que luego nos decían los civiles que cómo teníamos tanto miedo de que nuestras familias aparecieran por allí. ¿No vamos a tener si estamos viendo aquello? A un señor de más de setenta años que tendría. Tres días le dejaron dentro del Morris de la hija y a lo mejor más, porque cuando nos cambiaron a la zapatería todavía seguía allí, esposado, en aquel reducido espacio, con los gritos que se oían, pensando que la hija está dentro... Y luego los comentarios que hacían, cómo se burlaban de él. A la bañera no le llevaron, por la edad... Pero incomunicado de aquella manera, al aire libre se puede decir, con el frío que hacía). Bueno, pues me apeo del coche, el caño en la espalda, veo estas sombras y de lo más alterada: me parecían espías, policías emboscados: una cosa tétrica. Y pasa algo corriendo, un gato sería, y me aparto un poco, tropiezo con unos cubos de basura, se vuelca uno, todo por el suelo y ya el de la metralleta —que debió creer que me quería escapar— me agarra fuerte y de un tirón me lleva al garaje . Y, sin esperarlo, aquel espectáculo. De pena...

186

— A mí este patio también me pareció un lugar siniestro, es lo que tú dices, como ya vas asustada, porque todo el camino me lo estuvieron diciendo, que lo nuestro era muy grave, que era mejor que dijera todo lo que sabía porque ellos tenían métodos y que si no hablaba de una forma hablaría de otra, pues yo ya iba con ese ánimo de a lo peor. Cuando se paró el jeep no veía nada; lo que pasa es que me dejaron esposada mucho rato y la vista se me fue acostumbrando. A Mikel creo que le bajaron en marcha, lo sacaron a empujones y se lo llevaron directo a la bañera —claro, yo entonces no sabía pero ya un poco después comprendí. Vi que lo entraban por un pasillo y que lo metían a la de recha, en un cuarto del que salía mucha luz, y que se encerraban. Y yo viendo el resplandor de la rendija. Y en seguida me lo imaginé: lo van a torturar. Porque eso se nota, hay un ambiente crispado, hostil, mucho movimiento: ya nada más llegar se organizó un revuelo, entradas y salidas, unos que bajaban, venían a mirar, observando todo... o sea, que lo veías, que nos estaban esperando. Y ya se fueron juntando y desaparecieron por donde Mikel. Y otra vez: un vuelco el corazón, *¿* sería la bañera? Lo de la bañera nosotros lo sabíamos porque precisamente

habíamos leído hacía poco un documento que circulaba por Euskadi, una especie de libro y allí se explicaba muy bien en qué consistía y se decía que en los últimos tiempos, desde la coronación de Juan Carlos, o sea desde que Fraga era ministro, este método era el más empleado. Y hasta inclusive habían aparecido muchos panfletos explicándole al pueblo, informando de lo que pasaba. Y ellos me lo decían: *"ya sabemos que decís que os torturamos, ya tenemos ese libro nosotros también y os vamos a hacer todo. La bañera es nuestro mejor chivato."*

— Eso nos lo repitieron a todas. Después de la tortura venían y se jactaban, que ahora ya habían encontrado el arma a la medida de ETA. Que era nuestro peor enemigo, que no necesitaban ni infiltrados ni nada, que ese era el mejor chivato que tenía ETA, el que se lo contaba todo a ellos.

— Pues yo con aquella ansiedad... Y como a los cinco minutos unos gritos horribles que venían de aquella dirección Y yo con el corazón en la garganta y en el estómago unos calambres. Y el que me vigilaba dándome buenos consejos, que sería mejor que contara lo que sabía, que no hiciera tonterías. Y yo controlándome por no saltar y con el oído alerta. Parecía oírse como forcejeo y unos golpes sordos, como cuando se pega sobre un cuerpo compacto, con mucha ropa. Y ya se abre aquella puerta y, de lo más claro, como si estuviera dentro: sonido de agua, el chapoteo aquel que, ahora, ya no olvidaré nunca. Y, de pronto, dos o tres gritos desgarradores. Reconocí su voz. Parecía un animal herido, sonaron de una manera, una cosa biológica, como salidos de las entrañas.

Nunca le había oído así, deberían de estar haciéndole algo muy grave. Y un larguísimo silencio. A ratos llegaba un murmullo, frases sueltas, insultos, chapoteos seguidos de golpes de tos, de hipos, de arcadas. Y otra vez la pausa y luego una sarta de insultos a todo pulmón, de amenazas, de bofetadas sonoras. Esto muy claro todo. Yo temblaba. Creo que nunca he seguido más de cerca, paso a paso, la agonía. Un rato que dejaron la puerta entreabierta empecé a sudar... Aquellos estertores, la respiración angustiosa del que se asfixia, el agua de nuevo. Otra vez a empezar. Y el silencio ¿cuánto duraría? Pensaba que a lo mejor se les había muerto. Yo apretaba todo y procuraba darme valor. Cerraba los ojos y seguía apretando y pensaba que la causa de nuestro pueblo era justa, que muchos habían muerto por ella, que no éramos los únicos y que había que prepararse a resistir. El sudor me empapaba la cabeza y las sienes. Seguía pensando en los compañeros

muertos para que me dieran fuerzas y apretaba los dientes hasta saltárseme trocitos de esmalte y cada vez que me llegaba un grito apretaba más los puños repitiendo: no podrán, no podrán, no podrán, como una obsesión que se impusiera a lo demás y borrara el cuerpo de Mikel martirizado. Alguien me sacudió. No sé cuánto tiempo había pasado así, debió de ser muy poco... Se ve que me quedé traspuesta, como inconsciente. Una cosa rarísima, dormida tampoco, como ausente más bien... Se ve que del miedo, de la angustia, de la impotencia. Bajé como el que va al matadero: había llegado mi turno. Y allí, al entrar en aquel cuarto de baño, antes ya, fue la primera vez que oí la rumba: *"que te estás pasando niña, que te estás pasando".* Por eso, cuando horas más tarde, aquella mañana entré en el garaje y oí la rumba otra vez en el cassette que sujetaba el civil de uniforme me invadió una sensación de extrañeza muy grande, como si fuera una especie de superviviente de un gran cataclismo, uno que regresaba de un mundo desaparecido... y casi ni me fijé en los detalles. Unas quince personas habría, luego llegamos a ser los treinta pero esa mañana unas quince. Hacía mucho frío y me dolía el pie y tenía ganas de dormir. Eso es lo que peor me cayó, no poderme tumbar, que me obligaran a sentar de aquella manera. Miraba a la gente cara a la pared y me parecía un cuadro, no la realidad sino una pintura, todo muy parado, y aquella música de tiempos remotos sonando en el cassette del guardia, indiferente a todo...

— Es que tú entraste en el mejor momento, por la mañana, que es cuando la vida era más normal. Ellos al hacerse de día solían irse a descansar a sus casas o al piso de arriba, algunos dormían a veces allí. Y nosotros quedábamos solos con la guardia, los de uniforme que vigilan, esos no tienen nada que ver con la brigada que interroga, son guardia civiles también pero de menos categoría y ni se enteran de la fiesta, te preguntan que por qué te han detenido, que eso nos pasa por ser malas, unas bobadas... Y como a las nueve llegaba el zapatero, los carpinteros, y allí empezaba el trabajo como en un taller cualquiera. ¿Sabes esas pequeñas industrias que funcionan en los bajos de las viviendas? Pues igual: oía la sierra eléctrica, la máquina de coser, gente que entraba a las oficinas; una cosa que también chocaba... Porque tú estás de aquella manera y te ves rodeada de gente que sigue su vida como si nada, ajenos a ti y en el mismo local en donde te están ocurriendo cosas espantosas y te parece imposible, imposible que la vida pueda transcurrir de aquella manera, como todos los días, cuando tú estás viviendo algo tan excepcional y piensas que sería tan fácil dar unos pasos y

entrar en el ritmo de los que salen y se pascan por allí... Y aunque no quieras te distorsiona aquel contraste... Pero en comparación con la noche es un momento tranquilo. Luego, el momento de la comida que eso no era nada: uno con un cajón repartiendo bocadillos, un poco de membrillo y las naranjas, que era lo único que comíamos porque lo demás solíamos dejarlo en el suelo. Y el rato de la siesta, que mira nosotros qué siesta hacíamos, pero que era el de mayor silencio porque ya los trabajadores se habían ido, en las oficinas no quedaba nadie. Pero a eso de media tarde ya empezabas otra vez a sentir la inquietud aquella, a ponerte en tensión, escuchando. Iban cayendo por allí sin prisa, se asomaban, daban una vuelta por arriba, les oías preparar diligencias, comentarios sobre detenciones que harían por la noche y, poco a poco, se iba calentando el ambiente. Colocaban la goma que conducía el agua a la carpintería, oías como se llenaba el recipiente. Es algo, eso de estar asistiendo a los preparativos de lo que te van a hacer... Como a las ocho o las nueve empezaban ya y era continuo hasta la madrugada. Por eso te digo que entrar a esas horas... , era el momento del gran terror. El terror de lo que están haciendo y el terror de los que esperan sin saber. Así vi yo el garaje: un montón de gente descompuesta, sucia, deformada ; porque ya luego fui descubriendo que muchos tenían la cara hinchada o moratones o un ojo medio cerrado de un puñetazo o que había sangrado...

189

Pero a lo primero... Me volvía loca de las cosas que empecé a pensar, me dije en seguida: aquí nos van a hacer picadillo, de aquí no salimos ninguno, aquí nos trituran. Y con aquel ánimo empiezo a ver una serie de objetos que me llaman la atención, un recelo ... Y eso unido a las sombras en los coches de fuera y aquellas cosas tan raras —porque a lo mejor vas en un estado normal y ni te fijas, pero yo estaba desencajada— unos depósitos pequeños, como bombonas, colgados en la pared de los que salían unos tubos. Unos tubos allí, ¿qué sería aquello? Y un poco más allá un motor y alguien que se apoyaba en él, inmóvil. Y un cochecito viejo de niño y una vaca de esas que antiguamente se ponían encima de los coches para el equipaje y ruedas amontonadas y otro esposado contra ellas. Y yo con una cosa, no podía estarme quieta. Veía todo, no se me escapa detalle y cada cosa un mundo de ideas: lo que podía pasar, lo que no podía pasar, de una idea me iba a otra. A mí ni me ataron ni nada, se les habían terminado las esposas y la cuerda. Y yo en el banquito y que no me podía estar quieta. Me fijo en el pie de uno que tenía a mi derecha, un zapato negro lleno de barro, y me vuelvo le veo con las dos mano atrás sujetas con grilletes; parecía un colgado, la cabeza

sobre el pecho, los ojos a medio cerrar... Y empiezo a hacerle señas y él nada, sin darse cuenta —que ése también supimos luego que lo había pasado muy mal, porque le tuvieron los diez días sin dejarle dormir tranquilo; siempre así, sentado. A él y a otro, los dos así... Y eso en los mejores momentos porque a los pobres los venían a buscar todas las noches, erizaba ver cómo los llevaban, porque ya sabías cómo los iban a devolver, algo... Con ellos ni se sabe lo que debieron hacer... Y yo chistando y él dando cabezadas medio dormido, que ni sé cómo podía en aquella postura. Y yo chistando más fuerte y el de la metralleta detrás, que me callara. Miro . para otra parte y uno sentado en el suelo, las muñecas esposadas por debajo de las rodillas y más allá otro con el brazo en alto sujeto a una cañería y ya voy dándome cuenta de que la gente está esposada a los objetos más raros, a un gancho de la pared, al motor...

— Te amarraban a las cosas más raras. Yo no estuve nunca en el garaje porque cuando llegué, unas semanas después, había muchísima más gente. A mí me tuvieron casi todo el tiempo en un pasillo, justo en un ángulo desde donde se veía perfectamente la carpintería, en frente, puede decirse. Y ahí me esposaron aun tubo rarísimo; luego ya descubrí que era un mástil de bandera portátil pero, al principio, yo veía un tubo encajado en un especie de base cuadrada, y que arriba terminaba con una floritura, un adornito redondo... quién iba a pensar... además se estrechaba hacia la punta, tenía posibilidades de hacerse más largo o más corto, como esos trípodes, que cambias la altura, y eso lo hacía más raro aún, pues junto a este armatoste colocaron mi banqueta, se parada de la pared para que no me pudiera apoyar, y me esposaron allí con el brazo en alto... Fue la primera vez que empecé a pensar en Goya: me vi de una manera tan grotesca que, por encima del miedo que tenía, me superó la fuerza del espectáculo, la extrañeza. No es posible, no es posible lo que veo, no es posible que yo sea protagonista de este cuadro... Eso pensaba. Y me veía en capricho de Goya, sobre un papel, y notaba como si me faltara el capirote.

— (Ese momento en que te desdoblas. Sales de tí y te ves desde el otro lado, a una cierta distancia: grotesco, ridiculizado, escarnecido... y te dices, haciendo por unos instantes abstracción del dolor profundo, "eso he de retenerlo, ése es un instante eterno, irrepetible", y te aplicas a grabarlo con fuerza... Ese momento en que tú estás crucificado en el muro y el funcionario dicta con naturalidad cartas a la secretaria... ese momento en

que estás al borde del agua, se abre la puerta y solicitan la burocrática firma y todo se interrumpe —o sigue, según se quiera ver—. Esos cruces de lo extraordinario y la cotidiana rutina, sólo allí los he experimentado con esa intensidad.)

— En el Simca llegó un momento en que me sentía como secuestrada pero no lo digo tanto por estar allí como por el cerebro: me costaba mucho pensar. Tenía la ventanilla cerrada por el frío... Me daba cuenta de que afuera ocurrían cosas pero las veía a/distancia, como si fueran de un tiempo más antiguo. A mí me parece que lo que me pasó con el de marrón me desencajó... eso es: no encajaba bien con lo que pasaba a mi alrededor; nunca me había pasado una cosa tan rara como aquella: estar viviendo una situación tan terrible y quedarme igual; no me afectaba. Veía que iban y venían llevando *a* personas a los interrogatorios pero lo miraba como una función; ni tan siquiera, porque estaba desinteresada... Sueño, mucho sueño tenía... Y cuando despertaba: aquella extrañeza... Yo creo que fue por la bañera. La bañera fue siempre mi obsesión. Creo que ahí hubo algo. Desde que me lo contaron por el camino, que me lo imaginé, estaba decidida a cualquier cosa con tal de librarme de la bañera; me agarrotaba toda cuando me la mentaban.

Lo debieron notar y sería por eso por lo que jugaban conmigo de aquella manera... La bañera, todo el tiempo con esa obsesión: eso debió ser el origen. Concentrarse en un punto, parece que entonces abandonas la guardia y te dejas en todo lo demás. El de marrón era un santo para mí. De todo lo que pasaba fuera del coche era lo único que me devolvía a la realidad. Cuando le veía aparecer me animaba, una cosa, un vuelco el corazón, el cielo abierto: *"menos mal... hoy me salvo"*. Creía en él, fíjate. Me parecía que era un tipo con palabra, que me había dicho al amanecer *"quédate aquí, descansa. He dado orden de que no te molesten. A la noche volveré" y* que cumplía. Una fe en aquel hombre... Por eso yo no puedo decir que sintiera ese miedo que pasabais en el garaje. Yo sólo tuve horror a la bañera, sólo a la bañera y una gran confianza en el que me salvaba de ella. Quizá por esto al final, la última vez que estuve en el archivo, cuando ya Heidi y los otros se habían divertido bañándome, pude tener el valor de enfrentarme... pero no está muy claro que fuera valor; seguramente es que allí empecé a tenerle miedo a todo.

— En ese archivo estuve yo las primeras horas atada a la pata de un

armario. Ahí es donde ese de marrón quiso también que hiciera gimnasia. Estaba con otro y entre los dos me interrogaban, uno pegaba y él hacía las preguntas y, una de las veces me ordenó hacer flexiones; les dije que aquella manera de interrogar me parecía una tontería, que si me querían preguntar que lo hicieran, pero que aquello no tenía ningún fundamento, que yo no hacía. Y entonces, ese de marrón, se quedó tan sorprendido —digo si se desorientaría al estar delante del otro o que me vio tan decidida y temería que dijera algo. Si él tenía costumbre de abusar de las chicas...que se me acercó con una rabia, una ferocidad terrible y me dio dos bofetadas. A mí me parece que el de marrón era cobarde; les tenía miedo a los demás, quería guardar las apariencias, al ser un jefe... Raro sí me pareció pero miedo ninguno. El miedo lo pasé pensando en la . reacción de mi compañero, cuando supe que lo estaban interrogando, cuando me venía a ver ese tío para que yo intercediera y fuera a convencerle de que sería mejor que adoptara otra actitud, que le hiciera ver que le podían matar si no hablaba... Entonces sí, por él, porque aunque quisiera no podría en aquella situación de acoso, de atropello. Él se expresa mal en castellano, no puede. Con la familia, con los amigos, lo ha hecho siempre en euskera, no sabe de otra forma y yo sabía que eso allí era lo peor. Sufrí mucho. El me lo había dicho: "si un día me detienen o en euskera o en nada". Sabía que se callaría como protesta, por la injusta detención de ahora y por todo lo demás. Le imaginaba aguantando firme, doblado, sangrando, reventado, de todas las maneras posibles... Pensaba en su infancia de niño aterrado que no encuentra en la escuela la palabra, de niño acosado en los caminos por siniestras parejas de guardias que le obligan a repetir preguntas en lenguas extranjeras. Pensaba en su biografía tan llena de ultrajes profundos. Sabía que se negaría a hablar aunque le mataran. Sufrí mucho; mucho horror pasé pensando en su cuerpo destrozado.

— La espera en el garaje aquel... te consumías en inútiles esfuerzos por no pensar y pensabas más que nunca. Te quemabas imaginando.

— Ningún detalle se te escapaba. Desde que oscurecía empezabas a poner atención, como si lanzaras antenas muy sensibles, y así horas y horas.

— Te parecía que eras el centro de los peligros, que estabas cerca do, que los demás no existían, que tu amenaza era la más importante. ¿Cómo pude ofuscarme de aquel modo tan egoísta, primitivo, animal, imperdonable?

—Apretados estábamos de miedo temiendo a que vinieran por alguno.

—Te parece que oyes tu nombre, que los que llegan hablan de tí, vienen a buscarte. Los oyes: por el pasillo se acercan y lo dicen, que a tí te toca el turno —el nombre y los apellidos, lo oyes bien— irás a la bañera. Ya están en la puerta. La abren y llaman a otro: ah, qué alivio.

— Da vergüenza confesarlo... Te rebajan de tal forma guedejas de ser tú. En muchos momentos llegué a desear con todo el alma que detuvieran de una vez al que buscaban. Yo no sabía quién era pero me decía: *"que lo cojan ya de una vez y nos dejen en paz".* Eso fue después de lo de Heidi.

— De pronto se oyó el motor del Jeep y las numerosas pisadas del grupo que bajaba y las órdenes y el revuelo tan conocido de los nuevos detenidos y cómo a empujones los entraban para el fondo. *"Menos mal*

-pensé-; ahora se ocuparán de ellos." Y me quedé adormilada, con muy mal sabor de boca y un desprecio profundo por mí misma...

- Es lo peor que te puede pasar en la vida: volverte lo contrario de

lo que eres. Yo no era yo. ¿O era que con el miedo me salía la otra parte de mí, la que llevo oculta y menos enseño? Llegó un momento en que estaba dispuesta a firmar lo que me trajeran, no tenía escrúpulos en decir que había matado a dos, a tres, si eso era lo que querían... Lo importante era acabar con aquella situación. Fue una suerte que no me hicieran entonces el interrogatorio.

— Veías que le pegaban a uno y tu te quedabas callada. A lo mejor, incluso, sonriendo de pánico... Y te decías: qué guarra soy, tendría que intervenir de alguna forma, darle ánimo al otro con la mirada, siquiera esto. Pero te callabas cobardemente.

— Yo luego me amargaba recordando lo que llegué a pensar.

— Te sientes en falta por la conducta de estos momentos y, cuando reaccionas, que te recuperas, te parece que has caído muy bajo, que no eres nadie, que no mereces la amistad, la confianza... Y eso mismo te de prime y te hunde más y llegas a la situación de la chica ésta que tú decías, que de pena que le dio todo, quería suicidarse.

— Yo oí a mi hermano pequeño, trece años tiene, gritar en la bañera: sus lamentos, su voz de adolescente. Vino uno y me dijo: *"¿Ya lo oyes? Nosotros no mentimos".* Y lo oí, en efecto, durante mucho rato, era su voz, sin duda alguna, y fue el derrumbe —un instante sólo—, la desolación más infinita. Y hasta luego no supe, pasados los diez días, que era una forma de coacción, que jamás le habían detenido.

— A veces es tanto el miedo, tan angustiosa la espera, que deseas que te llege el turno cuanto antes. Qué cosas...

— Allí vivías el antes y el después: todo pasaba fuera de aquel presente. Recuerdo que, de pronto, se abrió la puerta y eran dos que traían a uno sujetándole por los brazos, medio desvanecido. Tenía la boca desencajada y echaba abundante sangre por la nariz y se lamentaba muy bajito: *"madre mía... madre mía..."* Se pararon unos instantes dudando y, cuando ya se decidían a entrar, se oyó fuera una voz que les gritaba: *"Ahí no, ése al calabozo, incomunicado".* Les vi retroceder —la respiración contenida— y cómo desaparecían, jovencísimo el chaval, arrastra do y llamando a su madre, de una manera...

— El de la cicatriz... No sé si os acordáis: uno con una cicatriz larga en el cuello, hasta casi el pecho le llegaba que llamaba mucho la atención... Ese chico lo conozco. Es de un pueblo vecino. Le operaron de la tráquea y no podía aguantar una cosa así, imposible; si con el aire ya tiene dificultades... Cuando le vi pasar me quedé impresionada. Ya le habían metido, venía lamentándose de esto, de que para él la bañera era la muerte, un crimen... Y lo decía en una voz casi imperceptible, ronca, como que saliera de alguna caverna... y con tales esfuerzos... que espeluznaba.

— De pronto oímos un grito, algo que nada tenía que ver con la bañera ni con ningún otro grito conocido: la viva respuesta, inmediata a algún dolor agudo, insoportable, más allá de lo imaginado —tal vez la marca al fuego produzca un reflejo así—, un grito feroz, salvaje, de ancestrales dolores, que se prolongó tenso, por encima de todos, como una espantosa amenaza. Yo digo si sería el chico al que dijeron que le habían retorcido los testículos.

— Tortura sobre tortura, no sabías dónde meterte, cómo escapar. Cuando presentía que se iban a llevar a alguno, no quería enterarme: cobardemente cerraba los ojos. Luego, cuando una hora, dos horas más tarde, lo traían ya no servía de nada negarse a ver: la tos, la respiración... Si hubiera sabido cómo cerrar los oídos...

— (Hay noticias en la Prensa, tan chocantes, que rebasan la capacidad de indignación. *"Son excepciones, puede que se dé ei caso aislado. Pero en España no se tortura", he* leído en alguna parte. ¿Dónde poner ese garaje entonces? ¿Dónde encajar lo que os he oído tantas veces y de tan múltiples formas relatado? ¿Ese garaje que a todas horas ya me envuelve y me obsesiona, me extasía casi, me mueve y me deja ahí parada en el quicio de su

puerta contemplando...? Ese hueco tan poblado un día, del que hoy sigue en mí el recuerdo, esa estancia de miedo saturada que aún habitan extrañas formas, como si de tanto miedo los hombres se hubieran quedado en ella consumidos: inmóviles de pronto, en el asignado lugar de Ja terrible espera, en miedo condensados, conservando las formas retorcidas de sus cuerpos en mineral convertidos. Ese extraño museo surgiendo al pronto, así, sin esperarlo... como si el hombre allí encerrado un día hubiera sentido un pánico de muerte —un cósmico pavor— y, tan acosado —hacia adentro impelido: la huida al exterior cortada— , hubiera intentado desesperadamente escapar de alguna otra manera aventurada. Y allí, concentrado en su adentro, se hubiera convertido en fortaleza, en objeto animalmente invulnerable, en talla que impresiona. Su cuerpo al objeto encadenado, hecho un todo, un conjunto: amalgamado a la goma de la rueda, al metálico motor fundido, *a* la silla amaderado, en los muros en retablo convertido. Como si en las paredes hubiera ido apretando con potencia de horror que a tanto llega: su cuerpo presionando, penetrando en el muro lentamente, haciéndose oquedad, incrustado allí como un bajorrelieve del espanto. Labrados en la piedra sus cobijos —múltiples formas de hornacina en poliedros diversos— como antiguas tumbas de partidas tinajas. Y lo veo también en pictórica forma realizada en carbón, tiznados los diseños de negros y grises y alguna mancha roja, muy leve el colorido: Proyectados todos en gran mural de inmensas proporciones: caras rotas, desencajadas mandíbulas, rostros sucios cubiertos de manchones, pieles grises, amarillas, blanquísimas y extrañas: azules, moradas, rojas —muy tenue el color, diluido en los líquidos que emanan el sudor y la sangre y el llanto allí vertido. Y nada de estallidos. Todo condensación: envuelto el cuerpo en hilos de maraña de tanto pensar y repensar soluciones imposibles. Un mural al miedo vivido allí, en la espera. Estampados los veo, no arrojados, ni estrellados allí por expansión alguna, penetrados, empapando la materia del cemento. Es el mural de la espera previa: la espera de las múltiples esperas de los largos diez días en ese garaje: el gran dolor de nuestro pueblo heroico en un instante cogido, hecho huella en la carne en algún rincón de mi desconocido cuerpo. Así la llevo, varada para siempre, en museo convertida, aquella estancia en donde oigo también una cantata de tenues lamentos: de tronchadas ideas que cuelgan, devueltas por el techo impenetrable, mustias lianas, selvática espesura de lamentos cayendo sobre este garaje en el que, según dicen los que en él estuvieron, hacía mucho frío.

Ese garaje al que un día he de ir a cerciorarme de que tiene geográfica situación en aquella casa y una puerta corrediza, metálica y muy verde.)

195

— En el pasillo, en cambio, era lo contrario: no cabía la imaginación. Era todo demasiado concreto, la imaginación tenía poco que hacer allí. No se trataba de lo posible sino de hechos que estaban ocurriendo en presente, que ves, que oyes, sobre los que no te cabe ninguna duda. Testigo a la fuerza, amarrada al tubo y desde aquella banqueta allí colocada, no tenía más remedio que asistir a los pormenores de los múltiples interrogatorios, careos, escenas grotescas y demás vejaciones. En horas . aprendes lo que en años no puedes explicar. Al llegar la noche se producía la gran transformación. Ese cuarto tan artesanal durante el día, en donde los carpinteros construían modestos anuarios para las familias de los del cuartel, se convertía en cámara de horrores. Cobraba una vida infernal. Se encendía la luz neón y ya sabías que era el comienzo. La rendija a ras del suelo impresionaba; en aquella penumbra quemaba la retina. Y cada vez que se abría la puerta y aparecía el cortejo rodeando a la víctima, insultando, arrastrando a empujones a la hermana, al novio, al compañero y veías el racimo en sombras recortado, sentías que se te acortaba la vida...

196

Tenía también una escalera delante y recuerdo que vi un pantalón conocido. Bajaba enfundando torpes piernas y otros pantalones con más soltura detrás. Pero el pantalón aquel... Vivía. No estaba muerto, no lo habían matado. Vivía, estaba vivo. Fue una de las emociones más grandes que tuve en los diez días. Era al principio. Hacía pocas horas que me habían sacado de la primera bañera. Me lo habían afirmado otra vez, que lo habían matado de un tiro: él intentaba escaparse en el momento de su detención y le tuvieron que disparar. Al principio tú dudas pero es tan verosímil; con tanta frecuencia muere gente por las calles así en estos últimos tiempos. Desde que entré no hacía más que buscar con la mirada, escrutar rincones... pero nada. Ni rastro de su voz ni de su presencia: nada, un angustioso no encontrar... Y, de pronto, aquel pantalón arrugado, familiar y, temblando: vive, vive —esa alegría del resucitado que aparece, ese salto de la noche al día. Y al instante, el pie en el último escalón y que tuerce a la derecha y se hace sombra recortada en el racimo aquel de los que como cuervos le encercan hacia la carpintería. Y seguido: aquellos gritos horribles que estallan —conozco muy bien los distintos matices, su significado—, que te erizan, que son previos aún a lo que va a ocurrir, que tienen mucho de

súplica y protesta a la vez, en los que aún hay algo de esperanza, del que cree en el otro —humano al fin— que puede con lamentos detenerle, cortar de alguna forma. O aquellos otros que, siendo apelación, por la gran resistencia que ofrecen, indican que ya es cosa conocida, insoportable. Y distingo las múltiples formas de insultar y sus voces, a quiénes pertenecen cada una y las maldades que encierran. Y sé percibir los instantes que preceden al hundimiento y cuándo dirán basta. Y aquellas pausas del estar ya dentro —álgido instante colgada en el vacío que en mí, allí fuera, se hacía interminable. Contaba, los pies agarrotados, contra el palo apoyada, los instantes en número de orden y, a veces, al cien llegaba y hasta el doscientos —que piensas con alivio: ojalá se les haya desmayado. Hay quien va más allá de límites previstos: ¿un ataque al corazón, tal vez? Yo los seguía, instante a instante, conteniendo con ellos la respiración, como queriendo hacer un gesto solidario. Y, de golpe, esa espectacular salida en chorros escurrido, salpicando, como el gran pez que de un tirón arrancan del agua. Y el regreso de quien recobra un poco de su elemental medio y lo traga a bocanadas y se agarra a la existencia —pese a todo, vital, tan necesaria— y se defiende con tos, con espasmos de asfixia y estertores; que gesticula y se estremece expulsando enormes gotas y les moja y les empapa y les obliga a ser parte —*"cabrón, hijo puta, que me meas"*— y se lamenta, pero ya de otra manera, de regreso... sin aquella desesperación, más agotado, en lo que expulsa en fuente convertido, el agua por los ojos, por la nariz, por las orejas, por la boca. Y recurriendo a esfuerzos más profundos, que la misma náusea facilita, pone a girar el mundo y los objetos dan vueltas vertiginosamente y acaso consiga el mareo total, la caída profunda en el vacío-breves instantes— del que tendrá que recobrarse a fuerza de patadas. Y tú allí, testigo, siguiendo aquello que no termina nunca y cómo vuelven a empezar. Y así hasta doce, quince veces, lo que consideren necesario para la obtención de perseguidas fórmulas que a veces se demuestra que ni existen.

197

Lo oí en cierta ocasión. No puedo precisar bien el momento. La voz sí, inconfundible: la del que presencia sin tocar, tomando nota, dirigiendo. Clara, autoritaria, de preocupación inclusive por algo que no es reglamentario: *"Sacarte, que se asfixia".* Como una tenaza la oí y a los instantes un colérico: *"Fuera he dicho"* del que ordena y no consigue frenar el ciego impulso. Y al pronto, la camilla al posarse y luego el peso muerto del cuerpo en el suelo y la agitación de los que se han excedido en el juego peligroso. Y las carreras, nerviosos, buscando el remedio y el traslado. Debió

de estar muy mal porque, en el piso de arriba, mucho tiempo después, se seguía oyendo un ir y venir característico, de atención burocrática, de rutinario arreglo. Nunca supe más de él. Yo veía sólo el presente, ya os lo he dicho, la pequeña historia de aquellos momentos. *"La encadenan para que vea",* habría escrito Goya y dibujado mi estampa: la muñeca al palo con el grillete unida, el brazo levantado, la mano abandonada en el vacío. El mástil sin bandera —extraño símbolo inquietante— y el resto de mi cuerpo allí sentado, grotescamente erguido en aquel observatorio tan particular.

— El cansancio llega un momento en que es lo peor. Te sientes como borracho, flotas, no te das cuenta de nada... Yo estaba así a los tres días; conque esos dos chavales que los tuvieron diez y esposados de aquella manera con las manos atrás y siempre en la misma postura, ya puedes imaginarte... El de junto a mí estaba como drogado, no atendía a nada, había que cuidar de que no se cayera. Se tambaleaba en la silla hasta que daba con una postura más estable. Entonces cerraba un poco más los ojos, traspuesto, y ya venían a llamarle la atención. Era una orden especial para ellos, un castigo. El otro era mucho más joven. A ése el castigo fue dejarlo mojado y que se secara a su aire. Todas las noches los llevaban a la bañera y, no sé por qué, a éste le dejaban mojado y le entraba esa espantosa tiritera, esos temblores de reacción de todo el cuerpo, que si no te arropan puede darte algo. Se lamentaba mucho de frío, y un frío de muerte, decía con la voz esa ronca que te queda después. A él le hicieron lo del submarino; una de las veces lo traían diciendo esto, que no servía para submarinista.

— La broma del submarino estoy segura de que la empezaron por las bombonas de submarinista del garaje, cuando Heidi nos asustaba con ellas. O por los buzos que nos hacía poner a las mujeres. Cualquier pretexto les sirve para montar un número. Eso es lo que a mí me da más miedo.

— Pues por eso yo corrí a esconder la bandera ese día. La vi nada más entrar: una bandera española —debería de ser de los desfiles o la que pondrían en el balcón los días de fiesta, yo no sé, y en seguida, como una luz: hay que esconderla. Porque después de lo que ya había visto la noche aquella de Heidi me dije: este tío cae ahora por aquí y lo mismo coloca la bandera y nos obliga a besarla de rodillas y organiza un número. Es que llegas a hacer unas cosas... ya ves: quitar de en medio todo lo que podía llamar la atención... porque las noches de allí no sabías nunca y ellos se divierten así, daba miedo. Entonces yo veía un trapo: fuera. Veía zapatos

alborotados; a ordenarlos. Había naranjas: las escondía en un rincón. Para alguien que me hubiera visto sin saber, yo actuaba como una loca y, sin embargo, aquello era muy importante. A vosotras ahora os hace reír pero era trágico: ¿tú sabes lo que es eso de que en cualquier momento se pueda organizar allí un teatro?

— El número de los submarinistas también me lo hicieron a mí. Vinieron a buscarme al pasillo. Y que si era muy joven, que si tenía unos ojos muy azules, que si se me veía débil pero que a lo mejor no le tenía miedo al agua. Que si me gustaba lavarme la cara, que si lo hacía a menudo, que cómo me gustaba: fría o caliente, pero que no me preocupara, que ellos me la iban a lavar bien. Todo eso con risitas, bromeando entre ellos, en lo que íbamos al váter en donde me dieron el buzo y que me pusiera para probar. Era una especie de mono de trabajo, completamente mojado y pegajoso de serrín, muy grande. Me bailaba todo el cuerpo en él, el pantalón me arrastraba y las mangas me cubrían las manos y cuando aparecí de aquella forma delante de ellos empezaron a decir que con aquella facha yo no podía ser submarinista pero que, de todas maneras, iban a probar porque tenían quedarme la oportunidad, que ellos no excluían a nadie, oportunidad para todos, que eso era la igualdad. Pero que como era débil iban a celebrar una reunión para deliberar qué era lo que podía hacerse conmigo.

Fue así como empezaron a formar un corro a mi alrededor, siete u ocho serían, y uno se dirigía a los demás cantando —esa tonadilla tan chabacana que cantan aquí todas las putas en donde alguien pregunta: *"qué se puede hacer con la hija del alcalde" o "con los chorizos de no sé quién"* y el coro va diciendo diversas cosas, algo...— pues con esa música empezó a cantar: *"Qué se puede hacer con la chica de Donostia"* y lo repitió una vez más y los otros, a coro, muy ceremoniosos también: *"Hay que bañada, hay que bañada"...* ¿Comprendes lo amorfo que es todo? Yo estaba tan pasmada de lo que veía, de asistir al espectáculo aquél, que no sentía miedo c, por lo menos, mi miedo era inferior al asombro. Pensaba que era una lástima no poder rodar la escena. Son situaciones que no se repiten; las caras aquellas del coro, la estupidez de sus expresiones, el vacío: una cámara para filmarlo, esa es una de las cosas en que pensé y también ese contraste entre lo trágico y lo grotesco, como si muchos momentos importantes de la vida llevaran dentro una parte risible que lo convertía todo en esperpento... Y, desde luego, no podía evitar la continua vuelta a los apuntes goyescos: *"Ahora juegan con*

ella". Y ellos, mientras, riendo cada vez más, que me acercara, que me tumbara en la camilla, que antes me iban a envolver en un colchón de goma espuma porque había que tomar todo tipo de precauciones, que ya era la prueba. Que si me gustaba la natación, que allí tenía oportunidad de salir profesional si me aplicaba, que por el momento ya llevaba la escafandra y el chaleco salvavidas, que si pasaba sin impedimento la primera sesión me darían las gafas y ya pasaría al segundo grado y que, si salía también victoriosa, me darían las aletas y que, con todo esto, ya podía ir a la prueba final en donde me entregarían el carnet. Sería ya submarinista. Y esto recitado en lo que sujetaban mi cuerpo acolchado con las correas y me levantaban hasta poner mi nariz al borde del agua, toda yo en un plano inclinado, como un barco esperando su botadura. Fue un momento muy especial. Sentí una gran tranquilidad, una paz infinita, como si estuviera fragmentada en dos y me preocupara más la pregunta del porqué de aquello que la angustia de la asfixia. La extrañeza era mayor que el miedo. Me veía en parihuelas, rodeada de inquisidores: *"Ahora la bañan".*

200

— (Es otra vez la repetida sensación de desdoblamiento, de estar a la vez aquí y a mil años de distancia viéndote desde fuera: observando el fenómeno con crítica extrañeza. Decirte: ¿Cómo es posible? y apasionada por lo que ocurre: seguir la gran aventura que estás viviendo... Y en lugar del horror, respuesta coherente, sentir perplejidad y ese paso de frontera: que cruzas la línea divisoria del espanto, el *"ya no importa"* que tanto tranquiliza... y la paz infinita, que tú dices, que te hace mirar con fijeza al que te apunta —la noche aquella en el gran despacho de los Jefes, cuando se abalanzó dispuesto a estrangularme y luego sacó el arma con aquella decisión—, el seguro quitado, la pistola en la sien y jura que va a acabar contigo —y sabes que es posible— y le sigues mirando, y es verdad que no te importa, que has dado un salto, que estás en otra orilla ya, rebasado el miedo, viéndote en el justo encuadre de la Historia, como un personajillo más, diciéndote: esto es lo que decían, se confirma, y fijando la escena para juntarla un día al voluminoso dosier que in formará del asunto).

—Yo, mientras estaba en el patio y le oía a Mikel gritar, no podía imaginarme nada de esto. Sabía que estaba en la bañera, le oía con aquella voz desgarradora y pensaba que lo matarían, eso sí. Que nos matarían a los dos, pero nunca aquel carnaval. Así que a partir de la rumba y de lo que vino después yo me quedé que no podía hacerme una idea de cuál era mi situación, completamente desconcertada, no podía pensar, actuaba por

impulsos y en cada momento, sin poder planificar el día siguiente o lo que sería mejor hacer...

— En cambio a mí me pasó lo contrario. Desde el primer momento me di cuenta de que aquello era una locura, de que allí iban a volvernos locos y de que había que preparase. Seguramente influyó el estar viéndolo todo desde el pasillo, el poder seguir más en conjunto lo que pasaba, tener un poco la clave, el entramado. Después del submarino y las cosas que vi en las horas siguientes, ya me bastó. No quiero decir con esto que no me afectara, me afectó mucho, pero de otra manera; ya no me cogió tan de improviso lo demás. Yo pensaba que si desde el primer momento no me dejaba coger por aquella atmósfera era ya una gran ventaja: podría por lo menos resistir más días y eso fue lo que traté de hacer, comprender a la gente que tuve cerca... Pero es muy difícil explica" lo que se siente... Recuerdo una chavalina jovencísima. Estaba aterrorizada de lo que le habían hecho y lo que pasaba a su alrededor y por mucho que me esforzaba no conseguía que me prestara atención. Yo le explicaba, tratando de reír con naturalidad, que aquello no era ningún cataclismo, que era *"normal"* en la Comandancia, que no era nada particular en contra de nosotros, que siempre lo hacían así, que tampoco era que nos hubiéramos trastornado... Y, de pronto, me di cuenta de que yo, con mi sonrisa, tal cual estaba —esposada en aquel butacón, una muñeca en cada brazo y tratando de quitarle importancia, era un motivo más de terror. Vería aquel cuadro y pensaría: un nuevo peligro, una que se ha vuelto loca.

— Es que con sólo ver las caras de los que aparecen por allí al llegar la noche ya impresiona. Parece como si los hubieran juntado adrede para producir efectos especiales. Son como tópicos. Me doy cuenta al hablar de ellos, al describirlos, de que parecen inventados. Da la impresión de que los eligen así para dar miedo. El Repelente —ése que llamaban el Verdugo de Sevilla—, El Botitas, Heidi...

—Heidi es ya un caso muy especial; no tenía más que abrir la boca para darte cuenta de que algo no le funcionaba, era un infantil. Hacía como que imitaba lo que él se figuraría que eran los niños, una tonadilla al hablar, italianizando las palabras, unas ñoñeces... Chistes de lo más burdo, haciéndose el gracioso. Nosotras le empezamos a llamar Heidi porque siempre estaba cantando osa canción —de todas maneras ellos se llaman, delante de nosotras, con nombres falsos: Iñaki, Aitor...— y por aquellos juegos de palabras de débil mental. Un día con los tubos esos de los aparatos de submarinistas montó un número... Como si no hubiera visto nunca un

objeto parecido, le daba vueltas *."¿Esto es un tubo o un tubillo? Hay muchas clases de tobillos: el tubillo de meare, el tubillo de andaré...* —y se tocaba la pierna, su tobillo— *eso si'que tiene gracia: el tubillo de meare, la picha de meare... el tubillo de andaré, picha de andaré no hay..."* Ya por esto te puedes hacer una idea y, luego, al despedir, siempre la misma sandez: *"Bueno, hasta güevo, digo, hasta luego".* ¿Te das cuenta en qué clase de manos estábamos...? Yo con ellos, con ese grupo en que iba siempre Heidi, pasé momentos muy malos porque le veía como al loco. ¿Esa idea que te han metido desde pequeña de que el loco es un descontrolado que te ataca? Pues así.

— Es que no puedes imaginarte lo que era cuando se excitaba. Hubo una noche —la primera vez que le vimos, que apareció de madrugada, cuando ya se habían terminado las sesiones de bañera y parecía que ibamos a poder descansar— que fue de locura. De repente se abre la puerta y cuatro individuos que no habíamos visto nunca, con un aspecto de lo más siniestro y los ojos inyectados en sangre, que en seguida vimos que andaban cocidos, que habían bebido mucho. Y Heidi que entra dando palmadas y diciendo que ya está bien de descansar y que nos pongamos de pie porque allí no duerme nadie. Nos quedamos sin reaccionar: una cosa como aquella, tan inesperada —pero como siempre estabas temiendo pues, en seguida: ¿qué habrá ocurrido? Algún accidente, alguno al que le ha pasado algo... —Y se dirige al que estaba en la rueda, y una torta, y a otro: *"He dicho que a levantarse" y* una patada al motor. Y todos empezamos a colocarnos, pero como nos movíamos despacio debido a la postura y al cansancio, él ya se había agachado y le echa una naranja a la cabeza al de mi lado y sigue recogiendo naranjas y pieles y nos las echa y cuando no le daba a alguien repetía para hacer puntería y los que iban con él lo mismo. En un segundo organizaron una guerra. Nos llovían proyectiles: bocadillos enteros, mendrugos, trozos de membrillo que se estrellaban por las paredes y todo entre grandes carcajadas, insultos, órdenes. Y, sin darnos tiempo a pensar, le da como un arrebato: se dirige en carrerilla hacia el coche de niño y coge un tambor de gran tamaño, un tambor de esos que suelen tener en los cuarteles, con la bandera española alrededor y unos adornos, y, como poseso, se lo cuelga al cuello, se quita un zapato, lo agarra por la punta y, con el tacón, empieza a repiquetear con un estruendo ensordecedor: que era hora de formar, que nos pusiéramos firmes, que iba a pasar revista... Yo no me atrevía a mirar a

nadie; pensaba que nos iba a ocurrir algo terrible, que se iba a armar algo gordísimo, porque los veía cada vez más excitados —a los otros no tanto, ellos estaban más en segundo plano, riéndole las gracias—.

202 Estaba petrificada, tratando de no llamar la atención, de que no se fijara en mí... Y descubre los depósitos de la pared y nos mira, pasa revista a su alrededor, descuelga los tubos, empieza a decir que huele mal, que hay que desinfectar aquel local, que hay demasiados insectos que le molestan, suelta el aire y nos enchufa, acerca el orificio a las caras con un ruido... Me alarmé muchísimo porque, en aquellos momentos, lo que menos te imaginas es que sea oxígeno. Piensas más bien un peligro de otro tipo, porque ya estás desquiciada... Desde que has entrado allí te ha parecido todo muy raro y todo lo ves nial. Piensas en gases mortíferos, en cámaras de gas, en los nazis, en las duchas aquellas... Empiezas a asociar ideas, tienes conocimientos de cosas que han ocurrido y como sabes que son los mismos perros con otro collar, pero los mismos, y tú estás viendo aquellas atrocidades, que todo es posible, pues a mí me pareció que era el fin y solté un grito y fue cuando uno de los que venía con él se me acercó y me dijo que me tranquilizara, que era una broma, que ese Heidi era medio loco —e hizo un gesto con la mano— pero que no nos iba a pasar nada. Lo cual me dio aún más miedo; me contuve, pero con unos nervios por dentro ... Cando volví a mirar ya había dejado los tubos tirados por allí, colgando, y estaba delante de uno de esos chavales que te hemos dicho que no se tenían de pie, y a gritos le decía que cantara el "Cara al sol". El chaval no debía entender, le veías con los ojos medio cerrados, prestando mucha atención pero sin decir nada, medio sonámbulo. Le dio una torta y entonces se quejó de que no sabía aquella canción, que no podía cantar lo que no sabía... —y era verdad que no debía saber, ninguno de nosotros sabe ese himno—. Nosotros mirando, aterrorizados, a ver en qué paraba, qué desenlace tenía aquello ...

203 Y Heidi, comprensivo, cambia de tono y le dice riendo: "Canta la Dolores, la de Calatayud". Y hubieras tenido que ver la rápida reacción del chavalín aquél, como una flecha, con la mirada perdida y de lo más veloz, como un autómata: "Si vas a Calatayud pregunta por la Dolores —se para unos segundos, el tiempo de coger aire y como una máquina, del miedo, seguramente, vuelve a empezar. Lo repite dos veces y se para, angustiado. Y Heidi, que siguiera. Y el chaval: "No sé más". Y Heidi, que tarareara. Pero es que no puedo explicarte porque era una escena que ni en el circo, una

payasada grotesca, pero tampoco; esas cajas mecánicas tal vez en las que hay una escena dentro de una vitrina, que echas una moneda y se pone en marcha y que todos los movimientos que hacen los muñecos son absurdos, sólo por el gusto de ver el funcionamiento, una cosa muy vacía, algo así, absurdo... Un cuadro de locura: Heidi, con el tambor de la banda colgando al cuello, el zapato en la mano izquierda y la otra preparada para arrearle al chaval, como un Don Nicanor furioso... Y el chico allí, con aquella pinta de desenterrado, de darle todo lo mismo, de estarse diciendo: ya no puedo más, que acabe cuanto antes... Tenía lágrimas en los ojos, eso me parecía, pero a lo mejor eran las mías, porque ahora te lo cuento riendo, son cosas que después hacen reír, como si descargaras lo que has pasado, pero entonces era de llorar. Tenías que haberlo visto: teatro escalofriante, una escena de folletín, pero tremenda, porque los que venían con Heidi se habían acercado y le formaban corro y alguno coreaba silbando ... Y el chaval con las manos atrás, esposadas: le veía de perfil: un colgado parecía, con aquel balanceo, a punto de caerse, resistiendo, y cuando se calló, que ya dejó de tararear —como si se hubiera acabado la cuerda de la maquinaria— yo me veía animal, un animal de circo, algo muy raro, ensayando, sin público todavía y pensaba... pero, ¿veis? Es imposible, imposible contarlo porque o te ríes o lloras y no es eso, era muy distinto, a eso me refería al principio, que hay momentos que son indescriptibles, porque es verdad que te reías pero de otra manera y llorabas de otra manera también, algo muy profundo, que no he sentido más que allí, descubrir que la realidad encierra todo esto a la vez que... Porque al instante siguiente vino ese gesto de la risa que nunca olvidaré, que ya es diferente a lo anterior, que fue cuando Heidi se dirigió a ésta —porque estaba muy seria— y le dijo que si no le hacía gracia lo que ocurrió, y si la ves... igual que un payaso, formó una mueca terrible: como si sacara una gran dentadura postiza, de anuncio, y las comisuras nunca las he visto tan subidas, los labios tensos, como en semicírculo, igual que la máscara de la comedia, esas del teatro griego, pero con dentadura. Daba miedo aquella mueca de exagerada que era... pensabas que se iba a dar cuenta de la astucia. Pero allí tenía que ser todo así, espectacular; si no nadie te entendía, eso lo experimenté muchas veces en los diez días... Y a Heidi le pareció muy bien porque siguió y se me acerca...

Dios mío, si ves el gesto tan fingido de mi boca y la expresión entera de la cara; de enorme diversión, de felicidad. Y un daño los músculos, aquel esfuerzo por mantenerlos estirados, del que lo pasa muy bien porque todo le

hace mucha gracia... Pero ni se fijó, pasó de largo y se para donde ésta y forma todo el lío del palo.

— Viene, mira hacia el chico que dormía un poco más allá, se ríe, me vuelve a mirar y me dice: "Ya te he buscado trabajo. Vas a vigilar que éste no se duerma." Dejó el tambor, se calzó el zapato y cogió una tabla que estaba contra la pared —que luego supimos que era de una puerta que hacía unos días la había roto a alguien en la cabeza—, me la dio, y que cuando viera que el otro se dormía, que le golpeara. Entonces yo tuve un reflejo muy rápido, una cosa que me salió, inmediata, sin pensar —porque si lo pienso, desde luego, no lo hago, yo misma me asombraba después de haber sido capaz...— le dije que no hacía aquello. Y, ya ves, se enfadó, pero de la manera más imbécil; que me fuera a un rincón, contra la pared, detrás de unas tablas y que no me quería ver en toda la noche...

— Y nosotros esperando a ver por dónde salía. Y fue cuando formó esa máquina. Se trajo al que tiritaba siempre de frío, que no le daban manta después de la bañera, lo colocó cerca del que dormía —fíjate cómo debería de estar para no haber reaccionado con todo el escándalo y cómo le vería Heidi para no obligarle a levantarse—, le puso el palo en las manos esposadas y que se apoyara en él, como el que sujeta una estaca. Y empezó a dar gritos de júbilo, a decir que ya, con aquel invento, se podían ir tranquilos, que ninguno de los dos se dormiría; estarían despiertos porque si le vencía el sueño, al inclinarse hacia adelante, le daría con la punta del palo al otro que, cansado como estaba, se despertaría también y, enfadado, le llamaría la atención... Y así, vociferando como un monstruo, diciendo que aquello era la vigilancia en cadena, una máquina genial, para mantener despierta a la gente, entre risotadas y groserías, con la grotesca despedida de "hasta güevo, digo hasta luego", se fueron, lo mismo que habían entrado, sembrando el terror.

— Todo esto es lo que, por más esfuerzos que hago, no termino de asimilar. La tortura es espantosa, terrible, no la acepto en ningún caso, estoy en contra... Pero hasta puedo comprender que haya algunos que creen que es una manera de conseguir declaraciones ... Gente deshumanizada, sin escrúpulos, pero que hacen aquello por algo... Loque se me escapa es lo gratuito. Lo que se hace por nada, sin más, porque sí, una simple diversión. Esos juegos, esos números que montan, tanto escarnio... No me entra, no he podido digerirlo...

— Te tienen en sus manos y hacen lo que quieren contigo y ni tan

siquiera te interrogan... Yo creía que lo nuestro de la Comandancia había sido excepcional, pero ya ves que no; son todos lo mismo. Ya ves lo que cuentan las de Bilbao, las escenas que les montaban también...

— En estos diez días he llegado al convencimiento de que nunca podría torturar. Se me ha aclarado todo el problema de la tortura. Ningún revolucionario, nunca, en ningún caso, puede ser un torturador. Nadie que esté de parte del hombre, por la liberación del hombre, puede practicarla. La tortura degrada al que la practica; en lo que tortura se descompone, se hunde, se bestializa... Lo he visto muy claro en sus caras, en sus gestos, en sus maneras...

— La tortura es cosa de ellos, desde luego. Hay cosas imperdonables pero tienen soluciones más limpias. Yo también lo he visto como tú. En esto creo que estamos todas de acuerdo.

— A mí me preocupa mucho la risa nuestra, la que teníamos en aquellos momentos. Esas reacciones imprevisibles que puede tener uno; ese aspecto mío que no conozco me da miedo. La risa aquella, mientras ocurría toda la escena, la forma astuta de adaptarme, sonriéndole a Heidi, a los que venían con él cuando me miraban, es algo... Ya sé que es risa de terror, que hay como un instinto de conservación que te dicta la mejor respuesta, que es una estratagema —muy necesaria inclusive—, que no tiene más valor que el de salir del paso, zafarte del enemigo, que por dentro uno está hecho polvo y retorciéndose de impotencia... Todo esto lo sé. Pero había alguien que no reía. Había uno enfrente de mí, muy serio, mirando acusador, con una dignidad impresionante, y yo me digo: si había alguien que no reía, ¿por qué nosotras sí? ¿Por qué la mayoría sí?

— Como al tercer día, nos avisaron de que teníamos que hacer limpieza. Nos trajeron cubos, fregonas, estropajo, para que recogiéramos todo bien y que preparáramos nuestras cosas. Vimos el cielo abierto. Nos pareció que era el fin de aquella pesadilla.

— Es que se produjo un cambio muy grande. A los liberados que habían tenido todo el tiempo amarrados en el rellano de la escalera y que daba no sé qué verlos de aquella forma —inclusive yo ni me atrevía a ir al water porque me partía el alma que me hablaran y no poderles atender—, a esos se los llevaron y ya les pusieron en una litera; al que tenía la mano rota le subieron a curar y le vendaron. A nosotras nos llevaron a la zapatería, en donde habían puesto dos colchonetas en el suelo y ya podríamos estirarnos, un

poco prietas, pero ya no sería aquello de estar las veinticuatro horas sentadas... O sea que tenía el aspecto de que aquel horror se acababa.

— No te puedes imaginar el optimismo que nos entró. Lo que te hemos dicho de angustia y miedo, pues al revés...una exaltación. Convencidas de que nos iban a soltar. Nos repartimos en seguida el trabajo. Si me ves conque bríos me puse a limpiar, aquel pasillo, la última vez, cuando me había cruzado con Mikel... que yo había intentado echarme al cuello... sus ojos colorados, irritadísimos, que no sé si me vieron, mirando lejos, como ausente, transfigurado, sin reconocer, y mis brazos tendidos, y ellos sujetando, apartando, insultando y mis gritos... Pero no le habían matado y fue un poco como cuando ahora la alegría de irme... Porque ellos me lo dijeron en varias ocasiones, ya después, al día siguiente de la primera bañera, que era un asesino, que habían terminado con él; un poco antes había venido uno al garaje y en voz alta dijo mi nombre... y que le diera unas bragas para Mikel (Dios mío, el mundo se me derrumbó: unas bragas para Mikel, ¿qué le habrían hecho?; porque ya me parecía a mí lo último que a uno le despojaran de esas prendas tan íntimas), y yo le entregué las únicas que tenía, llorando, y llamé a gritos y vinieron varios: que era un asesino y que lo iban a matar de un tiro —y yo, aquella escena... que tenía que verle, que tenía que confirmar lo que decían— y cómo me verían que uno me llevó (que no se enteraran los otros, que era un favor que me hacía) y ya vi, ya vi que sí, que estaba vivo, muy débil pero vivo, en aquella litera, postrado, me sonreía —pobre, para que no viera— y yo echándome encima a comprobar el cuerpo, pero no me dejó... que era un compromiso. Había salido bien y ahora todo había terminado; dentro de unas horas el fin de aquella pesadilla...

Qué limpio dejé el pasillo y ahora en el water pequeño en el que me habían encerrado para que me vistiera el buzo, iba recogiendo las cuerdas con las que nos ataban, haciendo un montoncito, y el palo aquél, las barras de golpear, muy juntas también, y el escobón que había partido El Repelente en alguna espalda, allí también, junto a lo otro, todo al lado de la taza de porcelana blanca, en donde no conseguí vomitar nunca... y el mono colgado en el clavo, seco, acartonado y ya el cuarto de baño: recogiendo el serrín amazacotado que se pegaba en la fregona, pero no podía reconstruir bien el rincón del casette, pero ya ni importaba, aquello quedaba atrás, olvidado ... y la bañera, se me figuraba que a medida que pasaba el estropajo era un

borrador, historia del pasado, aunque algo me venía... a través del olor de aquellos polvos desinfectantes, que limpiaban tanto —porque no puedes hacerte una idea de lo bien que me sentía, como si hubiera tornado alguna droga, todo me parecía estupendo— y el olor fuerte del desinfectante borraba también aquel otro olor tan hediondo, del agua sucia, que tenía de todo cuando me lo tragué— por eso me salió aquella erupción tan fuerte por todo el cuerpo, que, según el médico, era de algún alimente en mal estado... Y, ya le dije yo, mal estado del agua de aquella bañera, que tenía de todo. Ya no sólo pelos (porque al sujetar, con aquella fuerza, y tirar para abajo, con el fin de meterles, se les quedaban mechones en la mano, de la cabeza y de la barba), sino trozos de comida de los vomitados, y orines (eso me lo dijeron ellos a mí, riendo: que nos íbamos a tragar las meadas de toda la Comandancia) y él callado, era el médico de la cárcel y anotó: intoxicación— y el olor, una cosa que te echaba para atrás pero que, ahora, lo borraba el olor de los polvos aquellos, tan eficientes.. Y al limpiar me acordaba de todo, pero con una emoción sana, una cosa así, de decirme: ya pasó, la vida sigue... Y le daba fuerte a una mancha amarilla, que era ya de viejo, del desgaste del esmalte, porque era un cuarto de baño bastante antiguo y los baldosines amarilleaban también y las junturas muy negras, y pensaba: por aquí es por donde me debí de dar el golpe aquél en la cabeza, cuando me empujaron de aquella manera —porque eso es de las cosas peores, el momento en que te falta la vida, que intentas subir y hay un tope arriba que te lo impide— pero ya no tenía importancia, era el pasado, ya me sentía bien, rebosan te de alegría. Como eso que os pasó a vosotros, que nos contaste: la exaltación del reencuentro al salir de la Comandancia, que os juntasteis en el coche celular y camino de la cárcel os contabais lo que os habían hecho: que si a mí me faltan dientes, que si a mí me han reventado el tímpano, que si a mí me han roto el pie... pero riendo, sin darle importancia, porque estabais vivos, incrédulos de lo que ocurría y de que no os hubieran hecho cachitos... Pues un sentimiento parecido: una emoción desmedida, que hasta parecía el efecto de alguna droga estimulante que te llenara de euforia. Debía de ser de la debilidad pero hasta ellos me parecían mejores, más personas, no sentía rencor alguno...

— Eso sería como a media tarde, cuando terminamos la limpieza. Ya nos sentamos en las colchonetas, reunidas allí las cuatro, en la zapa tería, con todo preparado y comentando, a ver dónde nos llevarían, si nos darían la libertad, si saldrían también los hombres, lo que íbamos a hacer... Fue un

momento de mucha esperanza, estábamos convencidísimas de que la pesadilla se había terminado; por eso fue mucho más duro después.

— Sí, porque ninguna lo esperábamos. Ya veníamos nerviosas, el tiempo pasaba y allí nadie daba señales de vida hasta que alrededor de las nueve llegó un coche y, en seguida, mucho movimiento, ir y venir, alguien que recorría las dependencias y que se volvía a marchar. Nosotras ni le vimos. El que nos trajo los bocadillos dijo que se trataba de la visita, una visita que había venido a inspeccionar. ¿Te das cuenta del escarnio?

— Aquello fue un golpe. Nos quedamos mucho peor que antes, completamente hundidas. Ya no sólo por lo que suponía seguir allí sino por la afrenta, la burla. Se habían reído de nosotras, nos habían utilizado llenándonos de esperanza...

— Y nosotras como imbéciles, creídas que era verdad... Te sientes con una rabia, una impotencia de no poder enfrentarte, escupirles a la cara... allí aguantando, en la ratonera aquella, esperando que todo volviera a empezar.

— Había unas huellas y tú las has hecho desaparecer... Me ha que dado como un peso, un mal sabor de haber colaborado con ellos... ¿Tú sabes lo que es? Les has ayudado a poner en condiciones presentables lo que hasta hace horas fue infernal cámara de tortura, contribuido a ocultar el lugar donde se inmola, frotando la piedra para convertir el desolladero en aséptico cuarto de baño, inocente y funcional, en donde el cartelito, enfundado en una sucia bolsa de plástico —*"Para ducharse avisar al guardia. Previo pago de cinco pesetas encenderá el gas"*— recobra por unos momentos su sentido. Has alisado el camino para que la visita —que sabe mejor que tú lo que allí pasa— pueda firmar tranquilamente el burocrático vistobueno de aquí no ocurre nada... Y luego vas a seguir allí —¿hasta cuándo?—en óptimas condiciones, gozando de las máximas garantías...

— (Ese momento en que llega el tercer día, las setenta y dos horas reglamentarias, en que ves que los compañeros recogen las llamadas pertenencias, devuelven la manta, se pierden por el pasillo escaleras arriba, que estás dispuesto y nada... Y otros tres días más ¡seis larguísimos días interminables!— y tampoco nada. Y que cuando mucho después vienen a por ti no es masque para proseguir el largo interrogatorio...)

— Nos quedamos sentadas, ni sé el rato, sin hablar, consternadas, con el gran cansancio de los días anteriores que nos salió de golpe. Pero yo no podía dormir, ellas sí, se taparon un poco y se adormilaron pero yo me

sentía muy extraña, sentada allí en medio de aquel tinglado de zapatería. Una cosa rarísima... porque en el momento en que nos trasladaron ni me di cuenta, dejé las cosas sobre la mesa del fondo, sin fijarme, y ya luego, con el disgusto... Pero de pronto empiezas a decirte: ¿Qué hago yo aquí, en medio de estos objetos? Y era una sensación de disonancia, de no estar acorde con el decorado, de que te han puesto allí por equivocación. Un hombre del mundo en una zapatería del mundo, ¿para qué? Un tallercito de zapatero como aquél no parecía el más conveniente a nuestra situación de presas en un cuartel. Aquella estantería repleta hasta los topes de zapatos desordenados de los más diversos tamaños y formas: botitas de niño, sandalias, mocasines, altos coturnos como bloques, zuecos de corcho, botas ataconadas, castrenses... formando un revoltijo. Los había verdes, azules, rojos, de raso negro, sucios, arrugados, cuarteados, partidos, agujereados, embarrados, torcidos, descosidos... estropeados de correr mundo, de patear desaforadamente calles y caminos, gastados de andar hollando tierra, protegiendo pies malhumorados, dolientes, perezosos, activos, altaneros... Los tacones torcidos, los laterales mellados, rozadas las punteras de cerrarse en cuña tropezando... Como si todo fuera a incrustarse allí: la rabia, el rencor, la duda, a imprimir su huella en el zapato, a estrellarse en su piel y a obligarle, contra el suelo, a la adopción del molde requerido...

Amontonados allí, de mala forma, llenos de polvo, desparejados, encarados los unos con los otros, mostrando las múltiples maneras de hincarse el hombre por la vida, de apretarse en cólera o soltarse en furia, de perseguir pistola en mano el inocente. Singulares zapatos los de aquella estantería, galería insólita de anatómicas formas pedestres, expresivos retratos —muy particulares— de quienes me habían dispuesto allí, frente a ellos, contemplando. Pies sigilosos que escrutan en la noche, que acechan con cuidado, que buscan y arremeten incansables, siempre a la zaga del hombre. Rastreadores pies grabados en reglamentarias botas de uniforme o en fantásticas formas camuflados. Atormentados zapatos de gentes enemigas y sus huestes. Revelador muestrario de deseos reprimidos, de inquietudes frustradas, de autoridades impuestas a la voz del yo mando, de mustias vidas ahogadas en silencio, dominadas, doblegadas, cargadas de sórdida vergüenza inconfesable arrinconada en los pies, allí ocultada en los viejos zapatones sin salida. Tristes destinos los de las familias del torturador siniestro —por índices largos señaladas siempre— en retorcidos andares nunca liberadas. Y te volvías a preguntar: ¿Qué hago yo aquí en medio? Y

seguías mirando hacia la mesita baja de remendón recreándote en los cajoncitos llenos de clavos, de ojetes metálicos, de finas puntas, de chapitas de frasquitos de tinte, el cuero a un lado, los cordones y tas herramientas múltiples: leznas, punzones, alicates, tijeras, martillos... Cosa que tampoco encajaba con el minucioso cacheo a que nos habían sometido al entrar ni con la rigurosa prohibición de utilizar tenedores y cuchillos por evitar las peligrosas agresiones del preso, tan temidas. Y un poco más a la izquierda, como una reliquia, la máquina de coser Alfa con su grao pedal de hierro, tan fuera del presente tiempo y a su lado la otra más potente, de gruesas poleas y eléctrico funcionamiento. Y encima el cuadro aquel de aire tan familiar, la última cena, pero que era el de la conmemoración de los veinticinco años de paz, con el marco dorado y el cristal con dos dedos de polvo que impedía ver lo que pasaba dentro, lo mismo que el cristal de las ventanas, que impedía ver lo que pasaba fuera, en el patio. Y más allá, en la pared, el transistor colgado del solitario clavo y la puertecita del trastero tapada por una cortina, y algunas sillas sueltas y la gran mesa arrinconada y el frío suelo con nuestras colchonetas de espuma... Y, de golpe, bruscamente, aquellos martillazos y todas sentadas ya: ¿Qué sería? Y unos que entran con prisa del que está construyendo algo y no encuentra el material preciso.

Y revuelven cajones y buscan en el trastero y consiguen anchos trozos de piel. Y salen a consultar y regresan animados y nos piden que sujetemos un extremo mientras cortan y vuelven a salir con largas tiras. Y nosotras de lo más intrigadas: si estarían fabricando esposas, si sería para sujetar algo. Y otra vez volvían y hacían comentarios y nos pedían ayuda y que aquello no era vida, que llevaban muchas noches sin dormir, que era muy duro el oficio, que se veían obligados a tomar pastillas para que no les venciera el sueño, que sus mujeres protestaban, que no veían casi nunca a los hijos. Y todo sin parar, midiendo, eligiendo herramientas, renegando y ya uno, más bromista, *"estamos fabricando una sorpresa"...* Y al poco los jeeps, las pisadas, los gritos. Habían perfeccionado la bañera, habían construido una camilla con correas y la habían trasladado a la carpintería... Y, otra vez, por breves instantes, esa horrible impresión de estar involuntariamente colaborando con el enemigo, humillada siempre, fabricando con él el instrumento que va a servir para tu propia agresión.

— Desde que nos trasladaron a la carpintería todo cambió: se ve que el vernos mujeres solas les daba más confianza. A partir de entonces se estableció esa situación compleja que te hemos contado en que pasabas del

feroz interrogatorio al amable trato, que venía uno y te contaba sus problemas personales y al instante entraba Heidi y te llevaba a la bañera o en que venían a vernos para jugar a las cartas y traernos chicle.

Esa etapa yo todavía no la he superado, no acabo de encajar tanta distorsión. No sabías, era el desconcierto continuo porque estaban allí de lo más simpáticos —y tú te decías: bueno, ya parece que se ha calmado, que no hay peligro— y se iban estos y venían otros, o a lo mejor los mismos, y te empezaban a insultar a gritos...

Todo eso exigía esfuerzo, una tensión, siempre pendiente: ¿vendrán o no vendrán? Terminabas agotada, desquiciada totalmente, no es extraño que piense tanto en ello... esa cara del Repelente, esos ojos clarísimos, licuados, esa fina sonrisa esbozada: *"A mí me gusta la sicología, estudiar el personaje, ver sus reacciones..."* —dijo un día en la zapatería, en algún momento coloquial. Aquella sonrisa húmeda, fría, ahora, sentado allí en la mecedora, abanicándose, alante y atrás —nunca he comprendido por qué se abanicaba tanto mientras contemplaba la escena: Heidi y yo al pie de la bañera. Acababa de presenciar el espectáculo del chaval lamentándose y me tenía allí, de pie, pegándome tortas sin parar. Preguntaba y antes de darme tiempo a contestar: *"mentira" y* otra torta, *"cínica"* y dos tortas más...

212

Y él, con aquella parsimonia, sentado allí, dándose aire con el periódico, con aquel pelo tan rubio y lacio, aquella expresión, sin dejar de reír, de niño caprichoso, repelente— y aquel brin co repentino: *"venga, al agua"* y aquel gusto en realizare! antojo cuan to antes, atenazándome ya, quitándome la blusa, metiéndome entre Heidi y él de cabeza en el agua... Y por nada, un gesto gratuito, ni siquiera interrogarme, sin saber siquiera por qué estábamos allí... Esa ex presión de aburrimiento, de hastío, de da lo mismo hacer que no hacer, que recobró al instante... Esa expresión con la que luego te decía al día siguiente en la zapatería: *"Me gusta estudiar las reacciones"* y, siempre riendo, se volvía de pronto: media vuelta y zas... la cara aquella y, al poco, instantes después, con él jugando al mus. ¿Tan aniquiladas estábamos? Eso es precisamente lo que no consigo arrancar de la memoria.

— No sé en qué momento entró Él Botitas: los brazos al aire, la camisa mojada, los pantalones arremangados, como un pescador... Venía de la carpintería, empapadas las botas, se quejaba de los terribles esfuerzos de bañar a la gente, de cómo se resistían los cabrones y encima sin hablar. Encendió un cigarro y nos ofreció a todas y luego me tendió la mano, que le dolía mucho la muñeca, que si estaría dislocada, que había sido al empujar,

que si yo sabía dar masajes... Y nosotras le escuchábamos aterrorizadas, sin saber qué decir y ninguna supimos escupirle

— ¿Te das cuenta de la complicidad —que no lo es— pero que a ti te crean el sentimiento? Poco a poco te va minando, vas siendo acosada de todas las formas sutiles, un desgaste que tú ves que puede terminar por consumirte. Ocurrían tantas cosas inesperadas cada vez que se abría la puerta que llegó un momento en que preferíamos tenerlos allí.

— Yo llegué a la conclusión de que lo que más temes es lo desconocido. Por eso siempre estaba deseando fijar las situaciones: que no se movieran, que no progresaran: pararlas, abarcarlas de una vez, dominarlas en cierto modo. Porque lo aterrador era que se te escapara... Por eso cuando oía pasos ya estabas exponiendo la baraja para que jugaran contigo —cosa de locos ¿no?—. Pero es que mientras jugaban al mus o al "veo veo" o te contaban chistes no hacían otra cosa.

— Eso es así. A mí no me gustaba su presencia, me daban asco y deseaba que el tiempo pasara cuanto antes pero, a la vez, me parecía que si los tenía allí estaba más segura. Si se iban podían venir. Eso era terrible porque cada vez que venían y no había nada preparado montaban un número espantoso. Entonces era preferible montar nosotras el escenario, conducir aquello de alguna manera. Fue por lo que escondí la bandera en el trastero.

— Cuando yo estaba con el de marrón en el archivo el gran temor era que se enfadara conmigo y me mandara a la bañera. Yo deseaba que siguiera, que me dejara hacer gimnasia desnuda, con estriptis o como quisiera, pero no ir a otra cosa, tenía mis defensas para aquello... Son cosas que, ahora, con la distancia, da como vergüenza confesarlas, pero no ir a otra cosa, tenía mis defensas para aquello... Son cosas que, ahora, con la distancia, da como vergüenza confesarlas, pero que está bien decirlas, inclusive te liberan, sacas provecho al verlas críticamente. Yo llegó un momento en que estaba convencida de que era una anormal, una débil mental, una trastornada... Ahora me siento mucho mejor que cuando vine.

— Pasabas de estos momentos en cierto modo tranquilos a escenas espantosas como la de la madrugada que de una patada irrumpió Heidi, borracho, acompañado de los tres de siempre. Traía una botella de coñac en la mano y los ojos de lo más inyectado en sangre. Era como la estampa del borracho, una caricatura. Y empiezan todos a decir que si no tenemos frío, que se han acordado, que nos traen coñac para que nos calentemos, que si queremos un wiski no tenemos nada más que pedirlo, que nos lo traen, lo

que queramos. Y nos ofrecieron a todas la botella y la fuimos pasando aterradas, haciendo como que bebíamos, un temblor, una angustia por dentro y esbozando sonrisas, las muecas aquellas de siempre... Pero Heidi venía totalmente trastornado.

— Corría de una parte a otra. Se puso en la máquina de coser y empezó a mover el pedal y a decir que le gustaban mucho las máquinas. Se fue donde la otra, le dio a un botón, las poleas empezaron a funcionar con un ruido...

— Empezó a decir que era zapatero, se puso el mandil y empezó a clavar clavos, sin ton ni son, en el primer zapato que agarraba, y probaba las herramientas en el dorso de la mano, si eran cortantes, si había que afilarlas más...

— De pronto se acordaba de la botella, la agarraba y te obligaba a beber y te decía que más, que había que celebrarlo... —no decía qué.

— Daba aullidos salvajes, como que era un hombre primitivo decía.

— Cogió el martillo y se golpeaba la cabeza *"para ver si está hueca" Y* se venía donde nosotras y nos la golpeaba también, que no, que no teníamos serrín... Y luego se golpeaba las rodillas y el tobillo, el *"tubilio de andaré, el de meare..."* Y unas carcajadas...

— Mira, eso no te lo podemos contar porque no hay manera; corría y los otros hacían como que le querían calmar y, en esto, se para delante de ésta y le dice: *"¿Qué, ¿no te hace gracia?" y* ella callada, de terror. Y sigue: *"¿por qué estás aquí?"* y ella, con una voz casi imperceptible: *"no lo sé". "Con que no sabes... Pues vámonos que te voy a refrescar la memoria"* y como obcecado la agarró del brazo y se la llevó y los demás se fueron detrás riendo y nosotras empezamos a gritar; una escena de éstas de histeria colectiva, que no nos dominábamos ninguna, porque estábamos convencidas de que se la llevaban a violar... Porque eso hay que vivirlo, hay que ver una por una las caras de aquellos tíos, que venían allí a divertirse, porque esos eran los que estaban haciendo la ronda en los centros de diversión, los que van por ahí de servicio, en salas de fiesta y clubs y que cuando, de madrugada, llegan por allí cocidos... Fue un momento de los más angustiosos, llorábamos y dábamos voces y vino uno que bajó del primer piso: *"no os-pongáis así, que aquí no se mata a nadie"* y nosotras tratando de explicar que se la habían llevado, que estaban fuera de sí, que era un peligro. Pero no atendía, dijo que iba a ver y entonces vino el guardia de la metralleta: que fuéramos buenas chicas, que íbamos a salir perdiendo sí no porque nos llevarían también a nosotras, que había que ver el escándalo que metíamos las mujeres...,

— Y a lo mejor te venía al día siguiente el mismo y te decía que estaba preocupado porque su niño tenía paperas.

— Se divierten y experimentan contigo. Yo estaba medio dormida y El Botitas hablando a mi lado: que qué guapa era, que cómo le gustaría salir por ahí con una chica como yo, que tenía que verme en la calle, en Madrid o en donde fuera, que iríamos a un club, que ligaríamos... Y cuando abrí los ojos empezó a llamarme asesina, pegaba su cara a la mía y en todos los tonos imaginables, asesina, asesina... Y al poco que me durmiera, que no tuviera miedo alguno, que él estaba de guardia y se quedaba vigilando...

— El Repelente me despertó con un matasuegras. ¿Tú sabes lo que es una de aquellas noches terribles abrir los ojos y encontrarte con una espantosa lengua que te roza y se enrosca tocando un pito? Es un reptil, un monstruo mitológico... un peligro que ríe en forma de cara, múltiples peligros que le forman coro. Dios mío, ¿dónde estoy?

— A mí también me despertaron de madrugada para que bailáramos un rock y de allí fueron a meter a Enrique en la bañera.

— Todo eso, ¿qué sentido tiene?

— Descomponernos, llevarnos a límites en los que ya no te controlas. Y lo peor es que te das cuenta, lo estás presintiendo desde el principio, pero no lo puedes parar, aquello sigue y sigue...

— Es que tú ves que en cualquier momento puede organizarse el lío; cualquier objeto, cualquier gesto se convierte en pretexto, en punto de cristalización... Eso inquieta mucho, esa especie de gratuidad...

— Yo no creo que gente como Heidi estén allí porque sí. No se trata de un anormal que accidentalmente ha caído en aquella casa. Todo es deliberado. Su función es enloquecernos. No hay nada casual en su aparición de madrugada. Lo improvisado no es el teatro sino la forma en que lo llevan a cabo, eso es lo más espantable. Ellos van a montar una escena pero lo que en ella suceda —y ahí tienes razón tú— está muy condicionado por el decorado, por los elementos que tengan en ese momento a su disposición. Es lo que los hace temibles: que no es un papel determinado que cada uno va a representar —una función aprendida de antemano que tiene su principio y su fin, que sabes que arranca de un punto concreto y que llegará un momento en que podrás decir: ya se acaba... No... Es todo improvisación: la situación misma decide el desarrollo. Hay escenas que empiezan con una broma y pueden terminar con un tiro o arrojándote por la ventana. Cuando a

los compañeros los llevaron al campo y organizaron un simulacro de fusilamiento, ¿quién garantizaba que en aquel peligroso juego no iban a disparar? Porque ellos viven la representación y en esos momentos les sale loque llevan dentro, el odio o lo que sea...

— Precisamente es cuando te dicen las cosas de verdad, lo que piensan sobre el Rey, sobre Fraga... Se ríen de la Democracia, se muestran como son; si se pudiera grabar lo que dicen se vería claro... Te confiesan el coraje que les da el que las chicas del país no quieran salir con ellos, que les desprecien —*"¿por qué? Somos hombres como los demás... ¿qué tenemos nosotros? Yo he estudiado, soy abogado, ya me hubiera gustado ejercer la carrera pero si estoy aquí no es peor... éste es un trabajo como otro cualquiera".* El miedo a que se produzca un cambio, a que se tome represalias contra ellos, a que denuncies lo que hacen, te amenazan...

— Está claro que en ese teatro ellos se entregan, no paran de imaginar: convierten los objetos más anodinos en peligrosas armas con las que te agreden, provocan situaciones nuevas que conducen a otras y a otras en una interminable cadena que puede prolongarse por tiempo indefinido. No paran de fabricar horror. su¿u manera crean —imaginación negativa, si tú quieres, cruel y destructora: contra el Hombre mismo—, participan. Vuelcan sobre tí su agresividad, sus represiones, sus oscuros problemas y te van acosando. Yo no puedo casi recordarlo, no sé... es como vivir desde el horror el miedo a más horror... Te llevan a límites peligrosos. Eso sí lo sé...

— Es un espectáculo tremendo que se renueva cada noche. Unos se divierten a costa de otros que se aterrorizan. Desde el borde del abismo llegas a ver la escena con gran lucidez: la gran complejidad del fenómeno, la grotesca manifestación del enemigo, tal cual es, y la trágica situación del que sufre el atropello. No es raro que rías y llores al mismo tiempo, con la misma fuerza, con la misma sinceridad. Algo inquietante ocurre. Estás tocando fondo. Lágrimas y carcajadas, odio y amor a la vez. Te desdoblas... eres un átomo que se desintegra pulverizado, en energía convertido. Has dado el salto sobre el abismo. Vuelas. Cuando regresas del viaje estás en el suelo, boca abajo, expulsando agua por la nariz y por la boca y una rodilla te presiona la espalda para ayudar. Recuerdas que te han llevado a la bañera por distraerse un rato, por vengarse... el Verdugo de Sevilla, que te reconoció: la compañera del asesino... vamos a divertirnos... como una hora te han tenido, te metían y te sacaban del agua y les oías comentar entre ellos, conversaciones suyas, sin ninguna vinculación con todo aquello... Se

ocupaban de ti mecánica mente... Vas recobrando la normalidad, dándote cuenta de aquella extrañísima situación. Difícil que nadie llegue a entender lo que se siente, el significado profundo de lo que contigo están haciendo... Da miedo que alguien se atreva a interpretar... No sé si habría sido mejor callarse como decía ésta.

— Las mañanas de la zapatería eran inquietantes. Era todo tan normal que asustaba. El zapatero llegó a darme más miedo que los otros. Aquel ambiente de vida cotidiana, que se abría la puerta y entraba un guardia con mucha prisa, sin fijarse en nosotras: ¿Tienes el zapato de mi mujer? No, mira, no pude porque ayer y anteayer me llenaron esto de gente. Mañana estará... y, al poco, otro, que si tenía la botita del niño... Aquel movimiento de pequeña tienda ciudadana, de tallercito artesanal y modesto, enquistado en aquel hervidero de tensiones.

— El zapatero era un andaluz de-unos sesenta años, bajito, delgado, muy poquita cosa que andaba por allí como cohibido, casi pidiendo perdón. Venía por las mañanas, a la misma hora, sonriente: buenos días, buenos días. Cogía el mandil, se lo colocaba despacio, iba donde la radio, la ponía en marcha, se sentaba, se ponía a trabajar con aquella calma, muy metódico... Nos dirigía sonrisas beatíficas, nos hacía preguntas, que si nos gustaría ayudarle, que si ya habíamos visto alguna vez cómo se ponía una suela... comentaba de las naranjas, de lo caras que estaban, todo de lo más normal, como si no estuviera viendo que había unas colchonetas en el suelo, que estabas sucia, que tenías mal aspecto... Ajeno por completo.

— Y si hablabas de tu situación se quedaba extrañadísimo: *"Que no habéis dormido, ¿y eso? ¿que habéis oído gritos? Llevo más de veinte años viniendo por aquí y nunca he oído decir que se torturara a nadie... "* Y pasaba a hablarte de cómo cambiaban los tiempos, de que ahora nadie estaba contento con lo que tenía, que todos los males venían por querer más y más, que no nos conformábamos... Era de lo más chocante.

— Mi hermana y esa otra chica, que también estuvieron en la zapatería, decían lo mismo, que se sorprendía por todo: *"¿una bañera...? Cuarto de baño sí que hay uno, pero eso de la bañera que me contáis... Nunca he oído. Si son todos muy buenas personas, como vosotras, tan jovencitas, no podéis ser malas, se os ve en la cara..."* A ellas también les daba miedo, Dice que les hacía pensar en esos malvados de los cuentos que se disfrazan para que las víctimas se confíen, un astuto zapatero acechando. Tanta normalidad tenía que ser por algo...

— El archivo era el cuarto del fondo en donde estaba el cuartito de guardar las armas y ahí fue donde el de marrón, una de esas madrugadas en que me había llevado para hacer gimnasia, me las fue enseñando, una por una y que las acariciase. Una escena de lo más raro. Me tendía una y que si me gustaba, que si había visto alguna vez otra parecida, que le pasara la mano por encima para que viera lo suave que era... Cogía otra y lo mismo y que cual me gustaba más... Que las armas se llegaban a querer, que si no había tenido nunca ninguna... Pero muy raro todo. Había armas de muchos tipos, pistolas astra, parabellum, revólveres, fusiles. metralletas, y que si no me daba gusto estar allí.

— Es que ese tío era lo más anormal del mundo. El no daba casi la cara, no andaba con los otros. Te cogía por su cuenta. Yo tuve la suerte de que me llevara sólo una vez a ese archivo y por ello imagino lo que debió ser lo tuyo. No me extraña que te trastornara y vinieras aquí diciendo que era un santo. Yo estaría sólo una media hora y puedo casi transcribirte la escena. Imagínate un cuarto rectangular, largo y estrecho, rodeado de estanterías con Boletines del Estado y muchos papeles: la voz queda amortiguada y él habla bajo, así que se oye muy poco. En un rincón una cosa chocante: dos bicicletas de niño pequeño. El de marrón pasea con un papel en la mano; las dos manos atrás y ese papel. Ha cerrado la puerta con llave. Yo estoy de pie hacia un lado. Luz de una sucia bombilla...:

— Di lo que sepas.
— No sé nada.
— Haz gimnasia. Flexiones... y di...
— No sé nada.
— Te interrogo para salvarte de la bañera. Ellos están seguros de que sabes cosas y quieren meterte otra vez. Yo sé que no y te he traído aquí para salvarte.
— No sé nada.
— Bueno, sigue haciendo flexiones. ¿Cuántos años tienes?
— 18 años.
— ¿Tienes novio?
— No.
—¿O sea que eres virgen?
— Sí.
— Sigue haciendo flexiones. Y ve pensando en algo que no hayas dicho.

(De pronto se dirige a mí bruscamente y me ordena:) Bájate los pantalones. (Los bajé) Sigue haciendo gimnasia. (Se guía paseando despacio y al cabo de un buen rato:) ¿Te da vergüenza? (Hice un gesto con los hombros). Tú estate tranquila que yo no miro. (Como al cuarto de hora se me acercó:) *¡* Tienes agujetas? *¡* Quieres que te dé masajes?

— No.

— (Esta respuesta le enfureció y muy violento:) Suéltate la blusa. (Se puso a pasear de muy mal humor y me dio mucho miedo su reacción) ¿Qué os pensáis? Eres una idiota, no vales para nada, eres una imbécil... Sigue haciendo flexiones (se me vino encima casi:) Pensarás que te hago desnudar porque me divierte. Pues no. Eso no me afecta para nada. Tengo todas las mujeres que quiero y valen más que tú. Salgo a la calle y se pelean. (Seguía haciendo gimnasia pero me sentía muy cansada) Quítate la blusa. Sigue con las flexiones. ¿Te da vergüenza?

— (Yo estaba muy indignada, dije con rabia:) No.

— Pues te debería de dar. Bájate las bragas.

— (Me las bajé pero estaba tan furiosa que dije con descaro:)

¿Me las quito del todo o las dejo así?

—¿Estás con la regla?

— Voy a tener.

— Pues súbelas. Sigue las flexiones. (Me quejé de que no podía, que tenía dolor y cansancio) Pues te voy a dar masaje. (Me negué rotundo. Cuando se acercaba se oyeron ruidos fuera y se puso muy nervioso, desconcertado:) Bueno, vístete, vístete... (Fue a abrir la llave) Ahora descansas tranquila. Duérmete y mañana ya recordarás para la declaración. Por hoy te he salvado de la bañera.

Cuando regresé, la que estaba conmigo me dijo: ¿También te ha desnudado? A mí me tocó ayer. Y como a la media hora la vinieron a buscar y cuando a la madrugada la trajeron su único comentario fue: "Este cerdo ya me lo ha vuelto a hacer". Y lloraba do rabia.

— A mí me impresionaban mucho los encuentros con los chicos, que a lo mejor ni los conoces pero te enfrentan a ellos cuando están hechos un Cristo, que se burlan de su aspecto... esa forma de querer humillar al otro, de hacerle sentir vergüenza, yo no sé... Esa madrugada que Heidi me llevó a

la carpintería, poco antes de esa escena que te he contado del Repelente y él, me encararon con un chaval. Allí mismo, junto a la bañera. A él lo acababan de sacar: empapado, con los ojos hundidos, temblando, con aquella palidez cadavérica. Debía de ser ése que decís que nunca le dieron manta. No había visto jamás tiritar de una manera así, un castañeo de dientes, unas sacudidas por todo el cuerpo. Heidi me lo puso enfrente y empezó a decirle con sorna que me explicara lo que se sentía, cómo era la impresión, si era o no un buen chivato. Y el chico miraba al suelo y asentía con la cabeza y Heidi le presionaba, le tenía agarrado por un brazo y le zarandeaba también, que lo dijera, si se pasaba bien o mal. Y con una voz muy débil levantó los ojos y me dijo: "mal, muy mal, muy mal..." Y yo sentí aquel momento como algo muy importante, llena de humana grandeza y de mucho amor. Un amor infinito que me llevó a odiar por primera vez a los responsables de tanta vejación... Como si hubiera visto claro al enemigo, llegado a su fondo, comprendido muchas cosas de la lucha que no había entendido antes. Pero fue un breve momento porque ya se lo llevaban y El Repelente me miraba desde la mecedora abanicándose.

— Esa otra mirada, que tú cruzas con el compañero, que dura sólo el tiempo de pasar cada uno en dirección contraria: ese común esfuerzo de volcarlo todo por los ojos: valor, hermano, venceremos, no estamos solos, compañero, adelante, y tantos deseos solidarios y tantas y tantas cosas como encierra...

— A ése de la carpintería nos lo trajeron a nosotras. Lo pusieron en la puerta y que lo miráramos bien, que era un asesino, que nos fijáramos en su cobardía, en qué paraban los militantes de ETA, que así, de aquella forma, tendría que verlo todo el mundo; en la plaza pública habría que exponerlo para que se viera dónde estaba la valentía. Que eran una mala raza que había que extirpar, que no tenían ni sentimientos ni nada, una pura mierda lo que eran.

— En el piso de arriba solían hacer otra clase de interrogatorios, a base de flexiones, golpes con barras de acero forradas de cuero, ruedas... En cierta ocasión me subieron allí, a un saloncito en el que había varios sentados en un sofá riéndose de tres chicos que hacían gimnasia. Era de pena ver el cuadro aquél, las burlas, las risotadas, lo que decían y los tres rotos, agotados, haciendo flexiones como sonámbulos, cayéndose a cada momento. Parece que llevaban horas así. Me pusieron en el centro, muy cerca de ellos y que me miraran bien, que se fijaran lo guapa que era, pero que no me podían

tocar, que al primero que lo intentara lo llevaban a la bañera, ni rozar un poco, nada. Era angustioso. Los chavales al flexionarse se tambaleaban, perdían el equilibrio, se me venían encima. Cada vez que esto ocurría recibían una torta de Heidi. Y mientras los otros, en aquel sofá de terciopelo viejo, comentando, dirigiéndose a mí con sorna: ¿Qué, ya te casarías tú con uno de estos? y una sarta de groserías, una situación tremenda. Así nos tuvieron durante bastante tiempo. Yo no sabía adónde mirar pero los sentía muy cerca, muy unidos todos, muy unidos, más que nunca unidos aunque no los había visto antes y tampoco he vuelto a saber de ellos, pero esa unidad que parece que borra todo lo demás, que da fuerza para soportar lo que sea...

— Es que pasas unos momentos... Te da tanta vergüenza de lo que pueda sentir el otro, un pudor... Y llega un momento en que piensas que todo aquello es demasiado injusto, mucho más de lo que habías pensado nunca y es cuando descubres el por qué algunos dan la vida. Y sientes que algo despierta en tí; que aquello, si es que sales con vida, cosa muy dudosa aún, te habrá servido para mucho, darás un paso muy importante.

— Una mañana me subieron al piso de arriba. Es la forma en que lo hicieron lo que más me irritó, lo que no les podré perdonar nunca. Debía de ser éste que vosotras más tarde llamabais el Verdugo de Sevilla, por la descripción. Me vino a buscar a la zapatería, la mar de simpático, me ofreció tabaco y con la otra mano me agarraba del brazo en lo que subíamos ia escalera, un gesto protector y luego me lo pasó por el hombro y me empujó suavemente, muy atento, en animada conversación, hacia dentro del saloncito ése... Me introdujo y al irse dijo en voz alta pero en tono confidencial: *"Tú tranquila. Hablas sobre lo que me has dicho y luego te recojo y nos vamos por ahí a tomar algo".* No tuve tiempo ni de extrañarme. Como un flechazo lo comprendí todo. En un ángulo, casi en penumbra, había un compañero: sentado en una silla, alborotados y sucios los cabellos, la cara edematosa, la mirada oscura en el fondo de unas cuencas que daban miedo, la camisa rota, los pantalones embarrados, los pies sangrando... y al instante, sin dar tiempo a abrir la boca, a dar el grito de alerta, el no te creas nada, el del sofá se levantó, entre dos lo agarraron y lo arrastraron fuera y ya no le volví a ver allí. Sentí una terrible desolación, una impotencia... ¿Cómo explicar con palabras, convencer con argumentos, borrar la duda sembrada en un instante tan particularmente elegido para que arraigue en el ánimo?

— Esos momentos en que el otro duda son los que ellos aprovechan para interrogar. Es cuando dan el insignificante dato, un mínimo detalle, algo que tú, confuso, elaboras en tu mente y lo maquinas. Yo estuve muy cerca de caer en esta trampa, de dejarme llevar por la cólera, de decir puesto que no aguantó, sálvese el que pueda. Pero me vino una palabra —casi ridicula, ridícula del todo: "treta" y, en seguida me acordé de infinidad de cosas, del gran enemigo y sus múltiples tácticas v me aclaré del todo en un instante: "treta del enemigo", ya ves, casi ridícula la frase... Treta del enemigo, me dije, y eso me salvó.

— Dividir y enfrentar... Llevar a que los unos sospechen de los otros. Mi compañero llegó a dudar de su mejor compañero. Desde la ceguera de su calabozo oía cómo al otro le andaban subiendo, bromeaban con él, le hacían ofertas de cerveza incluso. Era imposible, imposible del todo. Pero al cabo de los días llegó un momento: ¿Qué estará diciendo ése?

— Lo que contaba la compañera Concha, creo que el testimonio lo has recogido, de que llegaron a convencerla de que había hablado, de que había vendido a sus compañeros, que no tenía salida, que en su organización la iban a despreciar todos.

— A mí, sin yo haber dicho nada —porque tampoco podía, porque no sé— me llegaron a convencer de que había dado datos suficiente como para detener gente y me lo explicaban con muchos detalles y casi como dándome las gracias por el servicio prestado.

— Yo llegué a sospechar cosas muy terribles de gente muy querida.

— (Fenómeno nada nuevo que algunos llevamos incrustado en la carne. Que duele tanto. Se comprende y se olvida pero duele mucho. Supone tal victoria para el enemigo que creo que eso sólo es suficiente para que, por principio, no dude jamás de un compañero.)

— Me da miedo el miedo, el mío y el de los demás. Ese miedo que se arranca de la duda, que todo lo conmueve —raíces y principios— que se crece en terror y se descontrola y ya no se sabe ... Lo repito: me da miedo el miedo. Son instantes en que dudo del hombre, me tenéis que perdonar. Yo sé que no es agradable, pero ocurre, lo he visto: denunciar por miedo, decir lo innecesario, inventar incluso. No es agradable, ni heroico, lo sé. Pero ésta es una historia de hombres y no de héroes. El hombre lloraba suplicando, no quería ser llevado a la bañera. "Me han engañado —decía— me han engañado, abusaron de mi confianza, detén galos a ellos, se llaman fulano y fulano y fulano... Ellos sí son culpables". Ya sé que es cosa del enemigo, que

lo trastoca todo; no lo pierdo de vista. Pero me da miedo el miedo, mucho miedo el miedo. Horror me da el miedo.

— (No es frecuente entre los hermanos de la lucha, más bien en otras gentes aledañas... vergüenza da decirlo: Reacciones de miedo que abochornan. Descomponerse por miedo, perder la dignidad, descender, llegar tan bajo. Hundirse, degradarse, perder incluso el elemental decoro, el respeto debido al compañero. Cortar el pasó, cegar, impedir salidas liberadas, atropellar a codazos, saltar por encima de todo. Ponerse, si es preciso, junto a ellos. Decir, sin rubor: "Lo importante soy Yo y nadie más que Yo, y el otro que se pudra". Mentir, calumniar. Disolverse de tal forma en aquella ofuscación... Lo he visto muy cerca, en personas de vida normal y aparente compromiso. He visto junto al condenado a muerte decir: "Como a ti te van a matar —que ya es causa perdida y lo siento—, carga con lo mío y así salvo un piso y me voy libre a la calle". He visto en fin, el caos mental que crea el miedo y la mala conciencia que le sigue, que es más terrible aún... He visto destruida la persona, cargando con la idea que remuerde a todas horas... Tan cerca lo he vivido que sólo puede borrar la pesadilla el saber que fueron tristes excepciones que nada tiene que ver con la Revolución.)

223

— No sé el día, fue al atardecer, desde luego, pero más de cincuenta personas irrumpieron en la Comandancia. Lo invadieron todo, el garaje, la zapatería, los pasillos, el cuarto de las calderas. Gente asustada, cogida al pronto, en una redada de castigo, en un sólo pueblo —después de la muerte de un Guardia Civil al quitar una bandera—, a trompicones andaban, desorientados, temblando. No tenían que ver nada en el asunto. Se preguntaban sin acabar de entender. Se iban aterrando por instantes. Les pusieron a todos un cartel en el pecho que decía: "Asunto Legazpia", y así, como ganado, con su marca bien visible, fueron pasando, uno a uno, por la bañera y, al día siguiente, como si nada, a la calle todos.

— Allí repercute mucho lo que pasa fuera. Cuando lo de Berazadi vinieron a la zapatería hechos una furia y nos mandaron poner a una en cada esquina y contra la pared, de pie, y uno con metralleta dentro, que nos vigilaba, y el de las botitas dijo que ya había mandado pedir un permiso especial para tenernos allí más tiempo.

Fue cuando uno me llevó con él a la carpintería y empezó a contarme con gran minuciosidad las distintas formas de tortura que emplea ban. Puso en

marcha la sierra eléctrica, que aquella máquina no tenía precio. Me dijo cómo colgaban a la gente del techo, por los pies mejor, más eficaz —decía— y la forma en que les envolvían lo: tobillos y las muñecas para que no quedara señal y también cómo se calculaba el peso que necesitarían los testículos, según la constitución de la persona. Del tipo de corriente que empleaban... Fue cuando me contó lo del perro de Ondárroa.

— Aquella noche fue tremendo. Al liberado y a su compañero les hicieron herejías. Uno de ellos sé que tenía una gran resistencia en la bañera. Era finito y parecía muy joven. Se cebaron con él; yo no sé qué llegarían a hacerle.

— Eso fue angustioso, no lo olvidaré en la vida. Nosotras estaba mos oyendo gritos y, de pronto, gente que salía de la carpintería en estampida, carreras por el pasillo, y uno abre nuestra puerta, viene hacia la mesa tambaleándose de lo más agitado y como mareado se apoya allí. Nos levantamos, yo me acerqué asustada, porque daba la sensación de que estaba herido y al preguntarle qué le ocurría me dijo, fuera *de* sí, tapándose los ojos, como para borrar alguna imagen terrible: *"No puedo más. No aguanto más. ¿Qué es lo que estamos haciendo con este chico? Nos estamos volviendo bestias. Es horroroso lo que estamos haciendo, nos estamos animalizando..."*

—¿Te das cuenta qué horror? ¿Qué le habrían hecho para que ellos mismos se sintieran afectados de aquella manera?

— (¿A qué horror de horrores hemos llegado? El espanto del torturador ante sí mismo. Rebasa los límites más lejanos. No hay horizonte para el espanto mío cuando os sigo por aquella casa-infierno. Lo veo por las noches, como un film mudo, corto, veloz: Entra, se dobla, se marea, se desfonda. Se ha dado cuenta —¿es posible?—; puede, es cosible, a veces ocurre en algunos como él, unos instantes sólo, una luz, un chispazo que alumbra la turbia mente, un atisbo del hombre que pudo ser, un reflejo sensible de lo humano...)

— Parece que vomitó sangre, que lo tuvieron que atender en alguna parte.

— Aquella noche fue un descontrol, estaban como borrachos de agresividad. También se les desgarró el cuello de un chico. La carne en las manos les quedó. Debía ser en el momento en que hacían fuerza para que no le metieran la cabeza en el agua. Se ve que se resistía con toda su alma y se les escurría. Y se ve que para obligarlo le agarraron de cualquier forma, por

la sotabarba, pellizcando esa carne. Le clavaron las uñas allí y se les desgarró y tuvieron que llevarlo al hospital. Cuando a mí me lo hicieron por poco me desgarran las orejas; a mí era de ahí de donde me agarraban.

— Una de las cosas que más me impresionó fue cuando contaste lo de las fotografías de ese chaval que murió en la explosión de Zarauz.

— Eso fue más tarde. La novia de ese chico estaba con mi madre en la Suite de la Reina. Pero a mi madre la castigaron al pasillo y a mí me llevaron allí. Era una chavalina de dieciséis años que hasta parecía que el pelo se le erizaba de terror. La habían detenido en su casa y no hacía más que lamentarse de no haber podido asistir a los funerales de su novio, Era una cría. A ratos llamaba a su ama. Yo le decía: *"¿han avisado a tu madre, quieres que venga?"*, y ella contestaba que a su madre no, que a su ama y señalaba el lugar en donde había estado mi madre... Tenía mucha confusión de ideas, miraba como alucinada. A ratos le daba una crisis de llanto, se enrollaba en la manta, en la toalla, se retorcía dentro. Otras veces me miraba con inquietud. " *¿está aquí también tu novio? ¿te están torturando ahora? ¿vive aún? Tienes suerte, está vivo..."* Partía el alma verla en aquel estado.

225

Por fin se medio adormiló y vino uno como un loco, gritando que allí no dormía nadie, que éramos unos cerdos, que habían herido a un amigo suyo y que teníamos que despertamos. Dio una patada a la cama de la chica y salió disparado a despertar a todos los demás, se le oía gritar por la carpintería, por el garaje... A la chiquita le dio una crisis de terror: que nos iban a matar, que lo sabían todo, que estábamos perdidas. Al fin conseguí tranquilizarla y que se durmiera otra vez. Y entonces vienen dos, la despiertan y se la llevan y, como a los veinte minutos, la vuelven a traer hundida, y se quedó sobre la cama paralizada. La habían llevado a la carpintería como que le iban a meter en la bañera y, una vez allí, le habían enseñado con calma y comentarios las fotos de su novio hecho pedazos. Tres fotografías, una de los brazos y de las piernas, otra del cuerpo —que era un montón informe de carne—, y otra de la cabeza, la peor, la que más impresionaba porque la cara tenía una expresión tranquila, como si estuviera vivo. Se ve que la metralla o lo que fuera, le había segado limpiamente el cuello de un tajo. La llevaron sólo para esto; dijo que alguno se reía, como una de las diversiones de la noche.

— (La llamaban la dinamitera entre ellos, fue el mote que la pusieron, porque el novio murió manipulando dinamita. La estoy viendo, no me la puedo borrar, cada vez me persiguen más las cosas que contáis. La veo en su noche poblada de horrores, perdida en la confusión de seres queridos, llena

de brechas su mente, trastornada, dulce Ofelia de nuestros tiempos... He de ir alguna vez, he de llegar a esta casa del horror y de la muerte. He de ir a ver esta guarida; como un imán me atrae...)

— Lo de esa chica fue una venganza. A los pocos días estaba en la calle, ¿no es eso el sadismo? A mí me angustiaba no poderla acariciar. Me hubiera gustado apretarle la mano, estrecharla contra el pecho, algún gesto que le diera calor. Pero ella estaba en la cama esposada y yo en el viejo sillón, con las manos esposadas también, una en cada brazo, inmovilizada, y las miradas no eran suficientes y no sabía qué decir. Esa chavalina y otra, de dieciséis años también, que pensó todo el tiempo que mi madre era policía, no las podré olvidar nunca. Fíjate qué pánico tendría que no se movió de la banqueta —dos días petrificada—, convencida de que mi madre le iba a hacer algo terrible de un momento a otro. Estaban las dos en el pasillo y mi madre estaba esposada a una silla y envuelta con una manta y quejándose de dolores en la columna —o sea que no cabía duda de que era una presa más— y ella segurísima, segurísima de que era un enemigo. Fíjate lo distorsionada que tendría que ver la realidad. Ella misma se lo contaba luego a mi madre, una cosa... Era la hermana de un chico al que buscaban y la volvían loca a preguntas. La llevaron a la bañera también. Esa chica tenía la realidad hecha pedazos. Mi padre también nos contó que le pasó algo parecido. En dos ocasiones —tal vez porque le vieron mayor, no sé—, unos le pidieron que les aflojara un poco las esposas...

— Con tanto cambio, con tantas sensaciones distintas, llega un momento en que te agotas: miedo, cansancio, extrañeza, más miedo, más cansancio... Te da todo lo mismo, sólo descasque te dejen en paz. No haces ningún esfuerzo por rebatir nada, vas cediendo sin casi darte cuenta, te parece normal... La expresión de aquellos chavales, días y días sin pegar ojo, eso no se me borra nunca...

— Luego es fácil hablar en el café de resistencia a la tortura. Resistir o no resistir... ¿Qué sentido tiene esto aquí, desde esta realidad? Frases de manuales, consignas repetidas como una rutina: "hay que matar al que habla, se le expulsa, se le desprecia...” Fríos héroes inventados la mayoría de las veces... No es un problema de aguantar el dolor físico sino de descomposición, de que ellos pueden llegar a destruirte como persona sin necesidad de tocarte tan siquiera...

— Yo nunca estuve en la bañera. De entrada al garaje, del garaje a la zapatería, de la zapatería a la calle y si aquello dura un día más no sé si lo

hubiera resistido...

— Llega un momento, como tú dices, en qué todo cuanto ocurre es un desfile de acontecimientos que no te afecta; estás aturdido y anestesiado.

— (No es todavía el estado al que se llega tras las incomunicaciones prolongadas y los continuos interrogatorios, pero se está ya en los umbrales del fenómeno, abonado al terreno para posteriores y peligrosísimas transformaciones).

— Juegas al "mus", al "veo veo". Te sobresaltas, ríes chistes estúpidos o limpias zapatos como una obsesión. Mi hermana y esa otra chica que estaba con ella en la zapatería recogieron los zapatos de los cincuenta de Legazpia y se los limpiaron aquella espantosa noche. ¿Te das cuenta el absurdo? Limpiando el calzado de aquella gente aterrada, en aquellas condiciones... Dice que les parecía que hacían un acto solidario, que estaban como más cerca de ellos y que no pensaban en nada más... Cien zapatos... Fíjate, también, la extrañeza de los otros, veinticuatro horas de horror y a la calle con los zapatos relucientes...

227

Yo una madrugada estuve jugando al fútbol como si fuera lo más normal: regateando, parando chutes, casi dos horas, todo el tiempo que duró el servicio del guardia. Fue precisamente esa noche del Verdugo de Sevilla cuando per di el conocimiento en la bañera. De allí me llevaron al archivo y me dejaron esposada en el suelo, sobre la colchoneta y de muy mala forma: el grillete muy prieto en la muñeca y el brazo en una mala postura, junto a la pata de la estantería. Llevaba un rato así cuando oí silbar y un guardia civil joven que asomó la cabeza. Le dije que si me quería cambiar de postura y entonces me soltó y estuvo mirando la piel levantada de la mano y se fue a por una pastilla contra el dolor. Era muy joven, alto, con el pelo corto y aspecto de campesino... Fue un poco después cuando descubrió la pelotita de goma junto a las bicicletas de niño y me propuso que estirara las piernas jugando con él. Yo me sentía muy cansada pero era mejor aquello que estar sujeta en el suelo. Corríamos por allí como dos críos, él a un lado y yo al otro, defendiendo nuestras porterías... Me estuvo contando que al día siguiente iba a ir a un bautizo, que tenía que vestirse de traje, que eso no le gustaba nada, que odiaba estas fiestas y la corbata, una prenda tan inútil... que prefería un pantalón vaquero y una camiseta sport... No paraba de contar cosas, que si me gustaba la música, que para él eso era lo mejor: tumbarse en algún lugar tranquilo y oír a Brahms, creo que dijo, y canciones de la Joan Baez... Que estaba preparando oposiciones... ¿Te imaginas, allí

dentro, en medio de todo aquello, un Guardia civil al que le gusta la Joan Baez...? No sales del asombro. Tienes que pellizcarte para cerciorarte de que no es un sueño... Luego me dio un cigarro y al encenderlo me dijo que si me sentía mejor, si ya no me dolía la muñeca, cogió la mano y con sus dedos suaves tocó un poco el hueso, apretando... Cuando volvió a esposarme lo hizo con mucho cuidado y yo sentía que aquello era muy raro, un txakurra de aquella manera... qué extrañeza...

— Oyes conversaciones que parecen de otro mundo. En algún momento dos guardias discutían de física, algo sobre la electricidad, de si lo importante era el volumen o la intensidad... No entendía muy bien, pero deducía que uno le estaba explicando con mucha pasión algún problema a otro. Y, de pronto: *"...la fuerza es la intensidad, con mucha intensidad, te jodes al tío..."* Me recorrió un escalofrío.

— Súbitamente llamaron a "zafarrancho" y nos movilizaron a todas las mujeres para que hiciéramos limpieza general. Fue cuando pude ver al compañero que estaba en la celda contigua, en uno de esos dos calabozos que te he dicho que tenía la Comandancia. Me soltaron las esposas, me dieron un escobón y entré. Estaba muy oscuro, es luz mortecina de la bombilla, ya sabes. Era un cuarto muy pequeño con una litera a un lado y en la cama de abajo había un bulto tapado con una manta, para que no pudiera ver a los que entraban. La voz tan conocida dijo: *"¿quién eres?"* Me acerqué a destaparlo. Su cuerpo estaba postrado sobre el somier directamente y amarrado en tal postura que le era imposible moverse hacia ningún lado: de costado, encogido, las manos atrás esposadas y el grillete cogido a los hierros. Todo el entramado de pinchos se le clavaba en la carne. *"Cámbiame de postura",* dijo agotado.

Tenía todo el cuerpo señalado, en algunas partes rasgada la piel. Le estiré un poco las piernas y el brazo en el que se apoyaba el cuerpo lo levanté y le puse parte de la manta debajo para aliviar los pinchos de la tela metálica. Me miraba desde su rostro desfigurado: un ojo medio oculto por el enorme hinchazón, que supuraba un líquido y en la boca le faltaban dientes. *"Me han descojonado vivo"*—dijo, y permaneció postra do, sin hablar más. Sentí un enorme dolor y aquella impotencia terrible, a nada comparable, y también que muchas de mis convicciones se reafirmaban... El guardia entró y me sacó de mala forma. En la celda contigua yacía otro compañero en las mismas condiciones seguramente: vol vieron a esposarme al absurdo palo: siempre la

realidad aquella, la continua observación de todo. A pocos metros, en otra banqueta, esposado también, el cura de Zaldivia lloraba de una forma, con desesperación, sin comprender: encogido, los codos en las rodillas, los puños en los ojos la cabeza oculta, se decía a sí mismo, sin entender: *"Nos hemos vuelto locos, locos. Dios mío, nos hemos vuelto todos locos..."* y lloraba como un niño, de una manera que partía el alma, en lo que esperaba tumo para la repetida tortura que le estaban haciendo a cada hora. Fue por entonces cuando vino el fotógrafo y le sacó una fotografía contra la pared a alguien: vi el flash y que se iba murmurando enfadado... Arriba estaban interrogando a mi madre hacía ya mucho rato. A veces oía las amenazas, las cosas terribles que le gritaban —la peor de todas las torturas-: que a sus hijos pequeños los iban a detener, que los iban a meter en la bañera... Mucho tiempo así, presionando, y yo oyendo cómo ella protestaba angustiada... Me parecía que al aita y a ella los iban a llevar a la bañera en cualquier momento... Ese dolor, ese pánico no se lo puede imaginar nadie... Les estaban diciendo que a nosotras dos nos iban a fusilar en veinticuatro horas. Yo lo hubiera dado todo porque los sacaran de allí, porque me hicieran a mí lo que quisieran a cambio; llegué a proponérselo a uno de ellos.

229

Fue un poco después cuando pasó otro de los que solía estar en la bañera, se paró, se me quedó mirando un buen rato y me dijo: *"¿Ya oyes? Es tu madre, lo que está pasando esta mujer por tu culpa... Pero a ti ni te importa. Ni una lágrima. Los vascos sois como bestias, sin sentimientos, mata raza. En el Sur queremos más a nuestros padres".* Al poco recuerdo que vino un niño de unos siete años... Corría por allí y con el dedo simulaba una pistola y se nos acercaba y hacía "pum" "pum" y decía que éramos los malos. Alguien lo llamó y luego oí que regañaban a no sé quién por haberlo dejado jugar entre nosotros. Me daba vueltas todo. Yo estaba esposada al palo y me apoyé contra él y ya no recuerdo más. Dicen que me incliné hacia fuera, que el taburete giró sobre sus patas, que el brazo esposado tiró del tubo y que fu í a dar contra el suelo y el metálico armatoste encima con un estruendo enorme, y que vinieron todos alarmados. Cuando recobré el conocimiento me llevaban a la *"Suite de la Reina"* que era la celda mejor de la Comandancia. Tenía una cama, un lavabo, una butaca, una colchoneta en el suelo y una ventana que daba a la calle. Una ventana a ras del suelo, porque era un semisótano, desde la que veías pasar las piernas de la gente, los vehículos de la carretera; oías trozos de conversación... Me dijeron que me

podía tumbar en la colchoneta sobre el piso. Mientras me esposaban a la pata de algo recuerdo que sentía en la espalda una sensación de infinito bienestar: la primera vez que relajaba mi cuerpo sobre algo horizontal. Miraba al techo de madera, a una chavala tumbada en la cama que me observaba desde arriba asustada —una de esas miradas que te devuelve la imagen, como si fuera un espejo, que te hace preguntar con alarma: *"¿qué me ocurre para que el otro me mire así?"*— y aquel bienestar sobre la colchoneta aquella, un placer muy grande, muy sensual, del cansancio mismo...

— Se producen situaciones sorprendentes que te revelan que eres un desconocido para tí; es una de las cosas que más me ha afectado: ver que no conoces tus fronteras. Durante esa juerga flamenca, después ya de muchas bañeras, llegó un momento en que yo vi que era el límite; es taba segura de que iba a dar un salto, a ocurrir algo trascendental; había llegado al máximo de mi aguante... Estaban bailando de aquella manera y yo fuera de mi... Fue cuando se abrió la puerta y apareció el nuevo, el que llamamos luego el Repelente, con aquella sonrisa, que se acercaba con suficiencia, con aire de supervisar, de ser alguien allí...

Percibí en seguida que era un jefe; me lo pareció... Se acercó y miró el agua y me miró a mí y otra vez al agua y dijo —compadecido me pareció— aquella cálida frase: *"Qué maja eres. Pareces buena chica. Eres tan maja que soy capaz de cambiarte el agua y ponerla limpia"*. Y a mí me pareció la salvación, la roca firme del náufrago, resucitar... No puedo explicar, resumir, lo que significó... Me pareció un ser lleno de humanidad... Ya ves, qué cosas, cambiar el agua aquella, pestilente... Qué detalle, cuánta bon dad —no creas que me burlo, lo sentí así—. Y fue cuando, presa de un agradecimiento infinito, caí al suelo de rodillas, implorando con todas mis fuerzas: *"Sálvame, sálvame. Diré todo, pero llévame de aquí"*. Caí de rodillas como hubiera podido hacer otro gesto, un gesto espectacular, desde luego, porque había que imponerse a la situación, gritar más que ellos. Allí el que más gritaba, el que más exageraba, era el que más podía... Todo esto lo digo ahora pero entonces, naturalmente, no lo pensé, me salió espontáneo. Parece de folletín. Puede que muchos se rían... —siempre hay fríos observadores—, pero me pasó así y era todo muy verdad, de lo más auténtico que me ha ocurrido en la vida. Había que romper de alguna forma, desgarrar aquel festín de horror, acabar con la rumba, con las palmas quedan ritmo a la

agonía, con lo que iba a desencadenarse a partir de allí... Tú los oyes, están locos —te dices. *"¿Qué me van a hacer?*

¿Más todavía?" Son extraños ritos de ocultas sectas del terror. No te van a matar, no. Ojalá me mataran... Te van a seccionar despacio, te van a llenar el cuerpo de inscripciones, te van a violar de una particularísima manera, ¿cuál? —Qué alivio si fuese el perro pero será peor... ¿Ves cómo no se podía hablar de todo esto? Me escalofría pensar en lo que te decía antes, en las miradas que observan el fenómeno, que lo catalogan —hay casillas para todo—, que lo interpretan a distancia... Me asustan los que no han participado en esto, los que viven desde la cotidiana normalidad...

— En los últimos tiempos no hago más que preguntarme si la llamada locura no será algo así: gestos y expresiones llenos de sentido que el que las mira, ajeno, no entiende. Un fallo del que parte de sí, tomándose como centro para enjuiciar. Son muchos los esquemas que se me han roto, algo muy serio ha cambiado.

— Los locos ya no me dan miedo, los siento más cerca, como si estuviéramos del mismo lado, padeciendo distintas formas de persecución, de marginación. Esa es una de las grandes lecciones de esta experiencia. Lo que me da miedo son determinados hombres respetables, determinadas instituciones, determinada conducta que se considera normal.

— Lo importante de lo que hemos vivido, ahora que hemos salido de ello, es que nos ha abierto a nuevos horizontes. Hemos tocado fondo y hemos regresado. Loque queda es la experiencia del fenómeno, del largo viaje... A mí me parece algo muy positivo, es como si en diez días hubieras avanzado años, como si hubieras madurado... Ahora ya nada es como antes.

— Con el de marrón me pasó algo parecido. La última noche, después de la bañera, el Repelente y Heidi me llevaron con el de marrón al archivo. Empezó la representación de siempre, él con aquella calma y yo quitándome la ropa y haciendo flexiones... Pero llegó un momento, cuando ya llevaba varias horas de aquella manera, desnuda y él dando vueltas a mi alrededor, haciendo aquellas propuestas... Llegó un momento en que no sé lo que me pasó, el giro ése que tú dices: como si hubiera rebasado algún límite, pasado la frontera... Y lo que hasta aquel momento me preocupaba dejó de obsesionarme y fue cuando, ni sé cómo, me enfrenté, implorando, como tú: *"Llévame al baño, prefiero la bañera a esto".* ¿Ves? Estaba allí por horror a la bañera, ofuscada con la idea y, súbitamente: que me llevara allí. ¿Qué era lo peor, ir a la bañera o aguantar aquello? No lo sé. Son saltos imprevistos que

se producen. Lo peor era todo. Me estaba descomponiendo de terror, era un huir por huir, por hacer algo. Seguramente en la bañera hubiera pedido que me llevaran al archivo: una carrera de animal ofuscado, como esas reacciones biológicas primitivas...

— (Esa sensación que se fue apoderando de mí según pasaban los días en aquel calabozo de la DGS, que iba reduciendo las defensas, agotando poco a poco. Ese momento en que esperas que se quiebre el fino hilo, el puente que une, que es como si la mente estuviera mal hilvanada, el cerebro y sus ideas, todo tan frágil... Ese noveno día en que rota la . realidad en mil pedazos, acosada por los feroces guardias que juran matarte de un tiro que dirán perdido, que como lobos te observan desde la mirilla y te escupen por ella y oyes cómo afilan los cuchillos... Que del espanto te niegas a salir y te meas en un rincón por no hacerte presente fuera y estás convencida de que han asesinado al compañero y entonces, aprovechando la tan favorable circunstancia, se presenta uniformado el militar, atento y tranquilizador, y te asegura que es cuestión sólo de una simple firma... Que él puede arreglarlo todo, que comprende que no es muy agradable estar allí, que firme y que se acaba: subes a la luz y es el fin, o que, de otra forma, aquello puede prolongarse para meses... Y tú sabes que es verdad y caes en el chantaje porque lo importante es conservar el hilo del hilván, la mente que se te está desmontando.)

— Pero es que con todo lo que te he dicho del baño y de esa escena del que habló de cambiarme el agua y mi reacción, tampoco puedes hacerte una idea... Porque me pasaban tantas cosas por dentro. Como un estado de regresión... Me acariciaban y me daban ganas de llorar al ver que alguien me trataba con aquella suavidad. Cuando después de la bañera me llevaron al piso de arriba en brazos —porque tenía el pie muy mal, no lo podía apoyar y allí me dieron toallas para que me secara y ellos mismos me ayudaban, y me pusieron una estufa por el frío tan grande que me entró... Ese mismo, al que le caí de rodillas, empezó a peinarme la melena: me secaba con cuidado los mechones, me pasaba el peine suave, muy despacio, casi con mimo, y bromeaba: *"si ahora me viera mi mujer no iba a tener pocos celos..."* Y yo aceptaba la caricia agradecida, como si horas antes no hubiera ocurrido nada agresivo y hasta me parecía una excelente persona, un amigo que estaba de mi parte, y me reía con él, estaba a gusto, y les sonreía a los demás y tenía ganas de llorar de alegría de haber sobrevivido a aquella prueba. ¿Cómo definir lo que me ocurría? Por ahí te pueden llevar a fondos que te pierdes,

te diluyes... Pienso ahora en las largas incomunicaciones, en las mazmorras a donde llevan a los compañeros, esos métodos que emplean los militares.

— Hubo un momento en que hubiera podido escaparme. Lo vi muy claro. Estaban dadas todas las condiciones y con garantía de salir bien, en un grave descuido por su parte. Pero estaba tan cansada, tan cósmicamente agotada, que lo pensé y el sólo hecho de imaginarlo ya me parecía un esfuerzo terrible... Si me conoces, es evidente que tenía que estar muy mal para quedarme quieta de aquella manera.

— A mí lo que más me ayudó en esos últimos momentos fue el que siempre tropezaba con algo que me animaba: unas veces un compañero que necesitaba ayuda y tenía que hacer de tripas corazón para darle ánimo, otras era la mirada de mi madre, un gesto suyo con el puño cerrado: *"valor"*. En cierta ocasión en que estaba muy deprimida oí que en el piso de arriba discutían con mi madre y que una voz colérica le preguntaba: *"Entonces, ¿por qué lo hizo?"* y, al poco con una entereza que me llenó de fuerza, la respuesta suya: *"Lo hice por Euskadi"*. Fue cuando la castigaron al pasillo, con lo enferma que está de la columna y tres días sin poderse apoyar en ninguna parte.

233

Yo tuve mucha suerte en eso y en lo de tener testigos de lo que ocurría. Por ejemplo, cuando vinieron la última noche y uno me obligó a que bailara con él un rock. Hubiera sido terrible si otro no lo ve, pero estaba esta chica en la Suite de la Reina y fue un descanso. Pudimos comentar juntas, extrañarnos, incluso reírnos de lo absurdo de todo... Un descanso del mismo tipo que siento ahora, que hablamos de ello sin necesidad de remachar, de convencer de que no son cosas inventadas, de que esto ocurre, esto y mucho más y juntas nos reímos de haberlo superado. Lo de hacerme bailar fue poco después de quedarme dormida la noche aquella del desvanecimiento. De golpe noto que me acarician la cara y di un bote. Era el Repelente, con su sonrisa esbozada... Dijo que me quedara tumbada, que me incorporara un poco, sólo apoyada sobre el codo y que volviera la palma de la mano hacia arriba, como el que sujeta algo, parecía un pedestal. Y él se tumbó a mi lado y apoyó la cabeza allí. Es difícil explicarte la postura, quedaba debajo de mi cara y apoyado casi en el regazo. Me dio un cigarro encendido y dijo que le diera de fumar: con la mano que tenía libre hacía que le acercara y le retirara el cigarro de la boca. Y, mientras, tres más se reían en la puerta y gastaban bromas de lo más chabacano... Yo no salía de mi pasmo y la chica tampoco. Decía que se estaba de lo más cómodo, *"igual que un marajá"*... El Repelente

después se dio media vuelta y quedó cara a mí. Empezó a decirme que si quería irme a "Tífanis"[1] con él, que no tenía pareja. Se descalzó, se puso de pie sobre el colchón y me tiró de la mano. Comenzó a tararear. Yo no me tenía, pero ya me daba igual, me movía por allí y los de la puerta coreaban el Rock y daban palmas. Me sentía zarandeada como un muñeco, me daba todo igual. De pronto se puso muy serio, miró el reloj y dijo: *"Bueno, ahora descansa, le toca el turno a Enrique."* Se fueron bromeando, bebidos parecían. Al poco oí gritos del compañero en la bañera.

— ¿Tú no conoces esa Comandancia? El edificio tienes que haberlo visto. Está a la entrada de San Sebastián, según llegas por la carretera de Tolosa, a mano derecha, un poco después de una fábrica de cervezas que tiene un león, casi enfrente de Ondarreta. Hay una escalinata que sube desde la calle y ésa es la fachada principal, de allí se entra a las oficinas. A nosotras nos entraron por detrás, directamente al patio.

234

— (No, no lo recuerdo, pero es seguro que un día he de ir allí... Ese edificio tan viejo por dentro, tan destartalado, de estructura tan complicada... Esos dos pisos que forman un bloque, comunicados por la particular escalera... Ese bloque que es a la vez parte del gran edificio que, según parece, es una casa de vecinos —¿acaso familiares distinguidos de altos funcionarios del Cuerpo? Esa casa rodeada de casas en las que viven gentes que hacen su vida normal, situada en céntrica zona, rodeada de niños que juegan, de autobuses que cruzan por delante, del gran tráfico que va y viene de la ciudad... Esa casa que a fuerza del tiempo se ha hecho rutina en el barrio y ya nadie se fija en ella y el forastero la ignora, atento como va a las primeras señales luminosas que organizan el tráfico que ya empieza a congestionarse... La calle esa de Zumalacárregui a la que tengo que ir un día y colocarme en frente de la casa: aquí las escaleras que decís y acercarme y dar vueltas, como un perro husmeante que asocia los recuerdos... Pegarme a los muros, poner la mano encima, recorrerlos: aquí las ventanas, la del Archivo medio tapada por las estanterías, la de la Suite de la Reina: aquí el trozo de árbol que veías, la parada en donde formaban largas colas para coger el autobús del colegio, aquí el suelo sobre el que pasaban los trozos de pierna... donde una mujeres un día: "aquí dicen que está lleno... han detenido" y otra vez: "si eres malo te llevo con los presos..." y el niño llorando o a rastras, tirado de la mano por su madre... Y aquí la puerta de

[1] Sala de fiestas en San Sebastián.

coches y asomarme un poco... Tengo que peregrinar como el que visita un san tuario y empaparme por fuera de esa arquitectura anodina que es caparazón, que encubre esas dependencias mitad artesanales mitad cámaras de horror que hasta los últimos rincones he seguido con vosotras, tan saturadas de dolor, inscrita en sus paredes parte de la historia de un pueblo... Como un perro he de llegar allí y colarme por todo y reconocer el afuera de ese adentro, la apariencia real, concreta, de esa particularísima casa en la que nunca, con las prisas de la carretera, me había fijado. Esa casa que ahora me tira, me atrae como un imán. He de dar vueltas y vueltas y buscar la iglesia del Antiguo, que daba las horas y las medias y marcaba el lento y angustioso paso de vuestro tiempo nocturno. He de pegarme a la casa y alejarme después de ella y contemplar de lejos esa fachada que a tantas otras se parece, con el lema vacío de "Todo por la Patria" en lo alto, sobre la puerta seguramente, y la descolorida bandera unificadora en opresión y angustia... Esa fachada tan repetida, aquí y allí, por todos Jos pueblos del Estado, tétricos muros de siniestras casa que velan y amenazan en la noche. Casas unidas por invisibles lazos que en horas se conciertan, se levantan sus moradores y se lanzan por la noche a la persecución del Hombre, como fraguas ardiendo, volcanes en erupción, amenazas terribles que velan por el "orden”... He de volver un día, seguro, y desde alguna lejanía observarla bien en su conjunto y estallarla en mi mente hecha mil pedazos por los aires, lanzar a los últimos confines de la tierra sus cascotes esparcidos hasta los más recónditos rincones, para que alguien se agache y los recoja en su mano y al observarlos se pregunte: ¿esto que es? y trate de descifrare! enigma. Hay un pueblo que se llama Euskadi, en un rincón de Europa. Es parte de su grito de liberación, no lo olviden).

235

— Hay una huella que se me ha quedado... Es un momento, no sé cuándo, en que alguien a quien estaban torturando gritó: ¡Socorro! Fue un sólo grito que atronó en la carpintería, una concentración titánica de fuerza, un intento final previo a la muerte. Un instante terrible, desde luego. La soledad del que pide auxilio sin un amigo que le oiga. Y ellos se reían a carcajadas: *"Pide, pide socorro. Que vengan los de ETA ahora a salvarte".* Aquel socorro tan inútil, sin eco, en el vacío...

— (¿También Pertur gritaría así, con esa desolación?)

— Socorro gritaba también el cura de Zaldibia. Yo estaba en el pasillo,

esposada, viendo la rendija de luz debajo de la puerta, siguiendo el calvario del hombre en la carpintería: Golpes, burlas... Un cura: ya os podéis imaginar el ensañamiento... Más que con otras personas. Ellos no perdonan que los curas no estén de su parte. Se metían con el sexo, con sus numerosas mujeres, con el dinero que se gastaban en bacanales. Horas y horas en aquella carpintería, noches enteras sin descansar y la forma de martirizarle. La ceremonia con que le metían en el baño, aquella escena zumbonamente repetida, la voz burlona, cantando como si dijera misa: *"Dominas Vobiscum" y,* a continuación, cantando también, el coro grotesco de los otros: *"Amén".* Te imaginas la escena: los mismos que a mí me daban el carnet de submarinista, representando ahora este otro papel... Y el hombre en la camilla, envuelto en el colchón que protege de las marcas, sujeto con correas, al borde de la pila. Le izan de los pies, le rodean entre risotadas y chistes, gestos obscenos, se prolonga todavía la agonía, falta la segunda parte *de* la farsa. Reina la expectación, ya todo está listo. Uno empieza a descontar despacio, la cuenta atrás que conduce al punto cero de los grandes despegues, de las importantes botaduras: *"Treinta, veintinueve, veintiocho, veintisiete... doce, diez, cinco, cuatro... dos, uno cero".* Entonces la orden, enfática, grotesca: *"Inmersión"* y los gritos desesperados, los socorros... Un momento eterno...

236

— (¿Qué nombre darle a esto? Hemos oído hablar del teatro de la crueldad. ¿Es algo parecido? ¿Qué es la crueldad? Uno piensa en Sade, pero Sade imaginó y tú, ahora, estás asistiendo... No podrán decirte que inventas. Eso no es imaginación, está mucho más allá de lo imaginado... Y, sin embargo, te lo dirán muchas veces. Y tú no podrás aportar más testimonio que tu relato apasionado y no te creerán. Eso es lo único que veo claro, como tú, que no nos van a creer...)

— No nos dejaron en paz ni al final. Con nosotras montaron un número el noveno día. Estábamos en la zapatería y oíamos que torturaban a alguien en la carpintería pero con mucho misterio: entraban y salían, se daban recados en voz baja: se les veía nerviosos. En algún momento dijeron no sé qué de unos curas, como que iban a venir unos curas por allí, pero de pasada, sin demasiada importancia... Nosotras estábamos muy intrigadas. Entonces entró uno secándose las manos. Parecía preocupado y le preguntamos si ocurría algo. Puso una cara muy sería: *"Es que es muy grave. Han llegado órdenes de Madrid para que sean fusilados sin juicio ni nada, tu novio y el liberado... Que los llevemos a! monte y que sea una cosa* ejemplar,

esa es la orden". Nos quedamos de piedra, con una opresión en la garganta. Vino otro y dijo lo mismo, con otras palabras pero igual... Yo me lo creí, eran los momentos de Berazadi y les creía capaces de todo. Convencida de que era ver dad, se me saltaban las lágrimas y a todas... Entonces me dijeron que si le quería ver, despedirme. Y yo dije que sí —todo eso llorando, angustiadísima—, *"Pues ahora te llevaremos con él".* Nos quedamos desoladas. Empezamos a llorar todas y yo de una manera... y mientras uno me decía: *"Llora, Hora, que veamos cuánto ¡o quieres. Así se demuestra el cariño".*

— Un teatro terrible porque luego hemos sabido que a ellos les montaron lo mismo. Los mandaron preparar para el fusilamiento. Pero no creas que fue un ratito. Duró muchas horas; seguramente les daría rabia que ya nos sacaran de allí al día siguiente... Al rato vino uno y dijo que habían llegado los curas para confesar. ¿Qué curas?— dije yo. *"Los que acompañan a los que van a fusilar..."* Y así te lo iban explicando todo con muchos detalles; era imposible ponerlo en duda: que si eran órdenes superiores, que ellos mismos estaban alarmados...

237

— Esta noche nos dejaron en paz.

— Ya ves qué paz, con la angustia aquella... Y al día siguiente nos dieron a entender que todo era una broma... Y como a las once nos sacaron para Martutene. Llorábamos de felicidad. Cuando nos reunimos todos en el coche celular empezamos a cantar el Eusko Gudari y aquello fue... Era como volver a nacer...

— Hasta el último momento el escarnio. A uno de los que salían oí que le hicieron gritar varias veces "Viva España". *"Di tres veces Viva España y te vas..."*

— La sorna con que te dicen: *"No tendréis queja, os hemos tratado bien".*

— A mi madre, al irse, un cínico: *"¿Qué, amigos?"*

— A mí el jefe me puso una mano en el hombro y: *"¿Qué recuerdo te llevas de la Comandancia? ¿No será malo?"*

— Al décimo día me vinieron a buscar de madrugada para ampliar diligencias. El mecanógrafo me dio a firmar la declaración y luego, de lo más normal, puso un papel con su respectiva copia en la máquina de escribir y empezó a transcribir lo que le dictaba el otro, el de perilla: *"Yo, fulanita de tal, por todo lo anteriormente expuesto y creyéndome culpable, firmo mi sentencia de muerte y me ratifico y reafirmo en ello".* Puso la fecha, lo sacó y

me lo tendió para que lo firmara. Yo me negué. Eso le enfureció mucho y me dijo que si me seguía burlando de él que me estrellaba contra un retrato de Franco que tenía detrás, *"pero no encima sino contra la pared. Ese gran hombre no merece ni que le roces".* Entonces, el que estaba a su lado se levantó colérico, enseñando los dientes y con los ojos desorbitados se me abalanzó como una fiera: *"Te mataría, hija de puta. Pide perdón ahora mismo a la Benemérita"* y me agarró del brazo y me obligó a poner de rodillas, a juntar las manos como el que reza y a decir que pedía perdón. Es todo tan esperpéntico que te rebasa; lo único que mientras ocurre no sabes si es el fin o el principio... Después me arrastró fuera y que iba a la bañera de cabeza pero me dejó en la Suite de la Reina. Yo creo que si estoy un día más ya no resisto. Fíjate cuál no sería mi cansancio que si en el momento de la firma de mi sentencia de muerte insisten un poco, no lo pienso y firmo... Aquella misma mañana nos sacaron, volví a reunirme con todos y también empezamos a cantar, a contarnos lo ocurrido en el coche... Cuando llegamos a la cárcel mi compañero se cagó. Después de haber sido torturado de todas las formas posibles, machacada la cabeza con una barra de hierro en el momento de su detención, de perder dientes y pasar por las peores vejaciones, al entrar le mandaron que se pusiera en cueros para el cacheo. Que se doblara hacia adelante para dejar bien visible el ano. Y cuando el funcionario tenía su ojo cerca del ojo del culo, presto ya a introducir el dedo, se cagó. Él dice que fue como un acto de liberación, la única posible en aquella precaria situación en que nos encontrábamos, una mínima respuesta.

— (Dialéctica respuesta de las profundidades salida, perfecta conjugación del vegetativo reflejo y la lúcida conciencia. No he visto nunca una respuesta más marxista, todo el hombre contestando, desde el intestino grueso hasta las finísimas y delicadas conducciones del pensamiento complejo. Gran respuesta, antológica respuesta del hombre al liberarse que, no pudiendo hacer otra cosa, reducido a la máxima impotencia, humildemente dé su opinión y rubrica el asunto de esta sencilla forma.)

— Yo creo que había que contar todo esto. No es gran cosa, parece sólo el calentamiento para empezar de verdad, pero es ya algo...

— Yo tenía que contar. Mi tortura era precisamente ésta: estar viendo. No podía callarme. Yo era como una gran ojo observante, un polifemo atado allí y mi ojo ciclópeo recogía continuamente. Era una enorme responsabilidad sí luego me callaba. Por eso he querido hablar, decir mi nombre y mis señas. Poner la mano, si es preciso, y decir juro, lo he visto,

soy testigo. Ocurrió en nuestro pueblo, Donostia. Nos llevaron allí. Nada más entrar me esposaron a un palo como una cucaña, así era, ancho por abajo y estrecho por arriba y a él me amarraron la muñeca. Así, de esta forma tan grotesca, lo vi todo minuto a minuto, con mis ojos, con mis oídos, con la carne viva convertida en radar. Mi piel no era bastante para recoger loquea mí alrededor pasaba, rezumando; como una esponja me empapé de horror y aqu í lo suelto, me exprimo hasta agotarme y lo mantengo, en donde sea, porque necesito gritarlo fuerte, muy fuerte: Esto nos hicieron, esto y mucho más, durante diez días, por defender nuestra libertad y denunciar la opresión de nuestro pueblo. Así son nuestras primaveras, eso nos hacen, un genocidio ya, que se sepa. Esto es lo que hay, no lo crean si quieren, pero yo soy testigo y mucho otros también: fue en la primavera de este año 1976, primera de la Monarquía, en los meses de abril y mayo, para ser más precisos...

Yeserías, setiembre de 1976

Eva Forest

239

Entrevista a Izaskun Recalde en la cárcel de Yeserías sobre la fuga de la prisión de Segovia

240

Reproducimos textualmente una entrevista de Eva Forest a Izaskun Rekalde realizada en la cárcel de Yeserías (Madrid) sobre cómo se realizó la fuga de Segovia y qué consecuencias ha tenido para ella y su vida. (N. del E.)

241

Eva: *Durante estos últimos días hemos leído en la Prensa, y sobre todo en revistas consideradas serias en su información, numerosas versiones sobre la fuga de Segovia que, según hemos ido sabiendo, se ajustan muy poco a la realidad. ¿Por qué, tú que lo viviste, no nos cuentas cómo fueron los hechos?*

Yo puedo resumir un poco lo que fue la parte final de la operación... O sea desde que salieron de la cárcel hasta que nos cogieron en el Pire neo Navarro. De antes, hay muchas cosas que yo no sé; además sería muy largo relatar una acción tan compleja. Ahora, de los últimos días sí puedo hablar, porque es verdad que se han dicho muchas tonterías. Yo no sé cómo pueden inventar tanto los periodistas... Luego están las críticas, de lo más gratuito, gente que no tiene la más mínima idea, que en la vida ha participado... se cree con capacidad para juzgar, para decir lo que se debería o no se debería haber hecho... En fin...

242

"Yo formaba parte de un comando de cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, responsable de ultimar los detalles y llegar al otro lado con la gente. La fuga, como sabes, fue el cinco de abril. Estaba pensada para un poco después, pero hubo que adelantarla por dos razones. Una porque se

acercaba el Aberri Eguna y se hablaba de la posibilidad de una Huelga de hambre en todas las cárceles y eso hubiera supuesto una contrariedad. La otra porque llegó la información de que los presos podían ser trasladados a la prisión de Soria que acababan de restaurar. Eso inquietó mucho porque se hablaba del siete o el ocho como fecha casi segura. Entonces se decidió efectuar la fuga el día cinco... Ya sé que algunos han dicho que si esa fue una de las razones de que no saliera bien, la precipitación esa... Como verás eso no tuvo nada que ver. La operación estuvo bien planeada y no se vio afectada por eso. Fueron otras las razones... Pero volviendo a ese día... Del cuatro al cinco, de madrugada, nos trasladamos a Segovia en coche. Nos quedaba serrar el barrote de la reja por donde iban a salir, ya eran unas horas antes... No sé si conoces la cárcel de Segovia. Está en el centro de la ciudad pero la boca de esa alcantarilla estaba bastante lejos, hacia las afueras, cerca del río. En una zona poblada pero más bien industrial... Teníamos que meternos por una carretera secundaria, cerca de una gasolinera y al poco ya estaba el terraplén y abajo estaba esa salida. Recuerdo que llovía mucho. Nosotras dos nos quedarnos haciendo guardia mientras los hombres iban a cortar el barrote. No se veía nada, el agua formaba una cortina muy tupida. Sabíamos de otras veces que había una fábrica allí mismo y más allá un cuartel... Pasaban algunos soldados de regreso. No hubo ningún percance. Luego nos contaron que fué difícil cortar el barrote: era grueso y macizo, estaban empapados y surgieron algunas dificultades; además lo serraban en diagonal para que se mantuviera sujeto hasta el último momento y no se notara; quedaba sujeto por un pelín que luego se rompía tirando con la mano... Estarían cerca de dos horas, que a nosotras se nos hizo larguísimo porque estábamos muy cansadas.

Aquella semana habíamos dormido muy poco y nos vencía el sueño; los últimos momentos de una acción tan importante son agotadores. Regresamos a Madrid esa misma madrugada y todavía nos quedó tiempo de dormir unas horas, que a mí eso me extrañó muchísimo porque yo nunca hubiera pensado que pudiera hacerlo en vísperas de una acción así, pero ni nos acordamos, nos pudo el agotamiento... Ya te digo que la tensión de aquellos días había sido muy grande, que si recoger las armas, el dinero, un montón de problemas... A las8 salimos para ultimar lo que faltaba. Era un día en que Madrid por no sé qué circunstancias estaba muy vigilado. Ya nada más salir vimos un coche patrulla que pasaba muy despacio; son casualidades pero que en momentos así... Ya el día anterior nos habíamos

librado de un susto. Las armas las habíamos traído en tren y nada más recogerlas en la estación y salir hubo un registro... Entonces, como te digo, la calle estaba muy vigilada. Fuimos a recoger alguna ropa, las armas...

243

— Sí. Armas había suficientes, seis metralletas y muchas pistolas, para todo el mundo. Lo que pasó es que una operación así es muy compleja. No todos los que salían sabían manejar... Había gente de otras organizaciones... Haber había suficiente; tampoco creo que eso fuera, como se ha dicho, un fallo, el de llevar pocas armas, no era cierto... Nos quedaban algunas cosas más: comprar algunos medicamentos útiles para fabricar un botiquín. Comprar un berbiquí, porque temíamos que al ser tantos hubiera problemas de ventilación en el interior del camión, que luego resultó que no, que estaba perfectamente resuelto ese problema. Y ya sólo quedaba alquilar la furgoneta, que eso nos preocupaba bastante: encontrar el vehículo adecuado. Pero no hubo problemas. Uno de los compañeros alquiló una furgoneta corriente que llevaba cubierta la parte alta con una lona. Dijo que era para recoger unos muebles y se fue con el chofer y los demás a Segovia. Nosotros, en otro coche, fuimos también para allá. Teníamos una cita con alguien para saber ya el número exacto de los que se iban a fugar, porque al final había alguno que dudaba... Y de ahí acudimos a la cita con los de la furgoneta... Los de la furgoneta tenían ya al chofer maniatado y allí nos enteramos de cómo había sido todo. En la carretera general, un poco antes de llegar a Segó vía, en donde habíamos dejado a los dos hombres —porque venía un tercero, que nos llevaba a Segovia pero que no formaba parte del comando—, la furgoneta los recogió. Entonces fue cuando le dijeron al chófer que eran de ETA, que no tuviera miedo, que iban a utilizar la furgoneta y que se le pagaría el servicio. El hombre a pesar del susto reaccionó muy bien. Tumbado en el suelo les fue indicando lo que tenían que hacer pa ra salvar una pequeña dificultad que tenía el motor, les indicó dónde estaban las mantas, porque hacía mucho frío; dijo que dejaran el motor en marcha para poder arrancar antes... No sabía nada, incluso según nos dijo luego, pensó si tendríamos algo que ver con lo de Berazadi, él pidió sólo que no se le hiciese ningún daño, que tenía ocho hijos y que no quería problemas.

244

Era una buena persona y luego nos contó muchas cosas de su vida... Cuando nosotros llegamos a la cita —que era en esa carretera en donde habíamos estado de madrugada, en lo alto del terraplén— ya estaba un

compañero al volante, otro haciendo guardia y el de la furgoneta detrás, atado lo más cómodamente posible y tumbado en el suelo. La furgoneta no era muy grande, lo suficiente para salir del apuro y anduvimos estrechos, pero como era para poco tiempo no importaba... Bueno, ya eran los últimos momentos. Las doce y cuarto era la hora convenida. A las dos uno se puso las botas de pocero por si hacía algo y se fueron hacia la boca de salida. Y lo de siempre, que te parece que uno mira, que otro ha pasado y es raro... pero nada. Ya te he dicho que esta boca quedaba lejos de la cárcel. Por debajo, los expertos, que cono cían bien el recorrido y las dificultades, tardaron un cuarto de hora en llegar, pero había que contar que para los otros duraría más. Había trozos complicados. El que trasladó las ropas limpias de todos, que iba por delante de los demás, por ejemplo (porque ellos para no ensuciarse, ni oler etc.., hacían aquel trayecto con ropas viejas), sé que hubo algún momento en que para que no se mojara tuvo que llevarla sobre la cabeza porque el agua le llegaba hasta la boca... bueno, pues ya en eso les vimos llegar a todos de golpe y vestidos, porque por ahí han dicho que si an daban desnudos... Yo no sé dónde se vestirían (dentro desde luego) pero les vimos llegar a todos con gran sorpresa porque nosotros habíamos quedado que saldrían de cuatro en cuatro, para no llamar la atención... Eso me chocó mucho. Nosotros estábamos arriba para ayudar y subieron de golpe. En unos instantes estaban todos dentro. Se sentaron como pudieron, muy incómodos desde luego. Se repartieron las armas. Había mucha excitación. Cuando nos quisimos dar cuenta ya estábamos avanzando por la carretera. Ese viaje duró algo más de una hora. Todo el mundo tenía ganas de hablar y había que estar diciendo que se callaran porque era peligroso. Íbamos todos agachados porque la parte de delante estaba descubierta y nos podían ver. Hubo algunos momentos de tensión. Tuvimos que pasar un puerto y parecía que la furgoneta se iba a parar, el motor fallaba, se notaba un gran silencio. En otra ocasión nos dijeron los de delante que había un control de la Guardia Civil. Conteníamos la respiración... Pero no pararon, tenía aspecto normal... Por fin llegamos adonde esperaba el camión. Pasamos junto a él. Recogimos todas las armas para hacer mejor el paso. Todos teníamos las piernas dormidas de las posturas incómodas. El pobre chófer iba medio aplastado, que luego había que oírle los comentarios. El caso es que el traslado se hizo en minutos.

El camión tenía un tráiler grande, una caja de unos 12 metros de largo. Aparentemente trasladaba una carga de troncos muy grandes. Dentro había

una cámara muy espaciosa a la que se entraba por debajo. Había una rueda de repuesto y encima se levantaba una tapa que daba acceso al interior. Entre la rueda y esa tabla había un amplio espacio y podían subir dos personas a la vez; la misma rueda hacía escalón. Aquí pasó lo mismo, visto y no visto. Cuando nos dimos cuenta ya el camión arrancaba. Fuera uno se fué con la furgoneta y el chófer, atado como estaba, a Madrid. Esta furgoneta se dejó luego en la estación de Chamartín. Nosotros pensábamos que pasado un tiempo el chófer denunciaría, pero resulto que no. Se le pagó lo que dijo y el hombre se calló. Estaba de lo más contento porque anduvo contando que había estado preso en varias ocasiones pero siempre por *"chorizo",* que para él era un acontecimiento haberse encontrado con un comando de ETA... Había que oírle luego, cuando le detuvieron, las torturas que le hicieron precisamente por no habernos denunciado, cuando le vieron en comisaría tenía quemaduras en el cuerpo... Pero volviendo al camión.

Ahí ya estábamos muy bien colocados. Había espacio de sobra para todos... Todo el mundo tenía gran confianza. Se contaban cosas, reinaba el optimismo, todo eran comentarios alegres, bromas sobre las mujeres, se imaginaban situaciones de sorpresa, también recordaban mucho a los que quedaban, a los de Puerto de Santa María... Yo me daba cuenta de que pasábamos por capitales, de paradas en los semáforos etc. Uno se mareó. A otro le dio un cólico, seguramente de agotamiento. Era de los que más había trabajado en el proyecto; fíjate que él había llegado a estar fuera con otro porque la salida estaba prevista primero por una alcantarilla que daba a una calle; lo que pasa que no todos podían salir por allí y se eligió otra. Pues ese había estado fuera —que la policía no comprendía como habiendo podido salir no lo había hecho solo— varias veces y ese día había tenido que cargar con uno, llevarle arrastras y se ve que del esfuerzo le dio el cólico. Tenía dolores agudísimos pero no quería tomar calmantes debido a la situación aunque al final se los dimos. Lo estiramos encima de nosotros y se le fue calmando algo. Pero reinaba el buen humor. Ya llevábamos varias horas y se notaba que íbamos por una carretera más peligrosa, que había dificultad para las curvas, pero se mantuvo una media de mucha velocidad. A las 10 llegamos al primer sitio, paró un poco porque había perdido el coche de delante; como a la hora o así seguimos y a las 11 y media llegamos al sitio convenido.

Estaba lloviendo y había una niebla muy espesa. Llegamos con un poco de retraso y al ver que no había nadie pensamos si habría ocurrido algún

percance, algún control que les hubiera salido a los guías. A la hora decidimos seguir adelante. Había gente que decía conocer la zona. Sabíamos que no estábamos lejos de la frontera. Salimos todos juntos agarrados de la mano para vencer la espesa niebla... anduvimos como media hora por un caminito que debería ir hacia la frontera. De repente los de alante pararon. Se ve que notaron algo, como una luz de linterna o algo así. Nosotros al iniciar esa marcha nos habíamos puesto de acuerdo para que si ocurría algo deberíamos echarnos todos a la derecha. Esperamos un poco, pero no se sabía bien que eso podía ser un espejismo, efecto de la misma niebla... seguimos andando, de pronto empecé a ver fogonazos... no sé cómo, pero me encontré sola y me eché al suelo. Enseguida un silencio absoluto. No veía nada de lo que había a mi alrededor. Empecé a andar hacia mi derecha... me daba cuenta de que tenía que salir de allí y anduve un rato, siempre subiendo. El terreno era malo... Al rato oí un murmullo de conversación. Me fui acercando, otros se acercaban también... la opinión era de seguir. Esperamos un poco pero no venía más gente y era peligroso estar parados allí... queríamos coger altura, íbamos de la mano. Cuando nos parecía que habíamos avanzado un montón y que pronto sería de día eran sólo las 3,30 de la madrugada. Hacía mucho frío. Sabíamos que teníamos que dirigirnos hacia el Norte, pero estábamos desorientados. Avanzábamos por campos cercados. Todo esto lo recuerdo confuso, no lo puedo precisar muy bien; sé que hubo un momento en que nos dimos cuenta de que estábamos dando vueltas por la zona...

Hacia las 7 debía empezar a clarear, pero la niebla seguía espesa. Fue un poco más tarde cuando vimos el mojón que marca la frontera... fue una emoción, pero a la vez una duda porque no tenía señalizado en que' parte estaba Francia y en qué otra España... de todas formas pasamos al otro lado convencidos de que pasábamos de España, que estábamos ya a salvo; entonces ya optimistas empezamos a descender a la búsqueda de algún pueblo. Íbamos comentando qué debíamos hacer al ver a la policía francesa. Andábamos .mucho, bebimos agua, que hasta entonces no la habíamos probado. Hubo un momento en que oíamos voces y hasta una nos pareció chica pero no nos atrevíamos a chillar. Buscábamos cosas por el camino, algún indicio de vida... cuando vimos un paquete de *"ducados"* vacío y una botella de vino español creímos que sería gente que había pasado a la otra zona. Eso sería a las 9 y pico. Nos habíamos alejado mucho del mojón... Desde hacía un buen rato uno iba delante con la metralleta, pues ya se veían

más indicios de vías. Se notaba que estábamos cerca de un pueblo. Estábamos muy cansados; fue entonces cuando nos chistaron dos compañeros. Ellos nos contaron que habían tenido tiroteos y que en el último se habían dividido... Nos dijeron que estábamos en España, que había muchos Guardia Civiles tomando posiciones, pero que Francia estaba muy cerca. Entonces cambiamos de táctica, empezamos a retroceder. Pronto oímos altavoces que decían cosas que no entendíamos y ladridos de perros y jeeps por todas partes. Seguíamos avanzando entre los matorrales. Yo iba la penúltima, y detrás, cerrando, el compañero que mataron. De pronto oímos el alto. Fue verles, oír el alto y sonar las ráfagas todo uno. Nos tiramos al suelo. Estábamos rodeados. Ellos seguían disparando pese a que nosotros gritábamos que nos rendíamos. De pronto se oyó una voz que decía *"Me muero".* A pesar de esto siguieron disparando. Yo volví la cabeza y miré a! compañero muerto; no decía nada, estaba con los ojos abiertos.

247

Los guardias empezaron a dar órdenes de que nos acercaríamos; a mí me tumbaron boca abajo pero oía cómo hacían comentarios; alguien al pasar junto al compañero dijo *"ya no tiene prisa".* Empezaron a producirse escenas; allí mismo pegaron a algunos para que dijeran si había más gente escondida, dónde estaban las armas... Yo estaba segura de que de un momento a otro nos iban a ametrallar allí mismo... Al cabo de mucho tiempo mandaron que se levantaran dos o tres para trasladar al herido, que ya debía estar muerto, poque tenía las vísceras al aire... Se había desangrado... Parece que le hirieron con balas dum dum.

Fue un regreso terrible, torios en fila con los brazos en alto, las manos en la nuca, las caras llenas de arañazos, manchados de sangre... Piensa que era el fin de alqo posible, una acción que había demostrado que se podía hacer, que habíamos estado en Francia... Que no era ningún plan descabellado y que si no salió fue por una desgracia, por no llegar a tiempo a una cita... Aún sin guías habríamos llegado si no es por la niebla que nos desorientó de aquella manera... Era desesperante aquella vuelta y cuando nos metieron en los jeeps aquellas caras de desolación. En el cuartel de Burgos había muchísimos guardias. Allí nos dijeron que nos habían cogido a unos diez metros de la frontera, eso era lo que habíamos desandado. Íbamos esposados y nos pusieron a todos en un cuarto contra la pared, brazos en alto, pero como no nos teníamos de cansancio nos mandaron sentar en el suelo; a mí me trajeron una silla.

248

Los guardias se reían entre ellos, bromeaban a nuestra costa, daban a entender que era imposible lo que pretendíamos, que ellos estaban alertados desde mucho antes. Así es como lo han presentado luego también, lo cual es falso, era falso porque habíamos podido llegar a la frontera perfectamente; el primer encuentro fue con una patrulla rutinaria; en el caminito que habíamos cogido, en aquella zona, durante la noche, no vimos ningún guardia más. Si no hubiera sido por la niebla hubiéramos estado al otro lado sin darles tiempo de nada. Lo que pasa es que ellos se lo apuntaban como una victoria. Eran también los momentos de Berazadi en que toda la zona estaba más vigilada, pero ni aun así... Fue por la mañana cuando empezaron a montar la operación de captura. Estando allí llegó también el ejército... Ya al poco nos sacaron fotografías y empezaron a tomar las primeras declaraciones; a algunos les pegaron mucho. Por la tarde nos llevaron en grupos a Pamplona y nos dejaron sólo a los tres del comando. A los dos hombres les trataron brutalmente, recibieron todo tipo de golpes, les subieron encima del estómago... A mí me hicieron un primer interrogatorio: me pusieron contra la pared, me insultaron a voces mientras me pegaban bofetadas. En otra ocasión, estando rodeada de guardias civiles que me acosaban a preguntas, entró uno que parecía un jefe que acababa de llegar de fuera y me golpeó con fuerza en la cabeza. En otra ocasión me dejaron sola con uno que no hacía más que cargar y descargar la metralleta y apuntarme como si fuera a disparar. Pero en general la Guardia Civil me interrogó poco. Pasé todo el día mojada y llena de barro. A la noche estaba malísima: vomitaba y no me tenía de pie. Estaba esposada. Me dio una crisis de frío, empecé a temblar y tuvieron que quitarme las botas y envolverme en una manta. En este estado me pasaron a un despacho y empezó un largo interrogatorio con los policías de la BIS que habían venido de San Sebastián y Pamplona. Yo estaba muy, muy enferma. Todo este tiempo lo tengo confuso, como una horrible pesadilla. Me hicieron preguntas sin parar hasta las cuatro o cinco de la madrugada. Me pegaban mucho en la cabeza, en lo que me amenazaban de hacernos horribles torturas, sobre todo a mi compañero, pero eso no era lo peor; lo peor era el cansancio, que no me dejaban y que yo llevaba muchísimas horas sin dormir y que ya todo me daba igual y ellos me martirizaban con preguntas. Una cosa que parece una tontería pero que me irritaba hasta ser insoportable, era que uno andaba dando vueltas sin parar a un mechón de pelo, me hacía una cosquilla continua, muy suave y de golpe me daba un fuerte tirón y me llevaba la

cabeza hacia atrás y me amenazaban ferozmente. Pero ya te digo que ni recuerdo, me daba cuenta de que a los compañeros les estaban pegando por allí cerca, que uno tenía acento latino-americano, uno que me pegaba, pero es todo muy confuso...

249

Al amanecer me dieron una manta para que me tumbara un rato. A eso de las ocho me llevaron a Zumárraga para que les diera unos datos. Recuerdo que en el coche devolví, que me dormí encima de uno. Estaba como drogada. Sobre todo esto tengo gran confusión, no me he repuesto aún, es todo como si lo hubiera soñado. Me interrogaban y yo hablaba como una autómata y lo que quería era que me dejaran dormir. A ratos me trataban como si fuera una niña, me hacían muchas promesas: que vería a mis padres, me acariciaban... una cosa muy rara... Me trataban como amigos, uno me abrazaba siempre protector. Yo debía tener mucha fiebre... Lo recuerdo como una enfermedad y también como si tuviera la voluntad anulada... Yo suelo tener mucha facilidad para llorar y no pude soltar una lágrima en todo el tiempo, ni aún hoy. Luego ya nos trasladaron a Pamplona. Ya te digo que me es difícil recordar; yo estaba como una autómata; a lo que quisieran-siempre me tenían hablando, de las cosas más tontas. Me tuvieron ocho días allí. Exceptuando una sola vez en que uno me pegó enfurecido golpes en la cabeza, me trataron como amigos... Me torturaban de otra manera. Me decían que mi marido estaba diciendo todo porque estaban experimentando con él las torturas de un libro... Me llevaron a verle: era una habitación rarísima. Había muchos cables eléctricos por el suelo y por el fondo, yo los pisaba. Era tan raro que yo pensaba si estaría loca. Pero mi marido estaba allí, muy demacrado y me dijo: *"Di todo lo que sepas".* Parecía otro; cuando hice gesto para abrazarle me llevaron. Vi que estaba muy mal y que quería avisarme algo, pero no le dejaron. Yo viví aquello como si estuviera en otro mundo, una cosa rarísima. Luego he sabido que le aplicaron muchas corrientes; al otro compañero también y al chofer de la furgoneta. Mi marido tuvo un paro cardiaco y perdió varias veces el conocimiento. Ahora le están tratando en la cárcel de esa dolencia. Sé que les hicieron torturas terribles, con electricidad, colgarles y de todo. Pero yo estaba mal, sólo recuerdo el cansancio y aquellas horas interminables hablando de tonterías. Una vez me dieron una cerveza y me hizo un efecto grande, como si hubiera bebido yo qué sé... Casi estaba borracha... Luego sentía una cosa rara, como que ellos eran amigos, como que ellos me iban a proteger... Ellos me lo decían... me repetían mucho que

la organización iba a saber que yo colaboraba con ellos, si no me preocupaba eso... como si quisieran crearme mala conciencia, hacerme sentir culpable de algo... me ridiculizaban a todos los de la organización y me decían barbaridades sobre ellos, que si juergas, que si fincas, que si eran unos vividores.... Pero yo estaba como insensibilizada. Otra cosa rarísima que recuerdo, era que todas las noches nos juntaban a mi marido y a mí. Nos dejaban ver y estar juntos hablando y todo esto delante de 10 ó 12 policías que contemplan la escena... son cosas rarísimas, no acabo de darme cuenta. No he reaccionado aún. Estoy como rota. Me rompieron psíquicamente; por eso me parece que esa tortura es peor que si me hubieran pegado mucho, aunque no sé..."

Yeserías, Abril de 1976

251

Palabras finales sobre el principio de este libro

Sólo unas palabras para cerrar la edición de estos documentos que no constituyen sino una pequeña muestra de lo que ha seguido siendo, de lo que todavía es, el terror en los territorios sometidos a la Dictadura del actual Estado Español.

El tema de la tortura y del terrorismo de Estado nos ha ocupado desde siempre. Hemos sentido desde que abrimos nuestros ojos que éstos se nublaban muchas veces con el dolor, con la tristeza, con la cólera. La persona humana ha venido siendo durante estos años — ¡que son casi todos los de nuestra vida!— objeto de todo desprecio, de toda violación, de todo sarcasmo, por parte del mismo aparato y de las mismas gentes que hoy ensayan, con poca fortuna las más de las veces, sonrisas democráticas ante la galería europea. ¡Qué indecencia!

He aquí, pues, a! desnudo una muestra de nuestro enorme dolor. También es una muestra de nuestra enorme cólera ante esta barbarie. Podrá decirse por algunos que sobre estos temas —la tortura, el terror blanco— se ha escrito ya mucho o incluso demasiado... No es así, sin embargo: se ha escrito poco y se ha hecho muy poco puesto que estas brutalidades siguen ahí y no sólo no desaparecen sino que se refuerzan, se institucionalizan cada vez con más alcance internacional en el mundo capitalista cuya hipócrita condena de los "archipiélagos Gulag" es otra prueba más de militante cinismo.

252

Las Notas con que Eva Forest presenta a! principio tos testimonios que acaban de leer constituyen, para mí, una obrita importante como escritura y yo diría que deslumbrante como penetración en las entrañas de esa ignominiosa institución que es la Tortura, que es el terrorismo fascista. Y claro está que ella ha tenido el coraje de, siendo como es un rehén, uno de los muchos rehenes que todavía guarda en su espantable subsuelo la Dictadura, hacer este trabajo a pesar de todos los riesgos que con ello corre. En ello la reconozco perfectamente; es ella misma. Esta es su línea desde

siempre. Este es su trabajo de siempre: la solidaridad con los oprimidos, el abrazo fraterno y militante a todo lo que de bello e insobornable hay en el ser humano; de la belleza que se expresa primordialmente, no confundamos, en el hecho de ponerse en este lado de la barricada; *de combatir y no sólo de abrigar* bellos sentimientos... *¡Ah sí! Sobre esto no hay ninguna duda. Nosotros no somos unos humanistas abstractos. Lo que se llama "el Hombre" es una entidad dividida en dos entidades antagónicas. Esto es la lucha de clases. Esto es la lucha de los oprimidos contra los opresores. Esto es la lucha de liberación de los pueblos contra los imperios y las dominaciones y neo-dominaciones.*

Nosotros estamos aquí y no instalados en un vago amor a "la Humanidad". Se nos aplasta con todo tipo de violencias, desde las más sutiles a las más sanguinarias: ved ahí, por ejemplo, decenas de hombres y mujeres asesinados —¿cuántos van ya?— por las "fuerzas del orden" en medio de las calles que ellos tratan de pisar para manifestarse pacíficamente por sus más elementales derechos, entre los cuales es el primordial el derecho a la vida y a la libertad. Pero la vida, una y otra vez más es —nos es— arrancada a sangre y fuego... Se nos aplasta, decía, y hemos de ver la forma de defender nuestra vida. Defender nuestra vida: la de nuestros pueblos: he aquí nuestra violencia *He aquí nuestro* terrorismo. *No, nunca será demasiado lo que se diga ni lo que se haga contra la tortura, y este trabajo de unas compañeras de prisión de Eva Forest y de ella misma, que ha recogido y transmitido los testimonios y escrito sus notas en condiciones inimaginables, es una seria aportación a nuestra lucha. Su caso personal y el de todos nosotros es no más pero tampoco menos que un modelo de esta represión; Y la objetiva expresión de nuestras vivencias alcanza por ello casi sin más una dimensión teórica, casi científica: es una investigación. Pero además ocurre que éste era uno de nuestros temas y que ya habíamos reflexionado sobre él de muy diversas formas. Y además se da en este caso que Eva Forest es una vocación literaria suspendida voluntariamente por su necesidad moral de luchar,* desde ya *y con los medios más prácticos, por los condenados de la tierra, y junto a quienes luchan por su liberación — ¡que es la nuestra!—. Por eso y nada menos que por eso nosotros luchamos, ¡ay!, con nuestras pocas fuerzas, por el Vietnam y Eva fue entonces el alma de nuestra lucha. Por eso... Pero no: no se trata ahora de contarles nuestras pequeñas historias. Es de recordar, sin embargo, que cuando Eva —después de trabajar como psiquiatra en la Clínica del Dr. López Ibor, en su calidad de*

estudiante muy avanzada y dotada— decidió no terminar su carrera y abandonar la Psiquiatría, su conciencia era ya muy elevada. La Psiquiatría en nuestra sociedad es un aparato de integración en un Sistema intolerable. Aquellas "curaciones" se parecían mucho a la muerte. Pasarían muchos años antes de que ideas como éstas tomaran cuerpo social en el movimiento anti-siquiátrico... Después, su reflexión se ha depurado y profundizado hasta los términos observables en sus Notas: ese fino análisis de las cosas, esa delicada radiografía del fanatismo reaccionario, esa observación atinada de unos métodos de represión sencillamente atroces, ese apuntar a la totalidad *de los culpables: desde el brutal polizonte a! mundo degradado de los "profesionales" —médicos, por ejemplo— cómplices de las atrocidades; y las altas instancias políticas; y los militares de los que tan espeluznantes figuras como el teniente Gerardo Herrero Beltrán —un desecho del complejo de Edipo— o el cínico comandante Valenciano Almoyna no son sino la parte visible de un aparato policial vestido con uniformes de militar degradados en esa sucia función.*

En cuanto a los testimonios en sí, ellos hablan muy elocuentemente, sin ninguna retórica, por sí mismos. ¡Queridas amigas! ¡Admirables compañeras! Vuestros nombres quedan para siempre en nuestra memoria. Representáis a otras muchas gentes que han sufrido las mismas humillaciones, los mismos zoológicos desahogos, los mismos espeluznantes asaltos, las mismas soeces palabras por parte de esos infames funcionarios.

En vosotras está depositado nuestro honor: el honor de todos. En vuestros cuerpos saqueados, torturados, maltrechos, está depositada la belleza del mundo.

Alfonso Sastre.

INDICE

7 Notas para la edición de unos testimonios de tortura.
47 **Primera Parte: 21 testimonios.**
49 Eva Forest.
55 Careo de Eva Forest con Eduardo Sánchez Gatell.
60 Remedios Pérez López.
65 Mari Luz Fernández.
73 Encarnación Álvarez Hernández
87 Fragmentos de una carta de Eva Forest.
88 María del Pilar Alonso Rodríguez.
92 Raquel López Navarro.
95 Concepción Tristón López.
97 Vicenta de Don Pablo Manzano.
100 Trinidad Herrero Campo.
102 Pilar Andaluz Pequeño.
105 Paulina Prieto.
106 Pilar Higueras.
109 Concepción Lorenzo.
111 Lola Jiménez Ortiz.
114 María Isabel Pérez Alegre.
117 Vicenta Cabañes Argudo.
121 María de los Angeles Vaquer Juberías.
124 Petra Roma Bachiller.
127 Soledad Gordo Diez.
129 Begoña Aldazabal Neira.
131 Josefa Rodríguez Serrano.

135 **Segunda Parte: 9 testimonios vascos.**
137 **Notas de Eva Forest a esta Segunda Parte.**
Cuatro testimonios de Bizkaia:
146 Itxasu.
149 Iraultza.
151 Irune.
152 Amaia.
Cinco testimonios de Gipuzkoa:
153 María de la Soledad Intxausti Arruti.
159 Arrate.

162 Izarra.
164 Nekane.
165 Edurne.

169 **Diez días que conmovieron un mundo.**

239 **Entrevista a Izaskun Rekalde en la cárcel de Yeserías sobre la fuga de la prisión de Segovia.**

251 **Palabras finales sobre el principio de este libro (Alfonso Sastre)**

Palabras finales sobre el principio de este libro [Alfonso Sastre]

Estos documentos no constituyen sino una pequeña muestra de lo que ha seguido siendo, de lo que todavía es, el terror en los territorios sometidos a la Dictadura del actual Estado Español.

La persona humana ha venido siendo durante estos años — i que son

casi todos los de nuestra vida! — objeto de todo desprecio, de toda violación, de todo sarcasmo, por parte del mismo aparato y de las mismas gentes que hoy ensayan, con poca fortuna las más de las veces, sonrisas democráticas ante la galería europea. ¡Qué indecencia!

He aquí, pues, al desnudo una muestra de nuestro enorme dolor. También es una muestra de nuestra enorme cólera ante esta barbarie. Podrá decirse por algunos que sobre estos temas —la tortura, el terror blanco— se ha escrito ya mucho o incluso demasiado... No es así, sin embargo: se ha escrito poco y se ha hecho muy poco puesto que estas brutalidades siguen ahí y no sólo no desaparecen sino que se refuerzan, se institucionalizan cada vez con más alcance internacional en el mundo capitalista cuya hipócrita condena de los "archipiélagos Gulag" esotra prueba más de militante cinismo.

Las Notas con que Eva Forest presenta al principio los testimonios constituyen, para mí, una obrita irr.poitante como escritura y yo diría que deslumbrante como penetración en las entrañas de esa ignominiosa institución aue ss Tortura, que es el terrorismo fascista. Y claro está que elía ha tenido el coraje de, siendo como es un rehén, uno de los mu chos rehenes que todavía guarda en su espantable subsuelo la Dictadura, hacer este trabajo a pesar de todos los riesgos que con ello corre.

No, nunca será demasiado lo que se diga ni lo que se haga contra la tortura, y este trabajo de unas compañeras de prisión de Eva Forest y de ella misma, que ha recogido y transmitido los testimonios y escrito sus notas en

condiciones inimaginables, es una seria aportación a nuestra lucha.

Alfonso Sastre.